

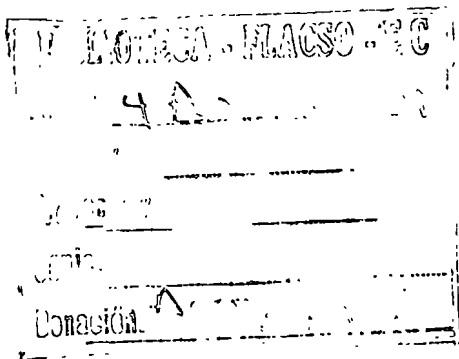
**De la familia a la calle:
la expulsión de los hijos**

Antonio Sandoval Ávila

FLACSO - Biblioteca

De la familia a la calle:
la expulsión de los hijos

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
2007



Primera edición, 2007

D. R. ©2007, UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Producción:

Centro Universitario de

Ciencias Sociales y Humanidades

Editorial CUCSH-UdeG

Guanajuato 1045

Col. La Normal

44260, Guadalajara, Jalisco, México

Visite nuestro catálogo en www.cucsh.udg.mx

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

ISBN: 978-970-27-1252-7

Índice

ELACSO - Biblioteca

Prefacio	11
Introducción	23
Capítulo 1. <i>El desarrollo societal y las familias</i>	
El nuevo paradigma de desarrollo	33
El neoliberalismo económico	46
Consecuencias de la globalización	50
Respuestas a la globalización	77
El modelo mexicano de desarrollo	87
Capítulo 2. <i>Evolución histórica de la familia</i>	
La discusión teórica acerca del origen de la familia nuclear	101
Imagen histórica de la familia en México	120
La transformación de las familias con el capitalismo del siglo XX	127
Estrategias de las familias pobres urbanas de México para afrontar la crisis económica	149
Capítulo 3. <i>La socialización en la familia</i>	
La moral	167
La modernidad y la vigencia de los valores	187
La socialización	191
Niños de la calle, en la calle y en riesgo	218
Capítulo 4. <i>Economía, cultura y socialización de los menores</i>	
El contexto urbano	229
Algunas características de las familias pobres urbanas de México	232
Medio ambiente y socialización de los hijos	235
Las familias de la ZMG con niños en la calle	243
La educación formal e informal de los hijos en las familias de la ZMG con niños en la calle	258
Entrevistas	258
Conclusiones	307
Bibliografía	317

*Con todo mi amor a mi esposa Luz
Victoria Tress Petrilli y a mis hijas
Alejandra, Gabriela, Marcela,
Cecilia y Mariana.*

Agradecimientos:

Muy especialmente a Luciano Oropeza Sandoval, que con paciencia leyó los borradores y me hizo atinadas sugerencias. A Laura Patricia Romero Miranda y a María Guadalupe García Alcaráz. A Rogelio Luna Zamora y a Héctor Raúl Solís Gadea, quienes leyeron el texto y me hicieron valiosas observaciones.

PREFACIO

Laura Patricia Romero Miranda

El libro de Antonio Sandoval Ávila sobre la expulsión de los hijos, cuando abandonan el hogar y se refugian en la calle, no es un libro más en la numerosa bibliografía sobre la familia, sino que tiene la peculiaridad de revelar la profunda crisis del sistema histórico en que vivimos, cuyas dimensiones, analizadas concienzudamente, nos hacen pensar que estamos frente a algo más que la crisis de un sistema histórico: estamos ante una crisis civilizatoria. La del sistema histórico se referiría a la del sistema capitalista que ya tiene una duración de cinco siglos, mientras que la civilizatoria se referiría a la de la llamada civilización occidental cristiana, que comienza con el nacimiento de Jesucristo hace 2007 años, que en realidad se originó en el imperio romano helenizado. Entre la crisis del sistema capitalista y la de la civilización, existe la diferencia de la duración, pero la causa común de ambas es una concepción del mundo y de la vida que ya es insostenible, por ejemplo con relación a cómo nos relacionamos con los otros, con la naturaleza, y cómo producimos lo que necesitamos para vivir.

Sin embargo, no es en el prefacio donde se puede demostrar esta hipótesis de que la actual condición catastrófica de la infancia expresa la decadencia de un sistema histórico y de una civilización, aunque como el libro trata precisamente de las condiciones de vida de la infancia, no podemos dejar de aludir, aunque sea brevemente, a nuestra hipótesis de que por esas condiciones deplorables estamos inmersos en una crisis social, cultural y civilizatoria.

Lo que sí pretendo es destacar que el libro del doctor Sandoval es muy sugerente porque tiene la virtud precisamente de ponernos a pensar no sólo en las implicaciones de la situación límite

a la que se ha llegado en el trato a los niños, sino, lo que es más importante, en la búsqueda de alternativas a esta acuciante problemática. Ciertamente, en el libro queda muy clara la forma en que la globalización, llevada a cabo bajo el modelo neoliberal, acentuó de manera abismal la concentración del ingreso, profundizando y generalizando la pobreza, la cual se convirtió en causa principal de descomposición y desintegración social. Las familias han ido depauperándose de tal modo, que aun cuando han ido también desarrollando estrategias de sobrevivencia para sortear la crisis económica, algunas no han podido evitar, como parte de estas estrategias, recurrir a los hijos e hijas menores para obtener algún ingreso.

Sin embargo, como todo lo social, la decadencia y crisis terminal del sistema histórico capitalista y neoliberal no se expresa sólo en la pobreza entendida como un fenómeno de economía, de pesos y centavos. La pobreza, como los mismos especialistas en este fenómeno señalan, no es sólo un problema de dinero sino de la imposibilidad de satisfacer las necesidades básicas de una persona y de una familia: alimentación, casa, educación, salud, cultura, para lo cual se requiere, en primer lugar, trabajo.

No obstante, la lógica de ganancia y explotación imperante en el sistema genera desempleo, y ante esta carencia mucha gente, que ya no tiene cabida en la economía informal, opta por dedicarse a actividades ilícitas, algunas de las cuales han adquirido carta de naturalización, como la "industria sexual" y el crimen organizado, en el que sobresale el narcotráfico, cuyas redes se están nutriendo de involucrar a familias depauperadas en sus actividades ilícitas.

En consecuencia, en el libro se demuestra muy claramente que la pobreza extrema ha sido la principal causa de la crisis y degeneración de la familia (la mayoría de sus miembros están embruteciéndose con las drogas para no sentir el dolor de las carencias de todo tipo). La familia está reproduciendo estas condiciones, por lo que cada vez está más imposibilitada de cumplir sus funciones afectivas y de socialización.

La sociedad comienza a desintegrarse cuando en las familias no se provee de afecto a sus miembros, condición indispensable para su sano desarrollo. Las personas que se están formando en familias desintegradas por la pobreza material, moral y cultural son generalmente personas enfermas a las que la sociedad no está dando ni los medios para curarse ni para sobrevivir, lo cual explica el incremento de las conductas antisociales y de la inseguridad. Ante ello, el Estado no debería optar por gastar tantos recursos públicos en armamento, sino emplearlos en educación, en generar empleos que ayuden, a su vez, a generar medios de vida y de recuperación de la salud física y mental. El decremento de la salud mental de la población ha aumentado exponencialmente por la falta de oportunidades para su desarrollo.

Presionadas las familias por la falta de recursos materiales, y en un ambiente hedonista permisivo, inmoral y de acceso a diversas drogas, se genera violencia y adicciones, cuyas víctimas principales son las mujeres y los niños.

La crisis de la familia, como expresión de decadencia del sistema capitalista y de la civilización occidental, se muestra de manera más nítida en la situación de vida de las mujeres y niños de las familias depauperadas. Y he aquí la importancia de este libro que muestra al desnudo esta crisis en su eslabón más débil: mujeres y niños de familias pobres que, desesperados, han forjado estrategias para sobrevivir que propician la expulsión del hogar de niños y niñas y –aunque la tesis no lo enfoca explícitamente– de mujeres para que se ganen el sustento como puedan, a veces en actividades antisociales y degradantes. Con el resultado de que en ciudades como Guadalajara –y como seguramente en otras ciudades del mundo– coexisten en la prostitución sexual, por ejemplo, niñas, niños, ancianas y mujeres de mediana edad. En las cárceles hay mujeres que no encontraron otro trabajo que vender droga al menudeo, aunque también las hay que, por alguna razón desesperada, asesinaron a alguien de la familia, a veces a los propios hijos.

El que las mujeres víctimas se conviertan en victimarias, expresa, más allá del sensacionalismo de nota roja, esa crisis cultu-

ral y civilizatoria, ya que el problema de mujeres y niños abandonados ha sido engendrado, en primer término, por la lógica imperante, la de la ganancia y de la explotación encubierta en "razones" morales, sociales y culturales, que han servido para justificar y reproducir formas de relación inhumanas contrarias a la vida, a la dignidad y a la moralidad. Nuestro sistema social, nuestra cultura y la civilización que la engendró, se rigen bajo esa lógica de la explotación por la codicia ilimitada de ganancias, que nos ha llevado a todos los seres humanos a la degradación moral, a perder la memoria, incluso, de lo que deberíamos aspirar a ser como la especie supuestamente más evolucionada del planeta. Lo que estamos haciendo con los niños y niñas no lo hacen ni los animales, demostrando en eso más inteligencia para garantizar la reproducción de la especie.

Si bien el estudio de Antonio Sandoval tiene esa cualidad de evidenciar con nitidez las causas multidimensionales de la crisis de la familia, manifiestas en las estrategias de sobrevivencia que han ido expulsando a los niños y niñas, del hogar a la calle, existen otros estudios que demuestran con mucha claridad cómo el capitalismo se está refuncionalizando con nuevos procesos, que en conjunto dieron lugar a lo que Manuel Castells llama el capitalismo informacional en la era de la información (a partir de los años 60 del siglo pasado), y que se caracteriza porque el conocimiento y la educación se tradujeron en tecnologías de la información, el conocimiento y la comunicación se transformaron para desarrollar y optimizar los procesos de trabajo a través del uso de la computadora y el internet, con lo que la diferenciación social, económica y cultural se polarizó entre los que tienen y no tienen acceso a estos nuevos procesos y medios de trabajo.

Tenemos una modernización de los procesos de trabajo en los que la ciencia y la tecnología llevan a cabo otra gran reconversión estructural de la economía y la sociedad, en la que se sustituye la fuerza de trabajo humana por la máquina, y la eficientización de los procesos de trabajo por el uso aplicado del conocimiento, la información y la comunicación. En esta nueva

etapa del capitalismo informacional, el desempleo se vuelve cada vez más consustancial al desarrollo del sistema; éste se “moderniza”, genera desempleo, las máquinas cada vez necesitan menos fuerza de trabajo humana para activarse. Robots accionan otras máquinas, otros robots. La fuerza de trabajo humana se devalúa porque se puede sustituir fácilmente. Nunca como ahora el ser humano y su fuerza de trabajo habían sido tan devaluados en relación con el capital, al punto que nuestra “modernidad” nos ha llevado al trabajo esclavo, de niños que en esta otra revolución industrial pierden la infancia desde el momento en que son obligados a trabajar, a elaborar objetos que nunca usarán.

La cuestión no radica en pretender oponerse al cambio y a la modernización, sino que cada vez queda más claro que no siempre éstos son para que los seres vivos estén mejor y tengan condiciones de desarrollo. Tampoco se trata de negar las ventajas de la ciencia y la tecnología en términos de que en algunos islotes a la gente se le simplifica la vida con su uso. El problema radica en que la viabilidad de esta manera de producir lo que necesitamos para vivir es depredadora, destructora y contaminante, nuestro planeta ha sido sometido y explotado, sin hablar de los costos de producción, lo que lo ha afectado en muchas áreas de manera irreversible. El problema también es que con este modelo de producir, por un lado se produce una cantidad inmensa de mercancías que nos han hecho creer que son necesarias y que rápidamente se desechan, mientras que las cuatro quintas partes de la humanidad está en la pobreza y al menos la mitad, tres mil millones de personas, en la pobreza extrema, sobreviviendo con menos de dos dólares diarios. Nuestro sistema de producción es, además, ecocida, depredador y contaminante.

Esta crítica a un sistema de relaciones para producir los satisfactores de ninguna manera es un intento de lanzarnos contra las máquinas, contra “el progreso” y la “modernidad”, ni mucho menos contra el papel de la educación, la ciencia y la tecnología en el desarrollo, sino un intento de poner al desnudo un sistema de relaciones que va contra la vida del planeta y todas sus especies, y que es inhumano, injusto y cruel. Esto quiere decir que podemos pro-

ducir máquinas, mercancías, tecnologías, verdadera modernización, pero con otro sistema de relaciones en el que incluso los capitalistas y empleadores dejen de ser esclavos de la acumulación, de la codicia, de la ganancia, y en su lugar subordinemos la lógica de la ganancia a otra manera de relacionarnos en el que estemos al servicio de la vida, del desarrollo humano, de la justicia, de la libertad y de la paz. Y esto implica tener humildad para aprender del pasado y actualizar algunas tradiciones, como revalorar el papel de la moral y la ética que nos permita recordar que las formas de vida superiores suponen revalorizar el papel trascendental de las familias, de lo femenino y de la maternidad, para no seguir aniquilando la especie humana al degradar, enfermar, abusar, violentar, explotar y maltratar hasta el asesinato a los que deberían garantizar el ciclo de generaciones. Con esta infancia difícilmente tendremos garantizada la posibilidad de reproducir una sociedad sana, pues es muy posible que los niños abusados, violados y maltratados, tiendan a hacer lo mismo.

¿Qué se requiere para ir desplazando el imperio de la lógica de la explotación y de la opresión que genera odios, violencia, guerras y dolor? ¿Se requiere una revolución mundial? ¿Se requiere un “golpe de Estado” contra los dueños del capital financiero, o contra el grupo de gobiernos poderosos que sostienen estos intereses con sus ejércitos? No, francamente no se necesita más violencia y dolor para empezar a disminuir el sufrimiento, la destrucción y la muerte. Lo que se requiere es darnos cuenta de que en todo el mundo, gracias a la globalización, ya es patente que llegamos a una situación límite en la opresión y explotación característica del sistema actual. Que nuestro planeta con todo y sus tripulantes se está yendo a pique, que todo está en crisis, empezando por las relaciones con nosotros mismos, con nuestra pareja, en el seno de las familias, del trabajo, de los partidos, de los gobiernos, y que la crisis es tan tremenda que parece que ya no hay quien nos salve.

Millones de hombres están abandonando a las madres de sus hijos, y por supuesto a sus hijos; millones de mujeres están aban-

donando a los niños y niñas al punto que muchos están como sus madres, siendo sacrificados en el altar de nuestros nuevos ídolos o dioses: la codicia, la lujuria y la ira. Los niños están siendo sometidos, abusados, explotados y violentados de una manera tan inimaginable, que tenemos que inventar nuevos conceptos y categorías para nombrar el hecho de que sean otra vez, como en la primera revolución industrial, esclavizados al trabajo, pero lo que es peor, explotados para que, contra su voluntad, presten servicios sexuales y sean denigrados en grados de abyección y crueldad inadmisibles.

Que dos adultos violen al mismo tiempo a un bebé. Que dos adultos violenten a un niño, mordiendo sus partes nobles hasta matarlo, como nos informan los diarios, no demuestra más que el mal, la crueldad; la cultura de la muerte se burla de nuestra inconciencia y de nuestra ceguera (pues casi todo mundo sigue durmiendo tranquilo, conviviendo con estos hechos propios de nuestra "normalidad") para reconocer que como sociedad y como civilización estamos en decadencia, casi en agonía. Pues estos hechos, que no son aislados, nos demuestran, más que un estrepitoso fracaso y una perversión y corrupción extremas, los límites a que nuestra sociedad ha llegado. La excelencia, la civilización, lo mejor que el hombre ha hecho, están en ruinas; nuestras formas de vida entregadas al amor del dinero para comprar placeres fáciles nos están convirtiendo en monstruos.

No queremos ver nuestra decadencia social. Muchas personas, incluso algunas de ellas pertenecientes a los sectores medios educados, que precisamente por conocer pueden obtener empleos mejor remunerados y vivir mejor, podrán decir ¡qué exageración!, ¡cuánto amarillismo!, esos hechos monstruosos son casos policiales aislados, no es cierto, la familia no está en crisis, ni la sociedad ni la civilización están en decadencia. No se desconoce que hay muchas familias sin problemas económicos, muy funcionales y hasta felices. Pero si se observa con atención, ahí encontraremos como elementos de crisis otros fenómenos, como el impacto de los cambios en las relaciones de género y, sobre

todo, del capitalismo informacional, que no es sino la forma con la cual el sistema intenta revertir el que sus contradicciones lo hagan estallar, y está basado en una explotación sin precedentes del ser humano, visto no como tal, sino como “fuerza de trabajo”, como “factor de producción”, o sea, como objeto inanimado, prescindible, poco necesario, si acaso como consumidor. Aquí radica la principal contradicción de este sistema que ha revolucionado todas las instituciones de la sociedad poniéndolas en crisis; generará muchas mercancías pero cada vez hay menos gente con capacidad adquisitiva, no sólo porque hay mucho desempleo, sino porque los empleos son cada vez más mal remunerados por el exceso de oferta y la poca demanda de los empleadores. También los empleos son mal pagados porque con la tecnología de punta aumenta la productividad, y las grandes empresas producen más y mejor que las que basan sus procesos en la fuerza de trabajo y en la lógica de la eficiencia capitalista, para ser competitivos y producir mercancías y servicios a más bajo costo, se usa más ciencia y tecnología, y al mismo tiempo al ser humano se le explota más, se le exige más eficiencia, más productividad.

Los nuevos procesos de trabajo han cambiado sustancialmente las condiciones de los trabajadores, acentuando el individualismo y la flexibilización. Lo que en la práctica ha significado que la solidaridad entre los trabajadores y el sindicalismo han sido desplazados cada vez más por relaciones en las que el trabajador muchas veces ya no tiene ni siquiera un espacio físico de trabajo, sostenido por el empleador, sino que tiene la oficina en casa y la transporta consigo: su computadora, su celular, etc., permite al empleador aislar a sus empleados y una “flexibilidad” que no reconoce horas de descanso del empleado, de intimidad o de privacidad. Mucha gente vuelve a trabajar en casa pero no como en los tiempos medievales, en que esposos e hijos trabajaban juntos para el bien de la familia, sino que ahora es para favorecer al dueño del capital, del empleador. Además, es preciso dejar claro que la tasa de explotación se ha acentuado al punto de que ya no basta el trabajo de un miembro de la familia para el sostenimien-

to de la pareja y los hijos, por el contrario, aunque las familias han reducido sustancialmente su tamaño, tienen que trabajar ambos padres para el sostenimiento, y en el caso de la gente de bajos recursos se exige hasta a los niños que obtengan algún ingreso. Ha aumentado la productividad del trabajo en general y del trabajador en particular, y pese a ello su salario, cuando se tiene la fortuna de encontrar un empleo, no alcanza para formar y sostener una familia. Al trabajador común y corriente le resulta difícil planear un proyecto de vida, porque como los empleos no son estables, no hay seguridad de conservar el trabajo. Esta situación, llamada "flexibilidad" en el mercado laboral, genera familias también "flexibles", altamente inestables, casi destinadas al fracaso por la presión que genera la dificultad para garantizar el sostenimiento de la familia. Generalmente, los varones se desentienden de su responsabilidad cuando surgen las dificultades, y dejan a las mujeres solas, a cargo de la manutención y crianza de los hijos. En la actualidad, para la mayoría de las mujeres ya no es opcional trabajar, pues como con un solo ingreso generalmente no se sostiene a la familia, tiene que trabajar pero en condiciones muy desventajosas, pues el sistema capitalista prefiere contratar mujeres porque puede despedirlas cuando se embarazan. El sistema de producción prefiere contratar mujeres porque les paga menos, son más sumisas, más responsables, y para muchas actividades más eficientes que los hombres. Por eso se habla de que hay una feminización de la explotación, que la pobreza tiene rostro de mujer.

El individualismo y la flexibilización producidos por el uso de las tecnologías de la información en los procesos de trabajo, no han beneficiado hasta ahora al trabajador sino al dueño del capital, y este aumento del sometimiento del empleado al empleador ha impactado en la disminución del tiempo que se puede dedicar a la familia y a la comunidad. Estos procesos, provenientes de la economía, y que surgieron con la era de la información en los años 60 del siglo pasado, se acompañaron de otros procesos sociales trascendentales para la humanidad, como los movimientos de

las mujeres por el reconocimiento de sus derechos, el ecologismo y los movimientos estudiantiles antiautoritarios y libertarios. Estos movimientos fueron en realidad epocales, civilizatorios, expresaron el cambio de una era y el inicio de otra en la que había que terminar con lo que permitía la explotación: el sometimiento de la mujer, de la naturaleza y de la sociedad. Éste debía ser el punto de partida de la liberación de la mujer del hombre machista y autoritario; punto de vista que consideraba que a la naturaleza había que someterla y explotarla, y de la liberación de la sociedad oprimida por los partidos y estados burocráticos, rígidos y autoritarios. Los estudiantes de todo el mundo se rebelaron contra el autoritarismo, fuera éste de derecha o de izquierda, conscientes de que el individuo no se podía convertir en persona porque le faltaba libertad.

A finales de la década de 1960, al tiempo que los hombres empezaron a ser más explotados y exigidos por sus empleadores en sus puestos de trabajo, comenzaron a ser cuestionados por las mujeres como autoridad única en la familia. Las mujeres no querían estar sólo como amas de casa y madres de familia, quisieron ser iguales a los hombres y adoptaron de las prácticas masculinas no sólo el derecho de trabajar para desplegar su capacidad y ser autónomas económicamente, sino que adoptaron también la liberación sexual. La cultura "progresista" y liberal reivindicó el "derecho" de hombres y mujeres a ejercer la sexualidad "libremente", o sea, sin compromisos. Esto generó una dinámica moral y cultural que justificó desligar la afectividad del sexo a tal punto, que se fue alimentando una cultura de hedonismo y permisividad en la que el ejercicio de la sexualidad se volvió intrascendente y con ello se volvieron también intrascendentes los cuerpos y las personas. Se justificaba "hacer el amor" hasta para estar a la moda. En la década de 1990 se desató, por efecto de la mercantilización sexual, una máquina que convirtió el ejercicio de la sexualidad en un entretenimiento más, vendido por una poderosa industria que llevó a una situación límite esa dinámica de desvirtuar el ejercicio de la sexualidad y el valor de los cuerpos y de las personas, mismas que debe-

rían ser las más nítidas expresiones de evolución o desarrollo biológico, social, cultural y espiritual.

El movimiento de las mujeres, y de las feministas en particular, tuvo el acierto de cuestionar a los conservadores que fijaban la integridad moral de las mujeres en la integridad de su himen, error que comprueba la ciencia, ya que la integridad de dicha membrana no tiene relación directa con la abstinencia de relación sexual, pues puede romperse hasta por accidente o incluso, en ocasiones, sólo con ayuda quirúrgica. Sin embargo, eso no debió volver intrascendente el ejercicio de la sexualidad.

En el ejercicio de la sexualidad desligada del afecto, del compromiso y de la responsabilidad, perdieron no sólo las mujeres y los hijos, porque los varones ya no se hicieron responsables del producto de sus acciones íntimas, perdieron también los varones y la sociedad porque se originó un desorden tal en las identidades femeninas y masculinas, que ya no quedaba claro qué era propio de cada quien. Lo femenino, las mujeres, la maternidad, los hijos, se desvaloraron a grado tal, que ahora los conflictos de pareja y de familia se exacerbaban a una violencia tan extrema, que lleva al asesinato de mujeres, niños y niñas como expresión extrema de los grados de opresión, explotación y agresividad con que estamos tratando a los que deberían ser respaldados y protegidos.

Como consecuencia de estos movimientos comenzó a haber una nueva concepción acerca de los roles de los hombres y las mujeres. Éstas se fueron incorporando cada vez más a la actividad económica. Se empezó a adquirir, por parte de hombres y mujeres una nueva identidad. Se comenzaron a usar más los anticonceptivos. Algunas mujeres ya pudieron decidir sobre el número de los hijos y el tiempo de la procreación entre uno y otro.

Estos cambios se acompañaron de otros: empezó a disminuir la tasa de natalidad, se incrementaron el número de nacimientos fuera del matrimonio, los embarazos en adolescentes, al igual que los divorcios, las separaciones y el abandono, sobre todo a partir de la crisis económica iniciada en la década de 1970. Muchos varones no quieren o no pueden afrontar la responsabilidad de sos-

tener una familia. Otros se ven obligados a emigrar a Estados Unidos en busca de empleo para poder afrontar esa responsabilidad. Las mujeres han ido asumiendo, cada vez en mayor número, la jefatura de los hogares, lo que las ha obligado a incorporarse cada vez en mayor número a la actividad económica, no ya como signo de liberación, sino por imperiosa necesidad. Esto, aunado al desmantelamiento de la seguridad social, ha echado sobre los hombros de las mujeres la responsabilidad de actuar como madre, como padre, como proveedora del hogar, y a desempeñar doble o triple jornada de trabajo para lograr sobrevivir.

Aun cuando las mujeres tengan marido o pareja, la situación de pobreza, como ya se dijo, obliga a ambos a trabajar. Como el ingreso que logran no alcanza para cubrir las necesidades básicas de la familia, ésta, como también se dijo arriba, se ve obligada a recurrir a los hijos e hijas menores para incrementar el ingreso familiar. La mujer, que tiene que hacerse cargo además de la actividad económica, del cuidado y crianza de los hijos, no cuenta con apoyo estatal (por ejemplo guarderías insuficientes o no hay acceso a ellas por el desempeño en el sector informal de la economía). La falta de redes de solidaridad social le dificultan también a la mujer insertar a los hijos e hijas en el sistema escolar, y encuentran difícil también acceder a los servicios de salud. Aunque puedan ingresar a los hijos a la escuela, el hecho de que éstos tengan que trabajar y además colaborar en las tareas domésticas para ayudar a la madre, sobre quien recaen principalmente estas tareas, los obliga a desertar. Los múltiples roles que la mujer desempeña la obligan, aunque no quiera, a descuidar la atención de los hijos, tarea que a veces delega en los propios hijos y hasta en personas ajenas a la familia, cuando no cuenta con ésta. Esto, aunado al hecho de que los hijos e hijas se desempeñan también en el sector informal de la economía, principalmente en las calles, comienza a configurar en la familia el proceso de expulsión y/o abandono del hogar por parte de los hijos e hijas.

INTRODUCCIÓN

El problema de los niños¹ en la calle

Esta situación, lejos de disminuir, según el Fondo de Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), crece a un ritmo aproximado de 6% anual, y es abordado por instituciones públicas con relación a programas establecidos de antemano, o por organizaciones no gubernamentales con fines altruistas, que generalmente orientan sus acciones a la rehabilitación y poco a la prevención de esta situación (Sandoval: 1998: 9-12).

El problema ha sido abordado por una gama amplia de profesionales: médicos, sacerdotes, trabajadores sociales, etc. Los estudios que realizan sobre el problema son tan diversos como el desarrollo somático de estos menores, los alimentos que consumen, el grado de desnutrición que presentan, las enfermedades que padecen, las drogas que usan, las percepciones económicas que logran, etc. pero poco se han ocupado por reflexionar sobre la institución social a la que estos menores se adscriben desde su nacimiento: la familia. No puede decirse que ésta haya sido descuidada como tema de estudio. La bibliografía a escala internacional enumera más de 12 mil títulos publicados a lo largo del siglo XX hasta 1964 (250 títulos relativos a la historia de la familia) (Gonzalbo, 1993: 43). En la última década de este mismo siglo, según Théry, sobre la base de fuentes norteamericanas se escribieron 600 informes de investigación, 135 libros y artículos dedicados al público en general, y 95 artícu-

¹ Con este sustantivo aludo a ambos sexos.

los científicos (Cicchelli, 1999: 91-92). Pero revisando la literatura sobre el tema en México, encontramos que son pocos los ubicados en un contexto de pobreza, y no encontramos de familias con niños en la calle. Hay estudios sobre éstos, pero no de las familias que generan este tipo de niños. Esto no quiere decir que no existan trabajos sobre este tópico, quizá sólo indica la necesidad de insistir en una revisión más exhaustiva para acceder a ellos. Lo anterior significa que no contamos con suficientes antecedentes que permitan comprender cabalmente el entramado social del que resulta el problema de los niños en la calle. Esto nos motivó a hacer un estudio: “familias con niños en la calle de la Zona Metropolitana de Guadalajara (ZMG)”,² con el propósito de conocer cuál es el proceso de estructuración de estas familias y su dinámica interna, y dar respuesta a la pregunta: ¿por qué y cómo las familias se convierten en expulsoras de niños a la calle?

La socialización de los hijos³ en la familia

Mediante la interacción familiar, los niños van internalizando las estructuras de comportamiento del grupo al que pertenecen, observando y experimentando todo un conjunto de pautas culturales y normas de acción que van interiorizando en el transcurso de su desarrollo. El clima afectivo que se establece en las interacciones familiares propicia que los niños aprendan a desarrollar estados afectivos sancionados como “apropiados” en su contexto de origen. Con estas representaciones mentales “aprendidas”, los niños y las niñas construyen e internalizan una visión del mundo y unos modos congruentes de percibir la realidad concreta y tenidos por válidos en su contexto, y que van a poner en práctica como recursos necesarios para vivir en un medio concreto: modos de vestirse, de higiene, de alimentarse, de comuni-

² Guadalajara, Tlaquepaque, Zapopan y Tonalá.

³ Sustantivo con que también aludo a ambos sexos.

carse con los demás a través de la adquisición de un lenguaje que les sirve de instrumento para una comprensión peculiar del mundo, de unas específicas normas de relación, así como de unas determinadas creencias y un sistema de valores (Aznar, 1995: 8-13, 16, 22). Entender el desarrollo de los niños como un proceso de cambio que resulta de su interdependencia y su contexto, subraya la importancia que tienen las relaciones entre el desarrollo infantil y los diferentes contextos culturalmente determinados en los que discurre su vida. Los diferentes estímulos a que se someten varían según el entorno socioeconómico y cultural en el que se desenvuelven los distintos grupos sociales en los que se ubican sus familias (*idem*).

La socialización se efectúa en el contexto de una estructura social específica. Su contenido y grado de éxito tienen condiciones y consecuencias socioestructurales. El análisis microsociológico o sociopsicológico de los fenómenos de internalización debe tener siempre como trasfondo una comprensión macrosociológica de sus aspectos estructurales (Berger y Luckman, 1993: 204).

Interacción entre los niveles macro y microsocioal

La familia es la principal responsable del desarrollo integral de los hijos. Constituye para ellos el marco situacional donde tienen lugar sus procesos de adaptación psicológica y de ajuste emocional. En esta perspectiva, el origen del problema de los niños en la calle radica en la familia, pero ésta no existe en el vacío social. Constituye el punto focal de las estructuras sociales en general y, como todo proceso social, resulta de la interacción de factores estructurales y culturales. Es cierto que en la unidad de comportamientos y actitudes de los individuos influyen en los hechos externos, pero los esquemas estructurales más esenciales que se imponen a éstos son los elementos adquiridos en el seno familiar y conforman la personalidad de los nuevos miembros de la familia (Gattaz, 1997). Ésta es un universo generador de un conjunto de disposiciones socioculturales que transmite a sus miem-

bros. Dentro de este campo cultural, el individuo construye su propia representación del mundo en el cual da sentido a su vida y asume una actitud ante ésta, fundamentada en una dimensión ética y social. Construye una manera de entender, vivir y sentir el mundo, un estilo de vida, una moral, una identidad (entendida como un sistema de relaciones y representaciones socioculturales), en un complejo proceso paulatino de incorporación y apropiación simbólica que se construye por interacción social (Covarrubias, 1996).

Son esas visiones del mundo que Bourdieu llama *habitus*, las que determinan el comportamiento de los individuos motivándolos. Pero esa construcción opera bajo coacciones estructurales, porque las estructuras mentales a través de las cuales aprehenden su mundo, son producto de la interiorización que hacen de las estructuras del mundo social. Por ello, tienden a percibir el mundo como "evidente" y a aceptarlo mucho más ampliamente de lo que podría imaginarse. Así, las estructuras objetivas son el fundamento de las representaciones subjetivas, y constituyen las coacciones estructurales que pesan sobre las interacciones que esconden las estructuras que en ellas se realizan. Esto es, lo visible esconde lo invisible que lo determina (Bourdieu, 1987: 127-142). Las estructuras de opciones a que se enfrentan los individuos les son dadas a partir de sus condiciones reales de vida, pero tienen un margen de elección dentro de los límites fijados. Las familias y los individuos son agentes activos que en coyunturas específicas pueden organizarse para enfrentar y transformar sus condiciones materiales de existencia. Los individuos, al realizar determinada acción, no necesariamente siguen unas reglas establecidas, sino que actualizan esas reglas, las interpretan y las adaptan a sus nuevas circunstancias. Si se quiere comprender el efecto que tiene la clase social en el comportamiento de los individuos, se debe reconstruir la forma en que las condiciones objetivas estructuran las opciones posibles de comportamiento para las personas localizadas en relaciones de producción complejamente definidas (Giménez, 1988: 260-261, 267, 272-273).

El hombre vive en una sociedad en la que diariamente participa, y se mueve en diferentes grupos para satisfacer sus necesidades biológicas, psicológicas y sociales. El grupo más importante en este sentido es la familia: ésta interpreta las propuestas culturales de la sociedad en la que se halla inserta, las reformula de acuerdo con su propia cultura según la clase social a que pertenece, y las transmite a sus miembros en el proceso de socialización con la finalidad de moldear a los que nacen de acuerdo con los valores de los que se van a morir. Es así como la familia se convierte en el lugar en donde, en los actos de todos los días, se interpreta y redefine la cultura que se transmite a las nuevas generaciones (Aznar, 1995: 7-10, 12-15).

La familia constituye un ámbito privilegiado de interacción entre los individuos y las estructuras. Todo cambio en el contexto familiar provoca en la familia un proceso de ajuste y de adaptación de sus miembros a las nuevas condiciones externas e internas, para conservar la homeostasis en medio del interjuego entre dos fuerzas contradictorias: la capacidad de transformación que lleva al cambio y la tendencia a la conservación que mantiene la constancia (Eguiluz, 2003: 4-5). Debe ponerse, por tanto, atención a los elementos y procesos que transformándose permanecen, así como aquellos que permaneciendo propician procesos de ruptura (Osorio, 2001: 34). A través de la mediación de la familia, que funciona como mediadora entre lo social y lo individual, pueden ser comprendidas las interrelaciones e interacciones entre el mundo económico-social y el modo de vida de los individuos particulares. Esta postura nos llevó a articular el análisis macrosocial con el microsocio, donde se ponen de relieve las relaciones e interacciones del núcleo familiar.

En el aspecto macrosocial buscamos profundizar en los cambios que se están dando en diferentes ámbitos de nuestra realidad social, cuyo eje central lo constituyen las transformaciones económicas generadas por el agotamiento del modelo de desarrollo sustentado en el Estado de bienestar, y la puesta en práctica de políticas de ajuste y reestructuración económica, que han

ocasionado descensos importantes en los niveles de vida de las familias, como consecuencia, fundamentalmente, del desempleo y la caída de los salarios reales. Situación que ha obligado a las familias, sobre todo de los sectores populares, a la implementación de diversos mecanismos de reproducción cotidiana que están incidiendo en su desestructuración, y que se acompaña de una pérdida de su función socializadora.

En tanto que es en el seno de las familias en donde se gestan y se viven los procesos y situaciones que van arrojando a los niños a la calle (Reese, 1998: 47), en el aspecto microsocioal nuestro centro de atención son las situaciones que se están dando en las familias, especialmente en torno a la socialización de los hijos, que resultan de múltiples condicionantes que se gestan en diferentes ámbitos y niveles de la realidad social. Las familias estructuran su modo de vida a partir de imperativos socioeconómicos cuyo impacto se ve reflejado no sólo en las condiciones materiales en las que viven, sino también en la estructura y organización familiar. Gobiernan sus interacciones basadas en las tradiciones que les son heredadas, en las orientaciones proveídas por la cultura y la estructura del sistema socioeconómico en el cual viven, todo lo cual representa su contexto ecológico y cultural (*idem*).

De esta manera, nuestro estudio de familias de la ZMG que expulsan niños a la calle se centra en las repercusiones que los cambios macroeconómicos están generando en aquéllas. Hacer inteligible las formas de funcionamiento de estas familias, como consecuencia de los cambios externos que repercuten en su función socializadora, nos llevó a la necesidad de enlazar los factores estructurales y culturales, con base en la idea de que lo general y lo particular son momentos en el proceso de aprehensión de la realidad (Osorio, 2001: 20). Con la finalidad de enlazar los factores estructurales con los culturales, seleccionamos de nuestro objeto de estudio dos dimensiones como campos de observación: “las condiciones materiales de vida” de estas familias y sus “condiciones socioculturales”, para hacer inteligible cómo estas di-

mensionen condicionan la socialización de los hijos y los expulsan del seno familiar.

Por condiciones materiales de vida entendemos el nivel de vida que tiene un individuo, un grupo social o la sociedad en su conjunto en torno a insumos básicos, como la vivienda, la salud, la alimentación y la educación, principalmente. El concepto de nivel de vida sintetiza los elementos básicos de bienestar a que todo ser humano tiene derecho, como protegerse del medio ambiente, nutrirse, escapar de la enfermedad y el acceso a la educación, entre otras cosas. Esta idea nace de la declaración de los derechos humanos y de la concepción de lo que constituye una vida digna coherente con el desarrollo alcanzado por la humanidad (Boltvinik, 1994: 1, 9, 43).

Por condiciones socioculturales entendemos el conocimiento, hábitos, costumbres y formas de vida adquiridas o aprendidas en la familia. El conocimiento aquí no se limita al formalmente legitimado por las instituciones convencionales como la escuela, sino que incluye también la transmisión de ideas, creencias, etc. hecha de padres a hijos y de generación en generación.

Universo de trabajo y muestra

Dada la dificultad para localizar a las familias de niños en la calle, por la escasa confiabilidad de los datos proporcionados por estos menores respecto a su lugar de residencia, recurrimos al registro más serio que hay de estas familias en la ZMG: el del Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF) en Jalisco. Dicho registro estaba conformado por 455 familias con 648 niños en la calle, y fue el que consideramos como universo de trabajo, de él obtuvimos una muestra (de 82 familias) estratificada proporcional entre los cuatro municipios que conforman la ZMG, con un grado de confiabilidad de 90%. De esta manera, la muestra no es estrictamente representativa de las familias con niños en la calle de la ZMG, pero sí del universo registrado en el DIF Jalisco (ver cuadro 1).

Cuadro 1
Universo de trabajo y muestra

Municipios	Universo familias	Niños	Muestra familias
Guadalajara	262	428	47
Zapopan	75	77	14
Tonalá	74	76	13
Tlaquepaque	44	67	8
Totales	455	648	82

Fuente: elaboración propia con datos del DIF Jalisco para la obtención de la muestra, 2001.

Recolección de la información

Para la recuperación del conocimiento de las condiciones materiales de vida, aplicamos una encuesta a la muestra de 82 familias con niños en la calle de la ZMG, la cual complementamos con la investigación documental para la utilización de datos estadísticos y demográficos, así como con la observación no participante, para dar cuenta de las formas específicas de existencia social de este grupo. La reconstrucción de los datos obtenidos nos permitió hacer una caracterización de estas familias. Para recuperar el conocimiento acerca de la socialización de los hijos en estas familias, entrevistamos a siete madres de entre 30 y 39 años de edad (más de la mitad de la muestra se encuentran en este rango de edad), casadas o unidas, con escolaridad no mayor de primaria (70%).

La razón para entrevistar a las madres se debe a que en nuestro medio conviven más con los hijos y culturalmente tienen una gran importancia en la socialización de éstos, en la cual casi no se involucran los padres varones. Aunque menos de un tercio son casadas o unidas, éstas son las que más han incrementado su participación económica, y el hecho de que trabajen es un factor que incide en la débil socialización de los hijos, en tanto la carga que significan los múltiples roles y jornadas que se ven obligadas a desempeñar por necesidad, les resta tiempo, aunque ellas no lo quieran, para atender a los hijos.

De esta manera, este estudio, articulando el análisis macrosocial con el microsocioal, y combinando la investigación cuantitati-

va con la investigación cualitativa, al incorporar elementos estructurales, individuales y familiares, como factores explicativos de la forma en que la combinación de estos elementos condiciona la socialización de los hijos y su integración al seno familiar o su expulsión del mismo, ofrece, con base en los resultados logrados, elementos para entender mejor por qué y cómo las familias se convierten en expulsoras de niños a la calle.

El trabajo está estructurado en 4 capítulos. En el primero se hace un análisis del contexto económico, social, político y cultural en el actual mundo globalizado. Se alude al desmantelamiento del Estado de bienestar y a su sustitución por el nuevo modelo capitalista neoliberal; a algunas de las consecuencias del nuevo modelo de desarrollo, sobre todo con respecto a la acumulación de la riqueza, la disminución de la inversión productiva, la reducción del gasto público, el incremento del desempleo y la difusión de la pobreza, así como a algunas reacciones que el nuevo modelo ha generado.

El capítulo 2 está centrado en las discusiones teóricas acerca de la evolución histórica de la familia nuclear y se hace referencia a algunos cambios importantes que están sufriendo las familias contemporáneas como consecuencia de los movimientos sociales y los cambios económicos y científico-tecnológicos del siglo XX. Se presenta una imagen histórica de la familia en México y se mencionan algunas estrategias utilizadas por las familias pobres urbanas de México para afrontar la crisis económica.

En el capítulo 3 se aborda la familia como transmisora del capital cultural a las nuevas generaciones. En él se pretende mostrar cómo los cambios económico sociales que se han venido dando en la historia reciente del país, están provocando en las familias modificaciones que las tensionan y conflictos que se reflejan en la modificación de valores, en la aparición de otros, y cambios en las concepciones de elementos tradicionales de la vida social y cotidiana, que pueden provocar la ruptura de los hijos con el núcleo familiar y su "huida" a la calle.

En el capítulo 4 nos referimos a algunas características de las familias pobres urbanas de México y en concreto de las familias con niños en la calle de la ZMG; al deterioro de sus condiciones materiales de vida, que está afectando sus formas de reproducción cotidiana, desorganizándolas y reorganizándolas, lo que se manifiesta en una pérdida de sus tradiciones culturales y en una disminución de su capacidad educativa, con la consecuente repercusión negativa en el desarrollo de los hijos.

En este capítulo intentamos exponer las condiciones macro que inciden en el ambiente microfamiliar, para explicar cómo el nuevo modelo de desarrollo económico neoliberal, que está afectando a la sociedad en general, tiene importantes repercusiones en las familias, principalmente en aquellas pertenecientes a la clase trabajadora, empobrecidas por la disminución del ingreso familiar debido al desempleo que se origina por la entronización del mercado y la reducción del gasto público, consecuencia del desmantelamiento del Estado de bienestar.

El nuevo paradigma de desarrollo

Desde principios de los años 60 y mediados de los 70 del siglo pasado empezó a surgir un nuevo mundo originado en la coincidencia histórica de tres procesos: la revolución de la tecnología de la información, la crisis económica y el florecimiento de movimientos sociales que se desencadenaron casi simultáneamente en todo el mundo. Estos movimientos, de carácter fundamentalmente libertario, no fueron reacciones a la crisis económica, de hecho surgieron en pleno apogeo del crecimiento sostenido como una crítica a la autoridad arbitraria, la injusticia y la sociedad de consumo; surgieron como un rechazo a la transmisión ordenada de los valores establecidos como el patriarcado, el tradicionalismo religioso y el nacionalismo. Aunque en términos generales coexistieron con la revolución de la tecnología, ésta estaba en buena parte ausente de los valores y las críticas de la mayoría de ellos, si se exceptúan algunas contra la deshumaniza-

ción del maquinismo y la oposición a los perjuicios de la energía nuclear. De la interacción de estos procesos y de las reacciones que desencadenaron, brotaron las ideas que serían la fuente de movimientos como la defensa de los derechos humanos, del feminismo y la liberación sexual, de la lucha por el ecologismo, de la igualdad étnica y de la democracia de base. Si bien estos movimientos fueron frecuentemente protagonizados por estudiantes, no eran sólo movimientos estudiantiles, ya que se extendieron a toda la sociedad, sobre todo entre los jóvenes, y sus valores reverberaron en todas las esferas de la vida. Aunque con frecuencia adoptaron expresiones ideológicas marxistas en sus vanguardias militantes, en realidad tenían poco que ver con el marxismo o incluso con la clase obrera. Eran, en esencia, movimientos culturales deseosos de cambiar la vida más que de tomar el poder. Estos movimientos fueron derrotados en la política porque, como la mayoría de los movimientos utópicos, nunca pretendieron esa victoria, aunque muchas ideas y algunos de sus sueños germinaron en las sociedades, y florecieron como innovaciones culturales en los años 90, cuando las crisis de legitimidad de las instituciones desdibujó el sentido de la política democrática. El espíritu libertario de estos movimientos influyó en la tendencia a los usos individualizados de la tecnología, y aunque indujeron algunas huelgas obreras (Francia) e influyeron en la izquierda política (Italia), no formaron parte de las políticas de derecha/izquierda. Su separación del movimiento obrero tradicional contribuyó al debilitamiento de los sindicatos, lo que facilitó la reestructuración capitalista. Su aversión al Estado socavó la legitimidad de los rituales democráticos pese a que algunos dirigentes de estos movimientos se convirtieron en renovadores de las instituciones políticas. Aunque fueron movimientos fundamentalmente culturales, tuvieron un impacto en la economía, en la tecnología y en los procesos de reestructuración que siguieron. Las transformaciones en las relaciones de producción, de poder y de experiencia, que conllevan modificaciones de las formas sociales del espacio y del tiempo, condujeron a la aparición de una nueva

cultura. Su cosmopolitismo e internacionalismo establecieron las bases intelectuales para un mundo interdependiente (Castells, 1999, III: 369-374).

Como tendencia histórica, en esta era de la información, las funciones y los procesos dominantes cada vez más se organizan en torno a redes. Éstas constituyen la nueva morfología social de nuestras sociedades, y la difusión de su lógica de enlace modifica de forma sustancial la operación y los resultados de los procesos de producción, la experiencia, el poder y la cultura. Una red es un conjunto de nodos interconectados. Lo que un nodo es, concretamente, depende del tipo de red a que nos refiramos: mercados de la bolsa en la red de flujos financieros, campos de amapola, laboratorios y pistas de aterrizaje clandestinas; instituciones financieras de blanqueo de dinero; bandas callejeras en la red del tráfico de drogas, periodistas, satélites, estaciones de radio, canales de televisión, red de nuevos medios de comunicación que constituyen la base de la expresión cultural y de la opinión pública.

La sociedad red, en sus diversas expresiones institucionales es una sociedad capitalista que determina la relación social en todo el planeta. Capitalismo que además de ser diferente de sus predecesores históricos es global y se estructura en buena medida en torno a una red de flujos financieros en donde los capitales específicos prosperan o fracasan dictando el destino de las grandes empresas, de las economías regionales, de las divisas nacionales, de los ahorros familiares, de los puestos de trabajo, de los salarios, de los impuestos y de los servicios públicos. Desde el punto de vista sociológico y económico no existe una clase capitalista mundial, pero sí una red de capital global integrada cuyos movimientos y lógica variable determinan en última instancia las economías e influyen en las sociedades ¿Qué sucede con el trabajo y con las relaciones de producción en este nuevo mundo del capitalismo informacional global? Aunque las relaciones de producción capitalista persisten más que nunca, y capital y trabajo viven el uno por el otro, no se relacionan entre sí, ya que el

capital global depende cada vez menos del trabajo específico y, cada vez más, del trabajo genérico prescindible (*ibidem*, I: 505-515).

Producto de esta dinámica, el nuevo capitalismo se caracteriza por una tendencia a aumentar la desigualdad y la polarización sociales. El capital es global, el trabajo es local. Éste se individualiza cada vez más. Se desagrega la relación del trabajo. Se fragmenta su organización. Se difumina su existencia. Se divide su acción colectiva. Las relaciones de producción quedan desconectadas de su existencia real, y se reintegra su resultado mediante una multiplicidad de tareas interconectadas en emplazamientos diferentes, marcando la entrada a una nueva división del trabajo basada en las capacidades de cada trabajador más que en la organización de las tareas. El trabajo pierde su identidad colectiva. Disuelve ésta en una variación infinita de existencias individuales. Individualiza las condiciones laborales, sus intereses, sus proyectos. Con esta individualización del trabajo que socava su organización colectiva, los sectores más débiles de la mano de obra quedan abandonados a su suerte. Tras el desmembramiento del llamado socialismo real en la Unión Soviética y la desaparición del estatismo como sistema, en menos de una década este capitalismo prosperó en todo el mundo y profundizó su penetración en los países, las culturas y los ámbitos de la vida. Es un capitalismo diferente al que se formó durante la revolución industrial o del que surgió en la depresión de los años 30 y después de la Segunda Guerra Mundial en la forma de keynesianismo económico y el Estado de bienestar. Es una forma endurecida de capitalismo en cuanto a fines y valores, pero más flexible que cualquiera de sus predecesores en cuanto a medios. Es un capitalismo informacional orientado a la globalización, para generar riqueza y apropiársela de manera selectiva, incorporado más que nunca a la cultura y la tecnología. Pero esta vez tanto la cultura como la tecnología dependen de la capacidad del conocimiento y la información para actuar sobre el conocimiento y la información, en una red recurrente de intercambios globalmente conectados (*ibidem*, III: 371-373).

La globalización ha hecho posible que los capitalistas que manejan la economía transnacional desempeñen un papel clave en la configuración no sólo de la economía mundial, sino también de la sociedad global en su conjunto. Los capitalistas transnacionales, de manera "suave y normal", han tomado los centros materiales vitales de las sociedades modernas, minimizando los estados nacionales, a quienes, por un lado, les exigen infraestructuras más favorables para sus empresas, y por otro se niegan a pagarles impuestos al exigirles condiciones impositivas más benignas. La política de la globalización pretende eliminar no solamente las trabas de los sindicatos, las trabas a la inversión, la normatividad ecológica, asistencial y fiscal, sino también las de los estados nacionales; restar poder a las políticas estatales nacionales obviando gobiernos, parlamentos, jueces y opinión pública; dismantelar el aparato y las tareas estatales con miras a la realización de la utopía del anarquismo mercantil del Estado mínimo, y servirse de los estados nacionales en contra de ellos mismos.

Por su poder económico, las empresas transnacionales que "castigan" a los países "careros" o "poco amigos de sus inversiones", pueden invertir en un país, producir en otro, o pagar impuestos en un tercero según les resulte más ventajoso por las altas tasas de interés, o más atractivo por la mano de obra barata, o menos oneroso para pagar sus impuestos. De esta manera, mientras que las empresas multinacionales que registran beneficios astronómicos y eluden toda responsabilidad pueden eludir el fisco del Estado nacional, las pequeñas y medianas empresas, que son las que generan la mayor parte de los empleos, se ven asfixiadas por las infinitas trabas y gravámenes de la burocracia fiscal.

Es así como la globalización priva a la sociedad de sus recursos materiales (capital, impuestos, empleos), y de manera al parecer legal, pero ilegítima, está socavando el bien general que tanto proclama. Al tiempo que los políticos de los estados nacionales tienen que justificar cifras cada vez más altas de desempleo y elevan los impuestos con la vana esperanza de que con la mayor riqueza de los ricos se generen al menos unos cuantos pues-

tos de trabajo. Así, las economías “nacionales” se están volviendo ficticias, de manera que la prosperidad de una industria “nacional” no coincide con la prosperidad de los ciudadanos nacionales (Beck, 1998: 15-23). La desaparición gradual del Estado de bienestar bajo el impacto de la individualización del trabajo, la globalización de la economía y la deslegitimación del Estado, priva así de una red de seguridad a la gente que no puede alcanzarla de manera individual (Castells, 1999, III: 378).

A este respecto, Hayek dice que el mercado libre no siempre opera a la perfección, pero que sus beneficios superan con creces sus desventajas. Que el mercado libre puede garantizar la coordinación de las decisiones de los productores y los consumidores sin la dirección de una autoridad central; que cada persona pueda buscar sus propios fines con los recursos a su disposición; el desarrollo de una economía compleja sin una elite que proclame saber cómo funciona todo. Que el libre comercio no conoce las fronteras nacionales y que opera en las formas más eficientes sin restricciones artificiales que le estorben. Puesto que las funciones públicas en el sistema de mercado descansan en las manos de los hombres de negocios, los empleos, los precios, la producción, el conocimiento, los niveles de vida y la seguridad de todo el resto de la población dependen de su poder. Por tanto, la principal función del gobierno es velar para que los hombres de negocios puedan desarrollar sus actividades.

El sistema de propiedad e inversión privadas crea exigencias objetivas que es menester cumplir si se quiere mantener el desarrollo y el crecimiento económico. Por consiguiente, los gobiernos deben afanarse por contribuir a la rentabilidad y prosperidad del sector privado. Por su propia estabilidad deben preservar el proceso de acumulación, lo cual significa, por lo menos, asegurar la compatibilidad de las políticas económicas con los imperativos del sector empresarial y de los mercados de capital internacionales. Así, la legitimidad de los gobiernos está estrechamente vinculada al éxito de estas medidas, pues dependen del sector privado para satisfacer las demandas de sus consumidores. Por ello deben

seguir una agenda política que favorezca el desarrollo de empresas privadas y el poder de las corporaciones.

Establece Hayek así los contornos de una sociedad de libre mercado y de un "Estado mínimo" cuya intervención debe limitarse a la provisión de las reglas que los individuos puedan emplear como instrumentos en la búsqueda de sus diversos fines. Toma estos medios como sinónimo de organizaciones no directivas que suministran un marco estable y predecible para la coordinación de las actividades individuales. La autoridad del Estado, como un aparato que los ciudadanos deben respetar y obedecer, se situaría por encima de los intereses particulares, en el sentido de que no tendría poder para legislar en el ámbito de los fines específicos de los individuos. De esta manera la democracia queda empotrada en un sistema socioeconómico que garantiza la posición privilegiada de ciertos intereses: los de los capitalistas. Las corporaciones de negocios gozan de un poder estructural desproporcionado sobre la comunidad política y sobre la naturaleza de los resultados democráticos. En este contexto, la teoría y la política democráticas afrontan un gran desafío que pone al descubierto un conjunto de fuentes de tensión entre la democracia y el capitalismo. Las restricciones sobre las instituciones gubernamentales y estatales limitan de forma sistemática las opciones políticas (Held, 1997: 285-309).

Para entender la magnitud de las desventajas de la globalización y las posibilidades de sus beneficios, resulta conveniente referirnos a la diferenciación que hace Beck de los conceptos globalidad, globalización y globalismo.

La globalidad

Tal concepto quiere decir que vivimos en una sociedad mundial en la que ningún país vive al margen de los demás. A partir de esto, nada de cuanto ocurra en el planeta podrá ser un suceso localmente delimitado, sino que todos los descubrimientos, victorias, catástrofes, etc. afectarán a todo el mundo. La globalidad significa, por un lado, un conjunto de relaciones de poder orga-

nizadas de manera no nacional, estatal, y por otro, la experiencia de vivir y actuar por encima y más allá de las fronteras. La estructura monocéntrica de poder de los estados nacionales rivales ha sido sustituida por un reparto de poder policéntrico que hace que una gran pluralidad de actores nacionales y transnacionales, compitan o cooperen entre sí. Se está produciendo una paulatina universalización de modos de vida, de comportamientos y de símbolos culturales. Esto exige, entre otras cosas, una nueva comprensión de la movilidad de la propia vida, que traspasa fronteras entre países, continentes, culturas, religiones, color de piel, etc., y supone, entre otras cosas, crisis y guerras percibidas desde un punto de vista global, utilización militar y pacífica de la energía atómica, destrucción de la naturaleza, formas de producción transnacional, competencia del mercado de trabajo, informes mundiales, etc. Esto a su vez significa que la totalidad de las relaciones sociales (económicas, culturales, políticas, etc.) no están integradas en la política del Estado nacional, ni están determinadas (ni son determinables) sólo a través de ésta (Beck, 1998: 28, 30, 47, 50, 146).

La sociedad global tiene dos caras en recíproca competencia: la sociedad de los estados nacionales y la de las múltiples organizaciones transnacionales. En las sociedades nacionales todas las prácticas sociales: producción, mercado local, economía, cultura, historia nacionales están acuñadas, delimitadas, reguladas, racionalizadas, desde el punto de vista nacional. El Estado nacional aduce el territorio como contenedor de la sociedad, mientras la cultura local vincula ésta a un territorio concreto, y parte del supuesto de que la cultura resulta de procesos históricos locales. Los espacios sociales transnacionales suprimen la vinculación de la sociedad a un lugar concreto, lo cual no significa que no tengan ninguna vinculación local. Los estados nacionales no existen sin sociedades mundiales, y éstas sin aquéllos ni sociedades nacionales. La visión nacional estatal de la sociedad se sustituye por formas de vida transnacionalmente integradas por espacios de acción social que traspasan las fronteras (cultura trans-

nacional): posibilidades de acción de movimientos sociales transnacionales, posibilidades de realización de una política cultural transnacional, persecución de la criminalidad transnacional, etc. (*ibidem*: 49, 52, 57, 99, 101, 148).

Nuestras propias vidas se han globalizado. La transnacionalización crea nuevos nexos entre culturas, hombres y lugares, y cambia con ello nuestro entorno cotidiano. Lleva a nuestros supermercados productos hasta ahora poco conocidos. Con ella nos llegan matrimonios entre personas de distintas nacionalidades. Familias con padres que no hablan el mismo idioma o no pertenecen al mismo grupo cultural, etc. La comunicación electrónica posibilita la toma de contacto activa, simultánea y recíproca entre actores individuales pasando las fronteras de cualquier país o continente. Compramos desde casa a través de la computadora. Seguimos la pista a sucesos políticos y culturales por todo el planeta sin salir de casa.

El Estado nacional sigue conformando el punto de referencia como unidad nacional. Los espacios transnacionales son un instrumento fundamental de su supervivencia a condición de conceder cuotas de soberanía y de obtener más voz en los asuntos mundiales (Castells, 1999, III: 350-351). Mediante la colaboración recíproca entre los Estados surge un *plus* de soberanía que favorece la concentración de poder transnacional y a los estados nacionales unidos por ésta (Beck, 1998: 71, 111, 113, 145, 149, 155, 159).

Globalización

Existe una idea de la globalización que la considera como una fuerza natural, que reduce las sociedades a economías, éstas a mercados, y éstos a flujos financieros. Es una racionalización burda de intereses capitalistas difundidos con más vehemencia por los ideólogos capitalistas que por los propios capitalistas, ya que muchas empresas poseen una visión mundial lo suficientemente amplia para comprender su responsabilidad social y la necesidad de conservar la estabilidad social. Más que la constitución de un

mercado único global, es el movimiento global de la inversión y la constitución de redes de producción, a través de las fronteras, lo que caracteriza el proceso de globalización (Castells, 1999, III: 355-358). La globalización implica los procesos en virtud de los cuales los estados nacionales se entremezclan e imbrican mediante actores transnacionales y sus respectivas probabilidades de poder, orientaciones, identidades y entramados varios. Así, la globalización se puede describir como un proceso que crea vínculos y espacios sociales transnacionales con actores, instituciones y acuerdos también transnacionales. También significa desnacionalización, pero también posible transformación del Estado nacional en uno transnacional. La posibilidad de que surjan estados transnacionales como respuesta a la globalización, supone variaciones en los planos económico, militar, político y cultural. Con el choque de la globalización, los estados nacionales se ven forzados a elevar sus capacidades de control y a la vez a delegar los medios de poder a instancias cooperativas transnacionales, ya que sólo de este modo pueden ampliar y renovar sus oportunidades de influencia, en cuanto que estados particulares posnacionales que cooperan con otros. Es el propio interés estatal lo que fuerza la renuncia a los propios intereses nacionales.

La globalización significa que la humanidad ha dejado atrás la época de la política internacional que se caracterizó por el hecho de que los estados nacionales dominaban y monopolizaban el escenario internacional. Ahora ha empezado una época de política postinternacional en la que los actores nacionales estatales deben compartir escenario y poder con organizaciones (empresas, movimientos sociales y políticos) internacionales. De esta manera, la globalización no sólo significa deslocalización, sino que además presupone una relocalización (las empresas que producen globalmente deben desarrollar relaciones locales) (Beck, 1998: 25-43, 46-80, 99-116).

Globalismo

Por tal se entiende la concepción según la cual el mercado mundial desaloja o sustituye al quehacer político, esto es, la ideología del dominio del mercado mundial o la ideología del liberalismo. Ésta procede de manera monocausal y reduce las múltiples dimensiones de la globalización (técnicas de comunicación, organización del trabajo, ecológica, cultural, política, de la sociedad civil, etc.) a una sola dimensión: la económica, sólo para destacar el predominio del sistema de mercado mundial. El globalismo, es decir, el proceso de mundialización de la economía, reduce así la nueva complejidad de la globalidad y de la globalización a un solo aspecto, el económico, al cual concibe linealmente como una ampliación constante de los condicionamientos impuestos por el mercado mundial. Los demás aspectos: globalización ecológica, cultural, política, etc. sólo los considera de modo subordinado a la globalización económica. Reduce de este modo la sociedad mundial en términos de sociedad mundial de mercado. El globalismo canta las excelencias del libre comercio mundial. Supone que la economía globalizada resulta muy apropiada para elevar mundialmente la riqueza y disminuir con ello las desigualdades. Defiende la idea de que no se trata de intervenir sino de seguir las leyes del mercado mundial que, lamentablemente, obligan a minimizar el Estado y la democracia. En este contexto, el elevado desempleo obliga a los gobiernos de los países pobres a fomentar una política económica orientada a la exportación, a costa de los niveles de protección social y del medio ambiente, de las generaciones futuras (*ibidem*: 163-170).

De acuerdo con lo dicho, en el momento actual estamos viendo que en el proceso de globalización se ha venido transformando el poder de los estados nacionales. Está surgiendo un nuevo régimen de gobierno y de acción gubernativa que está desplazando la concepción tradicional del poder del Estado como forma de poder público indivisible y territorialmente excluyente. Se está estimulando toda una variedad de estrategias de man-

dato y gobierno que supone un incremento de exigencias a niveles de regulación internacional. El aumento de los problemas transfronterizos crea un estado de cosas en el que las perspectivas de las diversas comunidades políticas son cada vez más interdependientes (Del Álamo, 2001: 1-5). Aunque la globalización también es política, cultura, ecología, etc., se ha reducido casi exclusivamente al aspecto económico. En este sentido, se privilegia sobre el bienestar de la población la estabilidad y expansión del capital, que puede crecer aun con el deterioro del bienestar de la población (Lander, 2001).

El gran capital reestructura a los estados y al sistema mundial de las naciones. Se trata de todo un sistema de dominación y apropiación, que con las técnicas y prácticas de las empresas con sus gerencias, matrices y sucursales, dominan la información, la comunicación, el conocimiento tecnocientífico y su aplicación en la estructuración de subsistemas funcionales sociales, políticos, económicos, militares y financieros, para alcanzar sus fines inmediatos de dominación y maximización de utilidades. Sistema que debilita a quienes se le oponen, recurriendo al empleo de distintos tipos de medidas como la especulación, la fuga de capitales, el desabasto, el cierre de mercados, la negativa de créditos, las devaluaciones monetarias, etc. (González Casanova, 2001: 18-20).

Este capital es especulativo y se desplaza a los lugares en que parece que la moneda vaya a estabilizarse con una tasa de desempleo elevada y un crecimiento económico bajo, por lo que es probable que no vayan a producirse presiones inflacionarias. Dos billones de dólares circulan diariamente en el mercado financiero sin casi ninguna correspondencia con el aparato productivo, pues al menos 95% de este flujo financiero no tiene nada que ver con el aparato productivo, esto es, no genera empleos. Los negocios son financieros y no productivos. El peor enemigo de este capital es el crecimiento potencial. Por ello posee un efecto de reducción del crecimiento económico y del empleo. Se pretende básicamente que el desempleo aumente, puesto que, cuando así

sucede, los costos laborales disminuyen y hay una presión menor para el incremento salarial. La Organización Internacional del Trabajo (OIT) señala la presencia de gran estrés en el trabajo, debido a la presión que existe sobre los trabajadores, las malas condiciones de trabajo, y porque nadie sabe si trabajará mañana. Pero este alto sentido de inseguridad en el trabajo es atractivo para el capital globalizado porque es benéfico para aumentar la productividad. El interés de la clase dominante es aprovecharse de la crisis fiscal de los estados para minar el contrato social: hacer retroceder las ventajas conseguidas en materia de bienestar, los derechos sindicales, laborales, etc. Cuando las gentes se reúnen pueden lograr mucho, por eso el esfuerzo de destruir la asociación de personas: sindicatos, etc. (Chomsky, 1997: 110-111).

Esta globalización económica ha puesto en cuestión la capacidad de los estados nacionales para afrontar con éxito los ingentes retos implicados en desigualdades sociales crecientes. Buena parte de los gobiernos del mundo parece incapaz de otra cosa que disciplinarse, con mayor o menor fortuna, a las exigencias de una lógica financiera insensible ante sus tremendos costos sociales. Se hace patente la impotencia de los gobiernos más diversos para afrontar con éxito los retos aparentemente contradictorios de hacer crecer la economía y evitar, o al menos amortiguar, los flagrantes deterioros sociales provocados por políticas económicas atractivas para el capital internacional. En el momento actual, en América Latina los gobiernos no pueden controlar la economía porque está en manos de la iniciativa privada, la cual entrega todo al gran capital. Los gobiernos han perdido su capacidad de negociación frente a los mercados. En este contexto, estamos presenciando también una reducción importante del Estado de bienestar (Salazar, 2001: 139-140).

El neoliberalismo económico

Este modelo económico surge como escuela dominante ante el agotamiento del Estado de bienestar. La difusión de sus propuestas ha sido tal, que pocos rincones del orbe se salvan de su influencia (Cadena, 2002: 4, 6-9). En términos generales, el modelo contempla dos grandes principios: el de Adam Smith, que defiende el libre mercado en lugar de la planificación estatal, pues dice que toda participación del Estado en la promoción del desarrollo económico es nociva; y estas mismas ideas desarrolladas por David Ricardo, en el sentido de que los países logran mayor riqueza y prosperidad si se abren al libre comercio con el exterior (Calva, 1997: 12). Estos dos economistas fueron los primeros en postular la libertad económica como condición necesaria y suficiente del progreso material de los pueblos (Ramales, 2002: 1-2).

Otro economista importante para este modelo de desarrollo económico es Ludwig von Mises, formador de los principales teóricos de esta corriente de pensamiento como Hayek (Montaner, 2000: 1-2). Su punto de partida es que la economía de mercado es un sistema de división del trabajo basado en la propiedad privada de los medios de producción, en el que cada cual actúa de acuerdo a sus propios intereses, de modo que al satisfacer cada quien sus necesidades satisface las de los demás; por eso, siendo éste el único sistema capaz de garantizar la libertad, la democracia y las libertades políticas así como el bienestar de todos, no debe ser obstruido; la intervención del Estado, por tanto, sólo se justifica si busca proteger la economía de mercado. De allí que cualquier intervencionismo que obstruya la libertad que el sistema requiere es condenable (Cadena, 2002: 9-10). Hayek hace una advertencia acerca del peligro que representa la acción interventora del Estado en las relaciones económicas que los individuos y las empresas establecen (Alfonso, 2004: 1).

Milton Friedman dice que el nivel de precios mantiene una relación proporcional fija con la cantidad de dinero, por lo que

el aumento en la oferta monetaria, y por ende de la inflación, conduce a igual crecimiento en los precios, por tanto, la inflación debe combatirse disminuyendo el gasto público, que es oneroso y resultado de la idea equivocada de que el Estado debe procurar el bienestar social, y frenando los salarios indirectamente vía su disminución o directamente a través de la desocupación, la imposición de topes salariales y la desaparición del derecho de huelga y a la sindicación. El desempleo es necesario para la acumulación de capital y juega un papel de ajuste estructural, ya que cuando la tasa de desempleados tiene un nivel "correcto", la inflación permanece estable, por ello no es justificable la intervención del Estado en este sentido, pues debe haber una tasa "natural" de desempleo. La economía, como decía Hayek, tiende siempre, de manera "natural", a un equilibrio general de la tasa de empleo.

Por ello el Estado no debe intervenir en la economía y debe reducir el gasto público. Suponiendo que el sector privado puede destinar los ingresos a fines más rentables para la sociedad, debe eliminar también todo control de precios y salarios, aranceles y las medidas proteccionistas para la industria local porque esto detiene la innovación tecnológica, impulsada por el deseo de ganancia, que es lo que incentiva la producción; debe reducir los impuestos de manera diferencial, es decir, debe gravar menos a quienes más tienen y no al revés, porque esa reducción estimula una mayor inversión, y con ella la producción y el bienestar de la sociedad en su conjunto. Por esto, el Estado debe abandonar el papel de garante de la reproducción de la fuerza de trabajo, dejando a la suerte del mercado la salud y la educación de los miembros de la sociedad, por lo que, insiste, debe eliminar todo tipo de controles y regulaciones del mercado, de protección ambiental, etc., pues todas estas regulaciones sólo aumentan los costos de producción y reducen las posibilidades de competitividad. Las tasas impositivas que gravan la producción y el empleo sólo promueven el ocio al gravar a los que trabajan, mientras se subsidia a los que no lo hacen. De esta manera, la garantía de la econo-

mía de mercado es la garantía de unos cuantos para enriquecerse. Los derechos de los dueños de las empresas son los únicos que cuentan para organizar el mundo en su conjunto, pues los neoliberales creen que el ahorro en los costos de producción, deprimiendo los salarios, no pagando impuestos, seguridad social, etc., se traduce necesariamente en inversión productiva, y también creen que sólo en el crecimiento de las empresas privadas, que al final de cuentas se distribuye, dicen, al conjunto de la sociedad, se encuentra la posibilidad del beneficio colectivo (*ibidem*: 12-14).

La orientación neoliberal es ajena a la idea de la redistribución del ingreso por el gasto público. Cualquier gasto para combatir la pobreza o para promover la igualdad es inútil en la medida que dicho costo será para el conjunto de la sociedad e incentivará la improductividad. Las masas no son creativas, por ello deben ser guiadas en economía y política por los empresarios. También el Estado debe estar dirigido por empresarios o inspirado al menos en la ideología empresarial. Toda actividad no rentable, como la cultura en general, así como toda legislación favorable a los pobres, es prescindible (*ibidem*: 15-17, 37). La solidaridad sólo debe ejercerse en situaciones extremas, de preferencia por organismos privados y de modo muy selectivo. El Estado sólo debe garantizar la eficacia de las transacciones de mercado sin importar sus resultados (Lanzarotti, 2003: 1).

La desregulación, en vez de control estatal, la liberalización del comercio y del tráfico de capitales, así como la privatización de las empresas públicas, pusieron en crisis un paradigma de interpretación social que tenía vigencia en México y en los demás países de América Latina, el modelo económico nacionalista con un Estado benefactor que se cambió por un mercado abierto al libre flujo de capitales. En este contexto, gobernar hoy un país consiste, ante todo, en hacer que su organización económica y social sea compatible con las exigencias del sistema económico internacional, mientras las normas sociales y las instituciones se debilitan (Touraine, 2000: 13).

La principal preocupación de los gobiernos es el crecimiento económico, ignorando los factores sociales, sin preocuparse demasiado de promover, al mismo tiempo, un Estado de derecho y una democracia política. Así, los sistemas nacionales de salud, educación, de protección al medio ambiente y de seguridad pública, entre otros, se convierten en víctimas de un economicismo desenfrenado. La integración de los jóvenes, a la sociedad, ha dejado de ser cosa fácil. Muchos de ellos comienzan a andar a la deriva y a abrazar comportamientos antisociales (Dahrendorf, 1996: 21, 25, 27, 51, 64).

La crisis del modelo actual es consecuencia de su propia victoria; surge de la aplicación rigurosa de sus recetas de mercado. La contraofensiva de los pueblos, desde la revolución democrática en Sudáfrica, pasando por el movimiento de Los sin tierra de Brasil, hasta la rebelión zapatista contra el Estado mexicano, viene construyendo un consenso generalizado de que "así no se puede seguir". Cada paso de la lucha y la resistencia popular ha ido deteriorando la divisa neoliberal del "no hay otro camino", hasta romper la magia perversa de lograr adhesiones entre los más perjudicados. Y no es que hayan logrado generar beneficios reales para las mayorías, sino que habían logrado ilusionar a millones en la idea de que también a ellos les tocaría algo de la "fiesta" (Schulman, 1999: 2, 5).

Aunque el modelo permanece como referencia para quienes desconfían de la intervención del Estado, ante el peso de las crisis financieras mundiales, las conmociones internas y las amenazas exteriores que no podrían ser controladas espontáneamente por el mercado, los propagandistas más dinámicos de las políticas neoliberales, el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI) destacan, por voz de sus dirigentes, la necesidad de reforzar en todos los países la capacidad de intervención del Estado como mediador de los cambios que en todos los órdenes se están produciendo en nuestra sociedad (Touraine, 1999: 96). Sin embargo, hasta ahora nadie parece tener una solución omnímoda, y las respuestas que parecen viables también

parecen inadecuadas con relación a las dimensiones del problema (Dahrendorf, 1996: 72).

Consecuencias de la globalización

En la globalización reducida a la mundialización de la economía, la lógica del mercado, como única guía de las relaciones entre la gente, soslaya los valores y las instituciones de la sociedad. La individualización del trabajo deja solo a cada uno de los trabajadores para negociar su destino frente a las fuerzas del mercado. Esta lógica está provocando el aumento de la desigualdad y de la exclusión en todo el mundo, en el que millones de personas y grandes zonas, tanto en los países desarrollados como en aquellos en vías de desarrollo, están quedando marginadas de los beneficios de la tecnología de la información y de la capacidad de utilizarla y adaptarla, factor decisivo para generar y acceder a la riqueza, el poder y el saber en nuestro tiempo.

La disparidad geográfica en la creación y apropiación de la riqueza, incrementada en las dos últimas décadas, ha ahondado la brecha entre ricos y pobres aumentando y globalizando la pobreza en el mundo. Estamos presenciando una inversión de las conquistas sociales logradas en las sociedades industriales modernas, a raíz de la desregulación a gran escala. La crisis del Estado-nación y de las instituciones de la sociedad civil construidas a su alrededor durante la era industrial, socava la capacidad institucional para corregir el desequilibrio social derivado de la lógica del mercado sin restricciones (Castells, 1999, III: 117, 185).

El Estado, vacío de su representatividad, se convierte en predador de su propio pueblo a manos de sus élites económicas, políticas, militares y burocráticas estatales. El ascenso del capitalismo global ha coincidido con el desmembramiento de economías, desintegración de estados y desmoronamiento de sociedades con resultados de caos social y político, guerras civiles, éxodos, hambruna, epidemias, etc. Aunque cada sociedad afronta sus problemas según su estructura social y proceso político, existe un vínculo

estructural entre la lógica del mercado imperante y estos fenómenos. La acumulación global de la riqueza y la difusión de la pobreza se manifiestan en el hecho de que las familias más ricas aumentaron su renta media anual, mientras que la de los más pobres descendió. 20% de la población mundial más rica incrementó su parte de la renta global de 70 a 85%, mientras que 20% de la población más pobre vio reducir ésta de 2.3% a 1.4% en los últimos treinta años (*ibidem*: 105, 130, 155-156).

Los activos de los 358 multimillonarios del mundo exceden las rentas anuales combinadas de los países con 45% de la población mundial. Según el Informe sobre el Desarrollo Humano del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo de 1996, en 1993 sólo 5 billones de dólares de los 23 del producto global mundial procedían de los países en desarrollo, aun cuando 80% de la población mundial vive en estos países (*ibidem*: 105).

A mediados de los años 90 del siglo pasado, trazando la línea de la pobreza extrema por debajo del consumo equivalente a un dólar estadounidense diario, 1,300 millones de personas (33% de la población del mundo en desarrollo) estaban en pobreza extrema. De ellas, 550 millones vivían en el sur de Asia, 215 en África subsahariana y 150 en América Latina. En esta región y con este mismo criterio, la OIT calculó que la población por debajo de esta línea, en 1990, aumentó de 23 a 27.8%. La mayor proporción de este tipo de pobres se daba en el medio rural con diferentes porcentajes en los distintos países, pero en general con porcentajes elevados, como, por ejemplo, 72% en Perú, 66% en Brasil, 43% en México (*ibidem*: 107).

Mientras que en los países desarrollados es pobre aquel cuyos ingresos son menores a cifras del orden de mil dólares mensuales, en el mundo, aparte de los 1, 300 millones de personas que ganan menos de 30 dólares mensuales, hay 3000 millones más cuyos ingresos son menores a 60 dólares al mes (Kliksberg, 2002a: 64). En América Latina, de acuerdo con la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), en el 2001 había 214 millones de personas en la pobreza y de éstas 92.8 millones se encontraban

en la indigencia. En el 2003 había 225 millones de pobres de los cuales 125 estaban por debajo de la línea de la indigencia (Collado, 2004: 1). Las cifras estimadas por la CEPAL sitúan en el grupo de los países más pobres de América Latina a Honduras con 79.1% de su población en pobreza, a Nicaragua con 67.4%, Paraguay con 61.8%, Bolivia con 61.2%, Guatemala con 60.4%, Colombia con 54.9% y El Salvador con 49.9%. En el grupo de países con índices altos de pobreza están Perú con 49%, Venezuela con 48.5% y México con 43.3%. En medio, entre el grupo de países más pobres y el grupo de países con altos índices de pobreza están Brasil con 36.9%, Panamá con 30.8% y República Dominicana con 29.2% (Pinzón, 2002: 1).

La desintegración de los estados y las sociedades; las crisis de las economías de subsistencia, los mecanismos generadores de pobreza y exclusión social, el desarraigo de las poblaciones por las guerras, la hambruna, las migraciones en busca de trabajo, la separación de las familias, la manipulación ideológica o religiosa, desempeñan su papel en el desmoronamiento de la familia tradicional tras la fachada de fórmulas repetitivas de virtudes que, a veces, han dejado de existir en ella. Todo esto fuerza a las familias y a sus hijos a todo tipo de estrategias de supervivencia. Los padres, empujados por la necesidad, ofrecen a sus hijos para el trabajo cautivo o los envían a las calles (Castells, 1999, III: 108, 179, 186-187).

De esta manera, la sociedad se devora a sí misma en la medida que destruye a sus propios niños, como para perder el sentido de la continuidad de la vida a través de las generaciones, negando de este modo el futuro de los hombres como especie. Es la idea de que no hay futuro ni raíces, sólo el presente. Las elites conservadoras defienden los valores familiares. Hay grandes empresas que respaldan la defensa de los niños, pero el desmoronamiento de las estructuras familiares rompe la última barrera de defensa de los niños, que terminan escapándose del infierno de sus hogares para caer en el de su no-existencia. La oferta de niños que proporciona este debilitamiento de la estructura familiar y esta infancia empobrecida es cubierta, del lado de la demanda, por los proce-

sos de globalización, la interconexión empresarial, la criminalización de un segmento de la economía y las tecnologías de comunicación avanzadas (*ibidem*, II: 184, 186-188).

Según informe de la OIT publicado en 1996, unos 250 millones de niños entre 5 y 14 años de edad trabajaban por un salario en los países en vías de desarrollo, de los cuales 120 millones lo hacían a tiempo completo. Unos 150 millones de estos niños trabajadores estaban en Asia, 80 en África, y 18 en América Latina. Trabajan en la industria del latón en la India; en el tejido de alfombras en Paquistán; en talleres de reparación y carpinterías en Egipto, Filipinas, Turquía, etc. y en millones de lugares como trabajadores domésticos en todo el mundo. El turismo global es una importante fuente de trabajo infantil: botones, camareros, masajistas, cuidadores de caballos en las playas, etc. En ocasiones laboran como trabajadores cautivos en la agricultura comercial (expuestos a fertilizantes y pesticidas), y en otras, como en la India, como parte de un acuerdo de esclavitud por deudas generalmente de los padres. En otras ocasiones trabajan como ayudantes de las mujeres que trabajan en su casa para la industria textil (*ibidem*, III: 176-179).

La pobreza y el trabajo infantil también están en ascenso en los países capitalistas. En Estados Unidos se refiere que hay una estrecha relación entre los cambios en las estructuras familiares y el aumento de mujeres y niños pobres. 22% de los niños estadounidenses viven en la pobreza, la mayor tasa de pobreza infantil en el mundo industrializado. En 1992, en Estados Unidos el Departamento de Trabajo registró 19,943 delitos contra las leyes del trabajo infantil, el doble que en 1980. En este país, en 1993, el Instituto Nacional de Seguridad en el Trabajo estima que cada año 300 niños mueren y 70 mil resultan heridos en el trabajo. El aumento del trabajo infantil, en este país, se atribuye al deterioro de las condiciones de vida de la clase obrera (*ibidem*: 176, 186). Además del empobrecimiento hay muchas razones no monetarias para la explotación de los niños: son menos conscientes de sus derechos, menos problemáticos, están más dispuestos a acep-

tar órdenes y a aceptar un trabajo monótono sin quejarse; son menos proclives al robo, son más confiables, y es menos probable que se ausenten del trabajo. Trabajan por una pequeña recompensa y en condiciones laborales precarias. Se les utiliza en actividades generadoras de ingresos vinculados con la economía criminal: tráfico de drogas, pequeños hurtos y mendicidad organizada (*ibidem*: 177, 181).

Mediante el uso de tecnologías avanzadas y aprovechando la globalización del turismo y la búsqueda perversa del disfrute sexual más allá del consumo sexual normalizado, se les explota en la industria del sexo global. Se les incorpora a la prostitución o a la pornografía electrónica en la red a escala mundial; a veces en empresas legales localizadas en entornos permisivos de alta tecnología como Japón, Dinamarca, Holanda y Suecia. Este fenómeno se da en todo el mundo y por supuesto no existen estadísticas fiables, pero se calcula que hay más de un millón de niños en la prostitución. Unos 200 mil en Brasil, 25 mil en República Dominicana y unos 3 mil en Bogotá (*ibidem*, II: 181-183).

Uno de los mercados de crecimiento más rápido para la prostitución infantil se encuentra en Estados Unidos y Canadá, donde en 1996 se calculaba que había entre 100 y 300 mil niños prostituidos. Bangkok, Manila y Osaka son lugares internacionalmente famosos por la prostitución infantil. El informe de 1996 del Fondo de Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) sobre el estado de los niños en el mundo, reporta como resultado de las guerras 2 millones de niños muertos, entre 4 y 5 millones que quedaron inválidos, 1 millón de huérfanos o separados de sus padres, 12 millones que perdieron su hogar, y 10 millones que sufrieron traumas psicológicos (*ibidem*: 182-184).

En nombre del progreso, la ideología de la globalización económica arremete contra el Estado de bienestar, las redes de seguridad social, las conquistas laborales, los derechos sociales, la conservación del medio ambiente, la seguridad alimentaria y valores como la solidaridad y la cooperación. Para esta ideología, la acción del Estado es un complemento de lo que no puede ser

resuelto por la acción de los individuos mediados por el mercado (Hernández, 2000: 1-2). Se restringen los derechos y libertades lesionando seriamente las posibilidades de una auténtica individualización. Se desmonta la institucionalidad a través de la cual las demandas de la población, por un lado, y las respuestas del Estado, por otro, interactuaban. Todo esto afecta la vigencia global de los derechos humanos que son integrales e indivisibles, es decir, engloban atribuciones significativas tanto para la existencia política como la existencia económica, social y cultural de los ciudadanos (Soberón, 2000:1-13).

Laurell nos ilustra ampliamente al respecto cuando habla de la reforma de la seguridad social en México y dice que, en las dos últimas décadas, como resultado de la reestructuración de las sociedades en el contexto de la globalización, estamos presenciando una ruptura de la institucionalidad dirigida a generar beneficios y servicios sociales. En su lugar se está implantando una concepción según la cual el bienestar es un asunto privado responsabilidad de los individuos, cuyas necesidades deben ser resueltas en el ámbito de la familia en el mercado de los servicios privados. Por lo que la acción pública se ha reducido a programas mínimos asistencialistas, o de beneficencia discrecionales para quienes comprueben la condición de indigencia, para controlar o amortiguar la conflictividad social. Este desmantelamiento de la seguridad social como institución pública de protección social de los trabajadores, no obedece a adecuaciones pragmáticas dictadas por las necesidades de la política económica o por fallas institucionales, sino al objetivo de refundar la política social de acuerdo con el proyecto ideológico global neoliberal de reorganización de la sociedad. Lo cual implica la destrucción de los valores y los derechos respecto a la justicia social y la satisfacción de las necesidades humanas, así como de las instituciones encargadas hasta ahora del bienestar y la satisfacción de las necesidades sociales en el marco del Estado benefactor.

La crisis económica de finales de los años 70 e inicios de los 80 marca el arranque de este proyecto económico que postula

que el mercado es el mejor mecanismo para asignar los recursos económicos y satisfacer las necesidades de los individuos. Por tanto, cualquier cosa que obstaculice el libre juego de las fuerzas del mercado tendría efectos negativos sobre la economía y el bienestar individual. Según esto, las causas de la crisis económica, política y moral son el intervencionismo estatal expresado en la política económica keynesiana y en las instituciones de bienestar. Lo cual, según los neoliberales por un lado, resulta violatorio de la libertad económica y política que sólo, según ellos, el capitalismo liberal puede garantizar, y, por otro, inmoviliza a los pobres al hacerlos dependientes del paternalismo estatal. Según esta visión, otras causas son la democracia representativa, que ha profundizado el intervencionismo estatal porque facilita la organización de grupos con intereses particulares que formulan demandas incumplibles, ejercen presión y votan en bloque en función de las promesas partidistas de satisfacer sus demandas. Lo anterior resulta, según el proyecto neoliberal, antieconómico y antiproduktivo porque provoca la crisis fiscal del Estado y desalienta a los empresarios a invertir y a los trabajadores a trabajar. Por tanto, el intervencionismo estatal es ineficaz e ineficiente. Lo primero porque crea un monopolio económico estatal y tutela los intereses particulares de los productores organizados. Lo segundo porque no ha eliminado la pobreza, sino que la ha empeorado al desplazar la protección social que tradicionalmente proporciona la familia.

Ante esta situación, el proyecto neoliberal propone, para solucionar la crisis, reconstituir el mercado, la competencia y el individualismo, acabar con el igualitarismo porque la desigualdad es el motor de la iniciativa personal y de la competencia entre los individuos en el mercado. Propone también eliminar la intervención del Estado en la economía y reducirla con respecto al bienestar social, así como debilitar a las clases trabajadoras y sus organizaciones reivindicativas. Desactivar los mecanismos de negociación colectiva de intereses disgregando los grupos organizados, desregulando las relaciones laborales, y eliminando los derechos

adquiridos en los contratos colectivos de trabajo. Se trata de un rechazo total a los derechos sociales y a la obligación de la sociedad de garantizarlos a través de la acción estatal, de una oposición radical a la igualdad en el acceso a los beneficios y a la universalidad de la cobertura y la gratuidad de los servicios sociales. Se trata, en suma, de obligar al Estado y a la sociedad a renunciar a los derechos sociales garantizados en la Constitución mexicana, y al modelo de seguridad social integral, solidaria, pública y tendencialmente universal, mediante la destrucción de las concepciones que la fundamentan y de las instituciones que la materializan. De transferir el funcionamiento de los servicios públicos a los usuarios y reducir su financiamiento a cargo de los recursos fiscales.

No obstante, a pesar de su antiestatismo, los neoliberales quieren un Estado fuerte que les garantice el marco legal adecuado para propiciar la expansión del mercado. Que les ceda, ante su sed de ganancias, los recursos destinados a la seguridad social, pero sólo en aquellos aspectos rentables, como por ejemplo algunos rubros de los servicios de salud, o los fondos destinados a las pensiones que les resultan especialmente atractivos porque representan enormes recursos financieros que son depositados a largo plazo y cuyo objetivo no es precisamente garantizar un mayor bienestar a los pensionados, sino abrir un nuevo ámbito de acción a los agentes financieros mediante la transferencia de enormes fondos públicos a los privados donde se convierten en fondos financieros, y que hasta la actualidad se han destinado principalmente a la especulación financiera y no a la inversión productiva. Así, el Estado debe reducirse según ellos, sólo a aquellas actividades de producción de bienes y servicios que a ellos no les interesan porque no les resultan lucrativos (Laurell, 1997: 9-20, 46-47).

Pero, en este contexto, el modelo neoliberal en México, desde su implantación y hasta el momento presente, no se ha mostrado capaz de generar un crecimiento sostenido y mantiene la economía en condiciones de inestabilidad y vulnerabilidad. A pesar de que el excedente económico ha sido alto a causa de la

depresión salarial, esto no ha generado una tasa elevada de inversión productiva y generación de empleos, porque los rendimientos de la inversión financiera especulativa son más altos que los de la inversión productiva, lo que genera pocas expectativas de ganancias entre los empresarios. La inversión productiva requiere crédito barato, o sea, tasas de interés bajas, lo cual no ocurre, por lo que la inversión se canaliza a los mercados financieros nacionales e internacionales y no a las actividades productivas (*ibidem*: 80-81).

De 1983 a 1994 apenas se crearon 1.9 millones de empleos, cifra casi igual a los que se perdieron en 1995 (1.5 millones de empleos) (*ibidem*: 33). El deterioro del mercado de trabajo en México y América Latina, en la pasada década, afectó por igual, aunque con diferente intensidad, a hombres y mujeres jóvenes, siendo las mujeres las más afectadas, sobre todo las pobres, que son las que encuentran mayores dificultades para insertarse en el mercado laboral como consecuencia, entre otros factores, de enfrentar mayores obstáculos para delegar las responsabilidades domésticas, en particular el cuidado de los hijos (OIT, 2001: 2, 12). En algunos países como Argentina, Chile, Honduras y Venezuela el desempleo fue más grave entre las mujeres, mientras en otros como Brasil, Colombia, Costa Rica, Ecuador, Panamá y Uruguay, el desempleo afectó más a los hombres. En el caso de las mujeres pobres, aproximadamente una de cada cinco que deseaban y necesitaban trabajar, no lo pudieron hacer a pesar de que buscaron trabajo activamente (*ibidem*: 4). La tasa de desempleo femenino en la región decreció de 11.3% en 2001 a 10.1% en 2003, pero se mantuvo alta frente a la masculina que descendió de 7.6 a 6.7% (CIMAC, 2004: 1).

En 2003 el Panorama Laboral de la OIT muestra que América Latina, pese a la finalización del ciclo recesivo del 2002 y al asomo de una modesta recuperación económica en el 2003, continúa registrando altos niveles de desocupación, deterioro de la calidad del empleo, aumento de la informalidad en los nuevos puestos de trabajo, caída de los salarios reales y reducción de la

productividad de su fuerza laboral. La desocupación femenina tiende a agravarse y casi uno de cada tres jóvenes está desempleado (OIT, 2003: 1).

En México, la demanda de trabajo aumenta pero la oferta se contrae. En el sexenio del presidente Vicente Fox, a partir de diciembre de 2000, se perdieron alrededor de 570 mil trabajos en el área formal en la que se desempeñan 12 205 000 mexicanos de manera permanente o eventual; 2 500 personas pierden su empleo diariamente sin el menor indicio de que lo recuperen a corto plazo. En diciembre de 2002 había en el país 911 000 desocupados formales, número que saltó a 1 373 461 en junio de 2003, lo cual significa que en ese corto lapso de tiempo más de 461 000 mexicanos pasaron a formar parte de las filas de desocupados. La desocupación real es mucho mayor porque en este dato no están incluidos los millones de mexicanos dedicados al trabajo informal, aparte del 1.3 millones que anualmente se suman a la fuerza de trabajo (Robles, 2003: 2).

En cuanto a la salud, la idea de que los problemas deben ser resueltos por los individuos en la familia, ha llevado, con la reforma a la Ley del Seguro Social, al establecimiento de un nuevo sistema de salud ajeno al espíritu constitucional de la política solidaria de las instituciones de seguridad social y de los valores éticos humanistas (Laurell, 1997: 82).

La nueva política de salud tiende a la privatización y mercantilización del financiamiento y la prestación de los servicios de salud con fines de lucro, lo cual significa una restricción importante del derecho constitucional de protección de la salud. Con ello, los servicios públicos gratuitos de salud se reducen a un paquete mínimo de acciones esenciales de salud de bajo costo para realizarse con tecnología simplificada y por personal de baja calificación, como prevención de enfermedades endémicas, manejo de diarreas en el hogar con suero oral, otorgamiento de anticonceptivos, prevención y control ambulatoria de tuberculosis pulmonar, hipertensión y diabetes con medicamentos orales, inmunizaciones, etc., esto es, un paquete básico de sa-

lud para los pobres que no pueden satisfacer sus necesidades de salud en el mercado, como una variante moderna de la caridad pública.

Los servicios privados de salud, además de que resultan más ineficientes que los públicos, de que no incluyen una política sanitaria y de que tienen menor impacto sobre las condiciones colectivas de salud, generan una mayor inequidad en el acceso a los servicios médicos porque la tendencia de la privatización de éstos se da a través de seguros. Se ofrecen paquetes de servicios médicos con precios diferentes según la capacidad de prepago de los individuos. Los seguros excluyen, *a priori*, una serie de enfermedades y privilegian algunas acciones dirigidas a la población adulta por su importancia económica, pues los padecimientos y las acciones se someten a un cálculo de costo beneficio como cualquier otra mercancía, soslayando toda consideración social, ética y cultural de la salud. Esto excluye del aseguramiento a la población con alto riesgo de enfermar. Estos seguros están fuera del alcance de la mayoría de la población que no alcanza a cubrir la canasta básica de alimentos.

Históricamente, las naciones sólo han podido garantizar el derecho a la salud de sus ciudadanos con un sistema público, lo que significa que la sociedad asume colectivamente la responsabilidad y destina y administra los recursos necesarios para alcanzar este fin. No es verdad que sólo puede ofrecerse un paquete de servicios básicos en salud a los ciudadanos. El problema no es la falta de recursos, sino una distribución inadmisiblemente desigual entre ellos.

Las reformas que se están llevando a cabo en el sistema de seguridad social en México no están encaminadas a fortalecer, desburocratizar y humanizar las instituciones públicas destinadas a estos menesteres, que a pesar de su deterioro disponen de amplia infraestructura y sólida experiencia para construir, a partir de ellas, un sistema universal de protección social. Por el contrario, con un pragmatismo eficientista ocultan un proyecto de intereses capitalistas que beneficia a grupos financieros priva-

dos, y convertir así el bienestar social en un nuevo ámbito de negocios privados.

Estas reformas, que no resuelven los problemas del sistema vigente, que restringen sus beneficios y anulan el derecho constitucional a la seguridad social, configuran el cambio del régimen de política social, característico del Estado posrevolucionario, por otro basado en los principios neoliberales. Lejos de incrementar el bienestar social, las evidencias empíricas sugieren que estas reformas provocarán una creciente exclusión y una pronunciada estratificación en el acceso a los servicios y beneficios sociales, en función de la inserción laboral y la capacidad económica de los ciudadanos en las actuales condiciones de desempleo y estancamiento de los salarios. No se pueden crear condiciones duraderas de bienestar social en ausencia de una política social activa y sostenida de creación de empleo y recuperación salarial. Ningún sistema de protección social público o privado puede suplir el trabajo suficientemente remunerado, ni desarrollarse sin recursos provenientes de los beneficiados. La diferencia entre un sistema público y privado es que el primero puede garantizar la equidad e integrabilidad de la protección social con mecanismos redistributivos, ya que sus fondos son colectivos y provienen de cuotas o impuestos, es más barato y eficiente porque elimina costos derivados de la promoción y comercialización y no tiene como motivo el lucro. En cambio, el seguro privado es más caro y tiene por necesidad beneficios estratificados porque se basa en contratos en función directa del monto pagado (Laurell, 1997: 85-116).

De acuerdo con información de la CEPAL, la crisis económica mexicana de 1982 se reflejó en una caída del producto interno bruto (PIB), una contracción de la inversión y el consumo, y un aumento de la inflación. Para enfrentar la crisis, se aplicó una política de ajuste cuyos objetivos centrales consistieron en reducir el déficit de la balanza de pagos y controlar la inflación. Para lograr estos propósitos se procuró contraer el gasto público, fortalecer el ingreso del sector público mediante el aumento de los ingresos fiscales y mantener un control estricto sobre los salarios.

La irrupción de la crisis y la consiguiente aplicación de las políticas de ajuste, estabilización y reforma estructural adoptadas por el gobierno a fin de paliar sus efectos, dieron lugar a un marcado retroceso en áreas que afectan de manera directa el bienestar social, cuya carga recayó principalmente en las capas medias y en los grupos más pobres de la sociedad. La reducción del gasto público repercutió en la parte asignada al desarrollo social, fundamentalmente en los gastos en educación, salud y asistencia. El descenso real del gasto en educación se reflejó, al parecer, fundamentalmente en el deterioro de las remuneraciones de los trabajadores de ese sector y no tanto en la disponibilidad de recursos físicos y humanos. La reducción del gasto en el sector salud se vio acompañada de un aumento considerable en la demanda potencial de servicios públicos de salud, debido al encarecimiento de los servicios médicos privados.

Entre 1980 y 1988, la población beneficiaria de la seguridad social aumentó de 29 a 46 millones, demanda potencial a la que hicieron frente el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) y el Instituto de Seguridad Social y Servicios para los Trabajadores del Estado (ISSSTE). Algo similar ocurrió con la población abierta que atiende la Secretaría de Salud, el IMSS y otros programas, al aumentar la demanda potencial de 25 a 32 millones de personas. Esta demanda se reflejó en el deterioro de algunos coeficientes técnicos relevantes en las instituciones de seguridad. Por ejemplo, en 1987, el número de camas para el ISSSTE por cada mil beneficiarios bajó de 1.04 a 0.83. De esta forma, los servicios de salud pública tuvieron que hacer frente a una demanda creciente de servicios médicos en medio de agudas reducciones presupuestarias y de grandes limitaciones en materia de equipo e instalaciones, lo cual se manifestó en consultas aplazadas por saturación de estos servicios, y por carencia de recursos para realizar cierto tipo de exámenes clínicos, no sólo de alta tecnología y costo, sino incluso de aquéllos más simples por falta de reactivos en los laboratorios para efectuar dichos exámenes; por carencia de recursos para efectuar ciertos estudios de gabinete, por falta de equipo

apropiado, y también por no estar en condiciones de uso el equipo con que se cuenta, por falta de mantenimiento, porque no hay refacciones, o por falta de equipo accesorio para los mismos: papel de registro para electrocardiogramas por ejemplo. Retraso de cirugías, igualmente por insuficiencia de quirófanos, y por falta de material y equipo quirúrgicos, y también por carencia de material y equipo especializado y de alto costo, incluso de materiales comunes y corrientes: antisépticos, gasas, guantes, etc., desabasto de medicamentos, entre otras cosas (CEPAL, 1993: 319-322). Hasta el momento, la situación no sólo no ha mejorado, sino que continúa empeorando.

El IMSS y el ISSSTE son los principales instrumentos de la seguridad social. El primero atiende a la clase trabajadora en general y el segundo a los trabajadores al servicio del Estado. La población derechohabiente está integrada por los trabajadores asegurados y sus familias o sus dependientes económicos (CIDEIBER, 1998: 1). En el 2002, de un total de alrededor de 50 millones de derechohabientes, el ISSSTE dio cobertura a alrededor de 9 millones y el IMSS al resto (Sánchez, 2002: 1). Al cierre del 2003 éste tenía 15.5 millones de asegurados permanentes y el ISSSTE poco menos de 9 millones. La seguridad social protege aproximadamente 55% de la población. La cobertura de todos los sistemas de seguridad social sólo alcanza a poco menos de 40% de la población económicamente activa (PEA). De los 41.5 millones de personas que constituyen la PEA, 16 millones, alrededor de 38% recibieron algún tipo de prestación como seguridad social, aguinaldo, vacaciones, reparto de utilidades (Cárdenas, 2004: 26). También son el IMSS y el ISSSTE las principales instituciones que dan cobertura médica y hospitalaria a la población mexicana. Aparte de estas instituciones, existen otros fondos de seguridad social que complementan los programas de salud y servicio social, como los de Petróleos Mexicanos (PEMEX), la Secretaría de la Defensa Nacional (SEDENA) y otros más, para personas no aseguradas, como la Secretaría de Salud. Todas estas instituciones, que conforman el sistema nacional de salud, proporcionan, teóricamente, presta-

ciones básicas de atención médica a 95% de la población (CIDEIBER, 1998: 1). Sin embargo, hay alrededor de 45 millones de mexicanos que carecen de protección social en salud, la mayoría de ellos autoempleados que pertenecen a los sectores más pobres de la población (Meza, 2002: 8).

En cuanto a los ingresos fiscales, en México hay un círculo vicioso. El gobierno tiene poca autoridad moral para exigir el pago de impuestos y carece de los instrumentos necesarios para cobrarlos; cobra pocos impuestos y la gente paga poco. Mientras que en algunos países de la Unión Europea los gobiernos recaudan en impuestos aproximadamente 40% de su PIB, como en Francia y Alemania, y en Estados Unidos alrededor de 30%, y en países con similar desarrollo al nuestro, como Chile y Argentina, los gobiernos captan por la vía fiscal entre 15 y 20%, los ingresos fiscales en México equivalen a 10 u 11% del PIB (González, 2000: 17).

Desde el sexenio de Carlos Salinas (1988-1994), a un grupo privilegiado de grandes grupos corporativos y de empresas consentidas, que tienen ganancias extraordinarias y que incluso cotizan en la Bolsa Mexicana de Valores y en el extranjero, se les dan amplias prebendas hacendarias, incorporando incluso personas físicas al régimen simplificado del impuesto sobre la renta para que no paguen este impuesto, "para que se capitalicen". Así, esta política fiscal, enmarcada en la globalidad, exentó del pago de uno de los principales impuestos a una serie de empresarios que gozan de exenciones, apoyos y tasas preferenciales, beneficiando a poderosos hombres de negocios y empresas que no pagan lo que realmente deben pagar.

La caída de ingresos tributarios que esto ocasiona, Hacienda lo repone incrementando los impuestos vigentes (y propiciando la creación de otros) al reducido grupo de contribuyentes cautivos (de 20 millones que tiene aproximadamente el padrón fiscal, 2.3% aporta 60% de la recaudación), sin preocuparse por aumentar sus ingresos no con más impuestos, sino a través de ampliar la base fiscal. Ante sus necesidades de recaudación fiscal, recurre al camino más fácil de exprimir al reducido grupo

de causantes cautivos elevando los impuestos y encareciendo los servicios públicos. La reducción del déficit fiscal no se logra únicamente con el aumento desproporcionado de impuestos y precios de los bienes y servicios que produce el Estado, costo que al final terminan pagando los consumidores, cuya consecuencia es el absurdo de tener empresarios y gobernantes ricos con pueblo pobre (Cárdenas, 1998: 5a).

El número de establecimientos cautivos para la Secretaría de Hacienda y Crédito Público (SHCP) es de sólo 550 mil, mientras que de acuerdo con datos del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) hay 2 millones de establecimientos que realizan actividades económicas (Ayala, 2000: 8). El padrón fiscal actualmente se compone de siete millones de personas, muy bajo si se compara con los 41.5 millones de personas que constituyen la población económicamente activa (PEA), de la cual 57% labora en el sector informal y prácticamente no paga impuestos (Gazcón, 2004: 10).

Con el pretexto de ayudar a banqueros y grupos empresariales, consentidos del gobierno, para que se capitalicen y generen empleos, distribuyan la riqueza en la población, ésta se enfrenta a un desempleo cada vez mayor y resulta que en lugar de beneficiada termina contribuyendo al enriquecimiento de aquéllos a costa de su propio empobrecimiento, pues los impuestos y deudas que no pagan los grupos beneficiados son transferidos a ella para que el gobierno no tenga déficit fiscal (Sodi, 1999: 17).

Con relación al empleo podemos decir que el objetivo de las actuales estructuras productivas mundiales es dar prioridad al aumento de la productividad de las empresas, pero no necesariamente a la expansión del empleo bien remunerado, ni menos aún a la distribución equitativa de los beneficios. Las grandes concentraciones de capital simplemente se desentienden del problema social y dejan su solución en manos del gobierno. Éste cada vez tiene menos posibilidades de obtener recursos fiscales y menor capacidad administrativa para hacer frente a sus responsabilidades como promotor del bienestar común, y por ello ha

desmantelado al Estado benefactor. Busca trasladar la responsabilidad de dar respuesta a las demandas y aspiraciones de mejora de la mayoría a las fuerzas del mercado, que es justamente el que promueve el sistema que ha creado el problema (Meyer, 1998: 65-68).

La transformación forzosa y rápida de las reglas económicas básicas lanzó a un México sin preparación a un proceso de globalización que destruyó parte de la vieja planta industrial y de servicios, costo que aún se sigue pagando. De 20.3 millones de plazas de trabajo en 1980, pasó a 22.9 millones en 1995. Apenas un crecimiento de 12% en 15 años, menos de 1% anual en promedio. El déficit es de 12 millones de puestos (*ibidem*: 158-159).

Entre 1982 y 1997 el crecimiento promedio del PIB fue de apenas 3%. La mitad de lo que había sido en los años anteriores. Con el advenimiento de la globalización, la reducción del Estado y la muerte del nacionalismo, los poderes económicos del Estado se han contraído y los del capital privado interno y externo se han ensanchado. En este marco, la concentración de los ingresos en pocas manos fue un desenlace inevitable, y los salarios se quedaron atrás de los precios (*idem*). La globalización obliga a producir más y mejor con menos trabajadores, y menos condiciones de seguridad en el empleo. La economía sólo recoge a los más preparados, margina a los que no tienen el entrenamiento adecuado y las conexiones sociales apropiadas, que son la mayoría, con lo cual se incrementa la marginalidad social y la inviabilidad de la vida en común. La explosión demográfica del pasado reciente está lanzando anualmente a poco más de un millón de jóvenes a un mercado laboral sin dinamismo. No se crean los puestos de trabajo a la velocidad y de la naturaleza que la demanda social exige. Aunque el índice de crecimiento demográfico disminuyó gracias a un mayor control de la natalidad (2% anual), ese hecho aún no se refleja en una menor demanda de empleo. El desafío que se presenta para el grueso de los mexicanos que están entrando a su etapa productiva, es hacer frente a una estrechez de oportunidades. El desempleo está en todas par-

tes. A escala mundial, 820 millones de personas, casi un tercio de las que están en edad productiva, están sin empleo. En Europa occidental 35 millones de personas no tienen trabajo (Dieterich, 1998: 21). En los Estados Unidos 11% de la fuerza de trabajo está desempleada, pero la cifra sobrepasa a 20% en algunos países como España, Francia, Italia, Bélgica y Grecia (Meyer, 1998: 81, 146-147, 154). Aunque esta situación se da en todos los países, incluidos los industrializados ricos, es peor en los países en desarrollo. En América Latina, en 1989, se estimaba que 42% de la población pertenecía a las categorías de desempleado o subempleado. En 1991 se calculaba que 200 millones de latinoamericanos (46% de la población total de la región) se encontraba en condiciones de desempleo o subempleo. Hay una tendencia a crecer, año con año, de estas condiciones de desempleo y subempleo en la región (Aguilar, 1991: 47, 48).

Según la OIT, el desempleo abierto en América Latina, en 1999, era de 10% llegando a superar en varios países de la región el 15%, sobrepasando los índices existentes durante la crisis de los años 80 (García, 2003: 1). Según el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), en el 2003, el desempleo abierto promedio en la región subió a 10.9% y en muchos países del área superó 20% (Radionoticias, 2004: 1). Para 2003, el desempleo en América Latina alcanzó a más de 50% de su población económicamente activa (PEA) (García, 2003: 1). En México, la desocupación urbana aumentó de 2.8%, en 2002, a 3.2 en 2003 (Mora, 2004: 1). Y según la Encuesta Nacional de Empleo correspondiente al primer trimestre de 2004, la tasa de desempleo fue de 3.86% de la PEA (Pescador, 2004: 30).

También se ha deteriorado en forma grave el salario real, hecho que está empujando cuotas crecientes de población económicamente activa a situaciones de sobrevivencia precaria en la economía informal. El trabajo informal se ha convertido en la válvula de escape para el desempleo. Con diferencias nacionales de por medio, alrededor de 57% de los ocupados en los países de América Latina realizan actividades en el sector informal de la economía.

Según la Confederación de Trabajadores de México, con base en estadísticas de la Secretaría del Trabajo y Previsión Social, de la población económicamente activa (alrededor de 37 millones), 38% se desempeña en el sector informal de la economía. Sin embargo, otras fuentes, que se refieren al número de personas que no cubren los requisitos mínimos para acceder a créditos para vivienda en el Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores (INFONAVIT) FOVISSTE, o el fideicomiso Fondo Nacional de Habitaciones Populares (FONAHPO), indican que la economía informal alcanza a 65% de las personas en edad productiva en el país. En el estado de Jalisco, la población económicamente activa es de alrededor de 2.5 millones. En 1998 el IMSS registró cerca de un millón de trabajadores, lo cual permite presuponer que el resto de la población económicamente activa está desempleada (lo anterior dando por hecho que todos los patrones registran a todos sus trabajadores al IMSS). En Jalisco hay 52 mil 325 empresas de las cuales alrededor de 90% son pequeñas y medianas, de éstas depende el 80% de los empleados, siendo el sector comercio el que genera 50% de los empleos en la entidad. Pero el comercio informal está a punto de representar casi la mitad del comercio en la entidad (Fregoso, 1999: 10-11). 65% de la población económicamente activa del estado no tiene ninguna prestación social, sólo 31% tiene seguro social y el resto tiene otro tipo de prestaciones (Bustos, 2001: 11, 16).

En cuanto a los salarios, desde 1977 se inició en México una política de reducción sistemática del valor de la mano de obra, y entre 1977 y 1982, los salarios cayeron lentamente para, a partir de 1983, disminuir en forma aguda y sostenida. Esto se reflejó en una caída de las condiciones materiales de vida de la mayoría de la población, principalmente de las capas medias y pobres. En estas capas de la población, los que no eran pobres se hicieron pobres y los pobres se hicieron más pobres, lo que está afectando a la mayoría de la población no sólo en cuanto a la necesidad de prescindir de artículos de consumo que podrían considerarse no estrictamente necesarios, sino en algo tan fundamental como la alimentación. A lo anterior hay que agregar el hecho de que

muchas empresas cerraron por falta de competitividad o por contracción de la demanda de sus productos. En otras hubo recortes de personal. Los puestos eventuales y no calificados fueron los primeros en ser suprimidos (CEPAL, 1993: 319-322).

El salario mínimo perdió más de 75% de su poder adquisitivo entre 1976 y 1987 (De la Cueva, 2003: 1). Para el 2002 la pérdida del poder real del salario mínimo era de 85% (Sotelo, 2003: 1). Además, 21 millones de personas, más de la mitad de la PEA, percibe ingresos menores a dos salarios mínimos (CONAPO, 2003: 1).

La incapacidad del sistema económico para generar empleos o reponer los que se perdieron, así como para generar aquellos que se requieren según el ritmo que exige la incorporación de miles de personas que llegan a la edad de trabajar, aunado al abatimiento de la dinámica ocupacional en el sector formal, produjo un importante desplazamiento de fuerza de trabajo hacia el sector informal, que se nutrió básicamente de los trabajadores que, habiendo tenido un empleo formal, se vieron repentinamente despedidos, que pese a mantener su posición de asalariados experimentaron una reducción de sus ingresos reales o del número de horas de trabajo por semana, y por el contingente formado por aquellas personas que ingresaban al mercado de trabajo y no habían podido obtener un empleo asalariado.

La desaceleración en la capacidad de absorción de mano de obra ocasionó que la dinámica ocupacional en la industria se trasladara hacia las maquiladoras y otras ramas vinculadas a la exportación, y que se profundizara la tendencia a la terciarización del empleo. En 1989 el comercio y los servicios ya absorbían dos terceras partes del personal ocupado (CEPAL, 1993: 319-322).

En América Latina, de cada 10 nuevos empleos generados desde 1990, siete han sido informales y sólo dos de cada diez ocupados en el sector informal cuentan con protección social (OIT, 2003: 2). Los grados de informalidad de la economía latinoamericana van de un mínimo de 18% (Chile) a un máximo de 65-70% (Bolivia) con una media del orden de 39%. En México

55% de la PEA tenía, en el 2002, un trabajo informal (Yáñez, 2002b: 7). En 2003, según el INEGI, la economía informal en México creció y generó 7 de cada 10 nuevos puestos de trabajo (Fundación Televisa, 2004: 1). Actualmente según la OIT, en México existen 25.5 millones de personas empleadas en la economía informal, de los cuales 17 millones (67%) son hombres, y 8.5 millones (33%) son mujeres (González, 2004: 16).

En México, el gobierno ha dado una serie de facilidades a empresas exportadoras. Ha favorecido la exportación de ciertos segmentos, principalmente de la maquila electrónica, autopartes, textiles y la industria automotriz terminal. Esto tiene cierta repercusión sobre el empleo, pero no favorece la elevación de los salarios ni mejora las condiciones de trabajo (González, 1997: 1-4).

De todos los países latinoamericanos, de acuerdo con cifras de la CEPAL, México fue el país que experimentó la más drástica reestructuración desde el punto de vista del empleo. Con la contracción del empleo, ante la ausencia de un seguro de desempleo, la caída del salario real, y por ende la disminución del ingreso familiar, se acrecentó la participación, en el mundo del trabajo formal o informal, de mujeres que tradicionalmente habían tenido escasa participación en él, como las de mayor edad, las casadas o las unidas con hijos en edad preescolar y escolar, y las de más baja escolaridad (1993: 319-322). 35 de cada 100 mujeres en el 2001 participaban en la actividad económica, las comprendidas entre los 25 y 44 años reportan las tasas más altas de participación. La participación de las mujeres casadas o unidas es la que más ha aumentado, su participación actual es de aproximadamente 32%. La mayor participación la tienen las divorciadas, 71 de cada 100 trabajan, les sigue el grupo de separadas con 63% y luego las solteras con 38% (INEGI, 2003a: 370, 372).

No sólo se incrementó la participación de las mujeres en la actividad económica, sino también la participación de menores y de personas adultas de ambos sexos (CEPAL, 1993: 319-322). En los grupos de edad de 12 a 14 años, la participación de los varones es de 18.2% y la de las mujeres de 7.6%. En el grupo de 65

años y más, la participación de los varones es de 49.8% y la de las mujeres de 13%. La mayor participación femenina se registró en los estados de Jalisco y Colima, 45.4%, y la menor en el estado de Guerrero, 24.4% (INEGI, 2003a: 370-371).

El gobierno mexicano actual no tiene una clara política, a largo plazo, que garantice una reestructuración productiva que sienta las bases para un crecimiento sostenible. Continúa con la concepción de que la competencia de los mercados obligará a los empresarios a modernizarse, y que en este proceso de apertura y desregulación de la economía lo más conveniente es que el Estado no intervenga. En esta idea liberal el Estado es vigilante. En este sentido, la decisión de modernizarse y la forma de hacerlo será producto de la presión del mercado. Pero esta concepción es errónea porque supone que todos están inmersos en la modernización industrial en condiciones semejantes. Pero las pequeñas empresas normalmente carecen de las condiciones para modernizarse. El crédito es muy caro y, por tanto, se convierte en un obstáculo para la introducción de tecnología de punta. En este marco, la reestructuración se basa nuevamente en la fuerza de trabajo, que es relativamente más barata. Por ejemplo, a pesar de que una parte importante de la planta productiva se ha modernizado, los niveles salariales continúan muy bajos, las cargas de trabajo altas y la calificación para ejercer el trabajo no es la adecuada.

Es cierto que existe un sector de pequeñas empresas modernizadas o encadenadas a las grandes exportadoras, pero la mayoría de las pequeñas se encuentran en el polo atrasado y están dirigidas al mercado interno en condiciones muy precarias, con muchas diferencias respecto a las grandes en niveles de productividad, salarios, tecnología, organización del trabajo, etc. La reestructuración no se debe exclusivamente a las fuerzas del mercado, sino a la relación de fuerzas y la capacidad de las organizaciones sindicales para hacerse escuchar. La competitividad de una gran parte de las empresas aún descansa en deficientes relaciones laborales garantizadas por el Estado y por la forma

predominante del sindicalismo mexicano. Las estructuras sindicales tradicionales han estado muy involucradas con el sistema político por medio de una maraña de instituciones, reglamentaciones y otros aspectos de negociación informal que conforman el panorama del corporativismo sindical.

En Japón, el sindicalismo predominante es de cooperación con las empresas en el ámbito de fábrica en los problemas de la producción. El sindicalismo alemán está basado en las organizaciones nacionales o de las grandes ramas de la industria muy fuertes, y acostumbra hacer acuerdos nacionales o de grandes ramas sobre condiciones de trabajo o salarios. En México no hay una política sindical sobre la reestructuración productiva, por lo que ésta se basa en bajos salarios y malas condiciones de trabajo. El sindicalismo, acostumbrado a tratar los problemas laborales como problemas políticos estatales, no tiene esas capacidades. Ya no cuenta con el apoyo tan fuerte del Estado porque él mismo ya no es monolítico. En estas condiciones puede darse un choque muy importante que impulse la reestructuración de las propias organizaciones sindicales y la conformación de una cultura laboral y sindical, pero desde abajo, con la presión de dirigentes medios o de trabajadores de base, no a partir de líderes anquilosados.

Existe un gran interés por parte de los empresarios por adoptar elementos del modelo japonés, como los círculos de calidad, justo a tiempo, etc. Sin embargo, no se ha adoptado este modelo de manera completa. Los empresarios no toman en cuenta aspectos relativos a la calificación en sentido más amplio, al tipo de sindicato que tienen las empresas japonesas, el ascenso por antigüedad, etc. Las relaciones laborales en México se dan con bajos salarios y poca capacidad de decisión de los trabajadores sobre su ambiente de trabajo. De hecho, se ha dado una adaptación del modelo japonés en combinación con elementos tradicionales de la industria mexicana. Habría que reflexionar si los empresarios están generando su propio modelo. En este contexto, debe existir un tipo de intervención del Estado muy distinta a la de la visión liberal. Para permitir el crecimiento de algunas ramas o

empresas, principalmente basadas en la exportación, se tendrían que aplicar acciones más enérgicas para que la competitividad se base en mejores condiciones de trabajo que las actuales (González, 1997: 1-4).

De esta manera, estamos viendo cómo el nuevo modelo de desarrollo capitalista neoliberal ha provocado un agravamiento de la desigualdad y la exclusión social, situación que afecta la vida cotidiana de millones de personas en todo el mundo. En América Latina y en México, el neoliberalismo ha producido una enorme concentración de la riqueza y un gran empobrecimiento de la mayoría de la población. América Latina tiene la más pronunciada desigualdad en los ingresos de todas las regiones en desarrollo del mundo. Tiene por tanto la mayor brecha entre ricos y pobres. 10% de las familias con mayores ingresos absorbe entre 41 y 51% del ingreso. En México, 10% de la población recibe 60% del ingreso nacional (Pipitone, 1992: 44).

En 1960 las diferencias de ingresos entre países pobres y ricos eran de 30 a 1, en 1990 pasaron a ser de 60 a 1 y en 1997 de 74 a 1. El índice de Gini, que mide la distribución del ingreso, en los países más equitativos del mundo como Suecia, Noruega y Dinamarca es de 0.25, en el mundo desarrollado en general es de 0.30 y el promedio mundial es de 0.40; América Latina presenta la mayor desigualdad en el ingreso, su índice de Gini es de 0.59, el más elevado del mundo (Kliksberg, 2002: 65-66).

Interiormente, los países también tienen disparidades. Por ejemplo México, que de acuerdo con información de la CEPAL se encuentra en cuanto a la distribución del ingreso en el nivel de los países más pobres del mundo, ha producido no obstante el mayor número de ciudadanos inmensamente ricos durante los últimos años, y ocupa el cuarto sitio entre los países con más multimillonarios después de Estados Unidos, Alemania y Japón. De cuarenta y dos supermillonarios registrados en América Latina, veinticuatro son mexicanos. 1% de toda la población (92 mil personas) tiene un ingreso mensual de 20 mil dólares, lo que representa 30% del producto interno bruto (PIB), cifra que contrasta con el más de 50% de

pobres que apenas reciben 12% del PIB, y 10% de pobres en extremo que sólo reciben 0.8% del PIB (COMEXANI, 1994: 17-22).

La ideología del libre mercado, cuya lógica emerge como el eje central en la organización de las sociedades, está provocando un profundo cambio en el papel tradicional de los gobiernos para convertirlos en meros instrumentos facilitadores de mecanismos anónimos de producción, comercio, flujo de capitales y comunicación masiva.

En esta situación, los gobiernos tradicionalmente garantes del bienestar social están siendo despojados de esa tarea, bajo el supuesto de que el mercado habrá de cumplir mejor la función de generar y redistribuir la riqueza. Mientras esto sucede, el desarrollo económico y social de los pueblos retrocede en vez de avanzar (Kliksberg, 1999: 6-9).

El neoliberalismo en México y en América Latina ha conducido al desmantelamiento del marco constitucional y jurídico para suprimir los derechos de las naciones sobre el subsuelo y el espacio aéreo, las garantías de los trabajadores y los sistemas de seguridad social. El desmantelamiento en México del Estado de bienestar está provocando un retroceso en las conquistas sociales ganadas, por lo que estamos presenciando la pérdida de derechos laborales, de salud, de educación, etc. (Garrido, 1996: 7-14). En este contexto, la desregulación del mercado a gran escala ha llevado a una individualización y flexibilización tal del trabajo, que los trabajadores se han quedado solos para defender sus derechos laborales ante el gran capital, lo que aunado a la tecnologización del trabajo y la quiebra de pequeñas y medianas empresas, ha provocado un gran desempleo y depreciación de los salarios. En este marco, los resultados en materia de desarrollo económico en México, desde la implementación del modelo de Estado neoliberal, han sido desastrosos. El desarrollo ha sido inequitativo entre las diferentes regiones del país y en el interior de los estados. El modelo exportador basado en mano de obra barata sólo ha permitido que un pequeño número de empresas se beneficien de los tratados comerciales con otros

países (Vargas, 2002: 7). En 1989, 76.4% de la PEA ocupada era salariable. Para 1996, sólo era 73.5% (Barba, 2000: 24). 65% de la población percibe dos salarios mínimos. 40% de los hogares son sostenidos por mujeres que perciben, en general, ingresos hasta 20% inferiores a los de los hombres. Más de la mitad de la población económicamente activa se emplea en el sector informal de la economía. El crecimiento económico no ha repercutido en mejoría de los niveles de vida de la población. Las tasas de crecimiento, que alcanzaron en promedio 4% entre 1996 y el 2000, no han contribuido a mejorar las condiciones de vida de las familias (Vargas, 2002: 7-8).

El índice de Gini para 1994 fue de 0, 51 y en el 2000 de 0, 48, lo cual indica una tendencia a la disminución de la concentración de la riqueza, pero la polarización de la misma continúa siendo elevada. Por ejemplo, en el primer trimestre del 2000, por cada peso que se generó, correspondieron a la población de escasos recursos 7 centavos, mientras que a la población con altos niveles de ingresos le correspondieron 50. La consecuencia ha sido la masificación de la pobreza. El porcentaje de hogares por debajo de la línea de pobreza se elevó de 69%, en 1994, a 76% en 1998. 20 millones de mexicanos viven en condiciones de pobreza extrema y 40 por debajo de la línea de pobreza (*ibidem*: 8).

Jalisco no es ajeno a lo que pasa en el resto del país y del mundo. A pesar de que el estado puede clasificarse como de desarrollo socioeconómico medio-alto, se caracteriza por una severa desigualdad regional. Aproximadamente 25% del total de sus municipios (124) puede considerarse de nivel socioeconómico muy bajo, 23% de nivel bajo y 35% de nivel medio, 11% de nivel medio alto y sólo 6% de nivel alto. La población está muy concentrada en la zona centro y dispersa en las demás regiones del estado. La ZMG concentra aproximadamente 54% de la población del estado y es un poderoso polo de atracción. Las localidades rurales se han distinguido desde hace muchos años por ser expulsoras de migrantes a los Estados Unidos.

Mientras en 1988 el PIB del estado representaba 6.8% del PIB del país, para 1993 éste se redujo a 6.6%. En cuanto a la distribución del ingreso, entre 1980 y 1990, sólo en dos regiones, donde se ubican poderosos polos de desarrollo (Puerto Vallarta y la ZMG), menos de 15% de la PEA se encontraba en situación de pobreza extrema, mientras en las restantes regiones este porcentaje estaba entre 15% y 23%. Con datos extraídos de la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares realizada por el INEGI en 1996, en Jalisco la pobreza y la pobreza extrema alcanzan aproximadamente a 70% de la población. Hay en la entidad aproximadamente 537, 000 hogares extremadamente pobres y 403, 000 en la pobreza.

Hay regiones, como la norte, con alto desempleo abierto (4.9%), mientras en otras la tasa de desempleo abierto oscila entre 2 y 3%. En 1997, el porcentaje de la PEA desempleada en la ZMG era de 4.3% y la subempleada de 25.7%. Con datos de 1995, el porcentaje de viviendas con agua entubada en el estado era de 96.1%, con drenaje de 97.8%, con electricidad 95%. Aunque el índice de desnutrición disminuyó de 7.6% en 1990 a 6.8%, en 1996, en el interior del estado la mitad de las regiones muestran tasas de desnutrición que van de 13.5% a 15.7%. En términos de servicios de salud, Jalisco es de las entidades que en 1995 tienen mayor cobertura, en contraste con otros estados con igual o mayor desarrollo económico, sin embargo, los servicios médicos de primero, segundo y tercer nivel, se concentran en la región centro conurbada. Con relación a la educación, 12% de la población de 6 a 14 años de edad no sabe leer y escribir, mientras que en otras entidades como Nuevo León y el Distrito Federal, este indicador es de 6% (Barba, 2000: 27, 33, 37, 55, 60, 63, 65, 71, 102-105).

La contracción del empleo, la caída del salario real y, por ende, del ingreso familiar, ha obligado a las familias empobrecidas a implementar estrategias de supervivencia, lo que ha producido un importante desplazamiento de la fuerza de trabajo hacia el sector informal del mercado de trabajo, en el que se ha incre-

mentado la participación económica de mujeres y menores de edad. Lo anterior está ocasionando no sólo un deterioro progresivo de las condiciones materiales de vida de la mayoría de la población, sino también modificaciones en el microambiente familiar: desintegración, conflictos y violencia que, además de que repercuten en forma negativa en la crianza de los hijos, se manifiestan en el ámbito social como inestabilidad, inseguridad, delincuencia, corrupción e impunidad, lo cual pone en riesgo el frágil equilibrio social y los avances democráticos alcanzados (Vuscovic, 1993: 6, 21, 34, 135).

Respuestas a la globalización

El neoliberalismo económico no sólo ha visto crecer el comercio mundial y disminuir las regulaciones. También ha sido escenario del crecimiento de la polarización del ingreso en cada sociedad y entre países. La distribución de los ingresos es una cuestión crítica, fundamentalmente por su relación con la democracia. Las condiciones disparejas para pobres y ricos en la competencia por el éxito en la vida bloquean las vías sociales reivindicativas para el logro de derechos ciudadanos y la demanda del orden.

Este neoliberalismo, que ha convertido el dinero en el eje del universo, y para el cual los derechos del dinero son más importantes que el derecho de las personas, ha construido un mundo cada vez más desigual y más igual. Desigual en las oportunidades que ofrece; igual en las costumbres que impone. Todos somos sujetos de derecho con desigual distribución de la justicia. Frente a este mundo que no es el único posible, ni el Estado ni los partidos políticos ni la sociedad civil parecen tener propuestas de solución viables o algún tipo de respuesta tentativa distinta a las utilizadas hasta ahora, que han resultado ineficaces (Soberón, 2000: 1-13).

La hegemonía del pensamiento neoliberal desató la acción de fuerzas conservadoras antes contenidas por la acción del Estado, y que, con una visión distorsionada y mezquina de lo humano,

terminó por hegemonizar el poder mundial en la década de 1980, y no condujo al surgimiento y desarrollo de un mercado más libre, sino a una monopolización creciente de los mercados desregulados, lo que no llevó a un equilibrio del gasto público, sino que produjo un desequilibrio del gasto fiscal. Entre 1980 y 1995 no hubo precisamente una disminución del gasto estatal, sino una reorientación del gasto público al sector financiero, bajo la forma de pago de intereses de las deudas públicas que no se convirtieron en mejorías económicas y sociales, sino que engordaron los bolsillos de los especuladores, provocando un incremento de la pobreza en todo el mundo (Dos Santos, 2000: 2-11).

La eliminación de controles al movimiento del capital provocó el crecimiento explosivo de la especulación financiera. Los escasos recursos han sido destinados al pago de la deuda externa de los países, lo cual ha representado la desviación de un importante porcentaje del PIB a este aspecto en detrimento del gasto social. Lo poco que se ha invertido ha sido en áreas de una economía suntuaria.

Las presiones externas para competir en el mercado mundial en el marco de una asimetría en capacidad tecnológica y con poblaciones de baja escolaridad, aunado a la apertura de las fronteras a importaciones de productos no complementarios y al capital "golondrino", han provocado el cierre de medianas y pequeñas empresas, han agravado el desempleo, la caída de la capacidad de compra del salario, el incremento de la migración entre países, como de República Dominicana a Puerto Rico, de Uruguay y Brasil a Argentina, de Guatemala a México, de México a Estados Unidos, etc. (Hidalgo, 2000: 133-145).

Ante esta situación, si se mira el conjunto de la situación mundial, es necesario reconocer que gran parte de las dificultades económicas actuales vinieron de graves errores de política económica más que de una tendencia recesiva mundial, y que ante el fracaso del neoliberalismo y a su pesar, se hace cada vez más clara la imposibilidad de organizar la economía mundial sin políticas públicas de largo plazo y sin planeamiento económico,

político, social y cultural. Los gastos públicos son cada vez mayores en los países capitalistas centrales. Se empieza a aceptar la idea de una intervención reguladora del sistema financiero internacional y la necesidad de una tasa sobre los movimientos financieros internacionales. A principios de la presente década en Estados Unidos, y a mediados de ella en Europa, estas sociedades están dejando de gastar en pagos de intereses para volver a gastar en crecimiento económico y justicia social (Dos Santos, 2000: 2-11).

La austeridad fiscal no es un programa de la derecha, a pesar de que los conservadores la alardean como una característica de sus gobiernos. Al contrario, su compromiso con la especulación financiera ha inviabilizado su capacidad de establecer una verdadera austeridad fiscal. La reacción que provocó la Organización Mundial del Comercio (OMC) en Seattle, que pretendía iniciar una nueva etapa de negociaciones en el sentido de la total liberalización del comercio mundial, resultó un fracaso, cercada por los vastos movimientos de calle que no son pasajeros, sino que indican que los temas relacionados con la globalización han dejado de ser un tema de tecnócratas para ganar la opinión pública, en general, y de varias organizaciones sociales en particular. Sólo así se explica la enorme movilización de masas en torno a la concepción del comercio mundial.

Para responder a estas nuevas situaciones se reunieron en 1999, en Florencia, los dirigentes del gobierno de Estados Unidos, Inglaterra, Italia y Alemania. Es decir, una parte del pensamiento social liberal abrió camino hacia una ofensiva mundial, que bajo la bandera de la llamada "tercera vía" pretende poner un límite a los efectos más negativos del neoliberalismo. Esta autocrítica a medias es una fórmula híbrida (liberalismo más compensaciones sociales), que afirma que el libre mercado sigue siendo la forma más eficiente para asignar los escasos recursos producidos por las economías nacionales. La idea sería completar la eficiencia del libre mercado con la corrección social hecha a las políticas públicas. Según esta manifestación de

buenos propósitos se rescatarían los aspectos positivos del mercado y los de la intervención estatal.

Sin embargo, a pesar de que esto constituye la constatación del fracaso de las políticas neoliberales y de la acción estatal consideradas hasta entonces intocables, resulta que la realidad es mucho más compleja que lo que dicen estos conciliadores de opuestos, pues esta visión defensiva arrastra consigo la idea de que no hay éxito económico sin libre mercado que restrinja la distribución del ingreso, como condición económica para lograr el crecimiento, lo que conlleva soluciones desfavorables para los más pobres, que no son los fuertes en su presión sobre el mercado.

Los efectos negativos de las políticas neoliberales no pueden ser corregidas por el Estado, porque los recursos públicos para las políticas sociales son escasos en el contexto de las políticas de equilibrio fiscal promovidas por el pensamiento neoliberal, que necesariamente lleva al corte de los gastos públicos para atender a los pobres. En este marco no resulta posible conciliar la restricción de los gastos públicos con el aumento de las medidas de bienestar (Dos Santos, 2000: 12-30).

No obstante, hay cambios en el sentido de que jefes de Estado, organizaciones no gubernamentales (ONG), movimientos sociales y organismos internacionales, se han reunido para tratar cuestiones como la ecología en Río, la poblacional en El Cairo, la de la mujer en Pekín (Beijing), sobre la infancia, derechos humanos, etc. Reuniones que han ido conformando una sucesión de proyectos de políticas públicas que cuestionan el principio neoliberal de la supremacía del mercado. Se trata de propuestas históricas globales sobre la reorganización de la economía y la política mundial, y sobre las formas nacionales y locales de estas propuestas alternativas que empiezan a constituir una nueva agenda de política económica internacional, con una tendencia que apunta hacia la preeminencia de lo político sobre lo económico, del crecimiento económico sobre el puro equilibrio fiscal y macroeconómico, del avance tecnológico y científico al servicio de la humanidad, y del desarrollo humano sobre los

criterios economicistas del crecimiento. Aunque no debe esperarse mucho de estos movimientos, es necesario convenir que vienen a llenar un vacío y apuntan hacia una nueva tendencia (*ibidem*: 2-11).

Frente a esta situación, en América Latina las sociedades presentan dificultades para consolidar mecanismos e instituciones que permitan la tramitación negociada y pacífica de las diferencias y los conflictos que con motivo de lo anteriormente dicho se están generando. Las sociedades siguen estando a medio camino en el esfuerzo por constituir estados capaces de aplicar el monopolio legítimo del uso de la fuerza sujeto a los límites de la ley, y en la permanente necesidad de mostrarse como poder legítimamente constituido (Salinas, 1999: 1-7). Los gobiernos de la región se aferran en seguir por el camino errado de la historia. Continúan protegiendo al sector financiero especulativo e inútil, y manteniendo las políticas de altas tasas de interés y de protección al capital. Apuestan por el trabajo esclavo incluido el infantil, con la idea del comercio libre como fundamento de la modernidad, y en nombre de la competitividad en el mundo, siguen la vía más rápida para conservar y profundizar la miseria y el atraso (Dos Santos, 2000: 12-30).

Sin embargo, el modelo económico dictado desde los grandes centros capitalistas, desde donde se impone la internacionalización de los capitales financieros y el achicamiento de los estados-nación, y su sujeción a las reglas de juego impuestas desde los organismos mundiales de control económico y social, ha encontrado respuestas populares de resistencia en todo el continente, porque las poblaciones de los países ven amenazados los nexos que permiten la supervivencia de sus comunidades.

Contra el intento modernizador auspiciado por gobiernos sólo a favor de los banqueros, con políticas lesivas a los intereses populares y nacionales, los pueblos empiezan a organizarse en defensa de las conquistas sociales y de protección estatal alcanzadas en largos años de lucha en décadas pasadas, y para exigir su participación con capacidad real de decisión y resolución de una

base económica de sustentación, trabajo y acceso a condiciones de vida dignas.

Contra la ideología neoliberal que interpreta a los pueblos originarios como “primitivos” y contra el autoritarismo de los gobiernos por imponer su “progresismo”, y la incapacidad de éstos para reconocer el carácter plurinacional, pluricultural y multiétnico de los estados-nación de la región, las etnias mantienen su idioma, vestido, costumbres, autoridad política y demás formas culturales. Se resisten a la introducción forzada y violenta de la “ilustración” del neoliberalismo económico y de sus concepciones del mundo. Se resisten contra el presidencialismo deteriorado, la corrupción en todos los niveles y la impunidad de “respetables” banqueros, políticos y empresarios. En este proceso de resistencia, de participación social, política y cultural, se ha ido configurando una conciencia social de que con la organización y la acción social es posible la recuperación de las culturas y las identidades populares, esto es, se ha ido configurando una “sociedad civil popular”, entendida como el espacio democrático de organizaciones e instituciones donde se construye la contrahegemonía, concebida como la posibilidad, para las clases subalternas, de impulsar la construcción de una nueva hegemonía que transforme la relación existente entre estructura y superestructura en el bloque dominante y conforme un nuevo bloque histórico¹ (Hidalgo, 2000: 133-145).

En América Latina, algunos movimientos han optado por el método insurreccional como vía de ruptura con el sistema. En Marx están sentadas las bases sobre las cuales descansa uno de los ejes de la acción política de estos movimientos que pretenden, por medio del uso de la violencia sistemática, lograr un cam-

¹ Gramsci considera que existe un bloque histórico cuando un sistema hegemónico de valores culturales (que él llama ideología) y que traduce una concepción del mundo, penetra, se expande e integra un sistema social bajo la dirección y la perspectiva de los intereses de una clase social. O sea, cuando un grupo dominante logra imponer su ideología a los grupos subordinados (Solano, 1992: 25-27).

bio radical en las instituciones sociales, económicas y políticas del Estado; un cambio de las elites dirigentes y una alteración en lo cultural y en los valores de la sociedad. Todo ello en función de la implementación de un modelo societal totalizante, lo cual es entendido como la culminación de la revolución. Para estos movimientos, la violencia es la vía que permite destruir el orden social vigente y reemplazarlo por otro de carácter fundacional, lo que conlleva necesariamente la posesión de un referente doctrinal, la existencia de un programa y una categórica voluntad de poder que lleve a institucionalizar la revolución. Implica también un proceso de largo desarrollo que busca internalizarse en la sociedad civil para así tomar el poder.

Algunos de estos movimientos han sido exitosos, como el movimiento cubano del 26 de julio de 1959 y el del Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua en 1979. Otros han sido derrotados, como algunas guerras de guerrillas seguidoras de las tesis del Che Guevara a fines de los años 60 en Brasil, Perú y Venezuela; y los grupos guerrilleros en el mismo Brasil y Uruguay a finales de los años 70. Otros, sin haber logrado grandes avances, no han sido derrotados totalmente, como Sendero Luminoso en Perú. Algunos grupos guerrilleros urbanos se autodefinen como socialistas revolucionarios y nacionalistas pero no marxistas, como Los Montoneros en Argentina o los Tupamaros en Uruguay. Otros grupos consideran como utópica la vía armada como método de acceso al poder y ven la vía política como la más viable para dar cumplimiento a sus aspiraciones programáticas. Dentro de estos grupos está el Farabundo Martí para la Liberación Nacional en El Salvador y el M-19 en Colombia. En los últimos tiempos existe un aparente consenso social en repudiar toda forma de violencia, la que siempre es justificada por el que la aplica y criticada por el que la recibe. Dentro de los condicionamientos externos que han influido en estos cambios están el colapso de los socialismos reales, la revalorización de la democracia como sistema político por la mayor parte de la izquierda en el mundo, y una fuerte autocrítica por su alejamiento

de las reivindicaciones y de las masas mismas que dijeron representar (Salinas, 1999: 1, 3, 5).

La concepción revolucionaria de los movimientos sociales como movilizaciones al servicio de una gran causa, llevaron en sí mismos la voluntad de superar las contradicciones entre dominantes y dominados mediante la creación de un sujeto colectivo. Cuanto mayor era la infelicidad de los dominados, más necesaria era la violencia revolucionaria para hacer triunfar la unidad del pueblo. Estos movimientos no se redujeron a defender los intereses de los dominados, combinaban un conflicto propiamente social con un proyecto cultural que cuestionaba orientaciones generales de la sociedad. El rechazo de una política económica que subordina la vida social toda a la reducción del déficit fiscal, impuesta como la única manera de aportar prosperidad y empleo para todos. Las orientaciones culturales, al disociarse de los conflictos sociales y políticos, se convierten en principio de pertenencia o exclusión. Los movimientos sociales separados de los conflictos políticos, se reducen a la lucha por el poder y favorecen la disociación del Estado y la sociedad (Touraine, 2000:100-102, 104, 130, 132).

En México, nuestros gobernantes no se han dado cuenta que no solamente aquí o en Seattle, sino en todo el mundo, se han comenzado a prender señales de alarma, que una gran cantidad de movimientos en todas partes luchan contra la aniquilación del planeta y el deterioro de la calidad de vida. La realidad que vivimos en México es muy diferente a la que nuestros gobernantes describen en los foros internacionales (Hernández, 2000: 1-2). En este contexto, México, que generó el prototipo de la revolución social del siglo XX, ahora es el escenario del prototipo de la guerra-red social y transnacional del siglo XXI. El movimiento zapatista constituye una reacción contra la lógica unilateral de la modernización económica y las consecuencias excluyentes de ésta, que no logró incluir ni a los campesinos ni a los indígenas (aproximadamente 10% de la población mexicana) en este proceso. Es una expresión característica de la vieja búsqueda de la justicia social en condiciones históricas nuevas. Es un movimien-

to democrático que apela al derecho (consagrado en el Artículo 39 de la Constitución mexicana) del pueblo a alterar o modificar su forma de su gobierno.

El movimiento zapatista se sitúa en una continuidad histórica con 500 años de lucha contra la colonización y la opresión, agravada con la acumulación de promesas incumplidas, y en la década de 1990, con el incremento de las importaciones de maíz, la desaparición del precio de garantía del café, en fin, por el desmantelamiento de la economía local. La modificación del Artículo 27 de la Constitución, que había otorgado satisfacción formal a las demandas de los revolucionarios agraristas encabezados por Emiliano Zapata, llevó a que se convirtiera el movimiento en el símbolo de la exclusión de las comunidades campesinas por el nuevo orden del libre comercio, pues esta modificación constitucional puso fin a la posesión comunal de la tierra agrícola por parte de los ejidos, a favor de la plena comercialización de la propiedad individual. Con ello, la posesión de la tierra comunal se hizo incierta. Esta medida está relacionada con el alineamiento de México con la privatización, de acuerdo con el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN).

Todo lo anterior llevó al movimiento zapatista a proclamar el primero de enero de 1994 "¡ya basta!". Proclama que encontró un fuerte eco en los sectores de la clase media urbana de la sociedad mexicana, ansiosa de libertad y cansada de la corrupción sistemática. Constituyéndose así la primera guerrilla informacional en el nuevo orden mundial, donde la información es el bien más valioso. Se ha usado esa misma información como instrumento más poderoso que las balas. Pero la guerra no es la estrategia del movimiento zapatista. Utilizaron las armas para hacer una declaración. Crearon un suceso en los medios de comunicación para difundir su mensaje, mientras trataban desesperadamente de no verse arrastrados a una guerra sangrienta. El uso extenso de internet permitió a los zapatistas difundir información sobre su entorno, poniendo el tema de la exclusión social y la corrupción política a la vista y oídos de la opinión pública mundial, y presen-

tar ante ésta un número de demandas razonables que encontraron un amplio respaldo en la sociedad mexicana en general, como indican las encuestas de opinión. Les permitió enlazar a las ONG de Chiapas con una red de grupos de apoyo que ayudaron a crear un movimiento de opinión pública internacional, que hizo imposible al gobierno mexicano utilizar la represión a gran escala, forzándolo a la negociación. Luego vino el desconocimiento por parte del gobierno de los acuerdos pactados.

El gobierno dice que Chiapas tiene problemas porque que no está integrada al libre mercado. Pero Chiapas no es exclusivamente reivindicaciones étnicas. Es la expresión simbólica más dramática y representativa de una experiencia particular que refleja toda la experiencia histórica y el panorama nacional en México. Es la representación de un proceso de reacción mundial contra el neoliberalismo. Chiapas, que está vinculado con movimientos y asociaciones de todas las regiones del país, está provocando que se reconsidere la situación mundial, porque en este estado, que tiene reflejos en muchas partes, México es un espejo para el mundo occidental por la forma en que ha privatizado empresas (en menos tiempo que cualquier otro país), por la forma en que ha bajado el costo de la mano de obra, arropado medidas antiobreras y otras que destruyen el medio ambiente; por la forma en que ha reducido el gasto social, con los resultados más extremos en términos de desigualdades, generando un ambiente que provoca la lucha extraparlamentaria, obligando al pueblo a tomar las armas para decidir su propia historia.

Aún continúa el hostigamiento del gobierno. Sin embargo, la información difundida por los zapatistas sigue teniendo impacto sobre la economía y política mexicanas. Aunque su acción no sabotó deliberadamente la economía, puso al descubierto las debilidades de ésta, así como las contradicciones entre los modernizadores y los intereses de un aparato de partido corrupto. La historia del movimiento zapatista no termina (Castells, 1999,II: 91-106).

De acuerdo con Huntington, la causa de la violencia e inestabilidad política en América Latina, en gran medida, es resultado

del rápido cambio social y de la veloz movilización política de nuevos grupos en un contexto de lento desarrollo de las instituciones políticas. El rápido proceso de modernización no se ha acompañado de un cambio igual en las instituciones políticas que dé a éstas las condiciones de adaptabilidad y coherencia necesarias para canalizar eficazmente la participación política. El rápido cambio social amplía la conciencia política, multiplica las demandas de los diversos sectores sociales y ensancha su participación. Estos cambios socavan los fundamentos tradicionales de la autoridad y de las instituciones políticas tradicionales.

Mientras los ritmos de movilización social y el auge de la participación política son elevados, los de la organización e institucionalización política son bajos. El resultado es la inestabilidad y el desorden. Esto es, hay un atraso en el desarrollo de las instituciones políticas que deben respaldar los cambios económicos y sociales. Es decir, hay una brecha entre el desarrollo económico y el político porque se considera que el primero promueve el segundo, cuando en realidad no es necesariamente así. En algunos casos el desarrollo económico puede contribuir a la estabilidad política, en otros es posible que provoquen un severo debilitamiento. Del mismo modo, algunas formas de estabilidad política pueden estimular el desarrollo económico, otras en cambio, producen el efecto contrario. Algunos países de la región con economías menos desarrolladas cuentan con sistemas políticos más evolucionados, mientras otros con mejores economías se encuentran sumergidos en el desorden político (Huntington, 1994: 7-9, 16-17).

El modelo mexicano de desarrollo

Desde la Segunda Guerra Mundial, en América Latina y México, una preocupación básica de la agenda pública fue el desarrollo económico a través de la industrialización basada en la sustitución de importaciones. En este marco, el eje de los derechos sociales fue la aparición de la seguridad social y del Estado benefactor. Tanto en México como en América Latina, el manejo estatal del

bienestar social adquirió un carácter dual. Por una parte, se crearon instituciones y derechos a la seguridad social basados en la contribución de aquellos que tenían un empleo formal, y, por otra parte, mecanismos de asistencia social para quienes se ubicaban en el sector informal. Éste fue un instrumento usado para legitimar el sistema político autoritario y permitir intercambios políticos entre el Estado y sus clientelas corporativizadas. El modelo económico requería trabajadores con poder adquisitivo suficiente y seguro. El mecanismo clave era la negociación de salarios superiores a los ingresos necesarios para la supervivencia familiar. La estabilidad laboral estaba garantizada por contratos indefinidos, pensiones, prestaciones, asistencia sanitaria y social contributivas. Si bien el empleo formal en un contexto de autoritarismo político y populismo no condujo a la consolidación de una verdadera seguridad social, sí permitió el acceso estable a un nivel de consumo digno para amplios sectores de la población urbana (Barba, 2000: 22).

En México, después de la revolución de 1910, durante los tiempos del Estado de bienestar, se formaron organizaciones que agruparon corporativamente a los militares, campesinos, obreros y sectores populares, lo que evidencia el control político de la burocracia del partido del Estado en el poder y de los líderes charros. El "charrismo" somete a los trabajadores a las reglas del partido oficial bajo presiones y amenazas de reducciones salariales y pérdidas de empleos, créditos agrícolas, etc., para garantizar una reserva importante de votantes (Vargas, 2002: 1).

En la década de 1980, ante las presiones de los acreedores de México y demás países de la región para el pago de la deuda externa, se instrumentó el denominado Consenso de Washington que propuso e impuso, por los organismos financieros internacionales como el Banco Mundial, El Fondo Monetario Internacional y el Banco Interamericano de Desarrollo, la agenda neoliberal y los programas de ajuste estructural y estabilidad económica como condiciones para negociar la "crisis" de la deuda. Se implantó así, un modelo alternativo de desarrollo económico para la región (excepto Cuba) basado en una industrialización orientada a la

exportación. Los ejes de este modelo han sido la apertura de la economía, la privatización de las empresas públicas, medidas para aumentar la recaudación fiscal y la desregulación de los mercados (Barba, 2000: 19, 25).

No obstante, el desarrollo económico ha sido lento e inestable. En México por ejemplo, entre 1959 y 1982, la tasa media de crecimiento anual del PIB fue de 6.4; entre 1982 y 1988 fue de 0.5, y entre 1988 y 1996 fue de 2.1 (*ibidem*: 20). Ello contribuyó a muchas situaciones de crisis que algunos países de la región han enfrentado en la pasada década de 1990. En 1992, el presidente Collor de Mello de Brasil fue destituido tras ser acusado de encabezar una red de corrupción. En Venezuela, el presidente Carlos Andrés Pérez fue suspendido de su cargo en 1993 y juzgado por malversación de fondos públicos. El presidente de Ecuador Abdalá Bucaram fue declarado "mentalmente incapacitado". El entonces presidente de Colombia Ernesto Samper, atravesó una crisis de gobierno tras ser acusado de financiar ilícitamente su campaña electoral. El presidente de Paraguay, Raúl Cubas, previendo un eventual juicio político tras el asesinato de su vicepresidente, se refugió en Brasil. En 1992, en Perú, Fujimori protagonizó un autogolpe de Estado. México atravesó por una severa crisis en 1994 y lo mismo pasó en Brasil y Argentina en 1999. Algunos candidatos a la presidencia, vislumbrando el rédito político que suponía la articulación de un discurso populista, fueron incapaces de traducir en políticas de gobierno sus promesas, lo que los deslegitimó ante la población (Costafreda, 2001: 1, 4).

La distribución del ingreso sigue siendo muy desigual. El índice Gini, en la región, se encuentra aproximadamente en 0,52 con un mínimo de 0,43 para Uruguay y un máximo de 0,59 para Brasil (Klochkovsky, 2001: 2-3). De acuerdo con las observaciones que la CEPAL hace de los problemas sociales de la región, de 12 países observados entre 1990 y 1997, la desigualdad aumentó en 7 países (Argentina, Brasil, Costa Rica, Ecuador, Panamá, Paraguay y Venezuela), en cuatro se redujo (Bolivia, Honduras, México y Uruguay) y en uno (Chile) se mantuvo igual. En esto

ha tenido parte también el factor institucional: ineficiencia, corrupción y otros defectos que entorpecen el progreso económico y social (Yáñez, 2002a: 1).

Así, en la década de 1990, gran parte de los gobiernos latinoamericanos tuvieron que afrontar, en un complejo escenario, el reto de superar la reactivación del sistema productivo y financiero interno, y de armonizar el mercado con las demandas sociales (Costafreda, 2001: 4-5). Sin embargo, la desigualdad, la pobreza, la exclusión económica, social y política, siguen siendo algunos de los problemas fundamentales enfrentados por amplios grupos sociales en México y América Latina (Barba, 2000: 20).

Como en todo el mundo, el costo social de las reformas neoliberales en México y en América Latina ha sido muy alto. En la década 1950, ésta tuvo un ingreso per cápita más alto que el de todas las regiones del mundo en desarrollo. En los últimos años, las economías de la región han tenido un ingreso promedio per cápita de 3 100 dólares estadounidenses (a precios de 1999). Esta cifra no representa ni 30% del ingreso per cápita de los países desarrollados, y es más baja que los niveles alcanzados en los países de Asia del este y del Medio Oriente.

Esto no implica necesariamente que las reformas económicas llevadas a cabo no hayan contribuido al progreso económico en México y América Latina. Éstas han propiciado avances significativos en la estabilidad macroeconómica, en los vínculos internacionales, en la integración regional, etc., pero la región se mantiene atrasada en el área social, y en algunos casos los problemas sociales han empeorado (Vargas, 2002: 7). En México, entre 1940 y 1980, si bien no se eliminaron la pobreza y la desigualdad social, hubo avances en materia de política social y surgió una clase media fuerte que reclamaba espacios de participación política (Klochkovsky, 2001: 1).

En México, desde la independencia y durante los dos últimos siglos, el sistema político dominante ha sido presidencialista autoritario, pero aunque desde 1929 todos los presidentes surgieron del mismo partido oficial, PRI (Partido Revolucionario

Institucional) que se mantuvo en el gobierno desde esta fecha hasta el 2000, la continuidad de la política económica no siguió un patrón de comportamiento regular y coherente de formulación de políticas. El presidente era la cabeza del partido, y con base en un poder no escrito y el compromiso de retener el poder, “elegía” a su sucesor y también designaba líderes nacionales y candidatos para la elección popular.

Después de dos décadas de estabilidad monetaria y crecimiento sostenido, en el final del periodo de Echeverría (1970-1976), en 1976 se presentó una crisis económica que fue seguida por otras en 1982, en 1987 y en 1994-1995. En 1982, el presidente López Portillo (1976-1982) nacionalizó la Banca en medio de una crisis generalizada, provocada por la caída de los precios del petróleo, devaluación del peso, etc. (el país casi se declaró en suspensión de pagos), y también en medio de complicidades entre inversionistas y políticos que aprovecharon el financiamiento de los organismos internacionales destinado al rescate de la crisis de la deuda, lo que llevó a grandes endeudamientos que se transfirieron a la sociedad. Sin embargo, la decisión de privatizar la Banca fracturó el pacto entre el Estado y los empresarios que vivían en contubernio con el gobierno en una tupida red de complicidades.

En 1987 la inflación alcanzó 159%, y el crac en la bolsa devoró a los ahorradores. En 1988 Salinas de Gortari (1988-1994) alcanza el poder en medio de una crisis de legitimidad por irregularidades y fraude electoral. Con él se profundizaron las reformas neoliberales, y continuaron durante el siguiente sexenio, con Ernesto Zedillo (1994-2000). El primero de enero de 1994, en que entró en vigor el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), surge como respuesta el movimiento zapatista. Rencillas entre grupos políticos del PRI conducen a asesinatos políticos, como el del candidato a la presidencia de la república, Luis Donaldo Colosio, y del secretario general del PRI, Ruiz Massieu (Vargas, 2002: 1-5). En la evolución del PRI algunos analistas distinguen tres etapas. La etapa hegemónica, en que

mantiene el control total del poder, va de 1929 a 1976. La etapa bipartidista, en la que domina sobre los partidos políticos de oposición, pero pierde posiciones frente al PAN (Partido Acción Nacional), va de 1979 a 1985. Desde 1982, los candidatos de otros partidos políticos fueron accediendo gradualmente al poder, primero en los gobiernos municipales y luego en los estatales; y la etapa pluripartidista, que va de 1988 al 2000, en que se abre la competencia política entre el PRI, el PAN y el PRD (Partido de la Revolución Democrática).

El 2000 marca la llegada de un nuevo partido (PAN) al poder. El cambio de partido en la presidencia evidencia el declive de un régimen político agotado por el descrédito, la corrupción, la ineficiencia, el clientelismo; el hartazgo ciudadano y su clamor por el cambio expresado con el "voto de castigo". En parte, la gente votó contra el PRI más que a favor del nuevo presidente Vicente Fox. Éste fue el beneficiario del voto determinante de los pobres marginados de los grandes centros urbanos y de aquéllos de las zonas rurales e indígenas rezagadas que renegaron del PRI (Cruz, 2000: 2-4, 6). Lo que permitió la alternancia en el poder fue el progresivo reforzamiento de las instituciones democráticas, a lo que contribuyeron el achicamiento de la capacidad de influencia del PRI en los espacios políticos controlados mediante arreglos corporativos, y la consolidación de las instituciones electorales, que permitieron una mayor pluralidad y lucha política partidista, desarrollada en cauces institucionales (*ibidem*: 2, 10-12).

A partir de la alternancia en el poder, que llevó a la oposición a la presidencia y a la composición de un congreso plural, se renovó la esperanza en un cambio profundo que abandonara el viejo autoritarismo y el populismo centrado más en expectativas de gobernantes iluminados que en propuestas concretas de desarrollo nacional. Sin embargo, el nuevo gobierno no se ha preocupado por problematizar la conexión entre política y economía. Pareciera que lo que realmente se ha dado es sólo un cambio de partido en el poder. No ha habido un cambio de régi-

men político, sino la profundización de la política económica neoliberal que ya se venía aplicando desde mediados de los años 80 del siglo pasado. Se trata de un simple cambio en la forma de hacer las cosas, más que en el contenido de las mismas. La nueva clase política que emerge de las organizaciones locales de pequeños y medianos empresarios, principalmente del norte del país, ven la política como un buen negocio. La justicia social no es un tema panista (*ibidem*: 4, 7-13).

En un medio dominado por la ideología del libre mercado, es natural que se tenga en gran estima a los hombres de empresa. Sin embargo, en las actuales circunstancias, los empresarios en nuestro país son en realidad parte del problema y no de su solución. Los empresarios que hoy conforman el grueso de la elite del dinero tienen una biografía muy ligada y dependiente de la clase política tradicional. Muchos de ellos no fueron empresarios convertidos en políticos, sino políticos convertidos en empresarios a la sombra del Estado. Con frecuencia han sido sus contactos con el gobierno los que les han dado los grandes contratos, les han abierto la puerta a las privatizaciones, o les han dado protección en momentos difíciles (Meyer, 1998: 60).

Las prioridades de la agenda del nuevo gobierno, en materia económica, hacen patente que la orientación de la política económica no es distinta a aquella implantada por las dos administraciones anteriores. Persisten la orientación tecnocrática y los criterios de tipo empresarial en las políticas del poder ejecutivo (Cruz, 2000: 1, 4). Los nuevos gobiernos panistas han tratado de consolidar un modelo gerencial en el ejercicio gubernamental, obsesionados con la idea de administrar bien sin consideraciones políticas estorbosas, frente a una sociedad que sigue reaccionando corporativamente. El resultado ha sido, en algunos casos, ineficacia gubernamental frente a ciudadanos organizados que prefieren actuar por la vía de la fuerza antes que someterse a las reglas públicas, si éstas no se ajustan a sus intereses privados. En estas circunstancias, mientras los panistas en el poder, que se encuentran atrapados en un neocorporativismo, ven por sus pro-

pios intereses y se preocupan por saltar de puesto en puesto sin que importen las características personales como la inteligencia, experiencia, honradez o representatividad, los beneficiados por el anterior partido oficial buscan salvaguardar también sus intereses personales y privilegios por la vía del mantenimiento del control de los principales hilos del poder (Meyer, 1998: 29-30, 65-68, 83-84).

De esta manera, en la actual situación de desaceleración económica en que se pide a la ciudadanía un esfuerzo en la congelación o incluso reducción de sus salarios, en que se reducen los gastos sociales y en que los servicios pierden en calidad y/o nivel de cobertura en perjuicio de los ciudadanos, vienen, con una visión predatoria de las finanzas públicas, y con base en el mismo marco legal que da pie para que políticos voraces aprovechen su investidura para autoasignarse salarios elevados, los aumentos de sueldo de los gobernantes, acompañados de una cauda conformada de gratificaciones anuales, bonos, viáticos, compensaciones económicas a la finalización del cargo público, etc. Aumentos a los que a la inoportunidad se suma la desproporción, ya que no guardan ningún grado de proporcionalidad con la media salarial y acceso a los recursos por parte de la población.

Son varios los argumentos que esgrimen los gobernantes para elevar de esta manera sus sueldos. Uno es que las tareas vinculadas al cargo, por su propia naturaleza exigen que sea exclusiva y excluyente, al menos durante un cierto periodo, de cualquier actividad que pueda menoscabar su desempeño dirigido exclusivamente al interés general (Valdez, 2002: 2, 5). Argumentan que es para garantizar la rectitud e imparcialidad de su actuación; otro argumento más es que su sueldo está en relación con el nivel jerárquico y el grado de responsabilidad del puesto, y otro más consistente en comparar las percepciones que tienen en el ejercicio de sus cargos, con las que podrían tener si se desempeñaran en empresas privadas (Tamara, 2002: 1-4).

A lo anterior habría que agregar que, debido a la forma en que integran sus percepciones, evaden el fisco, ya que no pagan

la totalidad de los impuestos que por ley les corresponde pagar. Sin discutir, porque no viene al caso en este trabajo, las justificaciones que aducen los gobernantes, a todas luces poco convincentes, sólo podemos resaltar su insensibilidad más allá de todo principio de justicia y equidad (Valdez, 2002: 3, 8).

El fantasma del presidencialismo no se ha alejado con el presidente Vicente Fox. Sus propuestas han sido contradictorias, a veces retrógradas, a veces esperanzadoras, pero carecen todavía de la coherencia que tendría un programa completo. Existe preocupación porque se han presentado signos de amenaza y peligro en los gobiernos estatales de extracción panista, como en los casos de Jalisco, Chihuahua y Nuevo León. En estos estados, los gobiernos panistas han dejado antecedentes negativos de represión a organizaciones civiles críticas relacionadas con la defensa de los derechos humanos, laborales, políticos y ciudadanos, y una falta de respuesta institucional ante situaciones de violencia cuando se buscaban compromisos. Esta huella hace suponer la existencia de un perfil amenazador por parte del gobierno panista (Vargas, 2002: 11, 15, 18).

En la contradicción entre los intereses de la elite política, la clase empresarial y el interés general, está la incompetencia de un aparato estatal para cumplir con un mínimo de eficiencia las tareas básicas del Estado: crecimiento económico, seguridad pública, justicia expedita y efectiva, servicios públicos básicos. En este marco, el problema de fondo, en México, sigue siendo una economía que, a pesar del alto costo de su transformación, aún sigue sin encontrar la manera de reactivar al conjunto del aparato productivo para dar los empleos que la población demanda, con una remuneración digna, y que pone en riesgo la preservación de las instituciones democráticas que están naciendo (Meyer, 1998: 35, 90-91, 107).

En este sentido, el principal problema es el desempleo, que afecta a los individuos como miembros de una familia, de un grupo, de una comunidad. El hombre que no trabaja carece de los medios necesarios para desenvolverse (Lastra, 1993: 17-19). Tener

un empleo bien remunerado significa acceso a un salario que permite adquirir los bienes y servicios necesarios para la subsistencia, para alcanzar un nivel de bienestar social suficiente para el desarrollo, con la posibilidad de un futuro mejor (Pozos, 1999: 2-3). No obstante, no se ve una reorientación de la política económica que corrija las desigualdades sociales a través de la generación de empleos, que recupere el ingreso real y se traduzca en beneficios para las familias (Vargas, 2002: 20). Ni siquiera con fines prácticos, pues si los ciudadanos tienen un buen trabajo les permitirá recaudar más impuestos y, por tanto, poner a disposición de las políticas sociales mayores recursos, lo cual produciría mayor estabilidad y crecimiento, mejoraría la nutrición, la salud, la educación, etc., en general elevaría las condiciones de vida, lo cual sería una forma de prevenir los problemas sociales como los que actualmente enfrenta nuestra sociedad (Rodríguez, 1993: 277-282).

México sigue siendo un país de jóvenes a los que no se les ofrece un entorno favorable desde la familia. De acuerdo con el último Censo General de Población y Vivienda 2000 del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), la población de menos de 14 años es de 32.6 millones, lo cual representa 34% de la población. Actualmente la población joven (entre los 15 y 29 años de edad) asciende a 27.2 millones de personas, lo cual equivale a 28.5% del total de la población. De este volumen, 48% son hombres y 52% mujeres (INEGI, 2003a: 7-8). No hay congruencia entre las políticas públicas (de empleo, educativas, etc.) y las expectativas de los jóvenes de entrar en la vida activa y lograr un salario remunerador (Segalen, 1992: 166-170).

En este marco, nos encontramos ante una sociedad mundial que no encuentra las utopías, los modelos, los caminos que resuelvan los problemas de distribución del ingreso y dé acceso al bienestar a los 6 000 millones de habitantes del mundo, en el que el ser humano se ha convertido en simple objeto del consumo de la producción (Villaseñor, 1998: 14-15). Ni en México ni en América Latina se ha podido generar una estrategia para erradicar la pobreza extrema estructural característica de la región

(Klochkovsky, 2001: 1-2). México se encuentra hoy inmerso en un proceso de cambio mayor a partir del proceso electoral del año 2000, que puso al descubierto lo que ya se sabía: la miseria moral de una clase política gobernante que antepuso el interés personal al colectivo. El nuevo estilo del ejercicio gubernamental no es muy diferente del anterior y continúa, hasta el momento actual, ahondando las diferencias sin que se vean propuestas de solución coherentes con una expresión política que las haga viables. Los empresarios redefinieron las estrategias bajo el impulso de un Estado interventor, pero con una fuerte orientación tecnócrata para beneficio de los dueños de los grandes capitales, con lo que se inicia la reinención del nuevo Estado mexicano con base en un proceso de negociación neocorporativo entre empresarios y gobierno, fincado en compromisos e intereses mutuos (Cisneros, 1999: 27-28).

Cuando se habló del nuevo modelo de desarrollo, para hacer más inteligibles los beneficios, desventajas y posibilidades de la globalización, hicimos alusión a la diferenciación que hace Beck entre los conceptos globalidad, globalización y globalismo. También hablamos acerca del neoliberalismo económico, presentamos algunos de los principales principios que enarbola la teoría económica neoliberal, que defiende el libre mercado en lugar de la planificación estatal como el único sistema capaz de garantizar la libertad, la democracia, y de hacer que los países logren mayor riqueza y prosperidad. Además, mencionamos que, para ello, los Estados deben, entre otras cosas, reducir el gasto público, frenar los salarios, desaparecer el derecho de huelga y a la sindicación, gravar menos a quienes más tienen y no al revés; eliminar todo tipo de regulaciones del mercado, de protección ambiental, de seguridad social, etc., cuestiones que sólo aumentan los costos de producción y reducen las posibilidades de competitividad. Pues esta desregulación es necesaria para que los empresarios se capitalicen, inviertan y produzcan más, ya que al final de cuentas su riqueza y prosperidad se “derramará”, en un “futuro próximo”, al conjunto de la sociedad.

Sin embargo, a casi tres décadas de la implantación del modelo de desarrollo capitalista neoliberal, como vimos al hablar de las consecuencias de la globalización, la realidad nos muestra, en el marco de la sociedad global, que se ha ahondado la brecha entre ricos y pobres como consecuencia de la distribución inequitativa de la riqueza, se ha contraído y precarizado el empleo, los salarios han perdido su capacidad real, se ha incrementado el mercado laboral informal, con todo lo que esto significa como disminución del ingreso familiar, generalización de la pobreza, déficit fiscal, desmantelamiento de los sistemas de seguridad social, etc. Esta situación es más acentuada en los países en desarrollo como México y los demás países de la región latinoamericana, en donde el modelo ha generado, como vimos al hablar sobre las respuestas a la globalización, movimientos, de resistencia violentos, y en el caso de México un movimiento *sui generis* como el zapatista. Hemos visto cómo tal situación, que se refleja en el estado de Jalisco, ha ocasionado un deterioro de las condiciones de vida de la mayoría de la población. También vimos cómo los ataques al sistema de seguridad social se expresan, entre otras cosas, en falta de oportunidades para acceder a los sistemas educativo y de salud, lo cual es palpable en el rezago educativo y en la persistencia de tasas de morbilidad y mortalidad materna e infantil por causas prevenibles.

En este contexto, en el que el crecimiento económico ha sido insuficiente, lento e inestable, las expectativas que generó en la población la alternancia en el poder, al arribar a éste el PAN en el año 2000, se han convertido en frustraciones, pues como vimos al tratar sobre el modelo mexicano de desarrollo, el gobierno federal y los gobiernos estatales y municipales panistas, que han adoptado una forma de gobierno de corte empresarial, se han dedicado a manejar cifras macroeconómicas sin considerar a la población, pues se han caracterizado por el presidencialismo, el autoritarismo y su aversión a la defensa de los derechos humanos entre otras cosas, todo lo cual se refleja en la incompetencia del aparato estatal para cumplir con un mínimo de eficiencia en sus

responsabilidades básicas. El actual gobierno continúa con la misma política económica neoliberal que se venía aplicando desde mediados de la década de 1980, y que continúa ahondando la brecha entre ricos y pobres. No se ve con claridad una política de largo plazo que garantice una reestructuración productiva que sienta las bases para un crecimiento sostenible. La mayoría de las familias mexicanas no ha visto los beneficios que esperaba y, a pesar de ser un país de jóvenes, no se les ofrece un entorno favorable desde la familia.

En este capítulo se expone la discusión teórica en torno a la evolución familiar que dio origen a la familia monogámica moderna (tradicional, nuclear o conyugal) y acerca de cómo en ésta se empezó a separar la vida pública de la privada, y cómo pasó a asumir una función moral y espiritual y a adquirir una importancia que no tenía antes con respecto a la socialización de los hijos. Se presenta una imagen histórica de la familia en México, y se hace referencia, también, a algunos cambios importantes que están sufriendo las familias contemporáneas como consecuencia de los movimientos sociales y los cambios económico-sociales y científico-tecnológicos del siglo XX, y se mencionan algunas estrategias a las que recurren las familias mexicanas empobrecidas para afrontar la crisis económica.

La discusión teórica acerca del origen de la familia nuclear

Linton critica a los científicos sociales que, influenciados por la teoría de la evolución y su etnocentrismo, que colocaba a sus propias instituciones sociales en el centro de todas las líneas de desarrollo, daban por supuesto que el tipo de familia predominante en Europa occidental, sobre todo en la Inglaterra victoriana, era la culminación de la institución que había evolucionado desde la promiscuidad sexual, el matrimonio en grupo, la poliandria y la poligamia, hasta llegar finalmente a la monogamia (Linton, 1994: 6).

En la etapa de promiscuidad supuestamente no existían vínculos permanentes entre el padre y la madre, ni reglamentación de

sus relaciones y de la responsabilidad del padre hacia los hijos; la madre mantenía un vínculo constante de cuidado y protección sobre éstos, no se sabe quién es el padre y el parentesco se señala por la línea materna. La existencia de esta etapa ha perdido cierta validez como consecuencia de los estudios antropológicos y psicoanalíticos llevados a cabo en diferentes culturas que consideran que, dadas las características físicas y psicológicas del hombre, éste siempre ha tratado de mantener relaciones estables.

La cenogamia se caracterizaría porque un grupo específico de mujeres mantiene relaciones sexuales con un grupo determinado de hombres. En este caso sí existe una reglamentación de la relación de los diferentes esposos, y del cuidado y crianza de los hijos. Algo parecido a lo que se observó por los años 60 en algunas comunas *hippies*.

Respecto a la poligamia, es uno de los fenómenos en que la historia muestra con más claridad su evolución. Aquí se encuentran dos aspectos: por un lado, la poliandria, es decir cuando una mujer tiene varios maridos, lo que conduce al matriarcado porque la mujer se convierte en el centro de la familia, ejerce la autoridad, fija los derechos y obligaciones de la descendencia y, por tanto, el parentesco se determina por la línea femenina. Se considera que esta etapa se acentúa en la época en que el hombre se convierte en sedentario y, dedicado a la caza y la guerra, actividades que lo llevan a su permanente eliminación, la madre se convierte en el principal agente económico y afectivo. Por otro lado, tenemos la poligamia, situación en la que un hombre tiene varias mujeres, como la situación actual que se da en los países musulmanes. A este respecto en el Tíbet actual se da una variedad de organizaciones familiares según la clase social a que se pertenece: en la baja se da la poliandria, en la alta la poligamia, y en la media la monogamia (Sánchez, 1980: 15-21).

Según Marx, en la cultura occidental fue decisiva la influencia que tuvieron las religiones monoteístas, sobre todo durante el imperio romano, para la institucionalización del concepto de familia patriarcal monogámica, expresión que inventaron los ro-

manos para designar un nuevo organismo social cuyo jefe tenía bajo su poder a la mujer, a los hijos hasta su boda, las esposas de sus hijos y un cierto número de esclavos, con la patria potestad y derecho de vida y muerte sobre todos ellos. La mujer estaba sometida absolutamente a la autoridad del padre (Marx: 1997: 68).

En este tipo de familia patriarcal monogámica, el padre es el centro de las actividades económicas, religiosas, políticas y jurídicas; es el único que participa en la vida pública de la sociedad en que vive, el único propietario del patrimonio y el representante religioso en el culto doméstico. Tenía el derecho sobre los hijos para reconocerlos o rechazarlos al nacer, así como para casarlos. Tenía el derecho de repudiar a la esposa, de adoptar, de emancipar y de designar, a su muerte, tutor para la mujer y sus hijos. Este tipo de familia viene a ser el antecedente de la familia occidental moderna. En la cultura occidental, la influencia que la religión católica ejerció en el desarrollo jurídico-político, sobre todo en el imperio romano, fue decisiva para institucionalizar el concepto de familia patriarcal monogámica que giraba en torno a la autoridad irrestricta del padre. Los cambios que se fueron dando en la estructura social, hasta llegar a la actual sociedad occidental moderna, fueron fortaleciendo la familia monogámica pero con otros rasgos. Luego surgen instituciones externas que vienen a suplir algunas funciones antes inherentes sólo a la familia. Se crearon tribunales que decidían sobre los problemas familiares; ya no era el padre el único que tenía el poder de disposición. La iglesia absorbe, en parte, el culto religioso. Aparecen las instituciones educativas y la idea sociocultural del amor romántico, que trajo aparejada la libre elección del cónyuge. Con el derecho al voto, la mujer empezó a participar más activamente en la vida socioeconómica. En fin, se va modificando poco a poco el concepto tradicional de familia patriarcal monogámica, hasta llegar a la familia occidental moderna, en la que los miembros se reducen a los abuelos, los padres y los hijos. Los otros parientes, con quienes se mantienen relaciones estrechas, quedan fuera del núcleo familiar.

La familia patriarcal monogámica, que se puede llamar extensa, en las ciudades de los países que se fueron industrializando, se fue reduciendo hasta quedar limitada a los padres y a los hijos. El parentesco se establece tanto por la línea masculina como por la femenina. Se limitan las relaciones con los parientes colaterales ascendientes y descendientes. La patria potestad también queda en manos de la madre y, en general, las relaciones familiares tienden a democratizarse. Se fue formando, así, la familia conyugal moderna (Sánchez, 1980: 15-21). Linton, contrario a estas ideas, dice que el tipo de familia conyugal es una unidad biológica que comparte pautas de comportamiento con unidades similares que pueden observarse en gran número de especies mamíferas y que están relacionadas con características fisiológicas de nuestra especie, sin las cuales, ésta difícilmente habría sobrevivido como tal. La función de la familia conyugal se basa, dice, en una presunción de permanencia. Un individuo maduro establece una relación duradera con otro del sexo opuesto. Esta continuidad de la relación sexual tiene una base fisiológica que el hombre comparte con la mayoría de los primates subhumanos: interés sexual constante de los machos por las hembras y la ausencia, en éstas, de una época de celo claramente definida. Por el largo periodo de dependencia que tienen los hijos, de los adultos, para su supervivencia física, agrega Linton, habría sido muy difícil la supervivencia de la especie de no haber existido relaciones permanentes que asegurasen a la hembra el auxilio del varón en el cuidado de los hijos. Es de suponer que esto ocurría así desde antes que nuestros antepasados adquirieran la condición humana. Por lo que se sabe de las características del hombre y de los primates en general, así como de la organización de las sociedades humanas que viven todavía en niveles inferiores de desarrollo económico y tecnológico, es de suponer que los primeros representantes de nuestra especie tenían relaciones sexuales frecuentes, y es muy probable que la mayoría de estas uniones fuesen monógamas. Por las razones anteriormente expuestas, Linton colige que la familia conyugal

es muy antigua en la historia humana, y es muy probable que, como unidad funcional, haya sido la primera que se integró en las estructuras sociales.

Es posible que esta simple organización familiar haya servido de punto de partida para el desarrollo de diferentes formas familiares, pero no parece probable que el orden de aparición de éstas fuese regular. Lo más probable es que no haya habido un solo tipo de evolución de la familia, sino una serie de evoluciones locales que siguieron caminos diferentes para alcanzar objetivos diferentes.

La relación continua entre un hombre y una mujer constituye la base de la unidad familiar conyugal, a la que se agregan otras relaciones como la de los padres con los hijos y la de éstos entre sí. El grupo formado por el padre, la madre y los descendientes se mantiene unido por la vinculación padre-madre, y por la dependencia física de los hijos, quienes requieren afecto y una correspondencia por parte de aquéllos por encima de la satisfacción de sus necesidades materiales. En este sentido, la madre es mucho más necesaria que el padre para su bienestar y mucho más difícil de reemplazar. La relación del padre con los hijos es secundaria y proviene del interés compartido por la madre, y de la residencia común con ella. Ésta a veces, para poder asegurar estas condiciones, se ve obligada a transferir a otros individuos, que pueden ser el marido, la abuela, la tía, hermanos mayores u otros, parte de la responsabilidad del cuidado de los hijos, pero esta transferencia no sería posible si no existiera un grupo familiar relativamente estable (Linton, 1994: 2-29).

Sánchez dice que la familia conyugal moderna es producto de la industrialización, y en esto coincide con Parsons quien dice que, al transformarse la sociedad agrícola y artesanal en sociedad industrial, la familia extensa ha dejado de ser progresivamente, desde el punto de vista económico, unidad de producción para ir quedando reducida, paulatinamente, a una unidad de residencia y de consumo. El proceso de industrialización hace que los miembros de la familia tengan que salir del hogar para

ejercer el trabajo con el cual ganar el sustento. Así, se impone la movilidad física de las familias del campo a la ciudad. El proceso de industrialización segmenta a la familia, reduciendo el tamaño del grupo doméstico,¹ que antes estaba formado generalmente por tres generaciones: abuelos, padres y nietos, y no raramente tíos y tías solteras, a una familia conyugal compuesta sólo por dos generaciones: la pareja con un reducido número de hijos hasta el momento de su emancipación.

De acuerdo con esto, la familia nuclear supone la transformación de las amplias estructuras de parentesco del pasado, que ofrecían a la familia extensa, seguridad y apoyo a la vez que cohesión con la comunidad local, en una estructura de parentesco reducida a la familia de procreación (la nueva familia nuclear), y cuando mucho a las familias de origen (las familias nucleares de donde proceden el padre y la madre). Este hecho sería, según Parsons, uno de los factores del aislamiento estructural, que sufre con frecuencia la familia actual sobre todo en los centros urbanos. Esta tesis funcionalista de Parsons afirmaba la adecuación de este modelo familiar con las características económicas de la sociedad contemporánea, donde el padre tiene el rol instrumental asegurando la relación con la sociedad y como proveedor de bienes materiales, y donde la mujer tiene el rol expresivo en el interior de la familia.

Segalen dice que esta tesis ha sido invalidada a lo largo de una serie continuada de investigaciones, que comprueban que este aislamiento de los demás parientes de la familia nuclear no se ha producido, sino que, por el contrario, la interacción entre los miembros del grupo de parientes se mantiene en todas las sociedades, y estos contactos contribuyen al sostén psicológico

¹ El concepto de grupo doméstico se refiere al conjunto de personas que comparten un mismo espacio de existencia, (residencia común) de trabajo y de producción. Puede estar formado por una o varias familias, además de personas sin relación de parentesco que pueden compartir o no las actividades de producción.

de las identidades familiares, pues la interdependencia afectiva es uno de los cimientos de la continuidad familiar (1992: 37, 79-80, 86).

A diferencia de Parsons, quien afirma que los procesos de industrialización segmentan la familia, primero en el aislamiento de su red de parentesco y luego reduciendo el tamaño del grupo doméstico a una familia nuclear, Segalen dice que la mayor parte de las familias no "se viven" como nucleares, sino que se saben encuadradas por los parientes próximos y lejanos. Los estudios de las migraciones han demostrado claramente el papel que juegan las redes de parentesco en la transferencia de poblaciones rurales a la ciudad. Estas redes constituyen un elemento importante para encontrar empleo. El parentesco sirve para proporcionar un lugar de alojamiento; a menudo para penetrar en el mercado de trabajo, sobre todo para un primer empleo. La referencia a tal o cual miembro del parentesco sirve de identificación en la relación con los otros, y puede pesar tanto como el diploma en el momento de la selección. Sirve para integrarse a la comunidad de acogida, o para preservar la diferencia étnica en la nueva comunidad.

Así, según Segalen, ni la familia nuclear puede considerarse como un producto de la industrialización, ni los lazos de parentesco han dejado de tener vigencia en nuestras sociedades contemporáneas urbanizadas. Refiere que algunos cambios familiares se produjeron antes del proceso de la industrialización y, habiéndola precedido, quizá la facilitaron. Por tanto, las transformaciones en la familia deben ser consideradas no en secuencia, sino simultáneamente, ya que ambas transformaciones proceden de los mismos cambios sociales y culturales. Pues, añade, la industrialización atraía a las ciudades masas de familias desarraigadas y proletarizadas, entre las que se incrementaba el número de hijos ilegítimos y abandonados, etc. Segalen apoya sus afirmaciones en la experiencia histórica de la familia conyugal inglesa, la cual es mucho más antigua que la industrialización (*ibidem*: 13-24).

Al igual que en Europa occidental, los estudios realizados en diversos contextos preindustriales urbanos y rurales de América Latina, en los siglos XVIII y XIX, apuntan a rechazar la idea de que en el pasado las familias fueron predominantemente extensas. Investigaciones realizadas en contextos novohispanos y de comienzos del México independiente, demuestran que los arreglos familiares no eran mayoritariamente extensos sino nucleares. Generalmente las familias de mayor tamaño correspondían a los grupos privilegiados de la sociedad (Tuirán, 2001: 30).

*La influencia de la organización social
en la conformación de la familia nuclear*

La acción de la iglesia católica es la que ha modelado desde el siglo IV una sociedad familiar europea, imprimiendo rasgos inéditos a las poblaciones que deseaba cristianizar; prohibió prácticas corrientes como la poligamia, el divorcio y el matrimonio en el seno del parentesco. Puso el acento en el consentimiento mutuo de los esposos en el matrimonio e instauró la libertad de testar. A partir del siglo XII, el matrimonio se convierte en sacramento. La obligación de la exogamia comporta la fluidez de las herencias. Dispersa el patrimonio entre las diversas ramas familiares, al contrario de lo que sucedía en un sistema de linaje que mantenía para el clan sus posesiones por mediación de los matrimonios endógamos.

Este matrimonio inglés de rasgos sorprendentemente “modernos” no es producto exclusivo ni de la revolución capitalista ni del desarrollo de una ética religiosa, sino de una sociedad fluida que en su conjunto contribuye a su construcción. Es una sociedad móvil en la que los campesinos no están sujetos a una tierra, como en la mayor parte de las sociedades europeas por medio de una aparcería.² Los diferentes movimientos que engloba el término industrialización, ciertamente han contribuido a modificar las relaciones familiares, pero en el seno de un

² Convenio de los que van a la parte en una finca rústica.

cuadro general puesto en marcha desde siglos atrás legitimado por el poderío de la Iglesia. Ciertamente también la coresidencia con la familia extensa ha desaparecido, al menos en las ciudades, pero las relaciones con ella se mantienen vivas (Segalen, 1992: 251-253).

Es probable que la afirmación de Parsons sea aplicable a cierto tipo de familia nuclear de determinada clase social en algunos países industrializados. Sin embargo, lo que afirma Segalen puede ser corroborado en un contexto de empobrecimiento progresivo, como el que está ocurriendo actualmente en México, en el que se puede ver que al contrario de lo que dice Parsons, la familia, como consecuencia de la precaria situación económica, se vuelve solidaria y tiene por ello la tendencia hacia la familia extensa, al compartir por necesidad la vivienda con otros parientes e incluso, a veces, no parientes, por las ventajas que esto representa para afrontar entre todos las necesidades comunes.

Segalen dice que la nostalgia de un pasado más estable y la preocupación por el futuro incierto de la familia habían hecho que ésta y las relaciones de parentesco fueran consideradas un elemento básico en las sociedades pasadas, y se consideraran marginadas en la sociedad contemporánea. Que la inestabilidad en los centros urbanos de las clases trabajadoras preocupa a las clases dominantes que desean reafirmar la autoridad patriarcal de la familia, para hacer de ella un agente de moralización de la clase trabajadora. Esta posición ideológica, que es la de la libertad y el individualismo, tiende a considerar cada célula familiar como única e independiente de las influencias culturales o de las contingencias económicas e históricas.

La idea de una familia "restringida" a sus funciones mínimas se articulaba perfectamente con un discurso del Estado que, como sustituto de la autoridad del padre, se encargaba de las funciones de la familia al hacerse cargo de los ancianos mediante una política de pensiones; de la salud de los enfermos; del albergue de los trastornados mentalmente, etc. Las pocas funciones que conserva la familia, como la socialización de los hijos, la comparte con

otras instituciones. Así, la familia, sustituida en sus funciones sociales no tenía ningún papel que jugar, y no tenía, por tanto, más recurso que ser el dominio de lo privado. Como máximo tenía funciones subsidiarias de apoyo en la reproducción social. Esta familia, objeto de manipulación por parte de las instituciones sociales, aparece como débil, deteriorada, en crisis. En estas condiciones, la familia nuclear ha perdido sus funciones de producción, políticas y religiosas, y comparte sus responsabilidades educativas, etc. con otras instituciones. La función principal que le resta es la de socializar a los hijos. Sin embargo, Segalen dice que la familia ha atravesado los cambios económicos y sociales que han hecho pasar a las sociedades occidentales de una economía campesina a una economía industrial. Ha soportado estos cambios dentro de marcos históricos específicos. Desde una perspectiva histórica, aparece como una institución flexible y resistente.

De esto se desprende que en las sociedades en las cuales las tradiciones y las organizaciones familiares son diferentes, cabe esperar encontrar cambios industriales y familiares diferentes. El hecho familiar es universal, pero con arreglos muy diversos según las sociedades. A menudo juzgamos con el rasero de nuestra sensibilidad contemporánea situaciones pasadas en las que las relaciones eran diferentes. Sin embargo, la reflexión histórica sobre la familia permite poner de manifiesto que no se trata de uno sino de dos tipos de familia (la extensa y la nuclear), y de organizaciones familiares diferentes en el tiempo y en el espacio. La imagen de una familia nuclear, separada de lo social y adaptada a la economía moderna, ha dejado de ser tan verosímil como el mito de una gran familia extensa en el pasado preindustrial (Segalen, 1992: 13-24).

Ariés nos relata cómo la vida de antaño, hasta el siglo XVII, transcurría en público; la calle medieval es más bien una prolongación de la vida privada en el exterior; era la sede de los oficios, charlas, juegos, espectáculos, el marco familiar del trabajo y de las relaciones sociales. La vida privada se desarrollaba tanto o más en la calle, que en la casa abierta a todas las indiscreciones

de las visitas; casa en la que apenas existía intimidad cuando todos vivían juntos: señores y criados, adultos y niños, la densidad social no dejaba un espacio libre para la familia.

Todos los acontecimientos ocurrían en la calle. La iconografía profana medieval nos muestra una vida al aire libre. La caza lleva a los campos y al bosque, los caballeros se enfrentan en torneos, el ejército acampa en torno a tiendas donde descansa el rey; los príncipes entran y salen de las plazas fuertes en medio del entusiasmo del pueblo; se penetra a las ciudades por las puertas; se pasa por delante de los tenderetes donde trabajan orfebres, etc. Las escenas de interior son muy escasas.

La idea esencial de los historiadores del derecho y de la sociedad es que los lazos de sangre no constituían un sólo grupo sino dos: la familia (comparable a nuestra familia conyugal moderna) y el linaje, que extendía su solidaridad a todos los descendientes de un mismo antepasado. La familia comprende a veces varias parejas que viven de un patrimonio que no se ha querido dividir, según un modo de usufructo llamado fraternidad. Ésta agrupa alrededor de los padres a los hijos que no tienen bienes propios, a los sobrinos y a los primos solteros. Esta tendencia a la indivisión de la familia que, por otra parte, duraba apenas dos generaciones, originó las teorías tradicionalistas del siglo XIX de la gran familia patriarcal. La familia conyugal moderna sería la consecuencia de una evolución que, a finales de la Edad Media, había debilitado el linaje y las tendencias a la indivisión del patrimonio.

Duby, que ha analizado la historia de las relaciones entre linaje y familia desde el siglo IX hasta el XIII en Francia, dice que en el siglo X la familia es, en apariencia, una comunidad reducida a su más simple expresión, la célula conyugal, pero cuyos vínculos no son muy fuertes; la razón es que los instrumentos de paz del antiguo Estado franco son lo bastante vigorosos para permitir al hombre libre vivir independientemente y preferir, si así lo desea, la compañía de sus vecinos y amigos a la de sus parientes.

Hasta el siglo X persistía la indivisión de los bienes de los cónyuges; éstos aún no se habían fusionado en una masa común administrada por el marido; cada uno administraba por separado sus bienes hereditarios sin que el otro pudiera objetar nada. Después del siglo X la indivisión del patrimonio y la solidaridad del linaje se fortalecieron, aprovechando la nueva distribución de poderes de mando, debido a la disolución del Estado franco, lo cual obliga a los hombres a agruparse más estrechamente fortaleciendo los vínculos de parentesco, como una necesidad de protección. En realidad, dice Duby, la familia es el primer refugio donde el hombre amenazado viene a protegerse durante las claudicaciones del Estado. Pero en cuanto las instituciones políticas le permiten las garantías suficientes, el individuo huye de la coacción familiar y los lazos de parentesco se relajan. La historia del linaje, agrega, es una sucesión de contracción y de relajación, cuyo ritmo se resiente de las modificaciones de la organización política.

La indivisión de los bienes subsistía frecuentemente después de la muerte de los padres y se ampliaba a los hijos que, privados de anticipos sobre la herencia, de todo peculio personal y de toda independencia económica, se veían obligados a la reunión prolongada en la casa paterna. Esto es la familia caballeresca a la cual podemos llamar ya familia noble. La familia campesina apenas conoció este fortalecimiento de los lazos de parentesco. Los campesinos sustituyeron de manera diferente el vacío dejado por la disolución del Estado franco. Entre ellos, la tutela señorial sustituyó la protección de los poderes públicos. La comunidad campesina desempeñó el papel del linaje entre los nobles.

A lo largo del siglo XIII la situación se invirtió. Las nuevas formas de economía monetaria, la extensión de la fortuna mobiliaria, la frecuencia de las transacciones, y al mismo tiempo los progresos de la autoridad del príncipe y de la seguridad pública, ocasionaron la disminución de las solidaridades de linaje y el abandono de las indivisiones patrimoniales. La familia conyugal volvió a ser independiente.

La familia noble no instauró de nuevo la familia dispersa propia del siglo X. El padre no sólo mantuvo, sino que incrementó la autoridad que le había otorgado, durante los siglos XI y XII, la necesidad de mantener la integridad del patrimonio indiviso. El derecho de primogenitura sustituyó la salvaguardia del patrimonio. Adquiere más importancia la autoridad paterna y de los hijos en la vida cotidiana, en tanto que la capacidad civil de la mujer disminuye. El sentimiento de linaje se extiende a los lazos de sangre, sin consideración por los valores surgidos de la cohabitación y de la intimidad. El linaje no está reunido en un espacio común.

Mientras esto ocurre, la comunidad familiar lleva una vida oscura que no perciben los historiadores, pero esa oscuridad tiene un significado. En el mundo de los sentimientos y los valores, la familia no contaba tanto como el linaje. Éste era el único sentimiento de carácter familiar conocido en la Edad Media. El análisis iconográfico inclina a aceptar el hecho de que el sentimiento de la familia era desconocido en este periodo, y que surgió en los siglos XV y XVI para expresarse con vigor definitivo en el siglo XVII. El sentimiento de familia está vinculado al hogar, al gobierno de la casa, a la vida dentro de ella. En la Edad Media esto no se daba porque su concepción particular de la familia era el linaje.

A partir del siglo XIV comienza el establecimiento de la familia moderna. Hay una degradación lenta y progresiva de la posición de la mujer en el matrimonio. Pierde el derecho de sustituir al marido ausente. En el siglo XVI, la mujer casada es considerada incapaz, y todos los actos que hiciera sin autorización del marido, o de la justicia, serían considerados nulos. Mientras los lazos del linaje se debilitaban, la autoridad del marido en el hogar se fortalecía. La legislación regia se dedicó, a partir del siglo XVI, a fortalecer la patria potestad en todo lo relativo al matrimonio de los hijos. Éstos y la madre quedan sometidos a la autoridad del padre, quien termina por ejercer una especie de monarquía doméstica. Este doble movimiento, obra inconsciente y espontánea de la costumbre, manifiesta una transformación

de los hábitos y de las condiciones sociales. Se reconoce a la familia el valor atribuido antaño al linaje. Se convierte en la célula social, la base del Estado, el fundamento del poder monárquico.

La familia no tenía una función afectiva, lo que no significa que el amor faltara siempre. Este sentimiento entre los esposos y entre padres e hijos no era indispensable ni para la existencia ni para el equilibrio de la familia: tanto mejor si venía por añadidura. La familia cumplía una función: la transmisión de la vida, de los bienes y de los apellidos, apenas penetraba en la sensibilidad. La presencia del niño en la familia era tan breve, que no había tiempo ni ocasiones para que su recuerdo se grabara en la memoria y en la sensibilidad. Realidades como el aprendizaje de los niños contribuían a disociar los vínculos afectivos entre padres e hijos. Éstos vivían mezclados con los adultos desde que se les consideraba capaces de desenvolverse sin ayuda de sus madres o nodrizas, pocos años después de un destete tardío. En la transmisión del aprendizaje directo de generación en generación, no había espacio para la escuela. Ésta era una excepción que se abrogaban los clérigos.

La antigua sociabilidad y los sentimientos de familia e infancia

La transmisión de valores y conocimientos, la socialización del niño en general, no estaba garantizada ni controlada por la familia. A los niños se les separaba de las madres entre los siete y los diez años de edad para integrarlos al mundo de los adultos, de quienes sólo eran diferentes por el tamaño y la fuerza. Gracias a su convivencia con los adultos, aprendían lo necesario ayudándoles a hacer el trabajo. Tanto a los muchachos como a las muchachas se les colocaba en casa de otras personas, donde permanecían de siete a nueve años en el servicio ordinario.

Numerosos contratos de arrendamiento de niños a amos, probaban lo corriente que era el aprendizaje de los niños en casas ajenas. El único servicio que se pudo concebir durante mucho tiempo fue el servicio doméstico, que no significaba ninguna

degradación. A través de éste, el amo transmitía a los muchachos y muchachas, no precisamente a los suyos, el caudal de conocimientos, experiencia práctica y el valor humano, que se suponía debían poseer. Estas cosas se aprendían practicándolas. Para parecer bien educado, por ejemplo, no era suficiente saber comportarse en la mesa, era preciso, además, saber servirla. El servicio doméstico era una forma muy general de educación. La transmisión de generación en generación estaba asegurada por la participación familiar de los niños en la vida de los adultos.

Como se dijo arriba, el sentimiento de familia, que surge durante los siglos XVI y XVII, es inseparable del sentimiento de la infancia. La familia se concentra alrededor de los niños. Este sentimiento de la familia, a diferencia del sentimiento del linaje, penetró en la devoción común (Ariés, 1998: 447-481, 536-538).

A finales del siglo XVII, el aprendizaje directo transmitido de generación en generación es sustituido por la escuela, transformada en instrumento de disciplina severa protegida por la justicia. Esta sustitución expresa un acercamiento entre la familia y los hijos; entre el sentimiento de familia y el de la infancia antaño separados. Se reconoce que el niño no está preparado para afrontar la vida, que es preciso someterlo a un régimen especial antes de dejarle vivir con los adultos, y hay oposición a las promiscuidades impuestas por la antigua sociabilidad. Esta preocupación por la escuela, que dominó a la sociedad a partir del siglo XVIII, respondía a una necesidad nueva de rigor moral; a un interés de aislar a la juventud del mundo contaminado de los adultos. Interés inspirado por los moralistas, por los reformadores de la iglesia, católicos o protestantes, de la magistratura o del Estado, que enseñaron a los padres que ellos eran los responsables, ante Dios, del alma e incluso del cuerpo de sus hijos, y que estaban obligados a mandar a éstos a la escuela desde pequeños. El hecho de separar a los niños de los adultos, y de hacerlos entrar en razón, no hubiera sido posible en la práctica sin la complicidad sentimental de la familia. Ésta comienza a organizarse

en torno al niño, el cual sale de su antiguo anonimato y adquiere una importancia que antes no tenía. La familia se convierte en lugar de afecto necesario entre esposos, y entre padres e hijos. Deja de ser solamente una institución de derecho privado para la transmisión de los bienes y el apellido, y asume una función moral y espiritual. Entre la progenie física y la institución jurídica existía un vacío que colmará la educación. La familia y la escuela retiran al niño de la sociedad de los adultos. La escuela encerró a una infancia, antaño libre, en un régimen disciplinario cada vez más estricto, lo que condujo en los siglos XVIII y XIX a la reclusión del internado. La solicitud de la familia, de los moralistas y de los administradores, privó al niño de la libertad de que gozaba entre los adultos.

Los padres ya no se contentan con engendrar hijos, con situar sólo a algunos de ellos, desinteresándose de los otros. La moral de la época exige dar a todos ellos, y no sólo al mayor (e incluso, desde finales del siglo XVII a las hijas), una formación para la vida, y es la escuela la encargada de esta preparación. El sentimiento de igualdad, entre los hijos, que llevó a la desaparición del derecho de primogenitura y a la igualdad del código civil que se introdujo en las costumbres a finales del siglo XVIII, pudo desarrollarse en un clima afectivo y moral nuevo, gracias a una mayor intimidad entre padres e hijos.

Las nuevas relaciones afectivas, o por lo menos mucho más conscientes entre los padres y los hijos, requerían lugares para la intimidad que antes no existían. La gente se veía en la calle y se reunía en la casa. Las viviendas eran pequeñas, de una o dos habitaciones, y generalmente se vivía en la sala que servía para todo. Allí se cocinaba (en la chimenea), se comía, se dormía, se bailaba, se trabajaba (no había locales profesionales para el juez, el banquero o el hombre de negocios) y se recibía a las visitas. Todo se hacía en las mismas habitaciones en que se vivía con la familia. En estos lugares nacía el sentimiento moderno de la familia, no como refugio contra la invasión exterior, sino como centro de una sociedad, como foco de una vida social muy intensa (*ibidem*: 482-492).

La familia comenzó a separarse de la sociedad cuyo trato antes era constante, haciéndola retroceder a un ámbito de vida privada. A finales del siglo XVIII ya no se estila presentarse a casa de un amigo a cualquier hora y sin avisar. Se establecen días de recepción o se envían, unos a otros, tarjetas de visita con los criados. Se separa mejor la vida mundana de la profesional y privada. En lo sucesivo cada cual tendrá sus locales apropiados. La necesidad de aislamiento e intimidad se opone a la promiscuidad impuesta por la antigua sociabilidad, en la que se vivía sumido en contrastes: la ilustre cuna o la fortuna se codeaban con la miseria, el vicio con la virtud, y el escándalo con la devoción, mezcolanza que no sorprendía a nadie, ni incomodaba a unos ni humillaba a otros. Era propia de la diversidad de la sociedad.

Esta necesidad de intimidad y discreción se acompaña de modificaciones en la disposición de la casa, necesidad que responde a esta preocupación nueva de defensa contra la sociedad, cuya presión se ha vuelto insoportable. Se trata ya de la casa moderna que garantiza la independencia de las habitaciones, que responde a la nueva necesidad de aislamiento. Aparece el confort, las puertas, ya no hay camas en cualquier lugar. Éstas están reservadas al dormitorio, ahora equipado con armarios y un nuevo material de aseo e higiene. Hay una habitación para cocinar, otra para comer y otra para recibir. En estas habitaciones especializadas y más aisladas ya no entran los criados, que permanecen ahora en los lugares separados que les han sido asignados. La nueva organización de la casa y el cambio de costumbres abren un mayor espacio a la intimidad de la familia. Se tiende más a la vida privada en detrimento de las relaciones de vecindad, amistad o tradición. La casa pierde el carácter de lugar público.

Esta evolución de la familia medieval hacia la familia moderna se limitó durante mucho tiempo a los nobles. Gran parte de la población, la más pobre, vivía a principios del siglo XIX como las familias medievales. El sentimiento de hogar, de casa propia, no existía para ellos. Existe pues una relación entre el sentimiento de familia y el sentimiento de clase. Familias y clases reúnen a

personas semejantes por su parecido moral, por la identidad de su tipo de vida. Así, a partir del siglo XVIII, llegó un momento en que las familias aristocráticas ya no pudieron soportar la superposición de desigualdades, antes tan natural. No toleraron la presión de la multitud y el contacto con el pueblo, el codeo en un cuerpo social único, polimorfo, en el que una excesiva familiaridad ponía en tela de juicio una jerarquía expresada en los signos externos de respeto: diferencias de indumentaria, etc., que era difícil mantener en esta situación. Estas familias se separaron de la vasta sociedad para organizarse por separado en un medio homogéneo, en viviendas previstas para la intimidad, en barrios nuevos protegidos de toda contaminación popular. La repulsión del rico precedía a la vergüenza del pobre. Se acentuaba el antagonismo entre el género de vida material del pueblo y el de la burguesía.

La nueva sociedad garantizaba, a cada género de vida, un espacio reservado donde todos estaban de acuerdo en respetar las características dominantes que se proponían como modelo convencional, como un tipo ideal del que no había que alejarse bajo pena de exclusión. Los sentimientos de familia y de clase se presentan como las manifestaciones de la intolerancia de la diversidad, de un mismo interés por lograr la uniformidad. Poco a poco este tipo de familia se fue extendiendo a otras categorías sociales; se extendió a casi toda la sociedad a tal punto, que se olvidó su origen aristocrático y burgués (Ariés, 1998: 492-494, 517-535, 539-544).

Es así como vemos que a lo largo del proceso histórico se fue gestando la conformación de la familia nuclear actual, que tuvo un origen aristocrático y burgués, y en la que la madre y los hijos quedaron sometidos a la autoridad paterna; y hemos visto, también, cómo ésta no es la única estructura familiar, ya que la organización de la familia depende de la organización de la sociedad y su forma de funcionamiento interno varía en función del estado social circundante. La estructura de una sociedad dada varía en función del régimen de familia que prevalece y sobre el que

se asienta. Es decir, tanto la organización social como la familiar están íntimamente ligadas. No pueden entenderse separadamente, pues ésta ejerce acción sobre la primera y viceversa, sin desconocer los procesos de resistencia que se dan en esta interacción, pues la sociedad no es estática, tiende a su conservación, pero la familia no es el objeto pasivo de los cambios sociales, sino un actor que contribuye a definir las modalidades y las direcciones del cambio social (Cicchelli, 1999: 42, 68, 94-98).

Sin embargo, es lugar común asociar la historia con el progreso y el progreso con la adscripción a formas y normas occidentales. Desde esta idea, ligada a una visión lineal, se interpreta el pasado siguiendo una ruta hacia una meta precisa que constituye la culminación de una cierta evolución. Así surge el estereotipo de la familia nuclear como un modelo ideal y universal.

Aunque hay datos que prueban que la familia fue nuclear antes de la industrialización, este tipo de familia se asocia generalmente con ella, con la modernidad y con la urbanización; y a la familia extensa (papá, mamá, hijos e hijas, otros parientes y a veces otras personas sin lazos de parentesco con el jefe del hogar) se le asocia también, generalmente, con la tradición (Cicerchia, 1997: 11-28).

También vimos cómo, en la Europa medieval, la familia tradicional era sobre todo una unidad económica. La producción agrícola involucraba normalmente a todo el grupo familiar. Sobre todo entre las clases acomodadas, el matrimonio era la base principal para la transmisión de la propiedad y el linaje. La desigualdad entre hombres y mujeres, como se dijo arriba, era intrínseca a este tipo de familia en la que, no era que los padres no quisieran a los hijos, sino que preocupaban más por la contribución que éstos hacían a la actividad económica común que por ellos mismos (Giddens, 2000: 67-69).

También hemos visto cómo, en el aprendizaje directo de los hijos transmitido de generación en generación y que no estaba garantizado ni controlado totalmente por la familia, a partir del siglo XVII la escuela empieza a tomar parte activa en este terreno

y vemos cómo, a partir del siglo XVIII, se responsabiliza a los padres de la socialización de los hijos y de enviarlos a la escuela (Ariés, 1998: 482-492).

Actualmente, la familia ha dejado de ser una entidad económica. Ahora los hijos supuestamente no constituyen, como en las generaciones pasadas, un beneficio económico para la familia; hoy, por el contrario, los hijos suponen una carga económica para los padres. La idea de consagrar los derechos infantiles en la ley es, en términos históricos, relativamente reciente (Giddens, 2000: 67-69).

Imagen histórica de la familia en México

Gonzalbo nos dice que las escasas fuentes indígenas conocidas desde la época prehispánica son, a todas luces, insuficientes para extraer de ellas el conocimiento de las estructuras y del funcionamiento de las familias en el medio geográfico que ocupa hoy la república mexicana. Por tanto, se impone el recurso de los textos coloniales, ya sean crónicas de religiosos o informes de funcionarios, etc. que impliquen comparaciones, tácitas o explícitas, de las normas cristianas con el orden prehispánico. Los misioneros del siglo XVI escribieron acerca de la sociedad que veían desmoronarse ante sus ojos, y dejaron constancia de lo que presenciaron por sí mismos o escucharon de sus alumnos indios (Gonzalbo, 1997: 15).

Durante la colonia fue preocupación tanto de la jerarquía eclesiástica (católica) como de las autoridades civiles, no sólo la incorporación de los indígenas a la fe, sino lograr, sin demasiadas protestas, que éstos se sometieran a los nuevos señores y a las tradiciones medievales de los españoles. Como la obra catequística de los religiosos no cuajaría sin el apoyo de la familia como forjadora de hábitos de conducta, fomentaron la piedad familiar mediante el apoyo de la legislación canónica y civil para salvaguardar los valores por ellos apreciados en las relaciones familiares que pretendían imponer sobre las concepciones peculiares de la sociedad

prehispánica y las propias del mundo colonial, en su afán de proteger el orden patriarcal y la superior autoridad del marido, a quien por leyes humanas y divinas correspondía el gobierno del hogar; por tanto, mediante libros piadosos, textos catequísticos, sermones morales, etc., difundieron la subordinación de la mujer, que debía tratar al marido con amor y reverencia.

Sin embargo, pese a tan reconocidos principios, los valores relacionados con la familia y la religión parecen haber entrado en conflicto, dando lugar a contradicciones entre las creencias, las prácticas rituales y la vida cotidiana, pues el matrimonio cristiano se acercaba más a las formas de convivencia familiar indígena que a las de la cultura europea. Las viejas prácticas perduraban. A la poligamia de los nobles indígenas sucedió la actitud de quienes, escudados en la incompatibilidad de su vida cristiana con el mantenimiento de varias esposas, se desentendían del cuidado de la mujer y de los hijos. Hubo elevadas tasas de ilegitimidad, abandono de recién nacidos, distanciamiento de los cónyuges, amancebamiento. Mujeres viudas o solteras que disimulaban la existencia de hijos naturales bajo la apariencia de obras piadosas para "sobrinos" o "huérfanos desamparados". Mujeres solteras o amancebadas con compañeros ocasionales, con hijos o sin ellos, constituían una parte importante de la población de las ciudades.

El matrimonio monogámico debía ser el núcleo central sobre el que se constituyera la familia y sobre el que descansara el buen orden de la sociedad. Algunos señores indios defendieron su derecho a la poligamia alegando que los españoles también tenían varias mujeres. Cuando se les respondió que se trataba de empleadas para darles servicio, contestaron que precisamente las querían para lo mismo. Durante los años de mediados del siglo XVI, las quejas de los religiosos se debían al desorden introducido por la conquista, que había propiciado el desarraigo de pequeños comerciantes, mineros, arrieros y jornaleros, quienes, libres del control ejercido por su propia comunidad, se unían con varias mujeres sucesivamente en distintos lugares, y fundaban familias ilegítimas (*ibidem*: 53-56).

Leñero dice que la familia mexicana tiene la conformación de una cultura mestiza permeada por la imposición cultural, política, religiosa y sexual de los españoles y los criollos sobre los indígenas, y por la persistencia de una cultura indígena. En esta unidad se reconocen valores y normas de tipo tradicional católico occidental, y sensibilidades, actitudes y conductas soterradas propias de las diversas culturas indígenas.

La manipulación de las reglas impuestas por la iglesia católica condujo a la creación de un modelo de familia autóctono original, que sólo formalmente respetaba los preceptos cristianos. El concubinato y la poligamia resistieron la imposición de la norma europea. La familia asimila rasgos occidentales en su propia cultura. A pesar de haberse occidentalizado, se conserva ideológicamente fiel a las tradiciones que la han forjado. La conyugalidad europea constituía una ruptura con relación a las estructuras familiares indígenas. La introducción de la propiedad privada, de la práctica testamentaria, etc., contribuyó a modernizar la familia, pero que se instituyera un modelo de familia netamente occidental, ciertamente no. Además, este modelo de familia se ha visto influenciado por otras culturas, por los procesos de inmigración, y emigración y la comunicación cada vez más cosmopolita. También recibe la influencia de la evolución de las actividades económicas y de las formas de organización social características de cada región del país (Leñero, 1983: 22-26). Sobre estas variaciones antiguas del modelo ideológico de la familia occidental se inscriben las diversidades de la familia contemporánea (Segalen, 1992: 253-255).

Desde los primeros años de la vida independiente en la escuela, según el proyecto de identidad nacional, además de enseñar a leer, escribir y contar, se debía transmitir a los niños el nacionalismo. En este marco, el sistema jurídico consideró a la familia como la administradora de los intereses privados y la creadora de la ciudadanía y la civilidad. Cuando se promulgó, en 1859, la Ley del Matrimonio Civil, que en su único considerando afirma:

Ha cesado la delegación que el soberano había hecho al clero para que con sólo su intervención en el matrimonio, éste contrato surtiera todos los efectos civiles.

Los liberales creadores de esta ley tomaron entre otras fuentes el Código Napoleónico que, inspirado en las ideas de Rousseau, decreta la obediencia de la mujer a su marido y le otorga sólo a éste la autoridad sobre los hijos.

Las ideas de Rousseau se reproducen en la *Epístola de Melchor Ocampo*, que se empezó a leer en la ceremonia del matrimonio civil al considerar a la mujer débil, tierna, necesitada de protección, dulce y moralmente superior por su papel de madre:

El hombre cuyas dotes sexuales son principalmente el valor y la fuerza, debe dar y dará a la mujer protección, alimento y dirección, tratándola siempre como la parte más delicada, sensible y fina de sí mismo, y con la magnanimidad y benevolencia generosa que el fuerte debe al débil...La mujer, cuyas principales dotes son la abnegación, la belleza, la compasión, la perspicacia y la ternura, debe dar y dará al marido obediencia, agrado, asistencia, consuelo y consejo, tratándolo siempre con la veneración que se debe a la persona que nos apoya y defiende...

Durante la Reforma y el Porfiriato, la rivalidad entre la Iglesia y el Estado se manifestó en el terreno de la enseñanza, adquiriendo ésta un contenido político que enfrentó a conservadores, liberales y positivistas. La nueva búsqueda de la unidad nacional justificó procesos de monopolización del poder y la institucionalización de la escuela como lugar de reproducción de la ideología hegemónica, la del liberalismo primero, y la del Estado oligárquico liberal después.

La legislación anterior al código de 1870 confirió la patria potestad de los hijos exclusivamente al padre, aunque viviera la madre. En los códigos de 1870 y 1884 se admitía que sólo a falta del padre, la madre podría ejercerla. Pero la misma ley restringía esa

facultad a la madre, al otorgarle al padre el derecho de nombrar en su testamento uno o más consultores cuyo dictamen tenía que acatar la madre.

El gobierno porfirista realizó una importante labor educativa que provocó cambios ideológicos en la familia. El papel educativo de la mujer creció al iniciarse el Porfiriato, en el que continuaron los ideales educativos de los liberales de la Reforma. Durante el Porfiriato, el binomio Iglesia-familia, que había predominado durante la Colonia e inclusive antes de restaurarse la República, fue sustituido por el binomio escuela-familia. El Estado consideró a la familia como una unidad de cooperación donde el hombre y la mujer tenían distintas funciones, a la vez complementarias, para el buen funcionamiento de la sociedad. Para la iglesia católica la familia es una sociedad natural donde los hombres son los protectores de sus esposas, y éstas, sumisas, responsables de la felicidad conyugal.

Reconoció el Estado la importancia de la mujer como transmisora de valores en la formación de los futuros ciudadanos. Por eso estableció el principio de que el hombre debía alimentar y proteger a la mujer para que ella pudiera dedicarse a sus hijos, haciéndola a la vez responsable de la salud y la moral de la familia. En el plano familiar se reconoció a la madre como la primera educadora de los hijos, y se pensó, por ende, que mediante su educación el Estado podría conducir el futuro de la sociedad. Así, se decía: "Si queréis tener buenos ciudadanos, formad buenas madres de familia". "Educar a una mujer es formar a las generaciones que están por venir".

El cristianismo toma como modelo a la Virgen María quien fue compañera del hombre, madre abnegada, reina del hogar, ángel de la familia, educadora de la humanidad. Este culto favoreció la formación de la "dama católica" llena de virtudes y encantos: inocente, caritativa, hija obediente, modelo, madre amorosa y ejemplar, dispuesta a todos los sacrificios. Se forjó así el carácter de la mujer: sabia, fuerte, valerosa, capaz de atreverse a todo y de sufrirlo todo. El perfil de la mujer católica se confun-

dió fácilmente con el romanticismo de Rousseau y con la función asignada a la mujer por el positivismo de Comte, quien opinaba que a la mujer le corresponde formar el corazón del esposo y de los hijos en el hogar, cosa que sólo podía desempeñar estando exenta de la vida pública.

De esta manera, el liberalismo de la época encontró en estos antecedentes la idea romántica de la mujer y la familia. Precisamente, por la importancia atribuida a la mujer debido a su función maternal se insistía tanto en su virtud moral como en su dedicación al hogar. Pues en su opinión la educación de los hijos era la función primordial de la familia. Pero para conseguir una buena madre, no bastaba el instinto que le da su amor, sino que era necesario instruir a la mujer convenientemente para que pudiera cumplir con su sagrada misión. La principal razón para mejorar la educación de la mujer era la necesidad de sembrar en los niños la semilla de las ciencias positivas, pues los positivistas de la época tenían la creencia de que la instrucción pública, científica y positiva, no podría ser general y perfecta si no se comenzaba en la familia, único lugar en donde, según ellos, se podría gestar una sociedad progresista.

En estas circunstancias, se atribuía a las mujeres cualidades como modestia, discreción, prudencia, amabilidad, delicadeza, candidez, ternura, encanto, ingenuidad, dulzura y, sobre todo, belleza. Y como contraparte también se les asignaban defectos como coquetería, frivolidad, inconstancia, engaño, disimulo, veleidad y altanería. Los hombres eran valientes, fuertes, racionales, sabios, responsables, críticos, veraces, seguros, inteligentes y rudos. Y por supuesto las infracciones cometidas por ellos eran sólo calaveradas, mientras las realizadas por mujeres eran delitos.

El matrimonio era un altar, el hogar un santuario, y los deberes del hogar un culto. Así, hombres y mujeres glorificaron el hogar simbolizándolo como el "comfortable refugio", y el matrimonio llegó a ser entre las mujeres tanpreciado, que muchas prefirieron un matrimonio infeliz a la humillación de quedarse solteras. Allí realizaban su función reproductora y luchaban por

conseguir la estabilidad de la familia, inspiradas por el amor romántico que aprendieron en el hogar y en la escuela.

El Estado, ayudado por la Iglesia, impuso sobre la familia y el papel de la mujer una serie de creencias que sirvieron para orientar el comportamiento, formar actitudes y mantener y reproducir las relaciones sociales que necesitaba. Reprodujo la estructura jerárquica de la sociedad en la relación hombre-mujer y, en la familia, las características patriarcales. El padre tenía la autoridad en la familia y los demás miembros de ella le debían sumisión, respeto y obediencia. Así, la familia y la escuela fueron las principales transmisoras de los valores y símbolos seleccionados por el Estado para homogeneizar la sociedad.

Así, la familia fue transmisora ideológica de la cultura patriarcal y mantuvo la división de funciones por sexo mediante la socialización. En el hogar, los hijos asimilaron las actitudes patriarcales y aprendieron que el padre es la razón que manda, el pensamiento que enseña, la providencia que ampara, la fuerza que protege, el hombre que simboliza a toda la familia, y que la madre, por ser mujer, posee un espíritu débil para la libertad, por eso permanece apegada a la autoridad del marido y tiene como ideal llegar a ser buena ama de casa y buena madre. De esta manera, los hijos aceptaban la imagen del padre y de la madre, y posteriormente las reproducían cuando les tocaba ser padres y madres (Barceló, 1997: 73-106).

Hemos visto cómo, en México, los conquistadores impusieron, durante la colonia, el modelo de familia nuclear europeo. La iglesia católica y el Estado, juntos, contribuyeron a reproducir las características patriarcales en la sociedad y en la familia, y en la relación hombre-mujer, que tuvo como resultado la sujeción de ésta y de los hijos al padre, así como el confinamiento de la mujer a la vida privada, recayendo en ella la función de transmisora de valores en la formación de los hijos. De la misma manera, se instituyó el binomio familia-escuela y ambas se institucionalizaron, ya en la época independiente, como los ámbitos de reproducción de la ideología hegemónica para homogeneizar la sociedad.

*La transformación de las familias
con el capitalismo del siglo XX*

Cambios en las familias de los países desarrollados

Desde mediados de los años 60 del siglo XX en los países desarrollados, la familia se vio afectada por los cambios económicos, científico-tecnológicos y demográficos que favorecieron el surgimiento de un nuevo régimen de reproducción de las poblaciones y de su fuerza de trabajo, al tiempo que quiebran las bases materiales y sociales de las relaciones entre los sexos y devalúan la familia como lugar de destino.

Los progresos científicos y tecnológicos iniciados desde el último tercio del siglo XIX, sostenidos durante el siglo XX, y los avances logrados gracias a ellos en la higiene, la medicina y la alimentación, así como la mejoría de la medicina preventiva y de los cuidados ginecológicos, condujeron a una reducción drástica de los riesgos de morbilidad y mortalidad que el acto de la procreación entraña tanto para las madres como para los hijos, lo cual provocó un retroceso de la mortalidad y un aumento de la esperanza de vida. Esto fue el motor de lo que dio en llamarse "transición demográfica".³

Las parejas entraron a este nuevo régimen demográfico caracterizado por una exigua mortalidad y una baja natalidad. Al verse liberadas de la obligación de tener cinco o seis hijos quisieron y pudieron limitar poco a poco la fecundidad. Esto condujo, desde mediados de la década de 1960, a la modificación vertiginosa de algunos indicadores (Lefaucheur, 1993: 55, 62-64).

El índice de fecundidad, por ejemplo, puso a la mayor parte de los países desarrollados por debajo del umbral de sustitución de la población. Aparece una caída tal de la fecundidad en estos países, que hace que en la mayoría de ellos el umbral de reem-

³ Este concepto alude al tránsito de un régimen caracterizado por niveles de fecundidad y mortalidad elevados y sin control, hacia otro de niveles bajos y controlados (INEGI, 2005: XII).

plazo de las generaciones no garantiza una población estacionaria. Este índice debe aproximarse a 2.1 hijos por mujer, para que la reproducción mantenga sin alteraciones el volumen de población sin necesidad de recurrir a la inmigración (Cicchelli, 1999: 90). Este índice, que en 1964 en todos los países de Europa era superior a 2.5, para 1975 había descendido en todos ellos por debajo de 2. En 1988 no supera el 1.4 en Alemania Federal, el 1.5 en Austria, el 1.6 en Bélgica, Luxemburgo, Finlandia, Dinamarca y Suiza. En 1994 el índice medio de fecundidad europeo se estima en 1.4 hijos por mujer. Este índice cayó en Estados Unidos de 3.7 en 1957 a 1.8 en 1975. Este índice, que en Canadá era de 3.9 en 1960, en 1980 era de 1.7 (Lefaucheur, 1993: 56-57).

Desde finales de la década de 1950, con el perfeccionamiento y comercialización de los métodos anticonceptivos hormonales y de dispositivos intrauterinos, así como de la esterilización quirúrgica, las mujeres pudieron decidir la cantidad de embarazos. A finales de los años 80, 48% de las francesas en edad reproductiva recurría a anticonceptivos orales y 26% llevaba puesto un dispositivo intrauterino. En ese mismo tiempo, cerca de la mitad de las mujeres casadas en Quebec pertenecían a una pareja en que al menos uno de sus miembros estaba esterilizado.

Esta disminución de la fecundidad se acompañó, en la mayoría de los países desarrollados, por una baja de los índices nupciales. Éste, que mide la probabilidad, siempre que las condiciones se mantengan constantes, de casarse antes de los cincuenta años de edad, era superior a 90% en casi todos estos países, y tanto para hombres como para mujeres. Pero a mediados de los años 80 en casi todos ellos, estos índices habían llegado a niveles que variaban entre 48 y 66%, lo que significaba que una de cada dos o tres personas permanecía soltera. Comenzaban a dispararse los porcentajes de parejas no casadas, de divorcio y de monoparentalidad.

Se expandieron las uniones consensuales. Su incidencia fue más notable entre los jóvenes. A comienzos de los años 80, 1% de las mujeres italianas y de 3 a 4% de las parejas inglesas, nortee-

americanas o suizas, así como 15% de las parejas suecas, no estaban casadas. En 1983, en Estados Unidos, de las mujeres solteras que no vivían en la casa de los padres, más de 20% de las menores de 35 años vivían en unión libre. En 1985, en Suecia, las parejas no casadas entre los menores de 30 años de edad eran más que las parejas casadas. En Francia a finales de los años 80, casi la mitad de las mujeres de menos de 30 años que vivían en pareja, no estaban casadas.

A comienzos de los años 60, por doquier en estos países, excepto Japón, hubo un incremento muy importante de los nacimientos extramatrimoniales. En los países que tenían una tasa baja de nacimientos "ilegítimos", de alrededor de 2%, se elevó a alrededor de 8% del total de los nacimientos. A mediados de los años 80 esta cifra era entre 15 y 20%. Sin embargo, estas cifras, por elevadas que sean, se mantienen muy por debajo de los países escandinavos, donde ya a comienzos de los años 60, uno de cada diez niños era hijo de padres no casados, y a finales de la década de 1980 lo era uno de cada dos (Lefaucheur, 1993: 55-56).

En Francia, hoy día, 40% de los niños nacen en el seno de "parejas estables", que no están unidas por el matrimonio. Cerca de 300 000 niños nacen fuera del matrimonio cada año, contra 50 000 de hace 30 años (Febbro, 1999: 2). Parece que las uniones consensuales son más precederas que las legales, de acuerdo con estudios realizados en países desarrollados, pero éstos también destacan que la fragilidad no radica en la propia unión libre, sino que quienes escogen esta modalidad tienen de antemano actitudes y expectativas "modernas" frente a la pareja. En este sentido, la durabilidad de la unión estaría sujeta a la continuidad de la satisfacción afectiva que se procura en la misma (Cabella, 2002: 2).

Antes incluso de que cayeran los índices de nupcialidad, ya las curvas de divorcio habían comenzado a subir en la mayor parte de estos países. En 1960, con excepción de Dinamarca, donde la cantidad anual de divorcios por cada mil parejas casadas ya se hallaba cerca de 6, en los países en que el divorcio estaba autori-

zado se aproximaba a 2. En 1975 llegaba a 50 por cada 1 000 matrimonios en Suecia, y en 1980 a 40 en el Reino Unido y en Dinamarca, mientras se aproximaba a 25 en la mayor parte de los demás países desarrollados. Pero no sólo el divorcio se volvía más frecuente, sino también más precoz. Así, si en Gran Bretaña para llegar a 14% de parejas divorciadas entre aquellas que se habían casado en un año determinado, hubo que esperar 20 años para las de 1959, sólo bastaron diez años para las de 1969, y únicamente seis para las de 1979 (Lefaucheur, 1993: 57-58, 64). Como consecuencia, también se incrementa, a finales de la década de 1980, el número de hogares reconstituidos, esto es, hijos que viven con uno sólo de sus padres y el cónyuge de éste, que no es su propio padre o madre biológica (Cicchelli, 1999: 91).

Como consecuencia, también, del aumento del divorcio y de las separaciones, el número de familias monoparentales, que había iniciado su ascenso a finales de los años 70, sufre un fuerte crecimiento en los 80. En la mayor parte de estos países se produjo un aumento de la proporción de familias de un solo padre en el total de familias. En 1990, entre los 12 países de la comunidad europea el porcentaje de hogares monoparentales sólo es inferior a 10% en Portugal y Grecia. La viudez no explica más que una parte decreciente de estas formas de vida familiar (*ibidem*: 90-91).

Antes de esta situación, la mayor parte de los padres que criaban solos a sus hijos eran viudas y viudos, o bien personas abandonadas por su cónyuge o su pareja sexual. La proporción de divorciados entre los padres solos con hijos a cargo no superaba 25%. En el nuevo régimen, el divorcio y la separación voluntaria constituyeron las razones principales por las cuales los hijos vivían con uno de sus padres. A finales de la década de 1980, de los padres solos que vivían con hijos a su cargo, menos de 25% eran viudas o viudos, y más de 40% eran divorciadas o divorciados; en Dinamarca, cerca de 70% (Lefaucheur, 1993: 58-59). Del total de familias con un solo padre, las familias con jefatura femenina crecieron de 11%, en 1970, a 18% en 1994. El porcentaje de niños que viven sólo con su madre se duplicó, al pasar de

11%, en 1970, a 22% en 1994 (Castells, 1999: 252). Como resultado, desde principios de los años 60 del pasado siglo, en los países desarrollados, la familia se impone como objeto de estudio, y se convierte en laboratorio privilegiado del vínculo social en sus reductos privados, cuando se la percibe como una institución en crisis, cuando parece que de repente empiezan a cambiar las reglas mediante las cuales las familias se forman, se transforman, se separan, se reconstituyen y desaparecen. Sobre la base de fuentes norteamericanas, Irene Thery afirma que en menos de 10 años se escribieron 600 informes de investigación, 135 libros y artículos dedicados al gran público y 95 artículos científicos. En la década de 1970 empiezan a aparecer movimientos políticos y de opinión que favorecen un proceso de problematización de la cuestión familiar, por la aparición de ciertas formas de reestructuración de la familia ligadas a cuestiones sobre las relaciones entre el vínculo familiar y el vínculo social (Cicchelli, 1999: 89, 91-92, 94). También surge, en algunos países industrializados, un movimiento que pide considerar como familia a parejas de homosexuales con todos los derechos legales que esto implica en términos de impuestos, seguridad social, herencia, etc. (CEPAL, 1993: 318-337).

En este marco aparecen también, por un lado, conservadores que se muestran hostiles a los cambios legislativos relativos al divorcio y al aborto, que en su opinión amenazan socavar los fundamentos institucionales y orgánicos de la familia, y, por otro, aparecen también radicales que, bajo la presión del movimiento de liberación femenina, critican la división sexual de los roles en la familia que describen, como un espacio autoritario y coercitivo (Cicchelli, 1999: 87-95).

De esta manera hemos visto cómo la rapidez de los cambios mencionados (disminución de los índices de nupcialidad y de fecundidad, así como el incremento del divorcio y de las uniones consensuales, lo mismo que de hogares reconstituidos y monoparentales, sobre todo con jefatura femenina, y de nacimientos fuera del matrimonio) contribuyeron a la renovación del interés de

la familia como objeto de estudio en los países desarrollados (*ibidem*: 108). Igualmente hemos visto cómo ahora el matrimonio no es el elemento definitorio de la pareja. Muchas parejas que viven juntas no están casadas. Las personas se emparejan y desaparecen. En muchos países solamente una minoría vive como familia tradicional (nuclear), con la madre ama de casa de tiempo completo y el padre ganando el pan. En otros, una alta proporción de los nacimientos tiene lugar fuera del matrimonio. Ahora la sexualidad tiene poca conexión con el matrimonio y ya no está por definición dominada por la heterosexualidad (Giddens, 2000: 70, 71-73). No obstante, la familia contemporánea sigue cumpliendo con las funciones sociales de reproducción, asegura una sociabilidad fuerte y una transmisión intergeneracional (Cicchelli, 1999: 109).

Cambios en las familias de México y América Latina

Tanto en México como en América Latina, el desarrollo social autóctono se vio brutalmente interrumpido, y el sistema cultural minado y/o destruido, sobreviviendo algunos elementos. Los españoles y los portugueses impusieron en las poblaciones de la región sus patrones económicos, políticos y culturales, y fueron imitados por los dominados en mayor o menor medida según el grado de desintegración sociocultural de la comunidad de la que formaban parte. La región es culturalmente heterogénea, por lo que se hace más difícil hacer un análisis unitario de su realidad sociocultural y económica. Por ello, al analizar las familias en la región, es necesario tomar en cuenta el contexto sociocultural específico de cada país.

Las familias en la región han debido adaptarse a las diversas transformaciones operadas en la sociedad contemporánea. No sólo han sido los patrones demográficos, sino también la apertura internacional, la crisis económica y las políticas de ajuste llevadas a cabo por los diversos gobiernos. En México y en la región también se dieron los cambios que llevaron a la transición demográfica mencionada para los países desarrollados, sólo que en el

área estos cambios han aparecido más tardíamente y/o se han dado de manera más gradual y menos acentuada. Pero al igual que en los países desarrollados, entre los indicadores más inquietantes se encuentran: la baja de la nupcialidad y de los índices de fecundidad, el incremento de parejas no casadas, el aumento del divorcio y de la separación voluntaria, el aumento de hogares reconstituidos, de los hijos nacidos fuera del matrimonio, de hogares monoparentales y de familias encabezadas por mujeres, así como una tendencia hacia la familia extensa (CEPAL, 1993: 85, 355-356, 378).

El proceso de reducción de la fecundidad comenzó en la década de 1960, observándose primero en algunos países y extendiéndose gradualmente a los demás. En esa década coexistían países con tasas de fecundidad de 2.9 hijos por mujer y otros en los que dicha tasa alcanzaba 7.5 hijos. Este proceso de cambio ha ocurrido de manera muy diferente entre los países de la región y en cada uno de ellos, lo cual depende del grado de desarrollo socioeconómico, del grado de modernización y urbanización, del grado de desarrollo de la educación, etc. Hay países con baja fecundidad como Argentina, Uruguay, Chile y Cuba en el Caribe. Otros como México, Costa Rica, Panamá y Venezuela tienen una fecundidad media baja (más de tres pero menos de 4.5 hijos por mujer), y otros con una fecundidad alta (más de 5.5 hijos por mujer) como Guatemala, Nicaragua y Bolivia. La tasa media de fecundidad en la región es de 3.6 hijos por mujer (*ibidem*: 35-36, 40).

En cuatro países de la región (Chile, Argentina, Brasil y México), las uniones legales representan mayoría y en tres (Guatemala, Honduras y El Salvador), las uniones consensuales son más importantes que las uniones legales. Las uniones consensuales en los países con mayor desarrollo relativo tienden a ser más inestables que las uniones legales, y en los países con menor desarrollo relativo, probablemente por factores culturales, las uniones consensuales tienden a ser más estables. Aunque en el Caribe existe el antecedente de importante población esclava, y esto podría explicar en parte la dificultad para la existencia de familias

fundadas en la autoridad patriarcal y que la familia se constituyera en torno a la mujer y sus hijos, porque el amo era el dueño del esclavo y de la mujer de éste, de la que podía disponer como mano de obra y como objeto sexual, esto no explica las uniones consensuales en la actualidad. Pareciera ser que las uniones consensuales se deben más a la pobreza y a la baja escolaridad. También la reducción de los matrimonios parece que va aparejada con la reducción de los ingresos. La frecuencia de separaciones ha aumentado a medida que se asciende en la escala social. Sin embargo, este hecho pudiera estar subestimado en los estratos bajos (*ibidem*: 29, 32-34).

La unión consensual es una situación común en los países que conocieron la esclavitud. En la época colonial se prohibían los matrimonios entre diferentes razas y clases sociales. La iglesia católica exigía la formalización del matrimonio religioso. La formación legal del matrimonio interesaba a aquellas personas pertenecientes a la clase dominante, y que podían pagar la ceremonia. Para las personas que no podían pagar el costo del matrimonio a la Iglesia o al Estado, la unión consensual se instaló entre ellas como un hecho económico y cultural (Díaz, 1994: 1-2). Costa Rica tiene porcentajes de uniones consensuales hasta de 40% en regiones como Puerto Limón, en la costa atlántica, donde predomina la población de origen afrocaribeño y porcentajes de entre 10 y 14% en el resto del país (Glaser, 1999: 1).

En Cuba se ha demostrado el alto número de uniones consensuales en el pasado, y actualmente este tipo de unión sigue siendo muy importante. En 1970, 21.2% de las mujeres vivían en uniones consensuales; en 1981 este porcentaje era de 28.9% y en 1987 de 28.4%. Hay una tendencia actual al alza de la tasa de nupcialidad. Una explicación puede ser la situación económica por la que atraviesa el país y el hecho de que el Estado ofrece apoyo material a los nuevos matrimonios con la posibilidad de adquirir productos que escasean en el mercado y que son difíciles de obtener por otra vía. Sin embargo, las uniones consensuales continúan siendo importantes, tanto en la zona urbana como en la rural, en la que

este tipo de uniones son más frecuentes. La unión consensual funciona como alternativa para aquellas personas que tienen dificultades económicas y carecen de vivienda independiente. Las uniones consensuales entre los jóvenes representan actualmente más de un tercio del total de los vínculos de pareja, y de ellas, alrededor de 50% corresponde a adolescentes. También es ahora más corriente este tipo de unión entre la clase intelectual que tiene una vida más libre, más lejos de los principios de la Iglesia (Díaz, 1994: 1-2).

En Argentina, donde las uniones consensuales era un fenómeno prevaleciente en las clases humildes, hoy este fenómeno se ha incrementado. Los que antes pasaban por la iglesia y el registro civil, ahora optan por la convivencia en unión libre. La tasa de nupcialidad en todo el país pasó de 7.3%, en 1970, a 5.7% en 1980 y a 4.3% en 1995. En Buenos Aires la tasa de nupcialidad bajó 32% en nueve años, al pasar el número de matrimonios que en 1989 fue de 24.483 a 16.539 en 1998 (Carbajal, 1999: 1-2). Las uniones consensuales han llegado a niveles de 42.7% del total de mujeres entre 25 y 29 años de edad. Entre los motivos que se aducen al respecto, se encuentra la inestabilidad económica y el incremento de divorcios, pues junto a este fenómeno se observa un incremento en el número de familias extensas y se cree que esto tiene que ver con las estrategias familiares para resolver el problema de la vivienda y tratar de optimizar las redes de trabajo familiar a través de añadidos al núcleo conyugal que ayuden con los hijos, y se piensa también que es menos probable que después de un divorcio la gente se case formalmente en segundas uniones (Torrado, 2004: 1).

Las uniones consensuales han aumentado en las dos últimas décadas en la región latinoamericana. Los aumentos más importantes entre 1980 y 1990 se han dado en Colombia, Argentina y Chile. Este tipo de unión es más frecuente en los países caribeños y en Centroamérica, donde también la disolución es muy elevada. En 1990, más de 50% de las mujeres de 15 a 49 años unidas, lo estaban en forma consensual en República Dominicana, El

Salvador, Nicaragua, Panamá y Honduras. Las dificultades que enfrentan los jóvenes, sobre todo de los sectores empobrecidos para ingresar al mercado de trabajo, aunado a la contracción de los salarios, la escasa cobertura de la seguridad social y la incapacidad para cubrir la erogación monetaria que representa el matrimonio, podría indirectamente reforzar la pauta de unión consensual existente (De Oliveira, 2003: 25, 27).

En los países de la región hay importantes diferencias en cuanto a la tendencia del divorcio y existen distintas realidades en esta materia. Algunos países presentan tasas de divorcio con niveles más o menos constantes como Costa Rica, Ecuador, Guatemala, Panamá, Nicaragua y Perú; otros registran ligeros aumentos, como Honduras y Venezuela, y países con significativos aumentos como Cuba, República Dominicana y Uruguay. Cuba ostenta la mayor tasa de divorcios en América Latina y el Caribe. Algunos países, incluso, han tenido una ligera disminución de divorcios, como El Salvador, que en 1984 registró una tasa de divorcios inferior a la de 1982, cosa que tal vez no resida en que ha aumentado la estabilidad familiar, sino en que ha disminuido el número de matrimonios, como en el caso de Argentina en donde ha habido una tendencia a la disminución de los matrimonios a favor de las uniones consensuales. En México, que hasta finales de la década de 1970 tenía tasas de divorcio bajas y más o menos constantes, en 1984 la proporción era de once por cada 1 000 uniones. Pero en las últimas décadas se ha observado una tendencia al aumento.

Al margen de factores político-legales, económico-sociales y culturales, en la mayoría de los países latinoamericanos los datos sobre este aspecto son poco confiables y no recogen información sobre las formas "no legales" de disolución del vínculo matrimonial, cuando la "separación de hecho" es una forma frecuente que asumen las disoluciones conyugales (CEPAL, 1993: 33-34, 312-314). En algunos países las separaciones suelen ser más frecuentes que el divorcio. Entre los países donde el divorcio se ha incrementado a partir de los años 80 del siglo pasado,

además de Cuba se encuentran Costa Rica, Ecuador y Venezuela (De Oliveira, 2003: 26).

En América Latina ha habido un aumento importante de madres solteras, sobre todo de adolescentes de quince a diecinueve años de edad. Mientras en Canadá, en 1985, se presentaba un embarazo en adolescentes por cada 1 000 embarazos, en Jamaica, Honduras, El Salvador, Guatemala y República Dominicana, este fenómeno se daba en 100 de cada 1 000. En Uruguay y Chile la relación era entre 60 y 70 por cada 1 000. En Uruguay, en 1961, había 1 embarazo en madre adolescente soltera por cada 3 nacimientos dentro del matrimonio. En 1988 la proporción era de 1 a 1. Este fenómeno incide en una limitación para el desarrollo de la mujer: la obliga a suspender la escuela, perturba su trayectoria laboral y repercute negativamente en la socialización de los hijos y en su desarrollo social y emocional (CEPAL, 1993: 17, 38-39, 383).

En general, en los centros urbanos de América Latina, 32% de los nacimientos que se dan en el 25% más pobre de la población son de madres adolescentes, mientras que el 25% más rico sólo tiene un 9% de los casos. En la población rural la proporción es mayor de 40%. En total, 80% de los casos de maternidad adolescente en América Latina están concentrados en 50% más pobre de la población. Tenemos un círculo perverso. Las jóvenes pobres tienen menos educación, lo que genera condiciones para que se embaracen. El número de madres adolescentes va descendiendo a medida que aumentan los años de estudio. Al tener, tales jóvenes madres, bajo nivel educativo, tienen pocas posibilidades de conseguir trabajo e ingresos adecuados, y se profundiza la pobreza (Kliksberg, 2002b: 75-76). En la región, alrededor de dos millones de mujeres adolescentes se convierten en madres cada año (Martinelli, 2003: 1).

En México, el Consejo Nacional de Población (CONAPO) señala que los embarazos fuera del matrimonio son más frecuentes cuando la mujer es más joven. Si bien la fecundidad adolescente ha disminuido de 130 nacimientos, por cada 1 000 mujeres en

1974, a 77.2 nacimientos de cada 1 000 en 1991, todavía contribuye con alrededor de 12% de la tasa global de fecundidad, lo que en números absolutos representa alrededor de 400 000 embarazos en adolescentes cada año (CONAPO, 1995: 67).

Estas situaciones contribuyen a alterar la estructura familiar que se define a través de conceptos que hacen hincapié en su proceso de desarrollo y en la diferenciación que experimenta la familia a lo largo de su ciclo de vida, así como en las características demográficas de sus miembros y en las relaciones de parentesco que se establecen en su interior.

Estructura y etapas de desarrollo de la familia

La familia atraviesa por una serie de etapas que caracterizan su ciclo de vida desde el inicio de la pareja hasta su senectud. Se distinguen estas etapas por cambios que aparecen en la composición familiar por edad, sexo y relación de parentesco de sus integrantes, así como por su número. Estos cambios se asocian con modificaciones en los roles que se asignan a cada uno de sus miembros. Cada una de estas etapas también guarda relación con las etapas del ciclo de vida por las que atraviesan los individuos que en algún momento forman parte de la familia.

Etapas de formación. Se refiere al momento en que se establece, sancionada o no legalmente, una relación de afinidad. En esta etapa los cónyuges tienen entre 20 y 30 años de edad, siendo el promedio de edad del varón de 26 años y de la mujer de 24.

Etapas de expansión. Se caracteriza por el nacimiento de los hijos y, por consiguiente, de la asignación de nuevos roles a los componentes del hogar: los de padre y madre. Además, con la llegada de nuevos miembros las exigencias de trabajo doméstico y de participación económica extradoméstica se hacen mayores. En esta etapa la edad de la pareja fluctúa entre los 30 y los 40 años de edad.

Etapas de estabilidad. El periodo de reproducción biológica llega a su fin, aunque los hijos permanecen todavía en el hogar. De ahí que una parte importante del tiempo de que dispone la pareja se destine a la crianza de los hijos; estos ya no son tan pequeños y es probable que las exigencias de trabajo doméstico se reduzcan y, simultáneamente, aumenten los requerimientos monetarios. Eventualmente los hijos pueden asumir el rol de trabajadores/productores domésticos. En esta etapa la edad de los padres oscila entre los 40 y 50 años de edad.

Etapas de reducción. Se inicia con la salida de los hijos del hogar. La presión económica se reduce y es probable que algunos miembros dejen de realizar actividades económicas. En esta etapa el promedio de edad de los padres se ubica entre los 50 y 60 años de edad.

Etapas de disolución. A diferencia de los varones, las mujeres suelen cambiar su estatus, pasando de cónyuge a jefe de hogar o a agregado de otro hogar. Este cambio puede estar asociado a la viudez. Esta circunstancia da pie también a la existencia de hogares formados por una sola persona. La edad de los cónyuges supera los 60 años.

Si bien es cierto que una proporción considerable de las familias atraviesa por una serie de etapas comunes como las mencionadas arriba, y su experiencia se ajusta a las tipologías del ciclo vital, muchas otras no siguen el “libreto normativo”. Algunas no atraviesan por todas las etapas del ciclo vital e incluso una proporción considerable de individuos no forman familias: los que nunca se casan, las parejas sin hijos o las familias monoparentales no encajan en las tipologías de los ciclos familiares. Estas tipologías proporcionan “fotos” de la estructura familiar, pero nos dicen poco del curso de la historia de una familia. La estructura de la familia no es un elemento fijo, cambia a lo largo del ciclo familiar. Estas tipologías resultan rígidas y ahistóricas al pasar por alto la diversidad de experiencias de las personas (Tuirán, 2001: 52, 68).

Las etapas de desarrollo de las familias no se hallan perfecta y claramente separadas entre sí. Las familias son más complejas de lo que un modelo evolucionista podría sugerir. Existen eventos que pueden modificar el ciclo, como la adopción de un niño en las últimas etapas del ciclo, o la incorporación de nuevos miembros por medio del matrimonio de los hijos, que continúan viviendo en el hogar paterno. La familia que inicia un ciclo no necesariamente lo termina. Hay dispersiones prematuras que desintegran la familia aunque el ciclo acabe de iniciar. Mujeres y hombres ancianos, al quedar solos, deciden vivir en el hogar de sus hijos, y su propia familia desaparece. Así, cuando hablamos de familia en cualquier etapa del ciclo, nos referimos solamente a las que han alcanzado esa fase (González, 1986: 18, 20).

Por las relaciones de parentesco que los integrantes de la familia establecen con el jefe de la misma, ésta es definida como nuclear simple, nuclear ampliada y nuclear compuesta.

Familia nuclear simple (conocida también como familia tradicional). Está constituida por un jefe y su cónyuge; un jefe y su cónyuge con hijos, o un jefe (que puede ser el padre o la madre) con hijos. Cuando en la familia sólo hay un jefe, sin su cónyuge, se le llama también familia monoparental, ya sea ésta con jefatura masculina o femenina.

Familia nuclear ampliada. Está formada por el padre, la madre, los hijos y otros parientes; o por el padre, los hijos y otros parientes; o por la madre, los hijos y otros parientes.

Familia nuclear compuesta (conocida también como familia extensa). Está constituida por el padre, la madre, los hijos, otros parientes y otras personas sin lazos de parentesco con el jefe del hogar. El padre, los hijos, otros parientes y otras personas sin lazos de parentesco con el jefe del hogar. O por la madre, los hijos, otros parientes y otras personas sin lazos de parentesco con el jefe del hogar (Tuirán, 2001: 39).

A pesar de que en términos de los modelos familiares haya similitudes que puedan ser tipológicamente sistematizadas (nucleares simples, ampliadas o compuestas, monoparentales, etc.) cada familia, vista como un ámbito relacional, es única, diferente a las demás (Salles, 2001: 108).

Aunque en la región tiende a predominar la familia de tipo nuclear, junto con ella coexisten otros tipos de organización familiar, es decir, distintas variantes de arreglos familiares que reflejan la mezcla de los rasgos propios del tipo de desarrollo socioeconómico de cada país, así como en cada uno de ellos, con el fuerte impacto de la pobreza. Las variantes no nucleares se deben no tanto a cuestiones culturales como a la pobreza, que obliga a aunar fuerzas para sobrevivir (CEPAL, 1993: 18-19, 40-41).

Junto a las formas tradicionales de familia, en América Latina, han surgido nuevas configuraciones familiares. Entre 1986 y 1999, la gran mayoría de los hogares era del tipo nuclear y les seguían en importancia las familias extendidas. Si bien los hogares nucleares biparentales son los más numerosos, están aumentando los hogares monoparentales, principalmente con jefatura femenina, hasta llegar a representar entre una cuarta y una tercera parte de los hogares según los países. En 1999 Nicaragua, con 35% de hogares con jefatura femenina, y República Dominicana y Uruguay con 31% cada uno, registraban las más altas tasas de hogares encabezados por mujeres en la región (Arriagada, 2002: 150, 152-154). En México, los hogares nucleares aumentaron de 12 millones en 1990 a casi 15 millones en el 2000, mientras que los hogares extensos, que en 1990 sumaban 3.2 millones, alcanzaron los 5.3 millones en el 2000 (INEGI, 2003a: 301).

En conjunto los hogares nucleares completos siguen siendo predominantes. Los hogares nucleares (completos e incompletos) ascienden a montos de 70% en Bolivia, Brasil y México. A este tipo de familia le sigue en frecuencia la familia extensa, alrededor del 30% en Honduras, Paraguay y Venezuela. En último lugar, en cuanto a su prevalencia, se encuentran los hogares unipersonales, que se han expandido ligeramente debido al en-

vejecimiento de la población (proceso que está más avanzado en Cuba, Argentina y Uruguay), al aumento de las separaciones y divorcios, y por viudez (De Oliveira, 2003: 28, 47).

En términos generales, la organización familiar, entendida como la forma en que se dividen y se distribuyen entre los distintos miembros que conforman la familia las responsabilidades de producción y reproducción, es decir, los roles que debe asumir cada uno de ellos, se expresa en una serie de fenómenos que giran alrededor de dos lineamientos básicos: el sexual y el generacional. El primero determina principalmente la división del trabajo, en tanto que el segundo sirve de referencia para definir la autoridad y los patrones de consumo.

En cuanto a la asignación de los roles masculino y femenino, el marido es el proveedor y la mujer es la encargada del hogar, aun cuando desempeñe actividades económicas fuera de él. Las responsabilidades de los hijos varían según la etapa del ciclo de vida en que se encuentra la familia. Los mayores pueden tener la responsabilidad de generar ingresos; los jóvenes y niños pueden desempeñar tareas cotidianas que pueden o no generar ingresos: tareas de la casa, hacer mandados, acarrear agua, asistir a la escuela, trabajar o ambas cosas (CEPAL, 1993: 417).

El concepto de trabajo doméstico engloba un conjunto de actividades realizadas en o para la esfera doméstica, con el fin de asegurar la reproducción cotidiana de los miembros de la familia, como trámites administrativos (pagar la luz, etc.), compras para el hogar, cocinar, barrer, trapear, lavar los trastes, lavar y planchar la ropa, acarrear agua, recoger leña, construcción o reparación de la vivienda, cuidado de los niños, ancianos o enfermos, tirar la basura, confección de ropa para los miembros del hogar. Aunque en los diferentes países se observa una mayor participación de los varones en las labores de la casa y en el cuidado de los hijos, su participación en estas tareas sigue siendo reducida (De Oliveira, 2003: 21, 36, 48).

El incremento de divorcios, abandonos, separaciones y de madres solteras, se acompaña de un incremento también de fa-

milias monoparentales con jefatura femenina, y de familias reconstituidas por segundas nupcias o uniones, lo cual genera nuevas formas de organización en la familia y nuevas pautas de conducta por la presencia de hijos de uno u otro cónyuge, o de ambos, del anterior matrimonio y a veces del actual.

La jefatura femenina en las familias de América Latina, a mediados de la década de 1980, en términos generales, con algunas variaciones entre los países, oscilaba entre 15 y 23%. En Brasil las familias monoparentales se incrementaron de 11%, en 1970, a 16% en 1989. Los hogares monoparentales con jefatura femenina fueron los que más se incrementaron, al pasar de 9%, en 1970, a 15% en 1989. En Argentina, en 1980, las jefas de hogar eran 19% del total de los jefes de hogar (9% viudas, 4% casadas o en unión consensual, 2% separadas o divorciadas y 4% solteras). En Colombia en 1988, 23% de los hogares estaban a cargo de una mujer. En Venezuela en 1989, uno de cada tres hogares estaba dirigido por una persona sola, y 21% de estos jefes de familia eran mujeres. En Uruguay en el mismo año, uno de cada tres hogares tenía jefatura femenina. En Chile en 1990, una quinta parte de las familias tenían jefatura femenina (CEPAL, 1993: 130, 162, 211, 235, 387, 415).

La casi totalidad de los países de América Latina tiene porcentajes de hogares con jefatura femenina superiores a 20%. Se trata de madres pobres que han quedado solas al frente de la familia, ante la desertión del cónyuge masculino, influida por la imposibilidad de cumplir con el rol de proveedor principal de ingresos (Kliksberg, 2002b: 73). El aumento de la jefatura femenina es un rasgo consistente en los países de la región. En 1990 el porcentaje de hogares dirigidos por mujeres era de alrededor de 25% en países como Uruguay, Honduras y Venezuela, y en algunos países caribeños como Granada y Barbados era de más de 40%. Entre otros factores explicativos figuran el incremento de los divorcios y separaciones, la mortalidad diferenciada por sexo, la migración masculina, la maternidad en soltería y la prevalencia de elevados niveles de violencia doméstica (De Oliveira, 2003: 28-29).

El jefe o la jefa del hogar es la persona reconocida como tal por los miembros del hogar, pudiendo estar presente o ausente del mismo. La definición de la jefatura del hogar está mediada por normas sociales que moldean los roles masculinos, como actores económicos y proveedores, y los femeninos, como responsables del cuidado y de la crianza de los hijos. De acuerdo con esto, cuando las mujeres son las principales proveedoras de un hogar debieran ser las jefas del mismo. Sin embargo, en México lo común ha sido y es que la jefatura femenina sí se reconozca, pero solamente ante la ausencia del cónyuge o de un varón adulto en el hogar. Por lo que, en este sentido, es posible que no haya un registro suficiente de la jefatura femenina en los hogares (INEGI, 2005: XIII, XV, 152).

Se identifican tres tipos de hogares encabezados por mujeres: a) hogares con hombres adultos en los que por desempleo, invalidez, alcoholismo u otros factores, la proveedora económica principal es una mujer; b) hogares en donde hay mujeres y niños, pero no hombres adultos; dentro de estos hogares están los dirigidos por mujeres en unión consensual, viudas, divorciadas, separadas o abandonadas por su compañero, y c) hogares unipersonales constituidos por una mujer sola (*ibidem*: XIV-XV).

En 1990, en México, de los 17 millones de hogares familiares existentes⁴ alrededor de 3 millones eran con jefatura femenina y en ellos residían cerca de 11 millones de personas (López, 1994: 19, 24). En el año 2000, el número de hogares era de 22.3 millones, de los cuales 4.6 estaban encabezados por una mujer. En ese año más de la mitad de los estados de la república registraron porcentajes de hogares, dirigidos por mujeres, superiores a 20% (INEGI, 2003a: 300). En Jalisco, 20.8% de los hogares del estado

⁴ Hogar familiar es aquel en el que por lo menos uno de los miembros tiene relación de parentesco consanguíneo, putativo o de afinidad con el jefe del hogar. En el hogar no familiar ninguno de los miembros tiene lazos de parentesco con el jefe del hogar.

son con jefatura femenina y en ellos reside 17.2% de la población del estado (1 070 738 personas) (INEGI, 2003b: 175).

En el 2002 son 25 millones de hogares: 19 en zonas urbanas y 6 en el área rural. De los 25 millones de hogares, 5 tienen jefatura femenina, 4 en las zonas urbanas y 1 en el área rural. En los 5 millones de hogares con jefatura femenina viven 16 millones de personas, 13 en los hogares con jefatura femenina en las zonas urbanas y 3 en los hogares con jefatura femenina en el área rural (INEGI, 2005: 3-4, 49-50, 95-96).

A nivel nacional, en 67% de los hogares con jefatura femenina hay rezago educativo, contra 58% de los hogares con jefatura masculina. 20% de las jefas no tienen instrucción contra 14% de los jefes. 47% de las jefas cuentan con educación básica incompleta contra 44% de los jefes. 13% de las jefas tiene educación básica completa contra 16% de los jefes. 12% de las jefas tiene educación media, contra 12.5% de los jefes. 9% de las jefas tiene educación superior contra 14% de los jefes. Los jefes tienen porcentajes superiores a los de las jefas en los tres niveles educativos (*ibidem*: 11-12).

Es mayor la proporción de jefas analfabetas que de jefes. Este comportamiento guarda relación con el mayor porcentaje de jefas en generaciones viejas, edades en las que se concentra el analfabetismo, obedeciendo a pautas educativas que imperaron en nuestro país en el pasado reciente. Las mujeres que dirigen un hogar se concentran en edades de entre 30 y 59 años (61%), de 60 años y más (32%), mientras que las menores de 30 años son minoría (7%). En general las jefas son de mayor edad que los jefes. El promedio de edad de las jefas es de 52 años y de los jefes es de 44 (*ibidem*: 9).

En el medio urbano, el analfabetismo es de 15% para las jefas y de 9% para los jefes. En el medio rural estos porcentajes son de 42% para las jefas y de 25% para los jefes. En el medio urbano tiene educación básica incompleta 45% de las jefas y 39% de los jefes. Estos porcentajes en el medio rural son de 51% para las jefas y de 57% para los jefes. En el medio urbano tienen educación bá-

sica completa 14% de las jefas y 18% de los jefes. En el medio rural estos porcentajes son de 4% para las jefas y 8% para los jefes. En el medio urbano tienen educación media 14% de las jefas y 15% de los jefes. En el medio rural estos porcentajes son de 2% para las jefas y de 3% para los jefes. En el medio urbano tienen educación superior 10% de las jefas y 18% de los jefes. Estos porcentajes en el medio rural son de 1% para las jefas y de 3% para los jefes.

El rezago educativo existe en las jefas y los jefes de hogares tanto urbanos como rurales. Sin embargo, los porcentajes son mayores en las jefas, y la situación se acentúa en el medio rural, en donde los porcentajes son mucho más elevados. Lo anterior está afectado por dos situaciones, el predominio de jefas en los grupos de mayor edad, donde como ya se dijo se concentra el analfabetismo, y la mayor dificultad de acceso a los servicios educativos en las áreas rurales (*ibidem*: 57-58, 103-104).

El estado conyugal predominante de las jefas es la viudez (39%), separadas y divorciadas (35%) y solteras (16%). En 90%, los jefes tienen un estado conyugal que implica vivir con una pareja, mientras que en el caso de las jefas asciende sólo a 10% (7% casadas y 3% unión libre). Esto último, más el porcentaje de las jefas con 60 años y más, guarda relación con el hecho de hacerse cargo de la jefatura del hogar ante la ausencia de una pareja, señal de que la jefatura del hogar recae en la mujer cuando no existe un varón dentro del mismo (*ibidem*: 8-12).

En el incremento de mujeres viudas interviene la menor edad de las mujeres respecto a la edad de los hombres al contraer matrimonio, la sobremortalidad masculina, la mayor sobrevivencia de las mujeres y la menor tendencia de las viudas, en comparación con los hombres viudos, a contraer nuevas nupcias. En el incremento de mujeres solas interviene el abandono o disolución del matrimonio, la ruptura de las uniones, el incremento de madres solteras, la migración masculina y la irresponsabilidad asociada al machismo expresado en "la casa chica". Por estas razones aumenta cada día el número de hogares monoparentales dirigidos por mujeres (López, 1994: 23).

El incremento de la oferta de fuerza de trabajo femenino, observado en los últimos años, no sólo tiene como causa la caída del ingreso del padre, que es el tradicionalmente responsable de obtenerlo, también se ve fuertemente alentada por la ausencia del marido, lo que explica el incremento de mujeres viudas o solas (*ibidem*: 23).

Del total de jefas de hogar (5 millones), 60% (3 millones) forman parte de la población económicamente activa. Su mayor participación económica se da entre los 30 y los 49 años de edad. Las principales actividades que realizan son: comerciantes y agentes de ventas 18%, obreras y artesanas 16%, servicio doméstico 15%, servicios personales 11%, labores administrativas 9%, actividades agropecuarias 8%, vendedoras ambulantes 6%. Laboran jornada completa 41%, más de 48 horas 23%, menos de 25 horas 26% y 10% entre 25 y 34 horas.

94% de las jefas perciben ingresos. La mitad está en el estrato más bajo de ingresos (menos de 3 salarios mínimos), 28% tiene entre 3 y 6 salarios mínimos, 13% de 6 a 9, y 10% más de 9 salarios mínimos. El promedio de ingresos mensuales por hogar con jefa es de 5 000 pesos, mientras que en los hogares con jefatura masculina es de 7 000. Las jefas que no tienen sueldo reciben transferencias de otras fuentes: negocio propio, renta, pensión, maridos, padres, hermanos, cuñados, hijos, etc. Los principales proveedores en los hogares con jefa son: las jefas (46%), los hijos (38%), otros parientes hermano, yerno, etc. (12%) (INEGI, 2005: 10-11, 15, 17, 19, 25, 35, 37).

En los hogares con jefatura femenina predominan los hogares nucleares (46%), es decir, conformados por la jefa y sus hijos. 35% son hogares nucleares ampliados, esto es, conformados por la jefa, sus hijos y otros parientes (padres, nietos, nueras, etc.). El 19% son hogares unipersonales (sólo la jefa). En comparación con los hogares con jefe, en los hogares con jefa hay mayor cantidad de mujeres que de hombres. La población femenina representa 64% de la población que reside en estos hogares y a medida que la edad aumenta la proporción

de hombres disminuye. También hay menor cantidad de niños (*ibidem*: 3, 5-6).

Los hogares dirigidos por mujeres usualmente son más pobres que los conformados por una pareja, porque aquéllas tienen más dificultades para conseguir empleo, y si su escolaridad es baja tienen todavía menos posibilidades, lo que coloca a estos hogares en una situación de vulnerabilidad desde el punto de vista económico, y que, a veces, se constituyan estos hogares en espacios propicios para la transmisión intergeneracional de la pobreza, porque en ellos los niños reciben pocos alicientes y recursos para su superación y, cuando adultos, su escasa educación y capacitación los orilla a realizar tareas de baja productividad y escaso rendimiento (CONAPO, 1995: 26).

Las jefas de familia tienen las mismas dificultades que las otras mujeres para incorporarse al mercado de trabajo, pero además tienen que compartir sus actividades domésticas con el rol de responsables económicos del hogar, lo que implica una caída mayor del nivel de vida de estas familias, por las condiciones desfavorables en que la madre se inserta en el mundo del trabajo remunerado, en el que acepta condiciones también desfavorables. Pero esto no se debe al carácter incompleto del núcleo familiar, ni al sexo del jefe del hogar. No es la condición femenina lo que la propicia, sino la vinculación de la madre al desempeño de múltiples roles (padre, madre, jefa de familia, trabajadora, ama de casa) (López, 1994: 41).

Cuando la jefa de familia tiene hijos pequeños (fase de expansión), es decir, en el periodo en que la mujer es más necesaria en la casa, coincide con la época en que su ingreso potencial es más urgente, puesto que no hay otras fuentes alternativas de dinero (González, 1986: 53), y así, estas familias son mucho más vulnerables desde varios puntos de vista: el económico (el descuido de la madre debido a su trabajo, cuando tiene lugar la crianza y educación de los hijos) y las múltiples responsabilidades que la aquejan (López, 1994: 41).

*Estrategias de las familias pobres urbanas de México
para afrontar la crisis económica*

La exclusión social y económica de amplios sectores de la población en la región latinoamericana ha dado lugar a actitudes y comportamientos que operan como mecanismos de defensa frente a la pobreza. Muchas de estas prácticas se fundan e inciden en aspectos como el tamaño, la composición y el ciclo de desarrollo de la familia (Selby, 1990: 369).

En México, la crisis económica trastocó los espacios de la vida cotidiana de los hogares, provocó cambios en los mecanismos de solidaridad dentro y fuera de la familia, y alteró las relaciones sociales a escala comunitaria. El contexto de profundo deterioro del ingreso familiar provocó cambios profundos en la organización y actividades cotidianas de los hogares, pues éstos absorben y procesan las repercusiones de las políticas de ajuste y reforma estructural y, por tanto, en ellos se originan acciones y respuestas diversas de acuerdo con sus recursos.

La naturaleza de las estrategias de vida implementadas por las familias está condicionada por el tamaño de las mismas y la composición por edad y sexo de sus integrantes, lo que a su vez depende de la etapa del ciclo de desarrollo que atraviesa la familia. Las respuestas de los hogares, sobre todo de los de bajos ingresos para intentar sortear los efectos de la crisis, se pueden agrupar en tres grandes categorías:

a) estrategias destinadas a la generación de recursos mediante la inserción de un mayor número de miembros en ocupaciones de autogestión o, en menor medida, en empleos asalariados. Para aumentar la participación en la actividad económica de los miembros del hogar, las familias pueden recurrir no sólo a los varones adultos, cuando están disponibles, sino también a las mujeres de distintas edades o personas situadas en las edades extremas, ancianos, jóvenes y niños. Los integrantes de la familia pueden también desempeñar simultáneamente dos o más ocupaciones,

combinar trabajo asalariado con actividades por cuenta propia, o prolongar la jornada laboral;

b) estrategias para mejorar la eficacia de los recursos existentes. Estas estrategias están destinadas a moderar el descenso de los niveles de consumo material y de bienestar familiar. Esta situación afecta de diversas formas a las familias según el nivel anterior a la crisis y la etapa por la que atraviesan en el ciclo doméstico que influye en la estructura de consumo. Entre las numerosas estrategias que pueden ser agrupadas en este rubro cabe distinguir los cambios en los hábitos de compra y en las pautas dietéticas, así como en los hábitos de preparación de los alimentos y en la distribución intrafamiliar de los mismos. Los sectores medios siguieron la estrategia de reducir sus niveles de consumo aminorando o eliminando ciertos bienes y servicios de carácter prescindible. Entre los sectores de bajos ingresos, como eran pocos los gastos que podían ser reducidos sin afectar en forma drástica el bienestar familiar, se vieron en la necesidad de emprender un intenso proceso de reestructuración del gasto. Como la proporción del ingreso familiar dedicado al gasto en alimentación es mayor en estos estratos, se vieron obligados a dejar de lado el consumo de alimentos considerados básicos, como la leche, carne, frutas y pescado, que quedan fuera de su capacidad de compra, sustituyéndolos por otros de origen vegetal, lo que significó una reducción del aporte calórico-proteico de los alimentos consumidos, y contribuyó a empeorar la situación nutricional de esta subpoblación, dejando como saldo dietas aún más insuficientes y desequilibradas que las que consumían antes de la crisis;

c) estrategias que inciden en la estructura, composición y organización de las familias. Este tipo de estrategias permite cambiar el tamaño, la composición y la estructura de la familia para aumentar su potencial de ingresos o modificar la relación entre necesidades y recursos. El tamaño de la familia va cambiando gradualmente a medida que transcurren las distintas etapas de su ciclo de desarrollo. Sin embargo, las familias tienen un cierto poder de manipulación del ciclo doméstico; pueden disminuir

de tamaño y, en consecuencia, reducir el gasto, enviando temporalmente a uno o más de sus hijos menores a hogares de parientes mejor acomodados, o enviando a sus hijos jóvenes a obtener ingresos a otros mercados laborales en otras ciudades del país o en los Estados Unidos. También tienen la posibilidad de incorporar nuevos miembros para compartir los gastos cotidianos y/o incrementar el número de perceptores de ingresos (CEPAL, 1993: 325-334).

Cada familia, en sus diferentes etapas de desarrollo y de acuerdo a su estructura, es diferente de acuerdo con la intensidad de sus necesidades, la fuerza de trabajo con que cuenta, la relación trabajador-consumidor y la posibilidad de aplicar los principios de la cooperación. Dentro de las estrategias de supervivencia de las familias pobres urbanas, las redes sociales constituyen uno de los instrumentos más importantes. Estas redes sociales, formadas por parientes, amigos y vecinos, que son horizontales y recíprocas, constituyen recursos fundamentales para la satisfacción de necesidades básicas. Se caracterizan por el intercambio de regalos, especialmente comida, ropa infantil, etc. No sólo proporcionan apoyo económico y social, sino también contactos laborales, ayudan a la gente a encontrar trabajo, a migrar, a fijar una nueva residencia (González, 1986: 22, 197, 199-200).

Los recursos de la pobreza: el uso de la familia extensa

Las familias, al enfrentarse a los retos socioeconómicos, deben recurrir a sus propios medios para sobrevivir. Ponen en juego una gama amplia de actividades y relaciones para lograr su reproducción mediante estrategias de acceso a diferentes tipos de recursos provenientes del trabajo que realizan sus miembros, o de cualquier otra fuente como vecinos, instituciones, redes sociales a las que ellos pertenecen u organizaciones comunitarias. Las redes y relaciones familiares son parte de los recursos que se movilizan para hacer frente al problema habitacional (Di Virgilio, 2003: 9-10). Así vemos cómo las familias empobrecidas del país recurren a los parientes y comparten entre sí los pocos recursos

de que disponen, por ejemplo la vivienda. A mayor pobreza mayor tamaño de las familias. Como consecuencia, se perfila la tendencia hacia la familia extensa con miras a la organización de estrategias solidarias de sobrevivencia.

Con esta forma de organización las familias buscan la colaboración, la solidaridad, la reciprocidad entre parientes, para afrontar entre todos los problemas generados por la crisis económica e impedir un deterioro más grave del consumo. La reciprocidad que existe entre los miembros de estas familias y la coresidencia, aunque sea en espacios físicos limitados, facilita el desarrollo de actividades por cuenta propia y permite incorporar al trabajo, en el sector informal de la economía, a todos los habitantes de la casa sin importar edad ni sexo, concentrando los recursos para solucionar los problemas, que son compartidos por todos y, si no mejorar, al menos detener el deterioro de sus condiciones de vida (Estrada, 1994: 50-53).

En esta situación, parece ser que la familia extensa no es sólo una opción sino que, en las actuales circunstancias, obedece a que no es materialmente posible subsistir de otra manera. La familia extensa ya existía en la región mucho antes de la década de 1980. Aunque no se cuenta con los censos adecuados que permitirían determinar fehacientemente en cuánto aumentó o disminuyó este tipo de familia, hay algunos datos disponibles ilustrativos al respecto. En Chile en 1982, 40% de las familias eran extensas, mientras que en República Dominicana lo eran 34% y en Bolivia 30%. En México se observa un descenso de las familias de tipo nuclear. Estudios hechos en Guadalajara en 1982, mostraron que del total de las familias, 20% eran extensas y 80% eran nucleares. Para 1985, 75% eran nucleares y 25% extensas. En 1992, 70% de las familias eran de tipo nuclear (CEPAL, 1993: 24-25, 27, 334). El término "familia extensa" se aplica aquí para referirse tanto a la familia nuclear ampliada como a la familia nuclear compuesta (López, 1994: 19-21).

En América Latina, en los países que presentan el mayor número de familias extensas, el porcentaje de este tipo de familias

alcanza 30% en Honduras, Paraguay y Venezuela (De Oliveira, 2003: 28). Los países con porcentajes menores de familias extensas son Argentina con 13.2%, y Bolivia y Uruguay con 15.7% (La Prensa, 1997: 1). Actualmente en México, los 5.3 millones de hogares extensos que hay representan 25.7% de los hogares (INEGI, 2003a: 304). En Jalisco, al igual que en la ZMG, los hogares extensos alcanzan 24% (INEGI, 2002: 127).

Si bien el hecho de compartir la vivienda tiene la ventaja de la incorporación al trabajo de todos los corresidentes de la vivienda, también tiene inconvenientes, como los conflictos por el espacio (varias familias preparan alimentos en una sola cocina, dormitorios saturados, etc.), el hacinamiento y la promiscuidad que se acompaña de tensiones, pleitos, abuso sexual, etc. Todo esto hace que tanto el hombre como la mujer se vean expuestos a situaciones de tensión que los pueden inducir al alcoholismo, al uso de las drogas, a la depresión; orillarlos a comportamientos agresivos, de incomprensión o de intolerancia, y al suicidio, que se ha incrementado por estas causas, así como a la práctica de actividades antisociales ante la falta de expectativas.

Los hogares superhabitados y en malas condiciones, debido al hacinamiento y a la promiscuidad, ofrecen deprimentes espectáculos a los menores; pueden provocar en ellos precocidad sexual e inclinación a experiencias y costumbres sexuales impropias, cuando no al desajuste o choque mental. En estas circunstancias los más afectados son los más débiles, generalmente las mujeres y los menores, que puede llevar a algunos miembros de la familia a abandonar el hogar (Ruiz, 1998: 37-39, 65-130).

Incorporación de la mujer y los hijos al trabajo remunerado

Ante la necesidad de incrementar el raquíctico ingreso familiar, son cada vez más las mujeres que se han visto obligadas a incorporarse a la fuerza de trabajo remunerado. Así, vemos cómo la madre empieza a compartir responsabilidades que anteriormente eran exclusivas del padre, quien de acuerdo al sistema tradi-

cional de asignación de roles es el primer responsable de obtener los ingresos que permitan satisfacer las necesidades de todos los integrantes de la familia.

Por la insuficiencia de los ingresos, o ante la eventual desocupación del marido, han ido disminuyendo las familias a cargo de un generador único y estable de ingresos. Simultáneamente se ha ido perfilando la imagen de la mujer casada o unida consensualmente como segundo proveedor, a veces como el único, o junto con otros integrantes de la familia que aportan ingresos, como jóvenes o niños, o personas incluso de la tercera edad (CEPAL, 1993: 67-74).

De acuerdo con Castells, en 1990, de las mujeres mayores de 15 años, en el mundo, 41% (854 millones) eran económicamente activas, lo que representaba 32% de la mano de obra global. En los países desarrollados la tasa media de participación de las mujeres creció de 48%, en 1973, a 62% en 1993. Mientras que la de los hombres descendió de 88% a 81%. Esto se observa como tendencia general en todo el mundo (Castells, 1999: 182). Para los países de América Latina en su conjunto, la tasa de actividad femenina subió de 39%, en 1990, a 44.7% en 1998 (Arriagada, 2002: 157).

En México, en 1950, según el Censo General de Población, 13% de las mujeres de 12 años y más se declararon económicamente activas. En 1970 dicho porcentaje ascendió a 16% según esta misma fuente, y en 1979 alcanzó alrededor de 21%. Para finales de los años 80 la participación económica femenina, a escala nacional, se ubica alrededor de 30% (García, 1998: 25, 40). Para 1993, de acuerdo con el Consejo Nacional de Población, la participación económica femenina era de 33% (CONAPO, 1995: 18). En el 2001, 76 de cada 100 hombres, y 35 de cada 100 mujeres participaban en la actividad económica (INEGI, 2003a: 370).

La mitad de las mujeres económicamente activas en el mundo se desempeñan en el sector servicios. Esta proporción es mucho más elevada en la mayoría de los países en desarrollo. Una proporción importante del empleo urbano para mujeres está en

el sector informal, sobre todo en el suministro de comida. En África subsahariana, 80% de las mujeres económicamente activas trabaja en el campo, mientras que en el sur de Asia, 60% también laboraba ahí. En el continente asiático, la industria electrónica internacionalizada emplea sobre todo a mujeres jóvenes no calificadas. En México las maquiladoras emplean principalmente a esta mano de obra femenina.

El capitalismo transnacional está aprovechando esta coyuntura, por él mismo generada, para incrementar más sus ganancias disminuyendo costos en la producción, vía la utilización de mano de obra femenina barata aprovechando la necesidad de las mujeres que, ante el desempleo del marido, la caída del ingreso, la migración de los esposos en búsqueda de la mejoría económica, el incremento de mujeres solas por abandono, separación, viudez, disolución del vínculo matrimonial, aumento de madres solteras, o simplemente la imperiosa necesidad de obtener un ingreso para ellas y su familia, o junto con el del marido en el caso de las mujeres casadas, alcance al menos para satisfacer las necesidades básicas más elementales, se ven obligadas a emplearse en lo que sea y en las condiciones que sea.

Las mujeres representan el grueso del empleo a tiempo parcial y temporal. La flexibilidad laboral se ajusta al esfuerzo de las mujeres por hacer compatibles trabajo y familia; a las estrategias de supervivencia de las mujeres para ocuparse del mundo laboral y del hogar, pues aunque se incorpore al mundo del trabajo remunerado, la mujer sigue siendo la responsable de la casa, de la crianza de los hijos y del cuidado del marido. De esta manera, la incorporación de la mujer al mundo del trabajo remunerado impone a ésta una carga bastante pesada por el cuádruple turno diario que para ella significa: trabajo remunerado, tareas del hogar, cuidado de los hijos y turno nocturno para el esposo (Castells, 1999: 180-200).

Valdés dice que en México, en 1991, 61% de las mujeres ocupadas eran asalariadas. Del total de mujeres que trabajaban, las ocupadas en el sector terciario representaban 69%, seguido por

el sector secundario con 19%, y el sector primario que registraba sólo 12% (Valdés, 1995: 43-44). En Jalisco, de la población económicamente activa del estado, que es de 2 603 218, aproximadamente 35% son mujeres. De las mujeres que trabajan, 66% lo hace en el sector servicios y comercio (Fortoul, 1999: 2-3).

Aunque en el incremento de la participación económica femenina están representadas tanto las ocupaciones más calificadas de profesionistas y técnicas, así como las obreras en la industria y las dedicadas a actividades precarias, una parte significativa de la mano de obra femenina está integrada por trabajadoras domésticas, secretarias, mecanógrafas y taquígrafas, empleadas de comercio, trabajadoras en servicios financieros, enfermeras y profesoras de enseñanza primaria. En contraste, las mujeres empresarias y profesionistas, aunque se han ido incrementando paulatinamente, constituyen grupos minoritarios (CONAPO, 1995: 19).

Lo anterior muestra que la inserción de las mujeres en la actividad económica ha tendido a concentrarse en determinadas ramas de actividad, siendo preponderante el trabajo doméstico remunerado, la preparación y venta de alimentos, así como la confección de ropa. Estas tendencias apuntan a la "feminización" de algunas ocupaciones y ramas de actividad.

Para 1995 y de acuerdo con el CONAPO, la más extensa participación económica de las mujeres se asocia primordialmente con la expansión del trabajo por cuenta propia y el trabajo familiar no remunerado. Se estima que las mujeres representan más de 50% de los ocupados en el sector informal de la economía, incluido el servicio doméstico. Por lo demás, la participación económica femenina presenta variaciones según las características de la economía regional. En las ciudades de la frontera norte, por ejemplo, la incorporación de las mujeres al trabajo remunerado está vinculada a la expansión de las actividades manufactureras de exportación. En los mercados rurales predominan las actividades asociadas con la agroindustria y la mediana agricultura comercial.

Pero en cualquier caso, aunque las condiciones laborales de las mujeres tienden a variar de acuerdo al grupo ocupacional, tienen algunos rasgos comunes: se ha incrementado significativamente en sectores caracterizados por una organización flexible del proceso de trabajo. En un contexto general de descenso de los niveles de retribución de la clase trabajadora, las mujeres obtienen, por el desempeño de las mismas tareas y funciones, e iguales jornadas de trabajo, ingresos más bajos que los de los hombres en casi todas las ramas de actividad. En 1991, 74% de las mujeres asalariadas percibía hasta dos salarios mínimos, en tanto que sólo 54% de los hombres se encontraba en ese nivel de ingreso.

A la discriminación salarial habría que agregar la segregación ocupacional, el hostigamiento sexual en el espacio laboral, la desigualdad de oportunidades de ocupación, ascenso y capacitación. En algunos ámbitos del mercado laboral persisten prácticas como exigirles a las mujeres la presentación de un certificado de ingravidez para acceder a un empleo, y la de despido en caso de embarazo. Todo esto significa, además del incumplimiento de las leyes laborales, inseguridad en el trabajo y carencia de prestaciones sociales. Si bien es cierto que estas condiciones han ido mejorando paulatinamente, los ingresos de las mujeres trabajadoras siguen estando por debajo de los de los hombres. Lo cual representa, aunado a los hechos mencionados arriba, no sólo una situación de desventaja para las mujeres, sino un obstáculo para su desarrollo como trabajadoras (CONAPO, 1995: 20-22). Para 1999, de unos 11 millones de trabajadoras, 40% no reciben salario o perciben menos del mínimo, y 60% no cuenta con prestaciones sociales.⁵

La información sobre la tasa de participación económica femenina en México muestra que las mujeres casadas y unidas son las que han aumentado su participación de manera más importante. Las tasas de actividad de las mujeres casadas se incremen-

⁵ Tomado del diario *Público* del 23 de enero, Guadalajara, Jalisco, México, 1999, p. 5

taron de 26%, en 1991, a 28% en 1993; y las tasas de actividad de las mujeres unidas consensualmente se incrementaron de 23%, en 1991, a 26% en 1993 (López, 1994: 33).

Tanto hombres como mujeres reportan las tasas más altas de actividad entre los 25 y 44 años de edad. Las mujeres reportan la participación económica más elevada entre los 35 y los 39 años (48%) y entre los 40 y 44 (49%). La mayor participación la tienen las divorciadas, 71%, le siguen las separadas, 63%, las solteras, 38%, las que viven en unión libre, 32%, las casadas, 31%, y las viudas, 28% (INEGI, 2003: 370, 372).

La presencia femenina en la actividad económica no descien- de como en el pasado a partir de los 25 años de edad, sino que sigue siendo elevada, aun hasta los 44 años y más. Las mujeres ya no abandonan el mercado de trabajo para cumplir con las tareas domésticas y el cuidado de los hijos, sino que cada vez, en mayor proporción, agregan a esta responsabilidad la del trabajo extradoméstico. La edad en que se concentra la mayor participa- ción laboral de las mujeres implica la presencia de hijos peque- ños o adolescentes; esto es, su incorporación al trabajo ocurre cuando tiene lugar la crianza y educación de los hijos (López, 1994: 33).

La mujer se ha incorporado al mundo del trabajo remunera- do en circunstancias poco ventajosas, en medio de un ambiente de discriminación y falta de apoyo estatal en cuanto a guarderías, o por el incumplimiento de la norma de salario igual a trabajo igual, entre trabajadores, independientemente del sexo, pues las mujeres son más mal remuneradas que los hombres. Las muje- res, a veces, en un esfuerzo por compatibilizar el trabajo domés- tico con el trabajo remunerado sin dejar el hogar, ejecutan actividades de muy baja productividad y remuneración como en el caso del trabajo a domicilio (CEPAL, 1993: 67-74).

Es cierto que la incorporación de la mujer casada al trabajo remunerado le permite desempeñarse también en roles no fami- liares y le abre alternativas de autorrealización personal, pero tam- bién la somete al desempeño de varias jornadas de trabajo y a roles

que la agobian, con la posibilidad, además, de desajustes familiares y la generación de conductas “desviadas” entre los hijos.

Pero, además, las mujeres que trabajan se enfrentan a condiciones más desfavorables en el mercado de trabajo. Si son jóvenes, tienen dificultades para delegar las tareas domésticas a otros miembros de la familia. Con baja escolaridad, se desempeñan en actividades de escasa remuneración, como el servicio doméstico, por ejemplo, en donde no las admiten con hijos. Si tienen más de 40 años, los hijos, si los tienen, ya se fueron. Pero a esta edad pueden tener hijos adolescentes. Lo anterior les exige compartir sus actividades domésticas con el trabajo remunerado, lo que tiene un impacto negativo en ambos campos.

Cuando no son suficientes los ingresos de ambos progenitores, o cuando la mujer es la jefa de la familia, se recurre a la fuerza de trabajo de los hijos. La incorporación económica de éstos es parte de las estrategias de las familias empobrecidas para enfrentar las condiciones adversas. En ocasiones, los niños y adolescentes son impulsados conscientemente por los mayores a conseguir recursos en la forma que sea, siendo muchas veces la calle el lugar más propicio para ello.

En México, a veces no sólo trabajan la mujer y los hijos, en ocasiones se incorporan al mercado laboral también las personas mayores. La población de 60 a 64 años es de 7 millones, 7% de la población. En este rango de edad, la tasa de participación económica es de 66% para los hombres y de 10% para las mujeres, donde en 29% de los hogares hay jefatura femenina. La población de más de 65 años es de 5 millones, 5% de la población, de la cual 35% de los hogares tienen jefatura femenina (Gomes, 2003: 1).

En el 2002, el número de niños y niñas (6 a 14 años) que trabajan es de 3.3 millones. De este total, 1.5 millones (45.3%) realizan algún trabajo económico y 1.8 millones (54.7%) realizan trabajo doméstico. Lo anterior significa que uno de cada seis menores, en este rango de edad, desempeña un trabajo, ya sea económico o doméstico (INEGI, 2004: 34, 39).

Asumimos las dos definiciones de trabajo infantil que presenta la Organización Internacional del Trabajo (OIT): una, restringida, que comprende exclusivamente las actividades económicas, y otra, ampliada, que incluye tanto a las actividades económicas como al trabajo doméstico excluyente, es decir, el que realizan los menores en cierto número de horas, que interfiere con su asistencia a la escuela o con la atención que se requiere en la misma. La OIT señala que el número de horas que incide sobre el aprovechamiento escolar de los menores oscila entre 2 o 3 horas diarias, o sea, unas 15 horas a la semana (*ibidem*: 24).

Por clase de trabajo son notables las diferencias entre niños y niñas. En México, en el 2002, siete de cada diez niños, y tres de cada diez niñas entre los 6 y 14 años, desarrollan actividades económicas. En el caso del trabajo doméstico la situación es opuesta, siete de cada diez niñas y tres de cada diez niños realizan trabajos domésticos. La división del trabajo entre niños y niñas, en los hogares, no hace más que evidenciar la forma en que se reproducen las pautas sociales y culturales que asignan un papel diferenciado a los hombres y a las mujeres desde temprana edad (*ibidem*: 35-36).

Una tercera parte de los niños y niñas que trabajan tienen entre 6 y 11 años, y dos terceras partes tienen entre 12 y 14 años. Por grupos de edad, se observa que los niños y niñas de 12 a 14 años son más (65.3% del total de la población de 6 a 14 años), que de 6 a 11 años (34.7%). Esta situación muestra que a medida que la edad de la población infantil aumenta, la probabilidad de insertarse en el trabajo económico y doméstico también tiende a aumentar. En el grupo de 6 a 11 años se observa una proporción mayor de niños (37.2%) que de niñas (27.9%). En el grupo de 12 a 14 años la participación de las niñas es mayor (72.1%) que la de los niños (62.8%). Esto es, de la población infantil de 6 a 11 años, son más los niños que trabajan que las niñas, pero en la edad de 12 a 14 años la situación es inversa. El mayor peso que los niños y niñas de esta edad tienen respecto al total de la población infantil de 6 a 14 años que trabaja, se debe a que muchos de ellos conclu-

yen su educación primaria alrededor de los 12 años y no continúan estudiando, ingresan a las actividades económicas o ayudan en las tareas domésticas, y son las niñas las que principalmente son incorporadas desde temprana edad a los quehaceres del hogar (*ibidem*: 36-40, 87).

La incidencia del trabajo infantil sobre la educación de los niños y niñas es significativa; una cuarta parte de los niños y niñas entre los 6 y 14 años de edad, que trabajan, no estudian, y 78.5% de ellos destina 15 o más horas a la semana al trabajo, lo cual implica que una parte importante de esta población no está en condiciones de cumplir en forma adecuada sus actividades escolares, y lo que ocasionará su exclusión de éstas y marginarlos posteriormente del mercado laboral, dado que carecen de las competencias necesarias para insertarse en puestos de trabajo con buenos niveles salariales.

De los niños y niñas de 6 a 14 años de edad que trabajan y no estudian, el porcentaje de niños es ligeramente menor (1.3 puntos porcentuales) al que reportan las niñas: 24.9% de los niños contra 26.2% de las niñas. Por grupo de edad, el porcentaje de niños y niñas de 6 a 11 años es de 8.7%; en cambio, en el grupo de 12 a 14 años dicho porcentaje casi se cuadruplica al llegar a 33.7%. El comportamiento por sexo muestra que los niños de 6 a 11 años representan 10.4% y las niñas 6.3%, datos que, al compararlos con el grupo de 12 a 14 años, muestran que el porcentaje de niños se triplica llegando hasta 33.5%, y el de las niñas se quintuplica alcanzando 33.9%. Es decir, en el grupo de 6 a 11 años, el porcentaje de niños que trabajan y no estudian es superior al de las niñas, pero en el grupo de 12 a 14 años el porcentaje de niñas que trabajan y no estudian es superior al de los niños. Esto parece evidenciar cierta discriminación de género ante la preferencia de educar más a los niños que a las niñas, situación que se acentúa después de los 12 años (*ibidem*: 67-68, 89).

Si bien es cierto que la incorporación de más miembros de la familia al mercado laboral tiene ventajas para la familia en cuanto a su supervivencia, también lo es que esto se traduce en con-

flictividad en el grupo doméstico. La provisión de ingresos por parte de más miembros de la familia altera las relaciones de autoridad y, por tanto, los equilibrios domésticos. La crisis, aparte de que "implosiona" familia, repercute en el ámbito social (Cortés, 1997: 58).

Las características de los nuevos perceptores de ingresos: mujeres solas y/o casadas con hijos en edad preescolar y escolar, y personas en los extremos de la vida, personas mayores y adolescentes y niños, permite deducir algunos efectos perniciosos. El ingreso prematuro de adolescentes y niños a la actividad económica, afecta su rendimiento escolar y con frecuencia los obliga a abandonar. No sólo para las personas de mayor edad, la intensificación del trabajo, tanto para hombres como para mujeres, tiene límites físicos y psicológicos (CEPAL, 1993: 335-337).

La familia, aparte de cubrir una serie de tareas socialmente necesarias para evitar el desorden y la insatisfacción básica de necesidades fundamentales, es la unidad afectiva en donde se forma y desarrolla el carácter de las personas, en su ámbito de intimidad y privacidad, y cubre otra serie de tareas, como la regulación de las relaciones sexuales, la reproducción humana, la crianza y educación de los hijos, el cuidado de los ancianos y de la salud de sus miembros, el ritual del culto religioso, el control moral, la representación cívico-política, la seguridad social y la cuestión de ser medio de producción, de apropiación y de consumo. En este sentido, para la promoción de ciertas características individuales, favorables o no, tanto para el desempeño escolar de los hijos como para una vida productiva a largo plazo, la función que la madre cumple en el seno familiar es extraordinariamente importante, ya que generalmente sobre ella recaen no sólo las labores domésticas y el cuidado y educación de los hijos, sino también el cuidado de todos los integrantes del grupo familiar: de ahí la enorme trascendencia que tiene el hecho de que la madre se incorpore al mundo del trabajo remunerado (Leñero, 1983: 23).

La incorporación económica de la madre altera la estructura familiar y repercute negativamente en la relación de pareja. El

hecho de asumir sola el peso del trabajo doméstico y del cuidado de los hijos, lo cual implica una agobiante carga, disminuye el tiempo efectivo que puede dedicar a éstos, lo cual, junto con otros muchos factores, puede influir también negativamente en su formación y en su retención en el hogar (Coloma, 1993a: 35).

Hemos visto cómo en México y en los demás países de América Latina, las nuevas transformaciones sociales han provocado una redefinición de la familia, tanto por razones estructurales vinculadas a la economía, como por los cambios en las relaciones que se han dado en el interior de las familias. La familia es una institución social universal, flexible y resistente, a la vez productora y producto de una determinada organización social, cuya dinámica interna cambia de acuerdo a la conformación de la sociedad de que forma parte, y ésta, a su vez, varía en función del régimen familiar sobre el que se asienta. Los cambios que en ella se han dado obedecen, en cada tiempo y lugar, a contextos históricos específicos.

Páginas arriba, en que hablé sobre el origen de la familia nuclear actual, vimos que lo más probable es que no haya habido un solo tipo de evolución de la familia, sino que ésta se ha ido adaptando a los cambios económicos, políticos, sociales y culturales que acompañaron a las sociedades occidentales en su paso de una economía campesina a una industrial. Y vimos cómo fue recibiendo la influencia de otras instituciones religiosas, educativas, etc. que empezaron a absorber algunas funciones antes inherentes sólo a la familia, y cómo fueron cambiando los sentimientos de familia e infancia antaño separados, para, sobre todo a partir del siglo XVIII, asumir la familia una función moral y espiritual y responsabilizarse, junto con la escuela, de la transmisión de valores y conocimientos, socialización de los niños que anteriormente no estaba garantizada por la familia.

Cuando hablamos sobre la imagen histórica de la familia en México, vimos cómo se conformó la familia mexicana a partir de culturas indígenas y rasgos políticos, religiosos y sexuales de la cultura medieval de los españoles, con la influencia de otras cul-

turas enmarcadas en el proceso de la globalización, más las características de la organización social de cada región del país. Igualmente vimos cómo, desde la época de la Colonia y promovidos por diversas instituciones y enraizados en valores e imágenes, se fueron conformando estereotipos idealizadores de la familia que distorsionan algunas de sus realidades. También vimos cómo durante el siglo XX los cambios económicos y sociales en su compleja interrelación con las transformaciones demográficas, han contribuido a modificar, de manera significativa, el entorno en que se han venido desarrollando las familias y cómo estas transformaciones han incidido de variadas formas en la organización y relaciones familiares en los países desarrollados, en México y demás países de América Latina, región en la que los cambios familiares que se han operado ocurrieron más tarde y de manera paulatina con relación a los países desarrollados. Entre los cambios que se han dado en las familias, en México, destacan algunos rasgos tendenciales compartidos por diversos países de la región, según las características particulares de cada país. Entre estos cambios podemos mencionar el incremento de parejas no casadas y de hijos nacidos fuera del matrimonio; la disminución del índice de fecundidad y el aumento de separaciones y divorcios, lo que propicia el incremento de familias reconstituidas y monoparentales con jefatura femenina, y refleja las dificultades, en el contexto actual, para establecer relaciones duraderas, cosa que parece ligada a la contracción del empleo y a la reducción de los ingresos; además el desplazamiento de la figura del hombre como proveedor único por causas estructurales como la baja escolaridad, el desempleo y los bajos salarios, y también por causas culturales como el machismo y la irresponsabilidad masculina, entre otros factores.

Encontramos, así, diversos tipos de familia anclados, unos en actualizaciones de relaciones familiares más o menos tradicionales, y otros en arreglos emergentes, por lo que el término "familia" resulta polisémico, pues se aplica a agrupaciones humanas con composición, estructura y funcionamiento distintos.

Puede designar a un grupo organizado compuesto por los cónyuges y sus descendientes, hasta un grupo poco organizado de parientes consanguíneos que puede incluir a otras personas sin lazos de consanguinidad, o a un grupo de personas unidas por afinidad. Los individuos siguen, a veces, un modelo de familia de acuerdos personales no familiares, establecen redes de personas como mujeres viviendo solas o con otras y sus hijos, constituyendo formas cada vez más difundidas de reproducción social. Es así como la utilización del término induce la representación de "la familia" correspondiente a la realidad social a la que se pertenece.

El incremento de familias reconstituidas, que aparece como una oportunidad para aquellas parejas que no han tenido éxito, de enmendar el error cometido, implica nuevas pautas de organización y de comportamiento en el seno de las familias, por la presencia de hijos de uno u otro cónyuge, o de ambos, del anterior matrimonio o unión y a veces del actual. Esto que se ve como una alternativa, para las personas, de buscar la felicidad y la realización personal en una nueva unión o matrimonio, puede resultar complicado por la convivencia con proles diversas, que puede llevar a estas familias a constituirse en ámbitos poco estimulantes y enriquecedores afectiva y socialmente para el desarrollo de los menores.

En el capítulo sobre las estrategias de que se valen las familias pobres urbanas de México para enfrentar la crisis económica, llama la atención, aparte de la reducción alimentaria, que conduce a la desnutrición con las consecuencias asociadas a ella, la tendencia a acrecentar la familia, lo que permite incorporar al mercado de trabajo al mayor número de miembros para incrementar los ingresos y hacer más llevadera la precaria situación. Pareciera que, con la reducción de las solidaridades públicas, la familia promueve instancias capaces de reemplazarlas mediante una red de solidaridades privadas, "olvidadas" en periodos de crecimiento económico, como si se tratara de un oportuno "redescubrimiento" del parentesco; como que en situaciones de crisis

los individuos no tienen otra opción que volverse hacia sus parientes, constituyendo grupos domésticos ampliados en cuyo seno funciona la ayuda mutua. Tal parece que la pertenencia al grupo familiar extenso supera los inconvenientes en algunos casos, como vimos cuando se habló de los recursos de la pobreza: el uso de la familia extensa.

La incorporación de las mujeres al mercado laboral está mediada por la condición de género, por la etapa de desarrollo que atraviesa la familia, por su baja escolaridad, por la edad en que se insertan al mercado laboral, lo que implica la presencia de hijos pequeños y/o adolescentes, por su necesidad de un ingreso y de compatibilizar el trabajo con el cuidado de los hijos y el hogar, lo que las obliga a desempeñar tareas que requieren poca capacitación, a tiempo parcial, mal remuneradas y en condiciones desfavorables.

Así, en las familias más vulnerables, desde el punto de vista económico, especialmente las familias con jefatura femenina, probablemente encontramos la tendencia a organizarse en familias nucleares ampliadas, lo que significa una ayuda para la jefa al contar con más perceptores de ingresos. Entre éstos están los hijos, que pueden ser orillados a aportar ingresos, por lo que estas familias pueden convertirse en espacios propicios para la transmisión intergeneracional de la pobreza. El trabajo resta las energías que los menores necesitan para las clases y en la casa para estudiar, les impide también asistir a la escuela y les resta oportunidades. El niño trabajador de hoy, por la pérdida en educación, mañana sólo podrá acceder a ocupaciones de baja calificación y mal pagadas. De esta manera, el actual niño trabajador tiene muchas probabilidades de ser el futuro padre de nuevos niños trabajadores, lo que propicia que se repita el ciclo.

En este capítulo se aborda la familia como transmisora de un bagaje de saberes acumulados, que representan un capital cultural de gran importancia para el desarrollo e integración social de los nuevos miembros de la sociedad. Se pretende mostrar cómo las violentas modificaciones que sufre la familia, como consecuencia del proceso de modernización, producen tensiones, conflictos y desorganización, y se reflejan en la modificación de valores, la aparición de otros, y en cambios en las concepciones de elementos tradicionales de la vida social y cotidiana, alterando el capital cultural que la familia transmite a los hijos en el proceso de socialización, lo cual incide de manera tal en la formación de los hijos, que en algunos casos puede orillar a éstos a romper los lazos con el núcleo familiar.

La moral

La moral es importante en el estudio de la socialización en la familia porque la construcción de la personalidad moral del niño depende de las experiencias que acumula en el medio ambiente en el que crece. La formación moral, que busca insertar a los individuos en la colectividad a la cual pertenecen, no pretende desarrollar en ellos tan sólo alguna de sus cualidades; trata de construir una personalidad global consciente, libre y responsable, capaz de moverse equilibradamente tanto en el plano personal como colectivo, para asegurar la creación de formas de vida viables personal y colectivamente deseables. Es decir, busca el logro simultáneo de una vida individual que valga la pena ser vivida

y una vida colectiva justa. Tales productos cristalizan como creaciones culturales que se transmiten de una generación a otra, como modelos que pretenden regular todos los aspectos de la vida personal y social (Puig, 1996: 10-11, 18-21).

Durkheim dice que formar moralmente al niño no quiere decir despertar en él tal o cual virtud particular, sino desarrollar disposiciones generales, una serie de ideas que sirvan de norte. De esta manera, lo esencial de la conducta está determinado por la regla, como una prescripción general que no puede aplicarse exacta y mecánicamente del mismo modo en cada caso particular, es decir, no se trata de saber qué regla particular se aplica a cada caso, pues en esto, aunque restringido, queda siempre un margen librado a la iniciativa del sujeto, al que corresponde ver de qué modo conviene particularizar la regla general. Si se aplica la regla general a las diversas relaciones domésticas, tendremos la moral familiar.

Así, la moral es un sistema de reglas de acción que predeterminan la conducta del sujeto para sustraerla de la arbitrariedad individual y regular la conducta en la generalidad de las relaciones humanas. Esto es, un conjunto de reglas que fijan la conducta del hombre en las diferentes situaciones que se presentan con mayor frecuencia. Unas determinan lo que deben ser las relaciones entre los esposos; otras el modo en que los padres deben conducirse con los hijos, etc. Algunas están inscritas en códigos; otras en la conciencia pública, traducidas en aforismos de la moral popular, y están simplemente sancionadas por la reprobación que acompaña al acto que las viola y no por castigos efectivos. De esta manera, el derecho y la costumbre fijan nuestra conducta. Para saber cuál debe ser ésta en las situaciones importantes de la vida, no nos remitimos al principio general con el fin de buscar cómo se aplica al caso particular, sino que existen formas de actuar definidas y especiales que se nos imponen.

La moralidad supone la repetición de los mismos actos en las mismas circunstancias. La afinidad entre el acto y la práctica moral es tal, que el hábito colectivo presenta casi inevitablemen-

te algún carácter moral. Cuando una forma de actuar ha llegado a ser habitual en un grupo, todo lo que escape a ella provoca una reprobación muy cercana a la que suscitan las faltas morales. Si no todos los hábitos colectivos son morales, sí todas las prácticas morales son hábitos colectivos. Sin embargo, si nos conformamos a la regla porque el acto prescrito puede producirnos consecuencias útiles, mientras que el acto contrario tendrá consecuencias perjudiciales, este acto no es moral aunque se conforme a la regla. El precepto moral se obedece por respeto al mismo y sólo por esta razón. Esto implica autodominio, pues no existe acción moral que no implique reducir alguna inclinación, acallar algún apetito, moderar alguna tendencia.

De esto resulta, desde la perspectiva durkheimiana, que la moral es la obediencia consentida a la regla, lo cual implica cierta disposición del individuo para una determinada forma de vida organizada, supone ciertas reglas que determinan lo que las relaciones entre los individuos deben ser, y éstos se sujetan a ellas, porque si turban la vida de los individuos, turban la fuente de la que ellos sacan su propia vida (la sociedad), y si no respetan las reglas puede haber perturbaciones. Es decir, las reglas se cumplen porque nos aproximan a un fin, al cual tendemos (Durkheim, 1997: 27-39, 41-49, 56).

La sociedad está fuera de nosotros y nos envuelve, pero a la vez está en nosotros. Nos alimentamos con ideas, sentimientos y prácticas que nos vienen de la sociedad. Tenemos lazos tan estrechos y fuertes con ella, que forma parte de nuestra propia sustancia. En cierto sentido es lo mejor de nosotros mismos. Al estar ligados a la sociedad, de la cual se es parte, resulta psicológicamente imposible no hallarse ligados, a la vez, a los individuos que la componen y en quienes la sociedad se realiza. Cuando se ama a la sociedad no puede verse el sufrimiento de los demás sin tratar de remediar esa situación. De esta manera, la sociedad es la constructora de la moral y, al mismo tiempo, aquélla es el fin de la moral, que está hecha por la misma sociedad, cuya estructura refleja fielmente. Así, la moral de cada pueblo está directa-

mente en relación con la estructura del pueblo que la practica. Cada tipo social tiene la moral que le es necesaria.

La sociedad nos prescribe incluso los deberes para con nosotros mismos. Nos obliga a realizar un tipo ideal en nosotros porque tiene en ello un interés vital. No puede sobrevivir sino a condición de que todos reproduzcan, en distintos grados, los rasgos esenciales de un mismo ideal colectivo. El bien es la moral, concebida como algo bueno que atrae la voluntad, que provoca la espontaneidad del deseo en cuanto nos parece algo bueno, a lo cual aspiramos por medio de un movimiento espontáneo de la voluntad. De esta manera, el deber es la moral en cuanto prescribe y prohíbe. Es la consigna a la que se debe obedecer. Cuando nos vemos refrenados por la moral, es en realidad la sociedad la que nos contiene y limita. Cuando habla nuestra conciencia, habla la sociedad en nosotros (*ibidem*: 83, 95-96, 101-103, 106-107, 110). De esta manera, la construcción de la personalidad moral del niño depende de las condiciones sociales y culturales del ámbito en que éste se desenvuelve. Es decir, los valores que el niño internaliza dependen directamente del medio ambiente en el que crece y de las experiencias que va acumulando, lo que significa que las reglas morales tienen como carácter común perseguir fines impersonales. Los fines que perseguimos y que son estrictamente personales no son condenables, pero no son morales a la vista de la conciencia pública. Desde este punto de vista, por ejemplo, cuidar nuestra salud o instruirnos no son actos morales, pero sí cuidar la salud, la instrucción, el bienestar de los demás. Desde esta perspectiva, actuar moralmente es hacerlo con miras a un interés colectivo (*ibidem*: 41-49, 62-74, 79).

Aunque Durkheim reconoce la vinculación entre el individuo y la colectividad, y dice que la regla no debe ser aceptada con resignada docilidad, y que en la aplicación de ésta siempre queda, aunque restringido, un margen para la iniciativa del sujeto, tiende a reducir la moral a sus condicionamientos sociológicos (Puig, 1996: 23, 30, 36, 67). Es decir, menciona que la personalidad no es más que un producto del medio, pero no contempla el

respeto por la autonomía de la conciencia personal, soslayando de esta manera la acción transformadora de la educación moral, la cual limita al papel de la adaptación (Puig, 1989: 50-54).

El juicio moral heterónomo se asienta así en relaciones interpersonales basadas en la presión, aquéllas en las que el adulto, naturalmente desde el exterior, impone al niño, mediante órdenes y consignas, un sistema de reglas y prescripciones obligatorias, que éste acepta únicamente por el sentimiento de afecto y de temor que siente hacia el adulto. Sin embargo, no las vive como propias porque no son reconocidas como necesarias. Las sanciones son el medio más corriente para grabar las reglas exteriores en la conciencia de los sujetos. De esta manera, las relaciones de presión mantenidas por los adultos, con base en una relación de respeto unilateral fundada en la desigualdad entre el adulto y el niño, conducente al sentimiento del deber y de la obligación, favorece la moral heterónoma. La percepción egocéntrica que tiene el niño del mundo y de las relaciones sociales, no le permite diferenciar su propia perspectiva de la de los demás, tiende a confundir sus deseos con los ajenos, y hace propias todas las indicaciones o normas externas. En tales circunstancias le resulta fácil aceptar como suyas las sugerencias y mandatos de los demás.

El juicio moral autónomo se asienta en un tipo de relaciones interpersonales basadas en la igualdad, la reciprocidad, la cooperación y el respeto mutuo. Es decir, La autonomía moral es el reconocimiento personal de la necesidad de las normas morales de la sociedad y, por tanto, el paso, de lo que era exterior, al interior de la conciencia individual reconociendo las razones por las que se imponen las reglas morales, aceptándolas como racionales y actuando conforme a lo que dictan, lo cual conduce al nacimiento, en la conciencia de cada sujeto, de aquellas normas ideales que regulan las conductas necesarias para la vida social cotidiana, y la elaboración de normas de conducta propias y por ello comprensibles y más fáciles de cumplir (*ibidem*: 74-77).

Cuando hablamos de conciencia moral autónoma nos referimos a la capacidad de reflexionar sobre el comportamiento interpersonal, la convivencia social, el tipo de vida que se vive, los valores que pretenden conducir el comportamiento o las vivencias conflictivas, cuando se adquiere la capacidad de valorar, pensar y decidir por sí mismo sobre los propios valores, pensamientos y decisiones. Cuando el sujeto atiende a su razón para orientarse moralmente. Cuando puede servirse del propio entendimiento y erigirse en guía de sí mismo. Cuando puede construir con mayor libertad su propia vida (Puig, 1996: 39, 43-44, 67, 77-80. 95).

La educación moral y el cambio social

Entender la educación moral como socialización significa, en muchos casos, reducirla a procesos sociales de adaptación. Procesos que señalan que la moral tiene que ver con el cumplimiento de las normas sociales, pero que no perciben que tales normas pueden criticarse, cambiarse y, en definitiva, construirse creativamente. Entendida así la educación moral, reconoce la vinculación a la colectividad, pero sólo da cuenta de tal vinculación en tanto que adhesión incondicional a una realidad superior que se nos impone unilateralmente (*ibidem*: 30, 67, 82, 94-98).

Durkheim dice que cuando de cambiar las normas se trata, debemos distinguir entre la necesidad de reemplazar una reglamentación envejecida y el rechazo a toda reglamentación, el horror a la disciplina. En determinadas condiciones, el primer sentimiento es sano, natural y fecundo, el segundo no es normal, nos incita a vivir alejados de las condiciones fundamentales de la vida. En el momento en que nos rebelamos contra las reglas debemos tener presente que no podemos vivir sin ellas. Sólo con esta condición podrá ser positiva la obra de sustituir las reglas. De otra manera el esfuerzo puede ser estéril y no dar el resultado acorde con el esfuerzo (Durkheim, 1997: 64-65).

A este respecto, Kuant dice que si una sociedad quiere realmente progresar y no quedar rezagada, necesita someter a crítica sus normas. Porque lo que ocurre es que las normas vigentes

no dejan, por lo regular, más que un determinado margen para desplegar la existencia, y si se quiere también existir fuera de esos límites, ensanchar el campo vital y los horizontes del espíritu, no hay más remedio que cambiar las normas. En éstas suele intervenir un ideal, una noción que se cree bien fundada según la cual, si se quiere vivir con dignidad humana, hay que avanzar en ésta o en aquella dirección. En este sentido, las normas existentes dan una dirección a la vida, pero también la pueden limitar inconvenientemente, ya que si las circunstancias se hacen anticuadas, también las normas resultan anacrónicas. En este caso, lo que hacen es encasillar al hombre en el pasado. También pueden ser las normas un instrumento de poder en manos de un grupo privilegiado.

En este marco, cuando las normas se hacen anacrónicas, no resulta tan fácil cambiarlas, porque el hombre tiene una capacidad asombrosa para mitificarlas, es decir, para atribuirles un origen (sagrado) y una autoridad que no tienen. Así, el hombre puede ser víctima de lo que ha ideado y proyectado. La mitificación escamotea el verdadero origen de las normas y trata de ensalzarlas por encima de su naturaleza mutable. El hombre tiene un oscuro sentimiento de que su vida aspira a un fin que no procede de él mismo, y vive con la idea de que su existencia está subordinada a este fin. Gusta de proseguir el orden vital que se ha proyectado en un momento dado. Si ese orden desaparece de pronto, no sabe ya cómo comportarse. Es natural que quiera mantener el orden porque, en este sentido, mantener el orden es mantenerse a sí mismo. El instinto de conservación desempeña su papel en la mitificación de las normas. Las gentes de edad están más hechas, que las jóvenes, al orden de vida establecido, y por eso quieren, por lo general, imponer su orden a la juventud. El conservadurismo del hombre se revela casi siempre en la pertinaz persistencia de las normas (Kuant, 1968: 122-130).

Las actuales condiciones de vida caracterizan una situación contrastante que, por un lado, mantiene a la mayoría de las familias en condiciones de sobrevivencia y, por otro, las incita a

adoptar el modelo de familia nuclear consumista. Hay una gran influencia, en este sentido, de los medios de comunicación. Las campañas de planificación familiar, por ejemplo, están fuertemente marcadas por un modelo de familia pequeña, atomizada, individualista, de tipo pequeñoburgués y cada vez más lejana de las redes de parentesco. La influencia de los medios de comunicación y de las campañas de planificación familiar ha penetrado en la mentalidad de las personas no sólo en cuanto a la difusión de productos, sino, más importante aún, en cuanto a la ideologización de un modelo de familia y de un tipo de aspiraciones congruente con la sociedad que exalta los altos niveles de consumo.

De esta manera, la familia mexicana se ha estereotipado cada vez más en un modelo que corresponde más bien a los intereses de las clases altas, y por ello al tipo de cultura urbana industrial. En este sentido, el rol de autoridad, la composición de la familia y el tipo de aspiraciones familiares están orientadas a metas de desarrollo individualistas. Sin embargo, las familias marginadas tienen otra estructura y otro enfoque que no corresponde al modelo de familia que se les pretende imponer, pues sus logros dependen básicamente de la solidaridad intergrupal y no de su autonomía a nivel de los miembros de la familia nuclear pequeña. Las familias marginadas urbanas tienen que recurrir al hacinamiento plurifamiliar, a la familia extensa, en busca de la solidaridad que proporciona el parentesco (Leñero y Zubillaga, 1982: 44, 53, 119, 144).

Vivir en la ciudad, para las personas que migran a ella y para los marginados nacidos en ella, se vuelve cada vez más difícil. Para la familia significa disgregación, desintegración, abandono de los viejos. Esto trae, por un lado, graves consecuencias para las nuevas generaciones, ya que los niños tratan cada vez menos con los abuelos. Se genera un corte intergeneracional que provoca vacíos y pérdida del bagaje cultural. Por otro lado, se generan resortes de compensación que pudieran ser nuevas tácticas de recuperación de valores y vigencias culturales (*ibidem*: 180-181). El desajuste que este cambio implica, en términos de prácticas de crianza y de la

pérdida de las redes de apoyo social, contribuye al aumento del estrés y de la violencia en la familia. Estas condiciones afectan negativamente la calidad del ambiente y alteran la capacidad familiar para establecer relaciones positivas e interacciones que estimulen el desarrollo de los niños (Linares, 1992: 22-23).

Los marginados de la ciudad presentan una cultura ambigua: la de su extracción campesina tradicional y la del mundo urbano moderno. Las nuevas generaciones de jóvenes viven un fenómeno de ambivalencia que los hace entrar en crisis en sus relaciones intergeneracionales. Comienzan por rechazar los valores y normas de los padres y demás adultos, para después sentir frustraciones en la dificultad por adquirir una nueva identidad no del todo alcanzable, que los hace regresar a pautas de conducta seudotradicionales, en las que contrasta lo emocional con lo racional y con lo posible. Además, en la familia urbana marginada, el trabajo temprano de los hijos, como una necesidad de colaboración al núcleo familiar, marca una diferencia notable en el proceso de formación y socialización de los hijos (Leñero y Zubillaga, 1982: 120, 144-145).

Los valores

El tema de los valores resulta relevante por el potencial transformador que los mismos poseen como referentes de las conductas sociales deseables. Los valores son ideas y creencias muy arraigadas y principios interiorizados a partir de experiencias significativas relacionadas con el bien hacer, de tipo prescriptivo, que regulan desde dentro la conducta, la manera de pensar y de sentir del sujeto; es decir, configuran y moldean sus ideas y condicionan sus sentimientos (Cardona, 2000: 33-34). Sirven, por tanto, de patrones que guían la vida de los hombres, así como para regular su comportamiento y como marcos de referencia para evaluar la conducta propia y la de los demás (Carrasco, 1997: 2).

De esta manera, los valores explican algunas de las razones más importantes del comportamiento humano, pues actúan como factores motivadores del mismo al ayudar a los hombres a definir lo

que es preferible y correcto. Es decir, operan como criterios que determinan metas consideradas legítimas hacia las que se orienta el comportamiento individual o colectivo. Así, con base en ellos, ciertas metas en la vida, objetos sociales o modos de conducta son, individual o colectivamente, preferibles a otros.

Es así como los valores determinan lo que se piensa sobre ciertos temas y cuestiones sociales: las relaciones con los demás, la actitud hacia el medio ambiente, hacia una cierta ideología o religión, la sociedad o la autoridad. Así, los valores reflejan necesidades transformadas en representaciones cognitivas susceptibles de ser defendidas, justificadas y buscadas como finalidades sociales o individuales.

Por esta razón, los valores dan forma a los intereses al establecer su legitimidad social y su concreción ética o moral. En este contexto, los valores determinan la conducta de las personas y el curso económico, político y cultural de una sociedad. Por ello, condicionan la respuesta de una sociedad ante las distintas alternativas de desarrollo que se le presentan; limitan o expanden su capacidad de respuesta frente a las múltiples exigencias que le plantea el entorno. De ahí que para ampliar el conocimiento que se tiene acerca de un grupo social o comunidad, sea necesario conocer los valores que en ese grupo o comunidad prevalecen. Lo anterior también por razones de orden práctico, pues sólo así se puede identificar proyectos de desarrollo que tengan un sólido basamento psicosocial y que puedan arraigar en ese grupo o comunidad (Cortés, 1999: 11-17).

Las diferentes maneras como una persona puede manifestar los valores, incluye tres componentes: a) cognitivo (racional o intelectual): los valores se pueden expresar en forma de ideas, pensamientos, principios, convicciones, etc.; b) fáctico (conductual): este nivel se divide en dos formas esenciales de expresión: verbal (lo que el sujeto puede decir acerca de sus valores y acciones); c) emocional (afectivo): la necesidad de actuar de determinada manera con el fin de hacer el bien, o la sensación de bienestar al actuar de forma correcta.

De entre las múltiples categorías de valor (económicos, estéticos, etc.) cuando hablamos de valores éticos, nos referimos a convicciones personales que derivan en acciones humanas. Los valores morales se relacionan con acciones que incluyen a dos o más personas, esto es, hacen alusión a conductas interpersonales. Por esta razón, cuando alguna autoridad externa al sujeto trata de imponer a éste determinados "valores", la conducta "buena" se desvanece cuando desaparece la autoridad que los promueve.

Algunos valores como la paz, la justicia, la libertad, etc., son reconocidos como tales en todos los países y culturas del planeta, de ahí que se diga que algunos tienen cierto grado de universalidad. Debería ser factible diseñar una escala básica de valores universales para el bien de la humanidad, en virtud de que en esencia todos los seres humanos somos iguales por naturaleza, nos regimos bajo los mismos principios, nos afectan las mismas cosas, compartimos las mismas necesidades, y en materia de valores éticos lo que es bueno para uno debería ser bueno para todos. Sin embargo, la interpretación social o individual que se haga de cada uno de ellos tendrá matices o diferencias significativas entre cada país y cultura, e incluso entre cada persona. De ahí su relatividad. Por ejemplo el valor libertad no tendrá el mismo significado para un representante del partido político en el poder, que para un indígena de Chiapas.

La universalidad de los valores radica en la facultad que tienen éstos para ser considerados como tales en cualquier parte del mundo. Su relatividad se encuentra principalmente en el sujeto que evalúa y está influida, en gran medida, por el tipo de experiencias a lo largo de la vida. En función de este tipo de ideas, hay quienes podrían pensar que la moral es relativa y que los valores cambian, cuando al parecer lo que cambia no es la moral o los valores, sino el nivel de abstracción y de interpretación de las personas según sus necesidades y circunstancias. Algunos grupos sociales (como los empresarios por ejemplo) promueven sus escalas de valores (asistencia, puntualidad, orden, disciplina) vinculados más con sus necesidades e intereses que con el auténtico desarro-

llo humano, y tratan de hacer pasar como valores algunos aspectos que más bien son deberes, entendidos como obligaciones.

En algunas ocasiones tendemos a justificar nuestros actos bajo el argumento de que cada quien tiene "sus valores", lo que conlleva una fuerte carga egocéntrica e irresponsable caracterizada por un exagerado empleo de la cualidad relativa de los valores en la que tendemos a calificar como bueno lo que hacemos, lo que hacen nuestros parientes, o lo que hace el grupo (académico, político, religioso, etc.) al que pertenecemos. O tratamos a veces de encubrir acciones irresponsables o delictivas anteponiendo un valor como fin. Como el industrial, que para justificar su existencia argumenta la creación de empleos, pero no dice nada del manejo inadecuado de sus desechos tóxicos, del deterioro ambiental que provoca o de los efectos nocivos de sus productos en la salud; o la persona que argumenta el bienestar de su familia para justificar el robo al que se dedica para cumplir sus "responsabilidades". Para el caso de los valores, no siempre el fin justifica los medios (Cardona, 2000: 36-37, 42-43, 48-49, 55, 63-65).

Cuando las gentes estiman los mismos valores, tienden a conducirse de acuerdo con el modo en que los unos esperan que los otros han de conducirse. Los valores se convierten en parte de la personalidad misma. Como tales, mueven a la sociedad porque lo que es socialmente esperado se hace individualmente necesario. Podemos hablar de "valores" comunes cuando una gran proporción de individuos de un orden institucional aceptan las legitimaciones con que se exige con buen éxito-obediencia, o por lo menos se obtiene la anuencia.

En un sistema social en el que los individuos actúan con referencia el uno del otro, es con frecuencia de una manera ordenada porque los individuos del sistema comparten tipos de valor y modos apropiados y prácticas de conducta. A algunos de estos tipos de valor podemos llamarlos normas; quienes actúan de acuerdo con ellas tienden a portarse de un modo análogo en circunstancias análogas. En la medida en que esto es así, hay "regularidades sociales" que podemos llamar estructurales. Cuando

dentro de una institución o de una sociedad compuesta de tales instituciones, las normas no dirigen a los individuos, podemos hablar con Durkheim de anomia.

Hay dos modos de conservar el equilibrio social: el primero es la socialización, que incluye todos los medios por los cuales el individuo recién nacido se convierte en una persona social. El segundo es el "control social", entendido como todos los medios para lograr que la gente actúe de acuerdo con los cánones aprobados dentro del sistema social. Unas veces accidentalmente, otras deliberadamente, los valores han sido inculcados por los intereses creados. Estos valores son con frecuencia los únicos que los hombres han tenido oportunidad de cultivar. Son hábitos adquiridos inconscientemente y no por elección deliberada (Mills, 1997: 48-51, 57, 204).

A consecuencia de los cambios que está sufriendo la familia y que se reflejan en el ámbito social, en nuestro tiempo es común oír hablar de crisis o de ausencia de valores. Borón, por ejemplo, dice que nuestra época se caracteriza por el derrumbe de la escala de valores y la anomia resultantes de la imposición de las reglas del juego del capitalismo salvaje, que soslaya todo escrúpulo moral y premia sólo a los ricos y poderosos, sin indagar en torno a los medios empleados para acceder a la riqueza y el poder. La mercantilización de la vida social, agrega, ha traído como consecuencia que los valores e ideales más elevados de hombres y mujeres sucumban ante sus cálculos egoístas y el poder del dinero, que se ha convertido en el valor fundamental alrededor del cual gira la vida cotidiana (2000: 15-17).

Aunque con esto Borón no quiere decir que los valores sean estáticos, vale la pena señalar que los valores son realidades simbólicas, dinámicas, fruto de procesos históricos relativos a las culturas en que se formulan y que, como otros elementos configuradores de la cultura, están dotados del dinamismo de los hechos sociales y sujetos a procesos de continuidad y cambio, como expresión viva de la interacción de los individuos, los grupos y las instituciones sociales, en un momento dado en una sociedad concreta. Por tanto, no puede aceptarse una visión estática de

los valores por estar alejada del dinamismo de la vida social (Carrasco, 1997: 1-2). El hecho de que los valores se “barran bajo la alfombra” no significa que no existan. Debajo de concepciones de elementos fundamentales de la vida diaria supuestamente “neutras”, hablando en términos de valores, existen claras opciones de carácter valorativo (Borón, 2000: 20-21).

El problema no es tanto de ausencia o crisis de valores como de concepción y planteamiento de la cuestión. Las concepciones éticas y morales tienen que abordar nuevos problemas y responder a nuevas realidades con nuevas formulaciones y valores. Vivimos más bien en un momento de emergencia de éstos, en una situación en que muchos estamos anclados en un pasado desbordado por hechos nuevos e irreversibles de carácter social y económico. Desde esta perspectiva, el problema no es de las nuevas generaciones, sino de las personas adultas (Carrasco, 1997: 1-2).

Los valores de los jaliscienses

Los datos demográficos y las encuestas sobre valores, así como la coexistencia de diversos discursos sociales sobre el matrimonio y la familia, ponen de manifiesto que las condiciones de vida actuales están incidiendo de algún modo en las prácticas y los valores de los mexicanos (Rodríguez, 2001: 35). La modificación del entorno social de la familia, como producto de la modernización y el desarrollo, induce cambios en aquélla por medio de la alteración o puesta en juego de sus propios recursos de adaptación (Cortés, 1997: 58). Las encuestas nacionales sobre valores muestran una serie de desplazamientos en las normas y actitudes relacionadas con cuestiones de matrimonio y familia. Los estratos sociales más jóvenes, los de mayor instrucción escolar e ingresos, constituyen los principales protagonistas de estos cambios, mientras que los sectores más conservadores son los estratos sociales rurales, los de baja escolaridad y los de mayor edad (Rodríguez, 2001: 29-30). Los patrones de estructuración de la familia son más o menos homogéneos en México y se reproducen, con algunas variaciones, en las familias jaliscienses (Cortés, 1997: 47-58).

De una muestra de 1399 personas de Jalisco mayores de 16 años a las que se aplicó una encuesta de valores por Cortés y Shybia entre agosto y septiembre de 1997, 94% (1 315 personas) considera a la familia como muy importante. Las mujeres valoran más a la familia que los hombres, con una diferencia porcentual de 3 puntos (95% de las mujeres contra 92% de los hombres). Este aprecio se incrementa con la edad, pues los jóvenes de 16 a 20 años la valoran importante en 91%. Este porcentaje se va incrementando paulatinamente con la edad, hasta llegar a las personas de 60 a 69 años en las que el porcentaje es de 98% para bajar a 96% en las personas de más de 70 años. Cortés sugiere que aunque esta baja es solamente de dos puntos porcentuales, valdría la pena indagar si esta disminución en el aprecio por la familia obedece al maltrato, y en algunos casos el abandono que sufren algunas personas mayores por parte de la familia.

Con respecto a la escolaridad de las personas, la importancia atribuida a la familia va aumentando a medida que se incrementa la escolaridad, hasta llegar a los que tienen secundaria para luego descender entre los que tienen bachillerato, universidad y posgrado. Las personas que no tienen escolaridad consideran importante la familia en 92%. Este porcentaje aumenta paulatinamente y en las personas que tienen educación secundaria alcanza 97%. Entre las personas que tienen bachillerato este porcentaje baja a 94%. En las que tienen universidad baja a 93%, y en las que tienen posgrado desciende hasta 82%. Aquí también Cortés sugiere que ante esta baja porcentual de 10 puntos en el aprecio por la familia, sería interesante abordar este aspecto incluyendo variables de género, estado civil, trabajo y salario, para responder a algunas interrogantes como, ¿obedece esto a algún cambio de valores adquiridos por la educación o al hecho de que la mayor escolaridad de las mujeres les permite acceder a mejores empleos y salarios y, en consecuencia, a una autonomía económica que les permite disolver el matrimonio al no tolerar situaciones de opresión por parte del varón, entre otros factores?

En cuanto al tamaño de la familia, la mayoría (67.2%) considera que el número ideal de hijos por familia es de dos a tres. 34.7% menciona que dos es el número ideal de hijos, en tanto que 32.5% menciona que tres. El porcentaje de quienes mencionan cuatro es de 18.3%; el de quienes mencionan cinco es de 8%; solamente 2% menciona un hijo. Los más jóvenes son los que piensan en menos hijos, y esto se afianza con la mayor escolaridad.

Los valores más importantes que los entrevistados consideran que deben ser transmitidos a los hijos en el hogar en orden de importancia son: responsabilidad, buenos modales, tolerancia y respeto a otras personas, fe religiosa y obediencia. En la escuela: conocimientos, disciplina, iniciativa personal, valores cívicos y capacitación.

Con respecto al matrimonio, para los jaliscienses el vínculo conyugal constituye, en términos generales, el lazo fundante de la familia. Sin embargo, 13% considera que el matrimonio es una institución obsoleta. A este respecto, con relación al género y la edad no hay diferencias significativas. En cambio, con relación a la escolaridad, 8% de los que no tienen ninguna piensa que el matrimonio es una institución obsoleta, y este porcentaje se va incrementando hasta llegar a 18% en quienes tienen posgrado. Este dato concuerda con la disminución en el aprecio de la familia por parte de quienes tienen mayor escolaridad. En cuanto a la relación matrimonial más de 90% de los entrevistados considera primordial en ella el aprecio y el respeto mutuo, la fidelidad, la comprensión y los hijos. El valor asignado a estos es mayor conforme se incrementa la edad de los entrevistados (Cortés, 1999: 11-17, 21-24, 33-39, 46-50, 152-154).

En el contexto nacional, Jalisco es uno de los estados con mayor número de creyentes declarados (99%) en alguna religión. La religión católica es mayoritaria. En 1970 los católicos representaban 98.5% del total de la población, en 1980 97.7% y en 1990 96.5%. Aunque el peso de otras religiones no católicas es bajo, no por ello es irrelevante.

Sin embargo, a pesar de la masiva adhesión de los jaliscienses al catolicismo, sus prácticas no equivalen en muchos casos a las de las reglas de conducta que éste postula. El peso del catolicismo es relativo, sobre todo en las zonas urbanas. Su capacidad de convocatoria es más que nada de tipo ritualista. La gente cumple con los ritos pero, frecuentemente, tiende a vivir de acuerdo a parámetros morales que se alejan de las normas y las reglas estipuladas por la moral católica. Si bien la religión, y en especial la católica, es un importante factor de cohesión social que ejerce una considerable influencia en distintas áreas sociales, la secularización de la vida social no se ha visto detenida por ello. La moralidad de los jaliscienses continúa con un proceso de secularización. Las formas de la moralidad se diversifican y abren a la argumentación y el diálogo racionales.

Las normas y los valores "sustantivos" que regulan las interacciones cotidianas de la gente forman parte del contenido que fluye hacia los individuos mediante los procesos de socialización que contribuyen a modelar la subjetividad. Cuando se habla de internalización de las normas sociales y de las reglas de conducta, debe tenerse presente que éstas no son un código traspuesto mecánicamente hacia la mente individual en los procesos de socialización: funcionan como referente simbólico para la acción y constituyen un recurso adicional en las estrategias desarrolladas por los mismos agentes sociales en sus procesos de interacción.

En este marco, la integración cultural es cada vez más problemática. La globalización y la apertura comercial han incrementado las opciones culturales y han mostrado a la población de Jalisco, principalmente a la urbana, diferentes estilos de vida, actitudes y conductas propias de otras sociedades. Por esta razón, las "alternativas" culturales son cada vez más numerosas e influyentes. Sin embargo, éstas no se asimilan por imitación, sino que son procesadas por entramados simbólicos previamente existentes: ello produce distintas formas de adopción a las alternativas que surgen de la comunicación nacional e internacional.

También la familia se ha visto afectada por el cambio en algunos de sus patrones de interacción doméstica y social, aunque sigue siendo una de las principales instituciones socializadoras. En Jalisco su persistencia como foco básico de integración y socialización parece explicarse en la extraordinaria capacidad de adaptación que tiene ante las modificaciones del entorno económico, político y cultural.

Ciertamente la familia evoluciona por efecto de las modificaciones en su ambiente, pero se trata de una evolución adaptativa que reproduce bajo formas variadas las funciones centrales del grupo doméstico: distribución de los afectos primarios, socialización, control de la conducta sexual y seguridad económica. Sus transformaciones, a largo plazo, parecen apuntar hacia etapas evolutivas propias de sociedades más desarrolladas (Cortés, 1997: 46-47, 69, 73-75, 129-130, 143).

Cada vez más mexicanos parecen asumir valores y actitudes favorables hacia formas alternativas de vida en pareja y el ejercicio de la sexualidad fuera del matrimonio, hacia nuevas expectativas, deseos y anhelos respecto al matrimonio y las relaciones conyugales. La mayor inserción de la mujer en el trabajo productivo es uno de los factores asociados a una mayor diversidad de creencias, valores y prácticas familiares. Las mujeres que trabajan han logrado un mayor grado de autonomía relativa en algunos aspectos de la relación de pareja, y hay, además, un debilitamiento de la función masculina tradicional de proveedor económico único cuando la mujer contribuye a solventar gastos de la casa. No obstante, el matrimonio sigue siendo una práctica muy común en México. Entre los jaliscienses predomina el matrimonio civil-religioso, aunque hay una disminución de los matrimonios religiosos y un incremento de los civiles. Esto permite suponer que paulatinamente los jaliscienses tienden a regularse más por las normas civiles que por las religiosas (Rodríguez, 2001: 23-27, 31, 35-36).

Desde la dimensión de la sociedad, el matrimonio es una institución civil y religiosa estructurante de la actividad matrimo-

nial. Como institución civil es una instancia que regula la aceptación de los roles de marido y mujer, y supone la adquisición de derechos y obligaciones correspondientes. Como institución religiosa supone la adhesión a una serie de normas, símbolos y significados que dan sentido "sagrado" a la unión. Presuponen la adhesión de los contrayentes a un código jurídico o religioso, o a ambos, que determinan las condiciones de la unión y establecen los derechos y deberes que de ella derivan, así como las sanciones en caso de incumplimiento de la norma (*ibidem*: 19).

El divorcio se ha incrementado en todo el país. En 1996, el promedio nacional de divorcios por cada mil matrimonios fue de 57. Jalisco estaba en ese año por debajo de ese promedio nacional con 31 divorcios por cada 1000 matrimonios (*ibidem*: 24). Los divorcios se concentran sobre todo en las principales zonas urbanas del estado, con variaciones según los municipios. Las tasas de divorcio en el estado son significativamente más altas en ciudades como Autlán, Puerto Vallarta y Guadalajara con 20, 17 y 10 divorcios por cada cien matrimonios respectivamente, según datos de 1990 (Cortés, 1997: 145). Este porcentaje baja relativamente en Guadalajara en los años siguientes. En 1993, el número de divorcios por cada 1000 matrimonios, en esta ciudad, era de 77, en 1994 de 81.4 y en 1996 de 84.4, lo que indicaría que actualmente se divorcian 8 de cada 100 parejas que se casan en esta ciudad (Rodríguez, 2001: 25). Las tasas reportadas en las estadísticas sobre divorcios dicen poco sobre los verdaderos motivos que conducen a la separación de las parejas, pues la mayoría (78%) se registra en la categoría de "mutuo consentimiento", cosa que indica en todo caso que la mayoría de los divorcios se deciden por el acuerdo mutuo de los cónyuges para evitar, probablemente, el conflicto de carácter judicial (Cortés, 1997: 146).

Una variable que parece tener un peso relevante en los divorcios es la escolaridad. La mayor incidencia tiene lugar en matrimonios que poseen el mismo nivel de escolaridad, seguidos de aquéllos en que el hombre posee una mayor escolaridad y luego por aquéllos en que la mujer tiene mayor escolaridad. Mientras

mayor es ésta, mayor es la tasa de divorcios. Las mujeres y hombres que tienen una profesión se divorcian más que aquéllos que tienen grados menores de escolaridad (*ibidem*: 146). Las mujeres que tienen una profesión se divorcian en una proporción de 2 a 1 en relación con las que solamente tienen estudios de primaria, mientras que los hombres profesionistas lo hacen en una proporción de 2.5 a 1 respecto a los que sólo estudiaron la primaria. Los que tienen preparatoria se divorcian más que los que tienen primaria y éstos más que los que no tienen escolaridad (Cortés, 1999: 37).

Hasta antes de los años 70 pensábamos que podíamos hablar de un conjunto de valores coherente, consistente y común a todos los mexicanos; hoy, en cambio, el tema de los valores revela las profundas fragmentaciones de la sociedad mexicana. Esta fractura es efecto del desconcierto que ha producido la pluralización cultural o ideológica de la sociedad, que parece derivarse de la incapacidad para elaborar un código común de interpretación de los cambios ocurridos en el último cuarto de siglo, y de la consecuente incapacidad para elaborar una visión colectiva e integradora del futuro (Loeza, 2001: 77-78).

El mundo no es solamente espiritual, es también material, en el que el modo de pensar la vida social está definitivamente condicionado por el modo de vivirla (Borón, 2000: 23). Una de las instituciones más afectadas por la crisis económica y la modernización es la familia. Esto significa un cambio en el modelo familiar. La modernización va llevando al replanteamiento de los estereotipos familiares, a nuevos roles de la mujer, etc. Las mismas diferencias sociales van llevando a una gran variedad tipológica de las familias, altamente contrastantes según la clase social, pero igualmente influidas por la modernización y la crisis económica (Leñero y Zubillaga, 1982: 44, 53). De esta manera, vemos cómo la familia, que atraviesa por una crisis económica, atraviesa también por una cultural, sin embargo, hasta el momento las instituciones del matrimonio y la familia, que parecen perder vigencia, siguen siendo apreciadas por la sociedad mexicana, en la que el matrimonio continúa siendo el sostén primario de la

familia, la base de su constitución y de su desintegración, así como del tipo de relaciones que en ella se configuran, la institución que mayoritariamente regula los vínculos de la pareja (García, 1996: 17-18).

Nos encontramos ante un nuevo estilo de vida, pero lo profundo permanece. Aunque en ocasiones los padres ya no tienen el mismo prestigio que antes y su autoridad se siente como autoritarismo, y pertenecer a una familia a veces ya no proporciona, como en otro tiempo, un sentimiento de seguridad, la familia todavía existe, la gente todavía se casa, aun cuando no sea por mucho tiempo. Todo ser humano sabe lo que es una madre y lo que es un padre, aunque no los haya tenido "de verdad" (Dolto, 1998: 12-15).

La modernidad y la vigencia de los valores

El rápido proceso de cambio que se está dando en todos los órdenes está afectando los patrones tradicionales de cohesión social. Con el advenimiento de la modernidad pierden vigencia o se relativizan, de manera progresiva, las imágenes tradicionales del mundo y se desmadejan algunos de los vínculos comunitarios de solidaridad y convivencia. El creciente intercambio cultural que hace posible las migraciones y los medios de comunicación de masas, son algunos de los factores que condicionan el surgimiento de nuevos valores, símbolos y formas de interacción, la progresiva obsolescencia funcional y simbólica de un gran número de valores y patrones tradicionales de conducta, o bien la refuncionalización de otros, y que se expresa en la emergencia de un creciente pluralismo cultural y en el surgimiento de nuevas formas de conflictividad social. De ninguna manera esto significa que el avance de la modernidad implique inexorablemente el aniquilamiento total de la tradición y los lazos sociales comunitarios. Más bien lo que parece ocurrir, gran parte de las veces, es un proceso de refuncionalización de estos vínculos en una nueva lógica de actuación social (Cortés, 1997: 12, 16).

La modernización económica y social también ha implicado un proceso creciente de secularización. La Iglesia ha perdido funciones directas con relación al poder político, económico, e incluso en los asuntos civiles y, por lo menos formalmente, ha tenido que circunscribir su acción a la esfera privada (comunidad, parroquia, familia, etc.). Este proceso de secularización afecta a la sociedad, la cultura y la conciencia. En términos socioculturales supone el "progreso por el cual algunos sectores de la sociedad y de la cultura son sustraídos de la dominación de las instituciones y los símbolos religiosos". Con relación a la cultura, se observa un creciente pluralismo social, que ante todo manifiesta que las concepciones religiosas sobre distintas dimensiones de la vida social (ciencia, arte, literatura, etc.) no son tan dominantes como antaño. Con respecto a la conciencia individual, se observa que el cumplimiento de algunos preceptos religiosos tienden a disminuir en la población: la asistencia a misa, la comunión, la confesión, la oración, etc. aunque otros se han mantenido constantes, como el bautismo y el matrimonio. Es decir, se están produciendo individuos que miran al mundo y a sus propias vidas sin valerse de las interpretaciones religiosas.

La secularización no supone el abandono total de un pasado religioso, sino su continuidad en el mundo secular. No significa la aparición de valores seculares que suplantán valores religiosos, sino la agregación de sentidos que pasan a formar parte de los recursos prácticos para el entendimiento cotidiano. Implica el declive de una sociedad integrada del todo por la religión, y el surgimiento de una sociedad plural en sus concepciones y prácticas (Rodríguez, 2001: 14-16).

También la familia ha afrontado cambios que inciden en su tamaño, sus procesos, su organización interna y sus funciones. Por ejemplo, hay disminución de las tasas de natalidad; incremento del divorcio y de las uniones de hecho; aumento de hogares monoparentales y reconstituidos; cambios en los roles conyugales con una mayor participación de la mujer en el mercado de trabajo; incremento del número de hijos nacidos fuera del matri-

monio, maltratados, abandonados (al igual que ancianos y discapacitados); tendencia a una mayor autonomía e independencia de los hijos adolescentes, con la consiguiente disminución de la autoridad formal del padre y de la madre y de la responsabilidad de los padres con los hijos y de éstos para con los padres; cambios en la conducta sexual, etc. El Estado ha ido absorbiendo poco a poco funciones que tradicionalmente le correspondían a la familia, como en el caso de la escuela que absorbe gran parte del papel educador y formador de la familia (Ribeiro, 2000: 45-47, 51-55, 96-101).

Aunque todos estos fenómenos que perturban grandemente a la familia parecen reflejar un descenso en la importancia que se otorga a ésta institución y a la del matrimonio, la mayoría de las personas tienen a estas instituciones entre sus valores más importantes. Quizá por esto, en situaciones críticas, de conflicto o de inadaptación, se hace manifiesto cierto temor con respecto al porvenir de estas instituciones, al grado que algunos han llegado a preguntarse si estamos siendo testigos de su desaparición. Aunque en realidad algunos de estos cuestionamientos han sido al orden social, del cual la familia forma parte, vemos que Marx y Engels criticaron a la familia burguesa como tal, pero no la esencia misma de la agrupación familiar ni pusieron en duda su necesidad e importancia.

Lo que en realidad sucede es que la evolución hacia la posmodernidad ha sido abrupta. A medida que los cambios sociales son más rápidos e intensos, los sistemas familiares tienden también hacia un cambio acelerado, lo que provoca mayores niveles de disfunción porque algunos miembros de la familia aceptan nuevos modos pero otros no, lo que conduce a la posibilidad de desacuerdo. Al paso que la sociedad se transforma y la información y la tecnología se infiltran en la vida cotidiana, las violentas modificaciones que sufre la familia le producen tensiones, conflictos y desorganización. Probablemente por esta razón es más notoria la presencia de elementos disfuncionales en las familias urbanas que en las rurales o en aquéllas que emigran del

campo a la ciudad, y que de repente tienen que adaptarse a condiciones distintas de aquéllas a las que estaban acostumbradas.

En estas condiciones, la vida cotidiana familiar implica esfuerzos diarios, las parejas deben definir expectativas y hacer elecciones. Hay en la pareja una negociación permanente. Esto no es fácil y puede explicar que ciertas parejas, enfrentadas con la incapacidad material, psicológica y cultural para asumir el proyecto de "buena familia", en el cual se habían comprometido, se separen, por ejemplo. De esta manera, en unas cuantas décadas se ha pasado de un modelo de familia estadísticamente dominante y sociológicamente "normal", a una situación de pluralidad de modos de organización familiar, dando paso, de este modo, a nuevas estructuras que han dejado atrás el modelo familiar único de generaciones precedentes.

La familia se está transformando. En vez de transitar hacia un modelo genérico, están apareciendo nuevos tipos familiares en un ambiente de mayor flexibilidad y pluralidad. Pero de ninguna manera podemos decir que la familia está desapareciendo, ni siquiera que se ha desinstitucionalizado, a pesar de que muchos aspectos son ahora menos institucionales que antes, como la autoridad, los rituales matrimoniales, las normas y roles tradicionales, etc. La familia es una institución que no puede ser estática en una sociedad dinámica. No está en vías de desaparición, simplemente se diversifica. Estas situaciones propias de la vida "moderna" están estrechamente ligadas con el acrecentamiento de la secularización de la familia. Las iglesias han ido perdiendo progresivamente el monopolio de la autoridad moral, al tiempo que la sociedad pública trata de retomarlos sustituyendo la normatividad institucional sacralizada, por una normatividad legal y laica legitimada en su fundamentación científica.

Este proceso de secularización que ha hecho que la familia sea cada vez menos sacralizada, que la vida familiar sea cada vez más profana, produce también la desacralización del vínculo matrimonial y conduce hacia la adquisición de una dimensión humana, lo que hace sentir que la responsabilidad de la unión conyugal

es obra de la voluntad personal y no de Dios. En este marco, los conflictos latentes o reales en el seno familiar salen a la luz sin la inhibición de lo sagrado. Ello se traduce, entre otras cosas, en un aumento de las rupturas formales de los vínculos conyugales, fenómeno que ocurre incluso en los hogares cuyos miembros están afiliados a la religión católica, que mantiene una postura rígida en cuanto a la disolución conyugal. El prototipo unívoco de familia, sancionado con un criterio sacral, está poco a poco desapareciendo y dando lugar a una pluralidad de pautas de conducta, y se pueden reconocer diversos tipos reales de familia ya sin el peso de la sanción divina (Ribeiro, 2000: 14-16, 38, 96-101).

Así vemos que la pretendida permanencia de “los valores de siempre” es un error y una dificultad que añadimos al proceso actual en que estamos sumidos en el momento presente, en el que, a pesar del acelerado cambio social, la situación dominante es, en conjunto, aún de carácter tradicional, y en la que, a veces, llegamos a creer que estamos ante una ausencia grave de valores, que evidencian las limitaciones y el estancamiento del modelo vigente en el actual y rápido contexto de cambio social.

No se puede responder a nuevas cuestiones con viejas estructuras o planteamientos. En las sociedades contemporáneas, la pérdida del rol tradicional de la organización eclesiástica, la internacionalización de la economía, la gran influencia del mercado en nuestras vidas, los procesos de consolidación del pluralismo, y muchos otros factores, influyen en el incremento o pérdida de significación histórica y social específica de determinados valores, e imponen una obligada atención hacia nuevas realidades y nuevos valores (Carrasco, 1997: 1-2).

La socialización

La socialización es un proceso a través del cual el individuo aprende e interioriza unos contenidos socioculturales, a la vez que desarrolla y afirma su identidad personal bajo la influencia de unos agentes exteriores y mediante mecanismos procesuales frecuen-

temente inintencionados. El término socialización, empleado en un principio por Durkheim como aprendizaje de los contenidos socioculturales que todo individuo necesita para integrarse a la sociedad en que vive, se fue ampliando y perfilando gracias a los sociólogos y psicólogos americanos.

Socializarse sigue significando "hacerse social" en la sociedad en que uno vive, pero se ha ido cobrando conciencia de que ese aprendizaje de lo social va necesariamente acompañado del proceso de hacerse persona. Así, cuando se habla de socialización, se incluye bajo un mismo proceso la consecución de dos efectos: la inculturación y la personalización. El individuo no puede desarrollarse como persona sin el soporte de unos contenidos culturales específicos. Necesita asimilar el lenguaje y unos modos concretos de pensar, de sentir y de actuar, unidos a la aceptación de unos valores. La socialización implica la interiorización de esos elementos culturales, convirtiéndolos de alguna manera en sustancia de la propia personalidad.

Como especie biológica, el individuo tiene al nacer necesidades específicas, pero nace desposeído de instrucciones genéticas que le indiquen la manera concreta de satisfacerlas. Los padres ofrecen al niño la necesaria protección contra las agresiones del entorno físico y, junto al alimento corporal, el alimento de una cultura con unas pautas específicas y el estímulo de unos modos concretos de interacción.

La problemática de la socialización familiar estribaría precisamente en las pautas y en los modos concretos de interacción usados por los padres. Éstos son agentes socializadores no sólo cuando se proponen unos objetivos concretos y explícitos, y unas estrategias calculadas; lo son siempre que interactúan con los hijos. A veces, los objetivos explícitos pueden ser negados por los mecanismos no intencionales de socialización.

Hay algunos cambios significativos estrechamente relacionados con la función socializadora de la familia: la disminución de la presencia del padre en el hogar, la incorporación de la madre al trabajo fuera de casa, la asimetría en la distribución de las ta-

reas domésticas, el traspaso o delegación de ciertas funciones de la familia a otras instituciones exteriores públicas y privadas. La idea que se ha ido extendiendo en contraposición con la de otros tiempos de construir y dejar a los hijos un patrimonio, de preparar a los hijos para que ellos se abran camino en el mundo del trabajo y se valgan por sí mismos en la vida.

Estas innovaciones, consideradas como conquistas, han conducido a un repliegue de la institución familiar a aquellas funciones internas específicas que de alguna manera sólo ella puede cumplir: equilibrio y seguridad emocional, desarrollo y afirmación de la propia identidad, socialización de los hijos. Sin embargo, existe el riesgo de que la delegación de funciones, antes encomendadas a la familia, en lugar de producir una mayor dedicación a las tareas específicas familiares, introduzca un racionalismo pragmático y calculado, debilitando el clima amoroso y solidario, que prueba y ejercita en las circunstancias inseguras y adversas de la vida, que los padres caigan en dimisionismo, es decir, que renuncien a algunas de sus funciones, que dejen por ejemplo de cumplir su función socializadora al dejar ésta en manos de otras instancias, como la escuela.

Además de estos cambios, hay otros relacionados con ideas y actitudes que se han propagado en la sociedad global y tienden a infiltrarse en la mentalidad familiar, con repercusión negativa en la convivencia familiar y para la tarea socializadora de los padres. Uno es la ideología individualista en todos los órdenes de la vida, sin el necesario contrapeso de la solidaridad humana, y otro, la racionalidad instrumental que antepone los medios a los fines, las máquinas a los hombres, y que todo lo juzga según su eficacia y utilidad. Como consecuencia, el matrimonio corre el riesgo de convertirse sólo en un contrato en el que cada componente del mismo busca su utilidad individual, y que puede romperse en cuanto deja de ser útil. Mentalidad que puede aplicarse a las relaciones padres-hijos. Entre las clases cultas y urbanas, la sociedad fomenta en las madres una actitud "profesional" altamente utilitarista que la llevan a racionalizar su actitud ha-

cia el niño, administrando incluso el amor como ingrediente pedagógico.

Por otra parte, se han expandido las ideas de igualdad y libertad aplicados a las relaciones padres-hijos que enfatizan la permisividad y libertad a favor de los hijos y en contra de la autoridad paterna, reforzados por la vulgarización de argumentos psicoanalíticos sobre la represión. También a los padres se les reponsabiliza de lo que serán los hijos. Lo anterior genera un dilema que consiste en la dificultad de conciliar la presión hacia la permisividad y hacia la responsabilidad. Esto crea tensión en el hogar, produce frustración en los padres y sentido de culpabilidad. Los hijos asimilan muy pronto, sobre todo al llegar a la adolescencia, las expectativas de permisividad así como las de responsabilidad paterna y las interpretan y utilizan a su favor. Perciben la contradicción de los padres que, pese a la aceptación de la permisividad, no pueden evitar los actos de control. La armonía y el clima afectivo, tan importantes para la socialización, sufren un notable deterioro como consecuencia de este dilema (Coloma, 1993: 31-42).

La especificidad de la familia, en su papel socializador, está determinada por las relaciones de poder y las condiciones sociales dominantes que la familia colabora a reproducir inconscientemente, no sólo en el nivel micro sino también en el macrosocial. En la familia se transmiten cogniciones, representaciones, actitudes, los valores y las pautas de comportamiento orientadas hacia metas socialmente deseables, y se reprimen aquellos impulsos y expresiones socialmente inaceptables de acuerdo con la clase social a que la familia pertenece. En la transmisión de estos contenidos se realiza la vinculación de los sujetos con la sociedad globalmente considerada. Así, la configuración psíquica de los nuevos miembros de la sociedad se moldea de acuerdo con las pautas de la ideología dominante y en consonancia con las relaciones de poder vigentes. De esta manera, se reproducen en la familia determinadas formas de subjetividad que no entren en contradicción con las formas de poder existentes en un momen-

to determinado. Formas de subjetividad que tendencialmente son funcionales para la reproducción del sistema social dominante.

Solano entiende por formas de subjetividad el conjunto de estructuras psíquicas, cognitivas, afectivas y conductuales, actitudes, hábitos, etc. que se van conformando en los individuos concretos como producto de la totalidad de sus experiencias y prácticas, y su eventual integración en una estructura de personalidad que opera en diferentes niveles: conscientes, preconscientes, e inconscientes. Para la mayoría de los individuos concretos, su forma de subjetividad está constituida fundamentalmente por su conciencia cotidiana.

Estas estructuras intervienen en los procesos de recepción de las representaciones colectivas (sistemas científicos, filosóficos y religiosos, ideologías, creaciones artísticas) de los discursos que elaboran y proponen al conjunto social los diversos grupos sociales, así como de las formas de práctica social que muestran los individuos que integran estos grupos. Por grupos sociales se entienden los diversos colectivos, conjuntos de individuos que comparten similares condiciones socioeconómicas, concepciones ideológicas, filosóficas y tradiciones culturales. La representación del mundo, desde la perspectiva de un grupo social con pretensiones universalistas, intenta organizar la dinámica social y aspira a constituirse en la ideología del todo social. Frente a tales pretensiones, los grupos sociales que detentan otras ideologías, oponen resistencia y, a la vez, tratan de imponer su propia visión del mundo (Solano, 1992: XIV-XVI, 25-26, 182-188).

Parsons destaca el aspecto normativo de la vida social. Para él la acción social es una conducta que implica orientación por valores, comportamiento dirigido por normas culturales o códigos sociales. Las normas implican valores y son culturalmente estructuradas y compartidas. La cultura es transmitida, aprendida y compartida. Es interiorizada por quienes la comparten, y cuando una norma cultural es interiorizada, se convierte en una tendencia aprendida de la conducta. Las normas institucionales son expectativas normadas (o estructuradas) que definen cultu-

ralmente la conducta apropiada de personas que representan diversos papeles sociales. Una pluralidad de normas de papeles interdependientes forman una institución. De esta manera, la sociedad es, en esencia, un orden moral en el sentido de que tiene sus raíces en normas moralmente sancionadas.

De acuerdo con Durkheim en la vida social hay formas de pensar, de sentir y de actuar que son externas al individuo: máximas de moral pública, observancias familiares y religiosas; reglas de conducta profesional, etc., que poseen el poder de ejercer coacción sobre el individuo, y ciertos modos de pensar y de obrar, ejecutados repetidamente, se cristalizan como patrones. En consecuencia, los hechos de la vida individual y colectiva se relacionan entre sí. En cada individuo hay dos conciencias: una compartida con el grupo (la sociedad viviendo en nosotros), concepción parecida a la actual de la interiorización de la cultura, y otra peculiar al individuo.

El grupo piensa, siente y obra de un modo totalmente diferente que los individuos que lo componen, por tanto, el análisis de la conducta del grupo debe empezar con el estudio de los fenómenos colectivos, no de los individuales. Ir más allá de los hechos individuales, buscar la base de éstos en las costumbres colectivas, buscar la causa del comportamiento individual en los hechos sociales que le han precedido y no en los estados de conciencia del individuo. La realidad social precede a la individual (Tomascheff, 1992: 141-154. 301-310).

De esta manera, vemos que no se puede concebir una relación entre el ámbito de la vida cotidiana y el conjunto de la vida social sin un mecanismo que vincule a los sujetos con las determinaciones y condiciones que se van produciendo en el despliegue de sus sociedades. Esto ha dado lugar a un desgranamiento de teorías, escuelas de pensamiento y categorías, según han puesto el énfasis en los sujetos, en sus prácticas, en las instituciones, etc. o en el tipo de relaciones (de causalidad, de influencia, de determinación, de construcción, recreación, etc.) que se privilegia para explicar o comprender los vínculos entre los sujetos y su mundo.

Dentro de esta variedad de teorías, categorías, etc., el concepto de socialización, entendido como la apropiación de los valores, creencias, hábitos y costumbres, que llevan al sujeto a insertarse en la sociedad mediante la operación de ciertos agentes (la familia, la escuela, etc.), ha tenido un lugar estratégico en el análisis de la transmisión de las pautas socioculturales. Se ha utilizado para abordar las relaciones y las mediaciones entre los procesos objetivos/subjetivos, entre el mundo social (que es socializado de diversas maneras) y el mundo individual, para entender los mecanismos subjetivos que van configurando el carácter social de la vida cotidiana, vista como condición y resultado de ser y hacer el mundo permanentemente, como experiencia de apropiación en la que se constituyen contenidos conformadores de visiones, saberes y prácticas. Aun cuando la socialización centra su atención en las formas de apropiación del contexto y privilegia el papel de las determinaciones y coacciones estructurales para asegurar su mantenimiento y continuidad, tiene vasos comunicantes con las posturas teóricas dirigidas a comprender los mecanismos de lucha, antagonismo y poder, que alimentan los procesos de consenso y legitimidad social (León, 1999: 67-72, 79-80, 141-143).

La socialización en la familia

Nuestra existencia está saturada de normas y prescripciones. En todos los terrenos de la vida hay normas. Cada terreno del obrar humano tiene sus propias normas que son intrínsecas a cada campo de actividad. Las normas morales conllevan un cierto carácter extrínseco, trascienden el campo de una determinada forma de praxis. Todo hombre, desde que empieza a tener uso de razón, está expuesto al juicio casi siempre tácito y alguna que otra vez explícito de su grupo social, y es sumamente sensible a éste. El niño empieza a sentir muy temprano si se comporta bien o mal según la aprobación o reprobación de sus padres. De este modo se le encauza en una determinada dirección con la que se va conformando la noción de la norma. Así, si nos acostumbramos a un determinado patrón de vida, éste funciona en adelante

como norma, que está como entretejida con la dirección de la vida común, y cuanto más entretejida menos se expresa. Si la norma está íntimamente trabada con la dirección de la vida común, no es necesario expresarla ni amonestar su cumplimiento y observancia. Cuando es necesario insistir mucho sobre la observancia de la norma es que ya no se la siente como tal. Cuanto más se insiste en proclamar las normas, más inseguras y tambaleantes están (Kuant, 1968: 65, 74).

La principal agencia socializadora es la familia. La educación en la familia empieza desde el nacimiento: el destete, los primeros movimientos de locomoción, los primeros sonidos articulados, los rudimentos culturales. La transmisión de las virtudes más valoradas en los contactos sociales: autocontrol, honestidad, lealtad, apoyo mutuo en los momentos de necesidad, capacidad de sacrificio, cortesía, el afán de servicio, la búsqueda del amor y la belleza, educación política consciente; la adquisición de un sentido común, de un sentimiento de seguridad y una capacidad de apreciación lo suficientemente desarrollada para adquirir estabilidad y gozar de oportunidades decentes de autointegración. Las limitaciones impuestas por la religión, la moral, las costumbres y el derecho, etc., como virtudes opuestas al engaño, al odio, al desprecio, la falta de consideración, el robo, el asesinato, etc. En suma, se trata de convertir al recién nacido en una persona. En un ciudadano con una visión y una comprensión de un todo del que forma parte y ante el cual tiene una responsabilidad. Así, en la familia se aprenden las primeras lecciones básicas para integrarse en la sociedad, aunque no se enseñen conscientemente como tales. La educación en la familia se basa fundamentalmente en el principio del aprendizaje por la acción y sólo secundariamente en la instrucción consciente (Lewellyn, 1994: 123-148).

La familia existe en un entorno que se modifica constantemente y que exige de ella la capacidad para realizar continuos cambios. Se enfrenta a veces a situaciones que representan una gran exigencia de adaptación a los cambios. En ocasiones estas

exigencias provienen del exterior, como cuando se producen en su entorno conmociones sociales y cambios culturales importantes; otros cambios se dan en su interior: matrimonios, nacimientos, funerales, bautizos, graduaciones, jubilaciones, divorcios, etc. En todas estas situaciones la familia está sometida a una gran presión para cambiar y reorganizarse, sin por ello desintegrarse. De esta manera la esencia de la vida familiar es compleja y cambiante. Dentro de ella surgen constantemente situaciones y necesidades que la obligan a actuar de forma creativa para encontrar soluciones a sus circunstancias concretas. Al mismo tiempo que mantiene una cierta forma de identidad y estructura, está permanentemente cambiando y evolucionando.

La familia se enfrenta a una amplia variedad de valores y normas acerca de lo que se considera normal en la sociedad. Todas las sociedades tienen ciertas expectativas acerca de la familia. Valores acerca de lo que es ser "bueno" como padre, madre, hija, hijo, etc. La lista de aspectos que pueden ser deseables y valorados es larga, y varía según las diferentes culturas. Estas ideas de la sociedad no se refieren sólo a cómo debe ser la familia, sino también a la manera en que debe evolucionar y transformarse. Estos valores pueden representar una coalición extrafamiliar con la religión, la sociedad y la cultura para ejercer una influencia sobre las relaciones dentro de la familia. La tarea de ésta es dar sentido a estos valores y elegir entre ellos con el fin de preparar a los hijos para la vida, en un mundo distinto de aquel en que los padres fundadores de la familia crecieron. En este sentido, una tarea fundamental de los padres es discernir entre su propio pasado y las circunstancias actuales de sus hijos (Dallos, 1996: 27, 32, 152).

En estas circunstancias, la familia traduce para sí los valores y normas sociales, y, sobre un proceso de adaptación mutua, hace las redefiniciones que son necesarias para desenvolverse en la vida familiar. Sin embargo, en el seno de cualquier sociedad existen realidades estructurales e ideológicas que inevitablemente limitan las posibles elecciones que puede realizar una familia. Algu-

nos factores estructurales son: el sistema económico, las prestaciones sociales, la disponibilidad de vivienda, las oportunidades para acceder a la educación, etc. Entre los factores ideológicos están: las expectativas de la sociedad acerca de cómo deben ser los hombres, en oposición a cómo deben ser las mujeres; las diferencias en las oportunidades que se ofrecen en el mundo a los hombres y a las mujeres, la clase social, los privilegios, la política, las relaciones y las expectativas sexuales, la crianza de los hijos.

Ante esta situación, la familia actúa para mantener su percepción/construcción de las normas sociales externas que, como parte de la dinámica interna familiar, utiliza como tácticas interpersonales para afirmar o hacer cumplir una norma o una forma aceptada de ser. Hasta cierto punto interacciona con los valores externos o recurre a ellos como táctica. Intenta lo mejor que puede para dar un sentido a lo que sucede en el presente y a lo que ocurrió en el pasado. De esta manera, la familia es mucho más que una simple transmisora de valores culturales y normas. Es al mismo tiempo una estructura social definida por la sociedad y una creación de las personas que la forman (*ibidem*: 24, 33, 144, 153, 158, 188).

En este marco, la familia sirve para mantener y reforzar los tipos de creencias que sostiene cada uno de sus miembros individualmente. Un argumento central de la familia es el sentimiento de pertenencia que tienen sus miembros, la sensación de ser "parte" de ella. Este sentimiento no se puede reducir simplemente a un intento o predisposición con base biológica. En lugar de esto parece ser en gran medida un estado emocional y cognitivo aprendido.

Las diversas formas en que la familia se abre camino en este sentido no son obra de la casualidad. Una fuente importante de orientación para ella surge de la tradición familiar que proviene de las generaciones pasadas. Tales tradiciones se han conceptualizado en términos de guiones familiares que sirven para orientar a las siguientes generaciones respecto a cómo llevar su vida familiar. Las experiencias de los hijos forman la base del sistema de creencias que, a menudo y en gran medida de manera incons-

ciente, éstos aplican posteriormente para conformar el desarrollo de sus hijos cuando se convierten en padres.

En ocasiones podría parecer que la familia explica su mundo de una forma que sólo tiene sentido para ella, pero que difiere del consenso social, sobre todo cuando parece que existe una gran divergencia entre cómo la familia ve su situación y cómo la ven los demás. En estos casos existe el peligro de asumir que la familia está equivocada o que interpreta mal las cosas, en lugar de pensar que la familia considera su situación de una forma que le resulta funcional de alguna manera. La familia construye un mundo social para sí misma. Es un sistema de autogobierno que se controla según las reglas establecidas a lo largo de un periodo de tiempo por medio del ensayo y error (*ibidem*: 20-21, 152, 187).

La familia tiene la capacidad de construir significados, de “dar sentido” al mundo y a aquello que le está sucediendo. De esta manera estructura su propia realidad social. Esta construcción engloba tres aspectos relacionados entre sí: las creencias, las emociones y la conducta, enlazados de forma tal que con ellos intenta dar sentido a su mundo, encontrar un significado a las acciones de los demás y a las suyas, y construir así su repertorio de opciones. Esto es, crea sus propios sistemas compartidos de creencias que guían lo que sus miembros perciben como posibles vías de elección de acciones y pensamientos. En esta construcción de significados contribuyen todos los integrantes de la familia. Éstos construyen significados para entender lo que ocurre a su alrededor. Los significados no están simplemente “afuera” y las personas los absorben. La gente “crea” el sentido de las cosas en un intento de dar significado a los sucesos que experimenta, para responder e interactuar con el mundo y entre sí.

Vivir es un proceso cognitivo, cada cual tiene un sistema personal de constructos a través de los cuales percibe el mundo. Esto representa una forma de organización o estructura cognitiva interna que es única para cada individuo. Por tanto, cuando nos comunicamos con otras personas, no debemos asumir que los demás han entendido lo que hemos dicho de la misma forma que lo

entendemos. En su lugar, lo que sucede es un proceso bidireccional de negociación mediante el cual llegamos a significados compartidos o los creamos. Los mundos se construyen y se mantienen socialmente (Dallos, 1996: 13-16, 20-21).

La elaboración del significado es un proceso social que siempre se da dentro de un contexto cultural histórico. Las estructuras culturales del significado configuran la percepción del niño. Éste en sus relaciones con los demás miembros de la familia, en las interacciones grupales y por díadas padre-hijo, madre-hijo y entre hermanos, etc., descubre el significado de la cultura en la que crece. Llega a comprender el conocimiento de sentido común de esa cultura que se expresa a través del lenguaje en forma de reglas. La cultura hace una distinción entre reglas morales y convencionales, y el niño experimenta esta distinción por el modo en que se comportan los adultos, en respuesta a las diferentes transgresiones. También aprecia que las reglas morales trascienden las cuestiones locales, mientras que las convencionales son relativas.

Las reglas le proporcionan al niño una descripción del mundo. Al adquirir estas reglas, éste aprende las bases para la interacción con los otros y el marco de referencia cultural compartido para darle sentido al mundo. En estos intercambios sociales el niño se adentra en el campo de la experiencia adoptando el papel que los demás miembros de la familia representan hacia él, y adquiere pronto la capacidad de negociar los significados y de interpretar lo que está sucediendo, incluso antes de que su capacidad de producir lenguaje haya madurado. El lenguaje objetiviza la realidad y posibilita la transmisión del significado a lo largo de generaciones, las cuales comparten conceptos comunes. A través del lenguaje, los conceptos y los significados se reproducen y perduran, y también a través de él estos conceptos y significados se modifican o se sustituyen en respuesta al cambio social (Bruner, 1990: 9-13, 26, 46, 155-156, 167).

Las representaciones sociales que el niño adquiere en su mundo social donde la interacción, el lenguaje y la cognición aparecen entremezclados, le proporcionan marcos de referen-

cia para interpretar la cultura. Estos sucesos se sitúan en un contexto que les da sentido y que afirma la legitimidad y la ilegitimidad de las conductas. Contexto que debe considerarse dentro de otro más amplio, de un marco sociohistórico que define lo que es posible, lo que es legítimo, y también lo que es funcional para el sistema. Así, el proceso de generación del significado, según Vygotsky, opera en tres niveles: el sociohistórico, el interpersonal, y el intraindividual. Cualquiera de estos sucesos aparece dos veces en dos niveles: primero en la esfera social y después en la esfera psicológica. Primero entre las personas como una categoría intersicológica, y luego dentro del niño como categoría intrapsicológica. Es así como el desarrollo del niño está mediado y estimulado por la interacción con otros. Aquí cobra importancia el concepto de “zona de desarrollo próximo” de Vygotsky, que alude a lo que el niño puede conseguir con la mediación y ayuda de los adultos. La interacción del niño con estas personas facilita su desarrollo individual. Este proceso de facilitación se da de dos maneras: cuando el adulto sirve de apoyo a los esfuerzos del niño, por darle sentido a la experiencia, y cuando el adulto proporciona al niño una serie de reglas y guiones para interpretar, ya sea directamente, o mediante los modos en que se legitiman las conductas y discursos del niño (*ibidem*: 10-11, 15, 24, 46-48, 163).

De esta manera, la familia no se introyecta como un objeto, sino como un conjunto de relaciones por medio de operaciones internas, a partir de las cuales cada miembro de ella personifica una imagen que interpreta para hallarle significado en función de las relaciones percibidas entre los miembros. “La familia” se internaliza como un sistema, como un conjunto de relaciones entre elementos y conjuntos de elementos. Los padres pueden ser internalizados como unidos o distanciados, como personas que se aman o se pelean. El padre y la madre pueden ser fusionados o divididos en una especie de matriz que los representa.

Cada miembro de la familia puede sentirse dentro o fuera de ella, o de cualquiera de sus partes; así, personifica una imagen

derivada de sus interrelaciones en la misma. La "creación" de la familia tiene lugar durante los primeros años de la vida, y puede ser imaginada como una cárcel o como un castillo. Cada persona es en cierto sentido un conjunto de relaciones, y de relaciones de y con relaciones. En la relación de cada persona consigo misma, se interponen las relaciones entre las relaciones, que abarcan el conjunto de relaciones que aquélla tiene con los demás (Laing, 1994: 15-32, 72-73).

La familia puede considerarse como un microcosmos dentro del cual sus miembros colaboran para construir una realidad social. Esto no significa que estén de acuerdo en todo, puede haber diferencias de opinión y de intereses, como sucede en otros grupos que forman parte de cualquier sociedad y que también tienen intereses diferentes y conflictos. Se podría decir que cada una de las personas que forman parte de una familia es libre en potencia de tomar sus propias decisiones. Sin embargo, como esto afecta a otros miembros, es menester tomar en cuenta también sus puntos de vista. Cada miembro de la familia desarrolla una serie de anticipaciones relativas a cómo se comportarán los demás y actúa en consecuencia. En general, colaboran sin darse cuenta y de ese modo llegan a establecer ciertos acuerdos. Esto es necesario para poder organizar sus vidas y salir adelante con la tarea de vivir juntos. Estos procesos dentro de la familia son dialécticos, en el sentido de que la realidad social que se construye influencia a su vez a todos los miembros de la familia. No simplemente determinan lo que éstos hacen o piensan, sino que interactúan con esa realidad social y a veces la modifican o la desafían (Dallos, 1996: 157-158, 161).

El hombre se autoproduce socialmente, es condición y producto del orden social. En su proceso de desarrollo se interrelaciona no sólo con un ambiente natural determinado, sino también con un orden cultural y social específico, mediatizado para él por los significantes a cuyo cargo se halla. Aunque él produce el orden social y cultural del cual es a su vez producto, su desarrollo individual está precedido por un orden social dado. Su yo se

configura en un contexto social determinado. Este orden social no forma parte de la naturaleza de las cosas, existe como producto de la actividad humana. El ser humano se externaliza continuamente en actividad (Berger y Luckman, 1993: 68-73).

Hemos visto cómo la familia refleja la sociedad en que está inserta y se halla sometida a la subcultura de grupo, desde donde propone modelos de conducta a sus integrantes (Quintana, 1993: 22). En el seno de la familia el niño adquiere importantes aprendizajes que son básicos para su desarrollo. Las experiencias de los primeros años de vida sientan las bases de su comportamiento posterior, determinando su desempeño en la escuela, y más tarde su funcionamiento como adulto, capaz de adaptarse a su medio y de transformarlo. El despliegue de sus capacidades, para este desarrollo, depende de su estado de salud y nutrición, pero también, en gran medida, de la calidad de las relaciones que establece con las personas que lo rodean. En las comunidades de escasos recursos, el desarrollo de los niños está en riesgo por las condiciones sociales y económicas en que viven (Linares, 1992: 21-22).

Actualmente, una amplísima gama de problemas sociales está afectando muy sensiblemente a nuestra sociedad, y por tanto a la familia (Sánchez, 1987: 23). En sentido psicológico, la familia se forma gracias a las interacciones de todos sus miembros, sus sentimientos recíprocos y la manera en que éstos se integran en la vida cotidiana. Hasta ahora, la sociedad no ha encontrado mejor manera de educar a sus hijos que en la familia. Sin embargo, si ésta ha de garantizar el bienestar de todos sus miembros y su formación, requiere cohesión (Bettelheim, 1989: 337, 384). La forma en que los miembros de la familia establecen sus relaciones entre sí, favorece o dificulta su óptimo desarrollo (Paciano, 1993: 61). En este sentido, resulta muy importante la forma en que los padres piensan, sienten y reaccionan ante los hijos (Bettelheim, 1989: 384).

La familia ejerce su acción educativa de manera informal, espontánea y natural (Paciano, 1993: 61). El rol educador de los

padres, en unos casos, es consciente y en otros no tanto, por eso la acción educativa que se ejerce en la familia puede ser problemática (Quintana, 1993: 20-22). En este contexto, si bien ambos padres contribuyen de manera significativa a que un niño reciba la crianza apropiada (o no tan apropiada), la madre, en especial durante los primeros años, es quien desempeña el papel más importante en el proceso (Bettelheim, 1989: 11).

Sin embargo, en cuanto a las circunstancias que en este sentido definen la situación familiar, a menudo no está en manos de los padres poder controlarlas y modificarlas (Quintana, 1993: 27). La familia es una institución educativa, pero sus miembros no han recibido una preparación específica para llevar a cabo tal función (Paciano, 1993: 61), pese a lo cual, los efectos derivados del ejercicio del rol educador de los padres, se producirán, para bien o para mal, inexorablemente (Quintana, 1993: 27).

Ocurre que, a veces, en la situación actual muchas personas no han aprendido mucho en su propia infancia y juventud sobre el cuidado de los niños, no han tenido experiencias de primera mano en la crianza de los niños. En estas circunstancias, cuando les llega el turno de ser padres, muchas de estas personas no han aprendido lo suficiente para efectuar con seguridad la tarea de educar a los propios hijos, y con frecuencia no pueden recurrir en busca de consejo, como antaño, a sus propios padres o parientes, o al clérigo o al médico, en la confianza de que recibirían la ayuda necesaria. Hoy día muchos padres tienen la impresión de que se les exige mucho más que antes para educar con provecho a sus hijos en un mundo bastante complicado y que, además, se ven obligados a asumir esta responsabilidad sin contar con mucha experiencia previa (Bettelheim, 1989: 21-22).

En estas circunstancias, no es de extrañar que los padres escrupulosos padezcan ansiedad ante la perspectiva de fracasar en el desempeño de su papel y ante el temor de hacerles daño a sus hijos. Ante esta situación, algunos de ellos cuando no están seguros de cómo deben actuar en su rol de padres, recurren, los que pueden hacerlo, a los "expertos". La confianza en la ciencia ha

sustituido a la confianza más antigua en la sabiduría inherente a la tradición. Pero, por un lado, en ocasiones creen que sólo hay una manera correcta de hacer las cosas y que si la siguen alcanzarán la meta de manera sencilla. En estos casos, con frecuencia, buscan el consejo sobre cómo criar a los hijos con la esperanza de confirmar su convicción previa, para consolarse al ver que un experto corrobora sus ideas. En otras ocasiones, están dispuestos a creer que el consejo que se les da es aplicable a la mayoría de las situaciones similares, con los correspondientes riesgos de aplicar para todos los hijos y en todos los casos la misma receta. Lo que generalmente ocurre es que la mayoría de los padres se encuentran solos para resolver sus problemas sobre la crianza de los hijos. Muchos de ellos no saben a quién o a qué institución recurrir, y la mayoría no tiene acceso a las instituciones que podrían proporcionarles la ayuda que necesitan (*ibidem*: 22, 31-32).

A pesar de que se reconoce la importancia del rol que la familia desempeña en la formación de los hijos, así como también la importancia que en este sentido representan los primeros años de los niños, son pocos los programas públicos (o privados) que de manera explícita buscan apoyar a la familia para mejorar la crianza y educación de sus hijos. Este apoyo a la familia es también una necesidad reconocida, pero sólo parcialmente atendida, y cuando se atiende no se hace de manera integral y la cobertura de los programas es limitada (Linares, 1992: 21, 23, 27-28).

Todo lo anterior influye en el tipo de crianza de los hijos que los padres establecen y que depende también, entre otras cosas, de la formación de éstos, del tipo de unión de los mismos, del tipo de relaciones que establecen con los hijos, así como del tipo de valores que profesan y de la idea que tienen acerca de cómo transmitirlos a los hijos, también facilitada o dificultada esta crianza por las condiciones materiales de existencia de los padres. El resultado es que si la familia no cumple con las funciones físicas, psíquicas y sociales que históricamente le corresponden, se convierte en el principal agente motivador de conductas antisociales (Sánchez, 1987: 23).

La ruptura de los hijos con el núcleo familiar

A pesar de todos los cambios que hemos visto como consecuencia de la modernidad, la inspiración religiosa y la ideología política han creado reglas y costumbres de vida que se resumen en una manera de vivir determinada, que se exalta como un modo de vida que se ha de mantener como un sagrado deber. El que no sigue esa forma de vida no es un buen cristiano, no es buen ciudadano o no es buena esposa, etc., modo de vida que considera a la mujer, en posición de inferioridad con respecto al hombre (Kuant, 1968: 178-180).

La tradición, que representa la fuerza del conservadurismo y tiene carácter moral y normativo, tiene un peso muy importante en las prácticas sociales de los sujetos que buscan un modelo de familia ideal con el que han sido socializados y en el que los lazos afectivos ocultan relaciones asimétricas de poder, y situaciones de dominación y sometimiento generadas por la interiorización de normas sociales que ejercen su influencia porque se viven como "obligaciones y deberes" que, al mismo tiempo que dan seguridad a quienes se adhieren a ellas, garantizan la reproducción del sistema social (Barg, 2000: 69-74).

En este contexto, el matrimonio es para muchos la única alternativa para romper con la antigua familia autoritaria y conflictiva de la cual provienen, y es más bien una expresión de la necesidad de intereses sociales que del compartir intereses emocionales. Se llega generalmente al matrimonio con la idea romántica de la felicidad eterna, donde no existen problemas, es decir, a veces se llega a aquél mal preparados, ignorantes de los conflictos que se tienen que afrontar (Careaga, 1974: 71-72). Éstos son consustanciales al matrimonio, por constituirse éste por dos seres diferentes, opuestos quizá, pero complementarios, con características distintas que, a veces, no piensan ni quieren lo mismo, pero que intentan ser una pareja para ayudarse a enfrentar las dificultades de la vida, en convivencia armónica, lo que implica soportarse, y otorgarse felicidad (García, 1996:93-94, 133, 144-147).

En estas circunstancias, el matrimonio se puede romper con relativa facilidad mediante la separación y/o abandono de los esposos o legalmente a través del divorcio, cuando parejas que se conocen superficialmente, al cabo de algunos años se dan cuenta de que no tienen nada en común, o cuando no puede soportarse el matrimonio después de haberse casado por soledad, aburrimiento, etc. (Careaga, 1974: 71).

Aunque el divorcio no significa, como antes, deshonra, inestabilidad o falta de valores, la verdad es que afecta por igual a ambos cónyuges en lo económico, jurídico, social, psicológico, sexual, religioso, afectivo, y en muchos casos constituye el boleto de entrada a una vida llena de dificultades (García, 1996: 87, 132). El divorcio trastorna la vida familiar y es un serio obstáculo para las buenas relaciones entre padres e hijos. Con independencia de las disposiciones jurídicas, el niño sufre cuando se le obliga a dividir sus lealtades, y no puede menos que preguntarse qué es lo que va mal entre sus padres, qué es lo que les impide vivir juntos, se siente privado de algo porque uno de los dos ha elegido no vivir con él (Bettelheim, 1989: 401). La familia de un segundo matrimonio o unión nace de las pérdidas que sufrió cada uno de los miembros de la familia. Uno de los cónyuges, si no es que ambos, perdió a su pareja, y los hijos perdieron una madre o un padre (García, 1996: 114-115).

Cuando hombres y mujeres se divorcian, tienen que enfrentarse otra vez con la soledad, volver a relacionarse con la gente, volver a circular, encontrar pareja. Así, ante tal perspectiva, algunos siguen viviendo juntos porque les da miedo la separación, cambiarse de casa y vivir con una especie de condena moral y social, a enfrentarse otra vez con una cotidianidad que no saben cómo organizar. Solamente algunos matrimonios descubren el divorcio como una fórmula para liberarse cuando se ha acabado el amor o los intereses comunes. Así, en muchos casos, la solidez del matrimonio deriva más del miedo que del amor. Las personas se casan para encontrar seguridad, por la necesidad de un pequeño espacio propio que creen encontrar en el hogar, más

fortaleza que nido. En ocasiones, pese a los contrastes, las personas no se divorcian por temor a la inseguridad, porque les da pánico enfrentarse a la necesidad de organizar una nueva vida. Van creando así una serie de relaciones ficticias no basadas en la comunicación y el amor, pero que se mantienen por miedo al mundo exterior. A pesar de estar la familia en constante conflicto, encuentran pretextos para no divorciarse: la prohibición de la Iglesia, el bien de los hijos, el qué dirán, etc. Porque el divorcio es visto como una forma de fracaso en la vida sentimental (Careaga, 1974: 94-95). Desde este punto de vista, la familia feliz no es más que una mitificación de la realidad social, donde todos ocultarán que la familia no es la seguridad ni la identidad, la agresión y la falta de respeto de unos contra otros, un mito utilizado por la burguesía para controlar mejor a la sociedad, porque a través de ella se van inculcando todo tipo de prejuicios e ideas sobre la naturaleza del hombre y de la sociedad que, aparentemente, son parte de aquél, y un conjunto de mitos impuestos por años de tradición y prejuicios (*ibidem*: 76).

En estas circunstancias, usualmente para la mujer, una vez casada, toda su vida girará alrededor del esposo y los hijos, a quienes vigila, manipula, chantajea y agrede. El celo del marido exige que la mujer se reduzca a vivir en un universo doméstico en función de los hijos y construya su vida alrededor de ellos. En esta situación, después del matrimonio, empieza una manipulación y chantaje en el que los hijos serán las víctimas.

Generalmente los padres, con el pretexto de que el mundo está lleno de gente malvada que acecha a los hijos (vicios, etc.), inculcan a éstos miedos morales, intereses sociales, patrones de conducta, producto de temores e inseguridades. El papá exige al hijo un modelo de comportamiento ideal, preocupado por transmitirle una especie de masculinidad compulsiva que elimine toda actitud sentimental o de ternura, como una reacción contra la identificación femenina. Va comunicando al hijo estereotipos y prejuicios sobre el mundo, la sociedad, la mujer. Lo educa bajo el signo de la desconfianza, de la competencia, del logro personal,

de buscar a como dé lugar el dinero y el éxito social. En esa medida, cuando el hijo se case repetirá la figura paterna autoritaria.

Las madres ejercen en ocasiones el control moral de los hijos, apareciendo como víctimas. Cuando los hijos empiezan a ejercer su libertad individual, la madre recurre a todo lo imaginable para que no salgan del ámbito que ha creado. Cuando ve en los hijos el mínimo acto de libertad personal o intelectual, surgen los chantajes sentimentales para frenarlo. No tolerará que el hijo o la hija se salgan de su esquema: que sea ateo, por ejemplo, o que no crea en la familia. La madre se enfermará o hará que los otros miembros de la familia estigmaticen al hijo o hija rebelde. A veces triunfará viendo cómo éstos regresan al hogar, acaban con sus locuras de adolescente, se casan por la Iglesia, viven en una colonia decente y son felices. El hecho de que una madre ame intensamente a su hijo o hija no resuelve los problemas existenciales de éstos; para ello tendrían que moverse autónomamente.

Los papeles que los hijos tienen que representar no son fáciles de aprender. La niña tiene la posibilidad de identificarse, de imitar a la madre; en cambio el niño no tiene a la mano un modelo fácil de imitar, porque el padre, a veces, no se encuentra en casa. Además, éste está muy ocupado en su carrera hacia el éxito o está hundido en el fracaso manipulado por la mujer chantajista y abnegada a la que no le alcanza el gasto para vivir porque tiene varios hijos que mantener. Al hijo le costará mucho trabajo poder ser libre, convertirse en un adulto autónomo, escapar del estereotipo paterno. Con mucha frecuencia repetirá el esquema cuando crezca y tenga hijos. La hija tiene menos posibilidades de ejercer su libertad. Será en muchas ocasiones una repetición de su madre; en algunas ocasiones más sutil, porque estudió psicología, pero en el fondo no habrá cambiado nada. Cuando haya crecido, el marido no permitirá que tenga el mismo estatus que él, porque esto debilitaría su poder dentro de la familia (Careaga, 1974: 72-76).

Como en el seno familiar el desempeño de los roles está relacionado con el reparto del poder, la división del trabajo y de los

roles sexuales puede forzar situaciones en que se forman coaliciones, cuando se dan las condiciones apropiadas para ello; lo más común es que el hijo forme coalición con la madre en contra del padre (de los hombres contra las mujeres y viceversa). Dado que la madre tiene a menudo menos poder, puede empezar a ser consciente de su dependencia respecto del hombre e intentar arrastrar al hijo a formar una coalición para conseguir más poder e influencia, cosa que se puede ver facilitada por el hecho de que el hijo pasa mucho más tiempo con ella que con el padre. Con ello, al mismo tiempo que la madre gana poder, el hijo obtiene mayor influencia de la que tendría de otra forma sobre su padre.

En ocasiones, al hijo se le presiona para que tome partido por uno de sus padres en contra del otro. Puede suceder que un padre o una madre asuman de manera alternativa el rol que representa la autoridad. En estas circunstancias, la falta de diferenciación de los roles parentales puede generar confusión. Con ello se trastorna la estructura de poder y se hace difícil, si no imposible, que los padres puedan dar al hijo o a la hija un consejo coherente, o disciplinarlo en momentos críticos. En muchos casos los padres no coinciden respecto a cómo deben tratar a su hijo o a su hija, o acerca de las causas de la conducta de éstos.

En las familias monoparentales con jefatura femenina puede existir una tendencia a colocar una pesada carga emocional sobre el hijo, al tratarlo como amigo y confidente, con lo que éste se convierte en un sustituto del cónyuge en el sentido que sabe los problemas emocionales de su madre, y deviene así en responsable de su felicidad (Dallos, 1996:139-142, 148-151).

Tanto el niño como la niña están inicialmente ligados en igual medida a su madre. No podemos negar que los sentimientos de un niño hacia su madre son cualitativamente diferentes de aquellos que tiene hacia su padre, aunque sólo sea porque la conducta masculina es distinta a la femenina en todas las sociedades, y porque la relación inicial madre-hijo es más estrecha, más básica y más crucial para el desarrollo del niño que la relación de éste con su padre.

Inicialmente el niño desarrolla su sentido de identidad por el conocimiento que adquiere a través de lo que piensan de sus acciones personas con las que entra en contacto y que para él son importantes, tales como sus padres. Gradualmente el niño empieza a interiorizarlo para formarse una idea de lo que es probable que esas personas piensen y crean, como ayuda para reflexionar sobre las propias acciones y valorarlas. Más tarde, esto se generaliza a una perspectiva más amplia acerca de los valores y normas correctas que enseña la sociedad.

Es posible que el niño experimente mayores dificultades con posterioridad, porque será necesario que rompa esa ligazón y se distancie de los rasgos femeninos de su madre, que niegue o reprima estos sentimientos aprendidos de ella, con el fin de adoptar la convencional identidad masculina. Es posible que sea esta demanda de la sociedad, más que el intento de resolver una coalición sexual inicial contra el padre, lo que lleve al niño a sentirse más unido a su padre durante la adolescencia (Dallos, 1996: 154-157).

Ante esta situación, pocos son los hijos que pueden plantearse, en términos de libertad personal y social, un nuevo estilo de vida. La mayoría repetirá el esquema tradicional que da más seguridad y no plantea conflictos. Los padres suelen no darse cuenta que su amor chantajista no educa sino deforma, no da confianza sino inseguridad, no infunde respeto sino miedo (Careaga, 1974: 76).

Los influjos educativos familiares son enormemente complejos. Si los hijos se identifican con los padres, también ocurre que éstos se identifican con los hijos, de aquí que muchos de ellos no puedan ser objetivos al juzgar los problemas de sus hijos, por hallarse demasiado implicados en los mismos (Quintana, 1993: 20).

En el hogar se dejan las "poses" que se adoptan en el mundo exterior, se "es" y se actúa desnudamente, como persona humana que tiene un mundo interior, sentimientos y anhelos. La autenticidad es regla básica del juego. La interacción, con sus contenidos cognoscitivos y afectivos, reclama sinceridad y profundidad. Los integrantes de la familia esperan conocer y ser

conocidos, estimar y ser estimados como son, con sus capacidades y sus limitaciones. Sin embargo, este carácter abierto, dialogado y adaptable de las pautas familiares, no significa que no haya que llegar a la definición de unas normas claras y firmes que aseguren la relación paternofilial, la convivencia y la armonía (Coloma, 1993: 31-42).

El objetivo principal de la familia es facilitar el crecimiento de los hijos preparándolos para poder, con autonomía y seguridad, enfrentarse con el mundo que los rodea. Sin embargo, en la vida cotidiana no todos los niños están sometidos a las mismas pautas educativas. Una misma familia no aplica pautas fijas a todos sus hijos: el mayor, el pequeño, el niño, la niña, pudiendo haber diferencias tanto en el enfoque como en los criterios, con posible dispersión y discrepancia entre el comportamiento de cada uno de los progenitores (Podal, 1993: 85-87). Con frecuencia sucede que la actitud que toman algunos de los adultos que rodean a niños y jóvenes es poco responsable y también, a veces, desorientada. En ambos casos se trata de una actitud inadecuada, que pone en evidencia que no tienen claros los criterios y valores que deben transmitir (Comellas, 1993a: 95).

La coordinación entre padre y madre es elemento fundamental para garantizar la transmisión de criterios a los hijos y evitar a la vez la desorientación de éstos. Los hijos, en cualquier momento, ante una situación dada, deben recibir el mismo tipo de respuesta sea cual sea el adulto que tienen delante (Podal, 1993: 93). Con esta coordinación y con una buena relación afectiva, el niño maduro se volcará hacia el exterior identificándose con el progenitor de su propio sexo, viéndole como modelo de lo que él será cuando sea mayor, visión que podrá modificar durante su adolescencia, para formar su propio modelo de acuerdo con los principios y valores que como adulto asumirá (Comellas, 1993b: 175).

Las personas que rodean a los menores son tal vez mucho más importantes que las condiciones adversas por las que éstos atraviesan. Esto podría explicar en parte por qué no todos los menores de familias pobres son niños de la calle. Los niños con

adecuada autoimagen son personas seguras de sí mismas, conocedores de sus limitaciones, confiados y optimistas. Todos los seres humanos deseamos ser amados y nuestras principales energías vitales están orientadas a obtener aprobación y afecto. En este terreno son los niños quienes están en una condición de máxima vulnerabilidad. Y Son los adultos los que enseñan a los niños a sentirse amados, aceptados, triunfadores, o ignorados, rechazados, perd-dores. Los niños pueden tolerar grandes adversidades si están rodeados de adultos afectuosos y comprensivos (Zanzi, 1993: 207-222).

De esta manera, la familia no sólo es un medio social que protege a los hijos, que da pautas de conducta, sino que también es fuente de desequilibrio psicosocial. Está atrapada en una moral mitológica de amor y libertad, fraternidad y confianza, pero en realidad, en ocasiones, impera en ella la competencia, la desconfianza, la agresividad y la simulación (Careaga, 1974: 76).

Un componente importante del capital social es la familia. Cuanto mayor es la solidez de este capital en ella, mejores los resultados y viceversa. Mientras los hogares con suficientes recursos mantienen relaciones recíprocas, aquellos que enfrentan problemas se retiran de tales relaciones ante la imposibilidad de cumplir con sus obligaciones. El capital social se presenta tanto en el plano individual como en el colectivo. El primero tiene que ver con el grado de integración social del individuo, su red de contactos sociales. Implica también expectativas de reciprocidad y comportamiento confiables. Puede ser visto como un fenómeno subjetivo compuesto de valores y actitudes que influyen a las personas al relacionarse entre sí (Kliksberg, 2002a: 1-13, 24, 27).

Aunque por un lado se ha reducido el área de responsabilidad de la familia, sobre la base de hacer de las decisiones de salud, educación, materia de expertos en que no cabe intervención ajena, por otro lado se la ha abandonado. La labor de los padres se ha transformado en la de proveedores, en el sentido monetario. No obstante, aun esta responsabilidad limitada de los padres, a quienes se ha dejado solos para cumplir con su función

formadora de los nuevos miembros de la sociedad, se ve limitada por las condiciones de desempleo, caída del ingreso, etc. (Torche, 1993: 283-289).

Los problemas que afectan a la familia son los que más directamente atañen a la felicidad de las personas. Influyen en sus miedos y angustias y van conformando en ellas valores, conductas y actitudes que se traspasan a los hijos en el proceso de socialización, se reflejan en el contexto social e influyen, por tanto, de manera determinante en la convivencia entre personas y grupos sociales (Mena, 1993: 5-14).

En este contexto, vemos cómo la función socializadora de la familia puede ser alterada con repercusiones negativas en la crianza de los hijos, en una etapa en que una de las necesidades básicas de éstos es la de "pertenecer", la de identificarse con un grupo aceptable. Como esta necesidad a veces no puede satisfacerse dentro del círculo familiar, tiende entonces a transferirse a los compañeros de la misma edad cuyo grupo adquiere, de este modo, una solidaridad intensamente compulsiva (Parsons, 1994: 31-60).

Ahora las cosas son diferentes. Los padres no pueden ser los proveedores, ni las madres la inagotable fuente afectiva que los estereotipos pretenden que sean. Los niños han dejado de ser los que esperamos que sean (Bar-Din, 1995: 13). Hoy día sólo una reducida minoría de afortunados pasa toda su infancia y sus años de crecimiento en la misma casa, la mayoría experimenta varios cambios de domicilio, cada uno de los cuales ocasiona ciertos trastornos (Bettelheim, 1989: 401).

Los niños son las principales víctimas de la transición cultural, ya que en las actuales condiciones familiares están cada vez más desamparados. Su vida se ha transformado. Muchos no viven con sus dos progenitores. Unos viven sólo con la madre y otros sólo con el padre, o en algunas ocasiones viven un tiempo con la madre y otro con el padre (Brehm, 1999: 63). Las nuevas generaciones se están socializando fuera del modelo tradicional de la familia nuclear. Mientras unos niños viven con sus proge-

tores homosexuales o lesbianas, otros viven con padres que no son los biológicos, y a veces éstos no son conocidos. Algunos viven con parejas heterosexuales, homosexuales o lesbianas más o menos estables, mientras que otros viven con parejas no casadas, con padrastros o madrastras, con abuelas, tíos, tías, o solos cuidándose entre sí. Entre los que viven con ambos padres, no todos pueden disfrutar de su cuidado a tiempo completo porque ambos trabajan fuera del hogar (Castells, 1999: 250-255).

Con frecuencia, los niños se ven expuestos, desde una edad temprana, a la necesidad de adaptarse a diferentes entornos y a diferentes papeles de adultos. Son arrojados a la vida adulta antes de que hayan tenido tiempo de construir su ser psicológico. Tienen que crear esta "identidad" de adulto en un virtual vacío emocional o basados en un "modelo de rol", que no es el de su padre, a menudo invisible, ni el de su madre, que cada vez más funciona como proveedora; niños o niñas ligeramente mayores a cuyo cargo son dejados los menores por la madre, que necesitan salir a trabajar, es decir, se trata de niños a cargo de otros niños, y tienen que asumir el rol parental sin estar emocional o cognitivamente preparados y equipados para ello (Bar-Din, 1995: 13-14).

La mayoría de las familias mexicanas enfrentan una crisis económica que las obliga, a veces, a recurrir a la fuerza de trabajo de los hijos. Éstos, a menudo, tienen un empleo cuando no están a cargo de sus hermanos menores. No tienen tiempo para jugar ni para aprender. Son parte de la fuerza de trabajo informal, su mano de obra mal pagada es necesaria para financiar la supervivencia familiar. El hecho de que los niños tengan que trabajar, cosa que muchos hacen en la calle, puede llevar a algunos de ellos al rompimiento de los lazos familiares. La condición de ser un niño que trabaja en la calle puede ser el paso previo, aunque no inevitable, para que algunos de ellos se transformen en niños de la calle (UNICEF, 1991: 68).

Niños de la calle, en la calle y en riesgo

Aunque el deterioro de las condiciones materiales de existencia de las familias amenaza la vida, salud y desarrollo de todos los niños pobres en general, los hay particularmente vulnerables, como los que viven en la calle que, precisamente por esto, corren el riesgo de convertirse en niños de la calle. Como estas categorías (niños en la calle y niños de la calle) están íntimamente relacionadas entre sí al igual que con otra categoría, que es la de los niños en riesgo, es pertinente diferenciarlas sin que esto implique desconocer la amplia variedad de los que viven en situaciones difíciles, que son igualmente vulnerables y requieren la misma atención.¹ Aquí sólo se hace la diferenciación, debido a que está en estrecha relación con el objeto de estudio.

Niños de la calle

Aquellos menores que han roto los lazos familiares, viven en la calle y dependen de sus propios esfuerzos en ésta para cubrir sus necesidades básicas, son niños de la calle. Ahí se dedican a actividades de subempleo, la vagancia y/o a la delincuencia. Su vida está cruzada por múltiples factores como desnutrición, insalubridad, nulas posibilidades de acceso a la salud, a la educación, al mercado de trabajo, etc. Estos menores son especialmente vulnerables a la violencia y a la explotación, y sufren de maltrato tanto por parte de de otros niños en su misma situación, como de otros jóvenes y adultos, incluyendo a las autoridades públicas, por ejemplo policías.

Las causas que originan este fenómeno son múltiples; además de la pobreza existen serios problemas familiares. En algunas ocasiones no son bien recibidos por sus familiares y abandonan el

¹ La gama de niños que viven en circunstancias especialmente difíciles es variada y comprende varias categorías: indígenas, jornaleros, trabajadores, maltratados y víctimas de abuso, discapacitados, fármaco-dependientes, infractores, etc.

hogar por no soportar condiciones de hostilidad e indiferencia, hacinamiento, abuso sexual y maltrato físico y mental.

Niños en la calle

Son aquellos menores que realizan actividades de subempleo para contribuir al gasto familiar; aunque viven en sus casas, las abandonan por días, por tiempo completo o por medio tiempo para ganar dinero; no han roto los lazos familiares y manifiestan irregularidad en su asistencia a la escuela o han desertado de ella. Estos niños que trabajan en la calle son los más visibles, pero hay otros que no son tan visibles, como los que trabajan en el campo, en el servicio doméstico, en las fábricas y el comercio.²

Estos menores comparten con los anteriores algunos problemas, riesgos y necesidades. No es sencillo diferenciarlos, y es posible que tanto a unos como a otros se les conozca como "niños callejeros". Son especialmente visibles en las ciudades, en las que utilizan los espacios públicos donde se concentran las personas y las actividades como cruceros, plazas, mercados, estaciones del metro, centrales de autobuses, áreas turísticas, etc. donde aparecen como parte del paisaje urbano desempeñando actividades como payasitos, vendedores de chicles, dulces, globos, flores, estampitas, frutas, pan, mapas de la ciudad, refrescos y cervezas; como boleros, tragafuegos, malabaristas, magos, limpiaparabrisas, lavadores de autos y cuidacarros; recolectando desechos como pedazos de fierro, botellas de vidrio, latas de aluminio, papel, cartón, o simplemente sin hacer nada y dedicándose a la vagancia, la mendicidad o desarrollando actividades antisociales como el robo, la prostitución, la drogadicción, el tráfico de drogas, etc.

² A los niños que traban en el campo se les conoce como "jornaleritos del campo". En el servicio doméstico se desempeñan como niñeras, jardineros o sirvientes. Otros trabajan en fábricas y talleres de diversa índole: artesanales, textiles, de carpintería, etc. En el comercio trabajan como empleados "cerillos", mandaderos, etc. Otros ayudan, principalmente a las madres, en el trabajo a destajo que éstas realizan en su domicilio.

Niños en riesgo

Son aquellos menores que, por pertenecer a una familia que vive en una situación económica precaria, pueden muy probablemente ser impulsados u obligados a aportar medios económicos para el sostén de la casa y terminar abandonando a ésta. Estos menores con frecuencia suelen faltar a la escuela o no asisten a ella. En estos niños los lazos familiares están debilitados. La ruptura del vínculo familiar constituye el punto de partida del proceso que lleva al menor a transformarse en un niño de la calle (UNICEF, 1991: 67-70).

El paso de niño en la calle a niño de la calle

De acuerdo con Lucchini, los niños no pasan sin transición de la familia a la calle. Un niño no se vuelve niño de la calle de un día para otro. El abandono de la casa no es un episodio puntual, es gradual, y el niño no lo tiene programado. Es un proceso que se va construyendo de manera progresiva y va unido al aprendizaje, por parte del niño, de la vida en la calle. El paso de la casa a la calle es producto de una multitud de factores ligados entre sí, cuyos efectos se refuerzan mutuamente. Entre estos factores figuran no sólo las dificultades económicas y familiares.

Los niños de la calle provienen de un medio en el que ésta forma parte integrante de lo cotidiano. Las capas sociales marginadas no pueden permitirse el lujo de conservar espacios privados. La calle es parte del espacio común de su vida cotidiana. "La calle" son la esquina, las glorietas, los cruceros, la plaza, los mercados, las estaciones de trenes o autobuses, los parques públicos, los lotes baldíos, los edificios en ruinas, las casas deshabitadas (que sirven para jugar, para drogarse, de escondite, o como sitio para ajustar cuentas).

En la calle los niños realizan no sólo actividades recreativas, sino muchas otras ligadas a la supervivencia. El niño, en ocasiones empleado de su madre, vende en la calle o en los transportes públicos productos elaborados y/o cocinados por ella. La relación económica que algunos de estos niños entablan con alguno

de sus padres los integra durante un tiempo en la economía informal. Es así como en ocasiones la presencia de un adulto condiciona el grado de legitimidad acordado a la presencia del niño en la calle. Además, cuando la presencia del niño es indispensable para la supervivencia material del grupo familiar, ningún espacio le está adjudicado o prohibido. De esta manera, el niño se integra al mundo de los adultos y la noción misma de infancia se diluye. En este caso, la calle es un espacio que el niño puede frecuentar legítimamente (Lucchini, 1996: 55-59, 65-66, 123).

En estas condiciones, el niño va cada vez más lejos de la casa para conseguir el dinero que debe aportar a ésta, y regresa cada vez más tarde a ella. A veces se queda en la calle, lo que le permite explorar la ciudad. No dispone de una persona o de un grupo de referencia predominante que pueda integrar su identidad sobre el plano afectivo, cultural y social. En la calle encuentra un "tutor" que conoce y le va descubriendo la calle, donde conoce a otros niños con los que se identifica. Empieza a participar en grupos que los niños forman en su lugar de trabajo; se inserta en algún grupo o banda. Comienza a disfrutar de cierta independencia; empieza a encontrar satisfacción de su aprendizaje de la vida en la calle. Las ocasiones para gastar dinero aumentan. El papel de las chicas (en el caso de los varones) se vuelve importante. Aparecen otras actividades (cigarros, alcohol, drogas), y con ellas la urgencia del dinero, lo que lo lleva a independizarse de sus padres. Pueden aparecer también otras actividades, como pequeños hurtos, prostitución, etc.

La calle aparece alternativamente como una prolongación del espacio doméstico, complementario de la socialización familiar. Empieza a funcionar como instancia de socialización hasta que termina por reemplazar a la familia. En ese caso, la calle se convierte poco a poco en un lugar donde el niño desarrolla una nueva identidad. Las referencias y la experiencia que el niño tiene de la familia y la calle constituyen el núcleo de su identidad psicosocial. Tratándose de niños particularmente precoces y curiosos de las cosas de la vida, pueden pensar en la fuga como un medio de

satisfacer sus necesidades de novedad, lo que puede ser el catalizador que determina las modalidades y el ritmo de la fuga. Todo esto se produce en un marco donde se combinan elementos lúdicos con elementos de presión (*ibidem*: 72-78).

Cuando el niño abandona el hogar no lo hace con la intención explícita de romper definitivamente los lazos con la familia. El que los niños se alejen de los niños del hogar se traduce en huidas, que la mayoría de las veces no son definitivas. Algunos niños se van "para castigar a los padres", para ponerlos a prueba, para modificar su comportamiento. Los retornos a casa son periódicos, con motivo de algunos eventos como fiestas, cumpleaños, o simplemente cuando el niño se siente en peligro. La mayoría de los niños mantiene contacto con adultos emparentados. Algunos niños regresan a menudo con regalos o dinero, pero no con las manos vacías, para demostrar su independencia y el éxito de su supervivencia en la calle. Otros regresan por motivos utilitarios: para entregar dinero, cambiarse de ropa, etc. Están en un continuo movimiento que va de la casa a la calle y viceversa. Esta alternancia entre la casa y la calle, asociada a la construcción de un sistema de identidad del niño, es un elemento constitutivo de la carrera del "niño de la calle en ciernes". La existencia de éstos se liga con la situación económica de la familia y con la fragilidad de su organización, por lo que son considerados víctimas de la miseria y de la desorganización familiar. A menudo son presentados como seres pasivos que no hacen más que sufrir las dificultades de su medio material y social. Pero no sólo son víctimas impotentes y totalmente dependientes de su medio, son también actores con estrategias de supervivencia múltiple, que utilizan la calle de manera creativa.

La violencia intrafamiliar y la explotación económica que los niños sufren por parte de los padres, y que en muchos casos se aduce por estos niños como el motivo principal del abandono del hogar, no son hechos que se producen de modo brusco y que ocasionan de la misma manera que el niño salga de la casa. Si tal visión no es inexacta, sí es incompleta porque no toma en

cuenta el papel que el niño juega en la partida de su casa, ni la atracción que la calle ejerce sobre él. Si bien estos hechos no deben ser subestimados, no explican sin embargo por qué en una misma familia y en condiciones materiales iguales sólo algunos niños parten mientras otros se quedan. El abandono de la casa no es sólo fruto de los malos tratos, sino del aprendizaje de la vida en la calle. Muchas veces estos hechos sólo constituyen la ocasión que le sirve al niño de pretexto para realizar sus deseos de independencia (Lucchini, 1996: 14, 18, 55, 64-66, 69-71, 219).

En muchos casos, el abandono del hogar no coincide con una ruptura brutal y radical entre el niño y los padres. Esto no significa que no existan rupturas brutales, sino que simplemente explican, de manera parcial, la existencia de niños de la calle. Atribuir el abandono del hogar sólo a la violencia de los padres o a la desorganización familiar, reduce arbitrariamente la complejidad del asunto de que el niño decida vivir en la calle, y esconde una realidad social y cultural de una enorme complejidad.

Generalmente no se presenta el abandono del hogar por parte de los niños como posible resultado de una decisión personal o como el producto de una subcultura específica. El que vayan a la calle obedece a una mezcla de dificultades más o menos graves y a iniciativas tomadas por el mismo niño. La imitación es un factor no desdeñable. El niño toma la decisión de irse cuando se inserta en un grupo que se encuentra ya en la calle.

En el progresivo alejamiento del hogar, hay elementos internos que inciden en las representaciones del niño. Entre éstos está el balance que hace éste de su experiencia familiar y de su grado de conocimiento de la calle. Su ritmo está regulado por las gratificaciones materiales y de identidad que tiene en la calle, así como por las dificultades que padece. En la calle, alterna entre un polo formado por valores y normas de conformidad que sostienen comportamientos no desviados, y uno formado por modelos de comportamiento que sostienen lo contrario. Todos estos factores influyen en la relación que el niño mantiene con la calle, en la

imagen que tiene de ella y en la decisión que toma acerca de abandonar o no el hogar.

A menudo existe un factor dominante en la decisión del niño de abandonar la casa que, aunque puede determinar la partida, no hace más que precipitar este episodio. El más importante es la tensión entre la autonomía que el niño reivindica a medida que progresa en el conocimiento de la calle, por un lado, y el control familiar, por otro. Cuando el grado de tensión sobrepasa lo que el niño puede aguantar, no regresa más a casa (*ibidem*: 13, 24-25, 62, 65-67, 79-80, 117).

La muerte de uno de los padres es uno de los factores importantes que actúan en la dinámica de la partida. Otros son la separación de los padres, el abandono del hogar por parte de la madre, la presencia de padrastros y madrastras, las exigencias de la madre sola hacia el niño que trabaja, cuando el niño trabaja y no puede responder a las exigencias de rendimiento que le exigen los padres, la falta de espacio y privacidad, sobre todo en la noche cuando todos los miembros de la familia se encuentran en una vivienda reducida y precaria. Los niños son expulsados generalmente durante la noche por los padrastros, expulsión que a veces se prolonga con el abandono del hogar.

El niño hace un balance entre las ventajas que le reporta la calle: juego, dinero, sensación de libertad, etcétera, y las dificultades que vive en su casa, y es en función de este balance que decide partir o no. Así, es necesario no sólo considerar la atracción que la calle ejerce sobre el niño y el papel que éste juega en la partida de su casa, sin olvidar la personalidad y el carácter independiente del niño, la demanda de ser reconocido y valorado. La mayoría de los abandonos del hogar no se producen antes de la pubertad (10 a 12 años) (*ibidem*: 60-61).

Por lo demás, Los niños de la calle no constituyen una población homogénea; al contrario, constituyen toda una gama caracterizada por la heterogeneidad psicosociológica de los niños. Entre el ir a la calle por presión externa o por elección personal, puede darse todo un *continuum* en el que no todos ocupan la

misma posición. Así, no todos ellos participan de la misma manera de la subcultura de la calle. Su grado de integración a ésta varía en función de los recursos que posee y de las circunstancias que lo han llevado a la calle en donde, según las peculiaridades de cada uno, desarrollan estrategias entre las que se incluye explotar muy bien las rivalidades y competencias entre los distintos programas generados para su atención, y que dejan poco espacio para la colaboración y el intercambio de experiencias.

La simplificación del problema de los niños de la calle que reduce la imagen de éstos a simples víctimas que hay que rescatar, no oculta el efecto estigmatizante de esta óptica: los niños no son actores ni sujetos, sino el producto de la desorganización familiar que predomina en los sectores marginados de la población, lo que simplifica artificialmente los criterios de intervención y asistencia en la calle, y resulta cómodo, ya que evita hacerse preguntas sobre la complejidad del fenómeno que, si se admite, pone en duda la intervención unidireccional (*ibidem*: 24, 77, 333-334, 338-339).

La familia es esencial en la formación de las personas. En ella se transmite un conjunto de valores y creencias que les otorgan sentido de pertenencia e identidad. Se considera, como vimos en el apartado sobre la moral, que la familia debe ayudar a los hijos a construir una personalidad moral consciente, libre y responsable para que sean capaces de moverse equilibradamente tanto en el plano individual como en el colectivo. Es decir, se espera que la familia (al igual que la escuela) transmita determinados valores considerados socialmente deseables, como factores motivadores de comportamientos valorados también socialmente. Cuando hablé sobre los valores de los jaliscienses, señalé cómo éstos consideran que a los hijos se les debe transmitir en el hogar responsabilidad, buenos modales, tolerancia y respeto a los demás, y en la escuela conocimiento, disciplina y valores cívicos.

A pesar de las transformaciones que la familia ha experimentado como consecuencia de los procesos de modernización y secularización, continúa siendo la principal agencia socializadora, y la mayoría de las personas tienen en ella uno de sus valores más

importantes, como vimos cuando hablamos de la modernidad y la vigencia de los valores. La socialización, entendida como el proceso de transmisión de éstos, creencias, costumbres, etc. que llevan a los sujetos a insertarse en la sociedad, centra su atención en las formas de apropiación del contexto, en las relaciones entre el mundo social y el mundo individual, mediados por la familia.

Este proceso empieza en la familia desde el nacimiento. A través de él se busca convertir al recién nacido en una persona de acuerdo con una forma aceptada de ser. Una fuente importante de orientación para la familia, en este sentido, es la tradición familiar que proviene de las generaciones pasadas. Tales tradiciones se constituyen en guiones que sirven para orientar a las nuevas generaciones respecto a cómo llevar su vida familiar. Las experiencias de los hijos forman la base de creencias que a menudo, y en gran medida, de manera inconsciente, aplican posteriormente para conformar el desarrollo de sus hijos cuando se convierten en padres.

En el seno familiar este proceso, en el que la madre desempeña el papel más importante, tiene como base un intrincado andamiaje de relaciones que los miembros de la familia establecen día a día entre sí, cara a cara, de manera informal, espontánea y natural, en unos casos de manera consciente y en otros no tanto. Como vimos en el inciso sobre la socialización familiar, el problema es que las familias están inmersas en otro entramado de relaciones estructurales e ideológicas, como desempleo, falta de oportunidades para acceder a la educación y las expectativas de la sociedad acerca de cómo deben formar a las nuevas generaciones. Estas relaciones limitan las posibles elecciones que pueden realizar las familias para formar a los hijos. En unas ocasiones los padres no han recibido una preparación específica para cumplir con esta función, y en otras no aprendieron mucho al respecto en su familia de origen.

Como vimos cuando hablamos sobre la moral, la construcción de la personalidad moral de los niños depende de las condiciones económicas, sociales y culturales en que se desenvuelven.

La moral implica cierta disposición de los individuos para una determinada forma de vida organizada. Sin embargo, la sociedad, que es al mismo tiempo la constructora de la moral y el fin de la misma, excluye económica, social y culturalmente a las familias pobres.

En estas condiciones, aunque las familias tienen una gran capacidad para cambiar y para reorganizarse, en situaciones de supervivencia se dejan de lado las tradiciones y los valores y algunas de ellas pueden convertirse en ámbitos no de protección, seguridad y refugio afectivo, sino, como vimos en el inciso sobre la ruptura de los hijos con el núcleo familiar, en fuentes de desequilibrio psicosocial, en espacios inseguros que en lugar de formar deforman, lo que origina que algunos de los hijos, en lugar de sentirse seguros y amados, se sienten ignorados, rechazados y en riesgo, y al rompimiento de los lazos familiares. El contexto socioeconómico es un factor importante para la salida de los menores de su hogar, pero, como vimos, también hay una serie de factores hogareños implicados.

Como vimos también al hablar sobre el paso “niño en la calle a niño de la calle”, es un proceso en el que intervienen una variedad de factores. Los niños que abandonan el hogar tienen un rasgo común, proceden de familias pobres. En estas familias muchos niños trabajan, se desenvuelven en el sector informal de la economía, sobre todo en la calle, ya sea en compañía de adultos o solos. Su contacto continuo con la calle, la ley del menor esfuerzo, su natural instinto de aventura, el influjo del medio circundante, su capacidad de imitación, la falta de control de los padres por sus nuevas condiciones laborales y la disminución de posibilidades de interacción en el seno de la familia, donde el mal ejemplo de los padres, su rechazo, abuso, abandono o negligencia y la carencia de un guía puede ir conformando un ambiente que, reforzado por la inasistencia a la escuela, puede contribuir a que los niños se ligen más a la calle y propicie el distanciamiento y retiro de los hijos del hogar, lo cual los pone en riesgo de convertirse en “niños de la calle”.

La salida a la calle puede resultar, a veces, para algunos menores, una medida para autoprotegerse, para escapar de un contexto que consideran más amenazante de lo que en principio puede ser la calle, antes de convertirse en un lugar igual o más amenazante que el dejado atrás. La calle aparece así, para algunos, como una opción para sobrevivir frente a un conjunto de relaciones y experiencias intolerables. Pero, como vimos, también existe la necesidad de afirmación por parte de los menores, de vivir su propia vida, de salir a la calle para escapar del "encierro" del hogar, para lograr libertad, diversión y poder de decisión. En la calle aprenden a mentir sobre su pasado, a ocultar su procedencia, a usar apodos para guardar el anonimato, a aprovechar los recursos de las instituciones y de aquellos que hacen voluntariado y se ocupan de ellos, sin comprometer su libertad de movimiento y de acción. En la calle los más pequeños suscitan compasión, pero mientras mayores son estos niños, infunden miedo y repulsión y el rechazo social también es mayor.

En nuestro país se ha desestimado más de lo debido la precariedad de los más necesitados. A pesar de que la situación de los niños en y de la calle se reconoce como un problema social, los programas de atención con frecuencia van de la mano con la propaganda política (fundaciones, desayunos con estos niños, colectas de ropa, reparto de juguetes, lucimiento del altruismo en "banquetes del hambre", etc.), interesada más en fachadas luminosas que en programas efectivos. No obstante que se reconoce la trascendencia que tiene en la familia la formación de los niños en los primeros años para la estructuración de su personalidad y desempeño futuro, en las políticas públicas, fuera del discurso, no se ve el apoyo efectivo: empleo digno, salario remunerador, guarderías para las madres trabajadoras, etc. para que las familias puedan cumplir su función, a sabiendas de que si las familias no cumplen su responsabilidad se pueden convertir en las principales agencias motivadoras de conductas antisociales.

En este capítulo pretendemos mostrar cómo los importantes cambios económico-políticos actuales, están provocando un deterioro en las condiciones materiales de vida de las familias, las está afectando en sus formas cotidianas de reproducción. Como consecuencia, se está dando un proceso de desestructuración y reestructuración de la familia nuclear tradicional, manifiestas en una pérdida de sus tradiciones culturales y en una disminución de su capacidad educativa, lo que repercute negativamente en el desarrollo de los hijos.

El contexto urbano

En 1990, en México, como consecuencia de la migración hacia las zonas urbanas, 72.7% de los mexicanos ya vivía en las ciudades (en 1970 este porcentaje era de 59%). Las mujeres son más urbanas que los hombres. En 1990 se estima que 73.6% de la población femenina del país residía en las zonas urbanas (localidades de 2 500 y más habitantes), contra 71.8% en el caso de los hombres (Valdés, 1995: 28).

Una tercera parte de las familias en México viven en zonas metropolitanas en un contexto masivo, como las ciudades de México, Guadalajara, Monterrey y Puebla; casi una quinta parte de tales familias son encabezadas por mujeres, y muchas otras dependen de su ingreso. De los hogares encabezados por hombres, la mayor proporción se registra en las comunidades rurales y disminuye conforme aumenta el tamaño de la localidad. Los hogares dirigidos por mujeres se comportan de manera inversa, probablemen-

te por las oportunidades de empleo femenino en las zonas urbanas y por la concentración en ellas de la jefatura femenina en la familia (López, 1994: 32, 35-36).

El medio metropolitano les impone condiciones y modelos de conducta que van desde las desgarradoramente deshumanizantes hasta las perspectivas modernizadoras y de individualismo extremo. El medio metropolitano las condiciona y las moldea imprimiéndoles rasgos significativos diferenciales de las familias de otros medios. La gran ciudad las envuelve en sus redes y les impone sus mitos, sus ambiciones de poder y de sumisión, sus exigencias en el costo material y económico de su subsistencia, pero también en las mil y una oportunidades de mejoramiento y de desarrollo cultural humano. Sin embargo, con la distribución inequitativa de la riqueza en el país, no todas las familias disfrutaban por igual de los avances logrados.

El sector que emigra a la ciudad, generalmente, es el campesino más pobre, que es el que más carece de la preparación necesaria para ingresar en el sector urbano moderno de la economía, de tal suerte que al llegar a la ciudad no encuentra cabida en el mercado industrial de trabajo y gravita hacia el estrato ocupacional marginado, además del desempleo imperante. Esto implica una etapa inicial de desequilibrio para la familia migrante, que tiene que encontrar el acomodo y adaptación a su nuevo nicho ecológico y que puede llevarse desde varios meses hasta varias generaciones. Esto incluye las posibilidades de rechazo inicial, el acomodo provisorio, un compromiso con el nuevo ambiente, hasta la aculturación total, pero además de los cambios económicos, el establecimiento de nuevas relaciones de parentesco (con familiares que ya se encuentran en el nuevo nicho ecológico), de amistad, vecindad y compadrazgo, la pérdida de tradiciones, la adquisición de nuevos valores (liberación de costumbres), nuevas formas de organización de la familia y cambio de roles (estrategias de sobrevivencia, etc.).

Con la modernización, la población en Jalisco ha tenido una evolución peculiar que imprime rasgos singulares a los diversos

elementos que conforman el basamento demográfico en que se sustenta la reproducción de la vida social en la entidad. Se presenta un incremento sostenido de la tasa de crecimiento medio anual de la población por una disminución de las tasas de mortalidad, como consecuencia de condiciones de vida más favorables, y sobre todo por las migraciones al área metropolitana de Guadalajara (Cortés, 1997: 33-34).

Paralelo a este proceso, se dio el de la urbanización, que se aceleró en las tres últimas décadas y que es concomitante de la transición desde una economía agrícola hacia otra predominantemente industrial, comercial y de servicios. En este lapso, la población ha pasado a ser predominantemente urbana. Si se toman en cuenta las concentraciones de más de 15 000 habitantes, la población urbana llega a 67%, pero si se consideran las poblaciones de más de 2 500 habitantes, este porcentaje se eleva a 82% (*ibidem*: 35-37).

Las tasas más altas de crecimiento de la población y la mayor densidad se localizan en la ZMG: 6.4% medio anual de crecimiento entre 1980 y 1990, y 1 800 personas por kilómetro cuadrado. En el caso específico del municipio de Guadalajara, la densidad demográfica supera las 9 000 personas por kilómetro cuadrado. 54% de la población del estado se concentra en la ZMG y este volumen representa 81% de la población urbana estatal que vive en localidades de más de 15 000 habitantes (*ibidem*: 37-38).

Lo anterior se refleja en la reorientación de las actividades económicas y de la ocupación. Para 1990 la población económicamente activa (PEA) ocupada en el sector primario, que en 1980 era de 19%, bajó a 15.1%; la ocupada en el sector secundario pasó de 22.2%, en 1980, a 32% en 1990; y la ocupada en el sector terciario pasó de 29.5%, en 1980, a 48.8% en 1990. La división del trabajo es una cara de la moneda, la otra es el impacto que esto tiene en otras áreas de la sociedad, en la subjetividad social, en las pautas culturales y en las formas de la moralidad individual y colectiva (*ibidem*: 38-39).

Las familias que emigran del campo a la ciudad, generalmente ocupan viviendas en la periferia, en malas condiciones y, en

ocasiones, ante las dificultades económicas, compartiendo la vivienda con otros familiares. También se da la migración intraurbana por el encarecimiento de los terrenos urbanos, lo que produce el desalojo de los habitantes más pobres hacia la periferia de la ciudad, por la pérdida del empleo y la necesidad de vender la casa, o por la dificultad de adquirir una, o por la estrechez de la vivienda que obliga a parejas jóvenes a buscar otra residencia para independizarse de una situación familiar excesivamente comprimida (familias extensas viviendo en uno o dos cuartos por ejemplo). La migración intraurbana igualmente se da por la posibilidad de comprar un terreno, por la renta más baja en otro lugar, por la cercanía con el centro de trabajo, por estar cerca de familiares, o por pleitos con suegros o vecinos (De Lomnitz, 1993: 21-30, 48-50, 66).

*Algunas características
de las familias pobres urbanas de México*

En las familias pobres la complementariedad entre el hombre y la mujer en la pareja se encuentra debilitada. La mujer es el elemento central del grupo familiar y doméstico; el hombre es el elemento inestable y pasajero. Éste se enfrenta a dificultades importantes para preservar su papel de padre, marido o compañero. En ocasiones no puede cumplir su función de educador y a veces no colabora con las necesidades materiales del grupo familiar.

Varios factores condicionan la precariedad de la presencia paterna: la baja escolaridad, la falta de empleo, el escaso ingreso, y como factor cultural el machismo como arma de doble filo que, por una parte, es una referencia para justificar el poder que el hombre pretende ejercer en la familia, particularmente sobre la mujer, pero que, por otro lado, cuando no puede cumplir con sus funciones de proveedor, como aquellos casos en que llega a depender del trabajo de su mujer y de sus hijos, su machismo desestabiliza su posición de hombre de la casa al perder el respeto de los miembros de la familia y su autoridad, cosa que puede

determinar que abandone la familia. Cuando el hombre abandona la familia generalmente se va a vivir con otra mujer y los niños de ésta. El ciclo puede así recomenzar y continuarse.

La mujer es a menudo la que se enfrenta con los problemas cotidianos causados por la miseria, con frecuencia es la cabeza de una familia monoparental. Ella es en muchos casos la responsable de los niños que ha tenido, a veces con hombres diferentes de los que no recibe en ocasiones ayuda, o vive con un hombre que no es el padre de todos sus hijos o, en otros casos, no es el padre de ninguno de ellos, lo que hace que el ideal de solidaridad familiar con frecuencia no se alcance por la rivalidad existente entre niños de padres diferentes y la competencia por bienes limitados y el afecto de la madre (Lucchini, 1996: 167-170).

Es un hecho corriente que con frecuencia la familia se organice alrededor de la madre, lo que implica no sólo sobrecarga de trabajo y responsabilidades para ella, sino también el surgimiento de conflictos con su marido o pareja, y entre ella y los hijos. Éstos desencadenan a menudo la violencia del padre o del padrastro. Ante esta situación, la mujer se ve dividida entre sentimientos opuestos. Se ve dificultada para expresar su afecto a los hijos, y ocuparse de ellos, ante su impotencia frente a la reacción violenta del compañero.

La ambigüedad se manifiesta por un sentimiento doble: teme a la violencia del hombre y al mismo tiempo teme ser abandonada por él. Por un lado, la presencia de un hombre en casa está asociada a la esperanza de una mejora en las condiciones de vida y con la respetabilidad que esta presencia aporta a la mujer. El hombre se asocia al espacio extradoméstico, representa la protección frente al mundo exterior, a menudo hostil; una mujer sola, para muchos, pierde respetabilidad. Así, en ocasiones, la mujer prefiere vivir mal acompañada que sola.

Sin embargo, esta dependencia cultural unida a la identidad de la mujer ante el hombre, no excluye la capacidad de la mujer para tomar iniciativas, fundamentalmente para la supervivencia del grupo familiar. Como por razones de supervivencia todos los

miembros de la familia deben colaborar con el presupuesto familiar, generalmente son la mujer y los hijos los que trabajan.

Los hijos rechazan mucho antes que la mujer a un hombre violento. Desde que están en condiciones de abandonar el hogar adquieren ante el padre o padrastro violento una independencia que a la madre le cuesta más trabajo lograr. La presencia de varios hijos, sobre todo si no son del mismo padre, y la responsabilidad que la madre siente por ellos, hace más difícil su partida.

La mujer necesita encontrar una solución a los sentimientos ambivalentes que tiene hacia el hombre, a la imagen contradictoria que tiene de él. Lo consigue a veces atribuyendo al hombre con el que vive cualidades que a veces no tiene: responsable, trabajador, e imputando sus defectos a las circunstancias: pobreza, analfabetismo o baja escolaridad, falta de trabajo, alcoholismo, es decir, si no trabaja no es porque no quiere, sino porque no hay empleo, si no aporta para el sostenimiento de la familia, no es porque sea desobligado, sino por el alcoholismo; si tiene una relación de pareja paralela no es porque a él le guste ser así, sino que se debe al comportamiento amoral de otras mujeres que se le insinúan, etc., es decir, defectos reales esconden cualidades que no pueden expresarse (Lucchini, 1996: 167-168, 171-172, 184).

Cuando la pareja se separa, lo habitual es que los hijos, si no se quedan con la madre, queden repartidos. En general no se van con el padre, salvo si es la madre la que se va. La movilidad espacial en las capas más desfavorecidas es fuerte. Esto favorece una fragmentación temprana de la familia. La muerte precoz de alguno de los progenitores también es motivo que conlleva a la separación de los hermanos.

Aunque los hijos valoran a la familia a pesar de acumular experiencias negativas en ella, ésta a veces no parece constituir un grupo de referencia, un "nosotros" en oposición a un "ellos". Pareciera que valoran otro tipo de familia que no es la suya, una familia modelo: un padre que trabaja y alimenta a la familia, una madre que adora a los hijos y unos niños que van a la escuela. Hay fragilidad en las referencias espaciotemporales ligadas a

la familia. No tienen experiencias de relaciones familiares duraderas. Las rupturas y separaciones no conciernen sólo a los padres, sino también a los hermanos. Ellos mismos fueron puestos en otras familias y en diferentes contextos. Se desplazaron con una parte de su familia de un lugar a otro. La movilidad espacial en estas familias, la mayoría de las veces no planificada, es consecuencia de las dificultades de la supervivencia. Los niños no pueden asociar a "su" familia con un espacio familiar estable ya que es un grupo que se reorganiza constantemente. Cuando mucho tienen referencias de subconjuntos: hermano-hermana, madre-hijo, hijo-abuela, etc. que a veces tienen un carácter aleatorio y temporal (*ibidem*: 193, 195-196).

Medio ambiente y socialización de los hijos

En tanto que la familia es mediadora entre la sociedad y los individuos reproducidos en su seno, cualquier cambio en los sistemas de producción y de consumo de los bienes económicos, así como en los regímenes sociopolíticos y en las formas culturales, repercute en su conformación. Por esta razón, la función socializadora de la familia no es ajena a las condiciones materiales de vida y a las condiciones culturales y políticas de la sociedad en que se halla inserta. Constituye un ámbito donde coexisten determinadas condiciones socioeconómicas y ciertas capacidades socioculturales, con una forma familiar propia de organización de actividades a través de la cual transmite el capital cultural históricamente objetivado. De esto depende el que la familia pueda cumplir, con mayor o menor éxito, de entre las múltiples funciones que tiene asignadas, la de inculcar las representaciones, actitudes, cogniciones, valores y pautas de comportamiento propios de su clase, es decir, socializar a los hijos (Lewellyn, 1994: 123-124). Esto significa que la acción socializadora de la familia no está sólo determinada por sus condiciones materiales de existencia y sus condiciones socioculturales, sino también por el tipo y calidad de las redes de relaciones que establece entre sus miembros, y por el

tipo de relaciones que establece con la comunidad y la cultura de la que forma parte. Estas relaciones no suceden en el vacío social, sino que tienen lugar en una sociedad global completa y compleja, y en un microsistema específico: la familia como grupo primario,¹ donde se articulan los dominios de lo público y lo privado. Pero la familia no es ni el receptor pasivo de los cambios sociales, ni el elemento inmutable de un mundo en continua transformación (Segalen, 1992: 13-28).

El contexto familiar conforma una unidad social inserta en una sociedad que está compuesta por culturas, las cuales están integradas por conjuntos de significados y valores (Aznar, 1995: 9). Es decir, en la sociedad hay un pluralismo cultural que exige elegir unos modelos y rechazar otros para salvar la coherencia interior de los integrantes de la familia que se socializan (Coloma, 1993b: 46).

Cada grupo familiar hace una interpretación específica de la cultura de la sociedad en que se halla inserta y la redefine de acuerdo a su posición de clase. Cada familia es así portadora de las creencias y valores propios de la cultura en que está inmersa y crea, en función de tales creencias y valores por ella redefinidos, así como de sus específicas condiciones materiales de vida, su propio modelo de relación de acuerdo con interacciones repetidas que establecen la forma, el momento y las personas con quien relacionarse, y al establecer también qué es lo permitido y qué es lo prohibido. De esta manera, cada familia genera sus propios códigos estableciendo sus muy particulares reglas de interacción grupal alrededor de las cuales organiza las relaciones interpersonales que sus miembros establecen entre sí y con los

¹ El concepto de grupo primario fue acuñado por el sociólogo norteamericano Charles H. Cooley para referirse al conjunto de personas que conforman el círculo inmediato del individuo, y que determinan en lo fundamental su identidad, cuyas relaciones se caracterizan por ser estrechas y afectivas, por una comunicación personal y frecuente, y porque tiende a generar el sentimiento de una unidad común vivida como "nosotros".

otros. De acuerdo con lo anterior, la cultura que cada familia transmite a sus miembros es la cultura de su clase social, es la realidad de cada familia en particular. Cada contexto familiar tiene una identidad única que está vinculada a un contexto económico y cultural.

El contexto condiciona el desarrollo del sujeto a dos niveles. Por una parte la cultura, por mediación de los agentes culturales, proporciona al sujeto unas determinadas formas o modos de desenvolverse en el mundo a través de las interacciones sociales que establece en los diferentes sistemas de actividad comunitaria en los que participa. Así, la familia, la escuela, el mercado, los amigos, etc., constituyen contextos de actividad en donde las prácticas sociales que allí se realizan, constituyen herramientas culturales que se presentan como importantes recursos educativos. Y, por otra parte, el contexto sociocultural organiza y regula, con base en instrumentos y herramientas que promueve, los procesos por los cuales los sujetos aprenden los modos específicos de desenvolverse en el mundo (Aznar, 1995: 11-12,15).

Es en los valores de la cultura donde están impresos los contenidos que otorgan identidad a los sujetos, y la familia, al redefinirlos y transmitirlos a sus miembros, se convierte en matriz de identidad para éstos. Así, cada familia se constituye en una matriz particular para la formación de sus miembros, más o menos semejante al modelo dominante, con las particularidades propias que surgen de la pertenencia a distintos sectores socioculturales. Es así como la familia, que ejerce influencia afectiva y cultural sobre sus miembros a lo largo de sus vidas, reproduce en los hechos cotidianos la cultura dominante y la propia, proveniente a su vez de la familia de la cual proceden los miembros fundadores de la familia (Durkheim, 1979: 27-31).

La familia interpreta y apoya valores culturales que expresa mediante actitudes y comportamientos que se "muestran" al niño; estos "símbolos", su significado, así como las creencias y los juicios de valor sobre los mismos, son aprendidos por los niños a través de los sujetos con quienes interactúan y las primeras expe-

riencias de interacción con la familia son decisivas a este respecto. En este sentido, ésta representa el principal sistema de apoyo para el ajuste psicológico y social de los hijos (Aznar, 1995: 13).

De esta manera, como se dijo arriba, la acción socializadora que se ejerce en la familia es el resultado del clima general que la impregna y del tipo de interacción que en ella se establece. La interacción socializadora que establece la propia dinámica familiar sobre sus miembros es inevitable y continua. En ella todos los miembros aprenden de todos cada día. En este sentido, no sólo son socializadores los miembros de la pareja en su calidad de padre o madre; en rigor, cada uno de los componentes del grupo doméstico es a la vez socializador y socializado, pues cada uno de ellos ejerce y recibe una acción socializadora en relación con los demás: el esposo sobre la esposa y viceversa; la madre y el padre sobre los hijos, éstos sobre los padres y los hermanos entre sí; aunque la influencia más significativa (y la más estudiada también) es la acción socializadora de los padres sobre los hijos (Coloma, 1993a: 33).

Es así como la mediación educativa de la familia está condicionada por el tipo de relaciones familiares entre padres e hijos, entre hermanos, así como por las redes de relaciones que se establecen entre unos y otros, y por el tipo de relaciones que la familia establece con la comunidad y la cultura de la que forma parte. De ahí que la influencia del contexto familiar sobre la educación de los hijos está en función de la interacción e interdependencia que la familia establece con el resto de los contextos que conforman el entramado social (Aznar, 1992: 9-10).

En la familia no sólo se transmite afecto interpersonal y conocimiento del mundo, sino toda la experiencia social y la cultura espiritual acumulada por la sociedad. Es la familia el sitio en donde se inicia el proceso de socialización del individuo. Es allí donde el sujeto introyecta un esquema valoral, ético y religioso. En este proceso de socialización el individuo aprende hábitos, ideas y actitudes aprobados por la cultura en la que se encuentra inserto. De las vastas potencialidades que se tienen de conducta, el sujeto adopta las características que son apre-

ciadas en la sociedad en que vive. Se amolda al grupo social al que pertenece al enseñársele y aprender en la familia los deberes y derechos que corresponden a su situación de clase. Se compenetra de tal manera de las normas y restricciones culturales, que éstas se vuelven parte de su personalidad (Sánchez, 1987: 63).

En el seno familiar se transmiten tradiciones, hábitos, costumbres, valores, actitudes, sentimientos cívicos, políticos y religiosos; ideales de vida, de orientación profesional, expectativas, educación afectiva, sexual, etc. (Quintana, 1993: 21). En el transcurso de su desarrollo en la familia el individuo adquiere determinadas características en su relación recíproca con los demás. Estas relaciones constituyen modelos que originan cierta regularidad y consistencia en los contactos sociales del individuo por medio de los cuales desarrolla una autoidentidad que se refleja, a varios niveles, en la constancia de sus actitudes hacia los demás y hacia las situaciones cotidianas, y que le confieren a la conducta modos privativos de reaccionar ante las situaciones y de resolverlas.

En la cotidianidad familiar el individuo transforma los objetivos y aspiraciones sociales redefinidos y transmitidos por la familia, en objetivos y aspiraciones suyas y "socializa" así su particularidad. Es así como en el seno familiar el individuo va siendo estructurado desde su nacimiento por una serie de patrones socioculturales que predominarán en la edad adulta.

En la vida cotidiana familiar el individuo adquiere un *habitus* que produce en él estrategias de acción, que por más que no sean el producto de una tendencia consciente de fines explícitamente presentados sobre la base de un conocimiento adecuado de las condiciones objetivas ni de una determinación mecánica de las causas, se halla que son objetivamente ajustadas a la situación. Condiciones similares de existencia tienden a producir en los miembros de un mismo grupo o clase social, formas de ser similares que les permiten vivir sus prácticas como "racionales" (Giménez, 1982: 264-280).

Todo lo anterior convierte a la familia en la principal agencia mediadora de los primeros contactos del niño con el mundo. De

los tres ámbitos donde se desarrolla la socialización del hombre, la familia, la escuela y la calle, la familia no sólo es el primero en el tiempo, sino también en importancia. La socialización en la familia marca al individuo para toda la vida, pues le confiere una estructura mental y maduración afectiva que condiciona todo su futuro desarrollo humano y cultural. Todo lo demás que vaya añadiendo la socialización es simple aditamento, cuyo éxito dependerá de la buena disposición de la base primera (Quintana, 1993: 19).

El contexto familiar constituye la estructura más cercana al niño. La relación que éste establece con la realidad no es directa, sino mediada por agentes culturales externos en un contexto de interacción bidireccional. Lo anterior convierte a los padres en la principal fuente de referencia cultural para la socialización de los hijos a través de la enseñanza de actitudes y conductas, de la transmisión de creencias y valores, así como para el desarrollo de su propio sentido del yo y valía personal. Los padres se convierten en los mediadores entre lo social y lo individual, y se constituyen también en modelo de conducta que puede ser positivo o negativo y cuya eficacia educativa va a depender de la cantidad y calidad de las interacciones intra y extrafamiliares que establezcan (Aznar, 1992: 7-17).

Pero no cualquier situación de interacción es facilitadora del desarrollo del niño. La función socializadora de la familia depende de su propio proceso de desarrollo al cual, como ya se dijo, no resultan ajenos factores como las condiciones materiales de vida y el nivel escolar y cultural de los padres. Una de las cosas que caracterizan a un contexto facilitador del desarrollo es la ayuda que los adultos, como mediadores culturales, proporcionan al niño en la organización de su mundo experiencial, tanto en el aspecto de construcción de significados sobre la realidad como en las reglas o guiones (estrategias) para interpretarla (Aznar, 1992: 11). Por ejemplo, un niño criado en una familia en la que el nivel educativo alcanzado por los padres es mínimo, arrastra carencias informativas porque ni la lectura asidua ni la prensa diaria ni los programas televisivos seleccionados son ca-

paces de satisfacer la necesidad básica del niño, que interroga y cuestiona constantemente (Paciano, 1993: 62).

De esta manera, la forma en que se desarrollan los niños tiene que ver con el contexto en que se desenvuelven; es decir, el desarrollo infantil está en función de la interacción que el niño establece con otras personas y los instrumentos culturales que mediatizan su actividad. Este aspecto relacional, que a través del lenguaje es el que prioritariamente define un contexto de desarrollo, puede caracterizar diferentes tipos de situaciones de interacción, en los cuales el conjunto de significados que los adultos manejan en el plano intersíquico va a condicionar el tipo de significados que puede construir el niño sobre la realidad en tal plano, reformulados sobre la base de sus experiencias anteriores, que únicamente pueden tener sentido bajo el prisma de un referente cultural. En este sentido, la interacción familiar es condicionante en la doble vertiente de posibilitante o limitante del proceso de socialización (Aznar, 1995: 17).

El proceso de socialización está cruzado por una red de fuerzas que actúan en él. Las variables independientes serían el tamaño de la familia, su estructura, la división del trabajo entre sus miembros, la armonía del sistema matrimonial, el nacimiento extramatrimonial, la escolaridad de los padres, la falta de alguno de ellos, el tipo de formación de los hijos. Las variables dependientes serían la inteligencia, la creatividad, la motivación en las tareas emprendidas, la dependencia, la independencia, la conformidad, la agresividad, la angustia y los trastornos psíquicos (Paciano, 1993: 60).

En el contexto ecológico social de cada familia quedan incluidos no sólo aspectos como la subcultura de clase social, sino también la ubicación y las condiciones materiales de la vivienda; el grado en que la familia está relacionada con otros grupos de familiares o externos a ella. Todos ellos condicionan la acción socializadora de los padres, que está determinada en parte por las condiciones materiales de vida de la familia (Coloma, 1993a: 41).

Con respecto a esto último podemos ver que, de acuerdo con el informe anual del Banco Mundial de 1994, en América Latina 55 millones de personas no tienen acceso a los servicios de salud y 110 no tienen acceso al agua potable. Sobre las condiciones materiales de vida en México: 29% de las viviendas no tienen drenaje ni excusado, 21% no tienen agua entubada. 13% no tienen energía eléctrica y 21% de las viviendas tienen piso de tierra. En 57% de las viviendas hay hacinamiento. 34% de la población se encuentra en localidades de menos de 5 mil habitantes. Por lo menos cuatro de cada diez viviendas han sido construidas de manera informal (COMEXANI, 1994: 19-20).

En Jalisco, para 1997, según la Secretaría de Desarrollo Social (SEDESOL), se estima que 30% de la población (1 860 737 personas) padece miseria.² Estas personas viven en 3 mil asentamientos irregulares.³ Según información proporcionada por la Delegación Estatal de la Comisión para la Regulación de la Tenencia de la Tierra (CORETT), Jalisco es el estado que tiene el mayor número de este tipo de asentamientos.⁴ Esto se debe a que el incremento en los precios de los terrenos urbanos, y el alza en las rentas de las casas, ha ido desplazando a las familias más vulnerables del centro de la ciudad hacia la periferia.

De acuerdo con la Dirección Regional de Occidente del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), y con datos de 1990, la ZMG está dividida en 639 áreas geoeconómicas básicas (AGEB), cada una de las cuales abarca de 20 a 40 manzanas. Estas AGEB están divididas en ocho niveles socioeconómicos: alto, medio, bajo y marginado. Todas ellas subdivididas en superior e inferior. Las zonas marginadas representan 23.5% de las AGEB, en tanto que sólo 2.2% corresponden al más alto nivel socioeconómico (Landino, 1999: 6).

² Tomado del diario *Siglo 21* del 7 de abril, Guadalajara, Jalisco, México, 1997, p. 6

³ Tomado del diario *El Informador* del 2 de noviembre, Guadalajara, Jalisco, México, 1998, p. 2B.

⁴ *Ibidem*: 3 de agosto, 5B.

Según el Comité de Planeación para el Desarrollo del Estado (COPLADE), en la ZMG hay 161 colonias: 65 en Tlaquepaque, 55 en Tonalá, 22 en Zapopan y 19 en Guadalajara, donde habitan alrededor de 450 000 personas viviendo en condiciones de pobreza extrema. 380 000 no tienen acceso a los servicios de salud. Más de 200 000 no tienen agua entubada. Más de 100 000 carecen de drenaje y cerca de 25 000 no tienen energía eléctrica (Del Castillo, 1997: 6).

Las familias de la ZMG con niños en la calle

La información que presentamos procede de una encuesta aplicada en una muestra (de 82 familias con niños en la calle) estratificada, proporcional entre los cuatro municipios de la ZMG (Guadalajara, Zapopan, Tonalá y Tlaquepaque) (ver cuadro 1 en la introducción).

Hábitat y vivienda de las familias

Las viviendas de las familias con niños en la calle, localizadas en los municipios de Tlaquepaque, Tonalá y Zapopan, presentan condiciones muy parecidas: son casas ubicadas en la periferia de la ciudad, en asentamientos irregulares, a veces en terrenos invadidos a los ejidos, con calles sin pavimento ni banquetas, con improvisados caminos polvorientos (aunque en algunos hay ciertas calles con empedrado y/o pavimento), y que se abastecen de agua por medio de pipas.

Las viviendas localizadas en Tlaquepaque se ubican en colonias como El Tapatío, Las Pintitas y Emiliano Zapata. En medio de estos asentamientos pasa un canal de desagüe al descubierto y sobresale la presencia de varias ladrilleras. Las excavaciones que se hacen en éstas ocasionan en época de lluvias grandes encharcamientos.

En Zapopan, las viviendas se localizan en colonias como Mesa Colorada, Arenales Tapatíos e Indígena de Mezquitán, entre las que hay también un arroyo de aguas negras al descubierto.

En Tonalá los asentamientos se ubican prácticamente en la zona rural, donde algunos constituyen colonias como Lomas del Camichín y La Gigantera. Allí también hay varias ladrilleras.

La mayoría de las viviendas ubicadas en estos municipios son de autoconstrucción, semiconstruidas, con muros de adobe, tabique o bloc, sin recubrimientos interiores o exteriores, con piso de tierra (en algunas casas parcialmente con mosaico o cemento), con techos en la mayoría de los casos de lámina de asbesto o cartón, de madera de desperdicio o incluso plásticos. En algunos casos, las viviendas están construidas con materiales de desperdicio, y son inseguras e insalubres por el tipo de materiales utilizados: de desperdicio y flamables, y por la falta de enjarres, lo que propicia el anidamiento de fauna nociva.

En cambio, en el municipio de Guadalajara las viviendas de estas familias se localizan en colonias equipadas con calles empedradas y/o con pavimento de asfalto, aunque algunas son de terracería. Estas viviendas están hechas con muros de tabique, con enjarres interiores y exteriores, con techos de bóveda de tabique y con piso de mosaico o cemento y casi todas tienen energía eléctrica, agua entubada y drenaje. Las colonias donde predominan estos núcleos sociales son La Campesina, Talpita y Santa Lucía.

En el contraste que se nota entre las viviendas ubicadas en los municipios de Tlaquepaque, Zapopan y Tonalá, con relación a las ubicadas en el municipio de Guadalajara, están involucrados múltiples factores, desde la proliferación desordenada de asentamientos humanos irregulares como vimos páginas atrás, la falta de planeación y control municipal, el desigual desarrollo urbano entre los municipios, la disminución del presupuesto para las políticas sociales, hasta la incapacidad para contener la miseria y para crear mejores condiciones de vida para las mayorías.

De la información lograda se puede colegir que el medio ambiente en que las viviendas de estas familias están asentadas, es inhóspito por las calles polvorientas, por los pisos de tierra de las

casas, por la falta de enjarres en los muros, lo que propicia el anidamiento de alacranes, cucarachas, chinches, por la contaminación que generan las ladrilleras y por los encharcamientos que se producen en época de lluvias, con la consiguiente proliferación de mosquitos transmisores de enfermedades, así como por la presencia de canales de aguas negras al descubierto. Todo lo cual hace presa fácil de las enfermedades a los integrantes de estas familias, pero que como vimos se puede prevenir. A esto habría que agregar, como también vimos, la falta de oportunidades de las familias marginadas para acceder a los servicios públicos de salud y la infraestructura insuficiente de éstos.

Procedencia de las familias, motivos por los que se establecieron en tal lugar y tiempo que llevan viviendo ahí

De acuerdo con la información obtenida sobre la procedencia de las familias, 58.5% proceden de otra colonia de la ciudad, 17% son del mismo lugar en que radican, 15.8% vienen de otro estado de la república, y 8.5% proceden de otra población del estado. Este último origen sobresale en las familias ubicadas en el municipio de Tlaquepaque.

Contra la creencia general de que las familias con niños en la calle de la ZMG proceden de otros estados, esta información nos muestra que la mayoría son producto de la migración intraurbana, pues provienen de otra colonia de la misma ZMG, y en menor proporción (24.3%) de los flujos migratorios procedentes de otros estados y de otras poblaciones del interior de la entidad. Además un porcentaje importante (17%) son originarias del lugar donde radican.

Lo anterior permite presuponer que las familias que proceden de otros estados y de otras poblaciones del interior del estado, han llegado al lugar donde viven procedentes de zonas rurales, buscando mejores condiciones de vida y oportunidades en la ciudad; que la migración intraurbana puede deberse a la dificultad para adquirir una vivienda y por el encarecimiento de los terrenos urbanos y de la renta en el área central de la ciudad,

y que la limitación de recursos de estas familias las desaloja del centro de la ciudad hacia la periferia de la misma. De esta manera, la opción es irse a vivir al único lugar que es posible.

Respecto a los motivos por los que las familias con niños en la calle viven en su actual lugar de residencia, la información nos dice que 34.1% se asentaron en ese lugar porque allí compraron casa o terreno, 18.2% porque no tenían donde vivir, 13.4% porque tuvieron problemas con los suegros con quienes vivían, 12.1% por la cercanía con la familia, 8.5% porque allí les prestaron casa, 8.5% porque allí la renta es más barata, y 4.8% por la cercanía con el trabajo.

Esta información revela que si bien hay motivos variados en estas familias para residir en el lugar en que viven, el motivo principal se relaciona con la propiedad del predio o de la casa. Entre los motivos más significativos llama la atención el de los problemas con los suegros, sobresaliente en el municipio de Guadalajara, y la cercanía con la familia, importante en el municipio de Tlaquepaque.

Es interesante ver cómo los motivos que orillan a estas familias a establecer su vivienda en un lugar determinado muestran discrepancias en torno a las relaciones establecidas con la familia ampliada. Como vimos arriba, en el municipio de Guadalajara sobresale, como motivo para asentarse en su actual lugar de residencia, el problema con los suegros, es decir, se alejan las familias del núcleo familiar ampliado del que formaban parte, probablemente por los problemas que genera el hacinamiento.

En el municipio de Tlaquepaque es importante la cercanía con la familia. Como vimos en la procedencia de las familias, en Tlaquepaque resaltan las familias que proceden de otro estado o de otra población del interior del estado. Parece ser que éstas recurren a la familia ampliada para lograr su apoyo. Es probable que los lazos de apoyo y solidaridad en las familias ampliadas de los migrantes sean más firmes que los de las ampliadas originarias de la ZMG.

Con relación al tiempo que llevan viviendo en su lugar actual de residencia, se observa que 29.2% tiene más de 31 años vivien-

do en ese lugar, 26.8% tiene menos de cinco años, 15.8% de 6 a 10 años, 9.7% de 26 a 30 años, 7.3% de 11 a 15 años, 6% de 21 a 25 y 4.8% de 16 a 20 años.

La información muestra una distribución polarizada, ya que 29.2% tiene más de 31 años residiendo en el lugar; en esto sobresalen las familias que viven en el municipio de Guadalajara, y donde 26.8% tiene menos de 5 años; aquí sobresalen las familias que viven en el municipio de Tlaquepaque. Habrá que recordar que en la procedencia de las familias vimos que en Tlaquepaque sobresalen las procedentes de otros estados y de otras poblaciones del interior del estado. El tiempo que llevan viviendo estas familias en su lugar de residencia, y como vimos en la procedencia de estas familias, el hecho de que un porcentaje de ellas ya son originarias del lugar en que viven, nos señala que su problema con niños en la calle no es nuevo, y que la pobreza y los procesos de exclusión social las obligan a vivir en los únicos lugares a que tuvieron opción.

Tamaño de las viviendas, servicios con que cuentan y tamaño de las familias

Con relación al tamaño de las viviendas de las familias con niños en la calle de la ZMG, se observa que 56% habitan en viviendas con un cuarto, 36.5% en viviendas de dos cuartos y 7.3% en viviendas de tres cuartos. La mayoría de las familias habitan en viviendas de un cuarto. Esto las obliga a convertir su reducido espacio en un lugar común y múltiple para realizar las distintas actividades de la vida cotidiana familiar: trabajar, hacer las tareas escolares, comer, dormir, jugar, descansar, etc. En ocasiones comparten este espacio con animales domésticos.

Estas condiciones anulan la privacidad e impiden un descanso reparador. La falta de espacio impide que los niños puedan desarrollar sus actividades ordinarias, entre las que se encuentran las escolares, la calle se vuelve una extensión de la casa y esto puede dar lugar a que los padres permitan que sus hijos pasen más tiempo en ella.

La información obtenida con relación a los servicios básicos con que cuentan las viviendas nos muestra que 95% cuentan con energía eléctrica. 30.4% no tiene drenaje, 28% no tiene excusado y 26.8% no tiene agua entubada. Aquí llama nuevamente la atención el desigual desarrollo urbano entre los municipios, pues mientras la mayoría de las viviendas ubicadas en Guadalajara cuentan con los servicios básicos, en las ubicadas en Tlaquepaque, Zapopan y Tonalá las carencias son notables. Mientras la totalidad de las viviendas ubicadas en Guadalajara cuentan con agua entubada, la totalidad de las ubicadas en Tonalá carecen de ella.

Respecto al tamaño de las familias, la información muestra que en 63.4% de las viviendas viven familias integradas por 6 a 10 personas, en 20.7% de 1 a 5, en 10.9% de 11 a 15 y en 4.87% 16 ó más personas. En cerca de 80% de las viviendas están habitadas por 6 ó más miembros. Las familias ubicadas en Tlaquepaque son las más numerosas. Hay que recordar que en este municipio se concentran más las familias procedentes de otros estados y de otras poblaciones del interior del estado, y que estas familias, al emigrar, buscan la solidaridad de los parientes que ya se encuentran en el nuevo nicho ecológico y pasan a formar parte, a veces, de una familia extensa que, como vimos al hablar de los recursos de la pobreza, en el uso de la familia extensa, hay una tendencia al incremento de este tipo de familias.

Aquí vale la pena señalar que en cuanto al número de hijos por familia la información obtenida revela que 53.6% de las familias tiene entre 4 y 6 hijos, 20.7% entre 1 y 3, 17% entre 7 y 9 y 8.5% tiene 10 hijos o más. El promedio general de hijos es de 5.5 por familia. Las diferencias relativas que aparecen entre el tamaño de las familias y el número de hijos por familia provienen del hecho de que en el tamaño de las familias se incluye a los parientes y gentes sin ninguna relación de parentesco con el jefe del hogar.

La distribución espacial de la vivienda condiciona las interacciones e incide, por tanto, en las formas concretas de socialización y reproducción de las pautas culturales y morales. Las

características del hábitat, la precariedad de las viviendas, su tamaño reducido y la carencia de servicios, más el tamaño de las familias y la convivencia con animales domésticos y fauna nociva, hacen evidente el deterioro de las condiciones materiales de existencia de estas familias, lo que puede propiciar, por un lado, problemas de promiscuidad social por el hacinamiento, lucha por el espacio, tensión, agresividad, pleitos, abuso sexual, y, por el otro, problemas de salud por la calidad del agua que consumen, el manejo inadecuado de excretas. La falta de infraestructura básica en las viviendas de estas familias multiplica el tiempo destinado a las labores domésticas: acarreo de agua, etc. En estas condiciones, es muy difícil lograr la cohesión familiar, lo cual puede dar lugar a una desorganización que lleve a algunos miembros de la familia a abandonarla.

Estructura de las familias

La información relativa a la tipología que configuran las familias con niños en la calle de la ZMG, a partir de las relaciones de parentesco que establecen sus miembros con el jefe de la familia, muestra que 58.5% son familias integradas por los padres y los hijos, es decir, son familias nucleares simples; 29.2% son familias conformadas por los padres, los hijos y parientes consanguíneos, o sea, son familias nucleares ampliadas, y 12% son familias formadas por el padre, la madre, los hijos, parientes y personas que no tienen lazos de parentesco con el jefe de la familia, únicamente lazos de afinidad: compadres, amigos, son familias nucleares compuestas.

De las familias nucleares simples, 70.8% están conformadas por los padres y los hijos, 29% son familias monoparentales, 25% constituidas por la madre y los hijos, y 4.2% constituidas por el padre y los hijos.

De las familias nucleares ampliadas, 58.3% están integradas por los padres, los hijos y otros parientes, 37.5% por la madre, los hijos y otros parientes y 4.1% por el padre, los hijos y otros parientes.

De las familias nucleares compuestas, 80% están formadas por los padres, los hijos, parientes y otras personas sin lazos de parentesco con el jefe de la familia y el restante 20% están integradas por el padre, los hijos, parientes y otras personas sin lazos de parentesco con el jefe de la familia, es decir, se trata de familias monoparentales con jefatura masculina. No encontramos en la totalidad de la muestra familias nucleares compuestas con jefatura femenina.

Estos datos parecieran indicar que la familia nuclear compuesta monoparental, sólo es posible con la presencia del padre, y que la presencia en la familia de personas sin relación de parentesco con el jefe de la familia, también sólo es posible cuando el jefe del hogar es hombre. Asunto diferente en el caso de las familias nucleares ampliadas monoparentales, donde las mujeres parecen recurrir a los parientes para simplificar las formas de reproducción de la familia, pues como vimos arriba, 37.5% de las familias nucleares ampliadas están conformadas por la madre, los hijos y otros parientes, contra 4.1% conformadas por el padre, los hijos y otros parientes. La presencia de familias ampliadas monoparentales donde la mujer aparece como jefe de familia, posiblemente represente una forma de estrategia para sobrevivir, ya que tener a un lado hermanos, primos, etc., puede facilitar las condiciones de reproducción económica y social.

Lo anterior significa que en la mayoría de las familias con niños en la calle de la ZMG, el padre y la madre viven en casa con los hijos, en una cuarta parte sólo la madre con los hijos y en una proporción pequeña el padre solo con los hijos. Esta información nos indica que a pesar de las transformaciones que las familias han experimentado, la familia nuclear simple o tradicional sigue siendo la más común.

Familias reconstituidas,

con jefatura femenina y escolaridad de los padres

De las 82 familias encuestadas sólo 10 (12%) son reconstituidas, es decir, son familias en las que el padre o la madre estuvieron

antes casados o unidos a otra pareja. En 6 el padre estuvo antes casado o unido a otra pareja, en 3 la madre y en 1 los dos estuvieron antes casados o unidos a otra pareja.

El porcentaje de familias reconstituidas no es elevado, pero combinado con otros rasgos puede mostrar una diversidad de características que revelan cómo las familias con niños en la calle poseen muchos puntos débiles que afectan la forma como desarrollan sus funciones de reproducción social. Como vimos en el inciso sobre la estructura y etapas de desarrollo de la familia, en las de este tipo la convivencia de proles diversas, la escasa o nula congruencia entre la moral familiar y la de la sociedad pueden hacer que estas familias se constituyan en ambientes poco propicios, afectiva y socialmente para el desarrollo de los menores, por el trato diferencial que en ocasiones se otorga a los hijos propios con relación a los de la pareja, y el abuso físico y sexual de los que no son propios.

Con relación a la jefatura familiar, la información obtenida indica que en 68.2% de los casos los miembros de la familia consideran como jefe de la misma al padre, en 28% a la madre, en 2.4% a un hijo mayor y en 1.2% a una hija mayor. Lo anterior nos muestra que aunque la presencia de la mujer en la dirección familiar es notable, el padre predomina como figura jerárquica.

En tres casos, el padre vive en casa junto con la madre, pero ésta es la jefa; en dos la madre es de mucha menor edad (58 y 60 años) que el padre (76 y 78 años), y en uno la madre es de mayor edad (40 años) que el padre (35 años), y ella tiene quinto año de primaria y el padre no tiene instrucción. En dos casos el padre (uno separado y otro viudo) viven en casa, pero en un caso el jefe de la familia es un hijo mayor y en otro (sin presencia de hijos) la jefa de la familia es una hija mayor. Lo anterior parece indicar que culturalmente se acepta en nuestro medio la jefatura femenina en ausencia del padre o de otro varón en la familia, o en situaciones especiales como podría ser enfermedad o discapacidad del padre, por mayor edad o por falta de instrucción de éste.

El incremento de las familias con jefatura femenina, que se está dando como vimos cuando hablamos sobre estructura y etapas de desarrollo de la familia, y que está en relación con el incremento de divorcios, abandonos, separaciones y emigración de los varones, está también en relación con las dificultades en el contexto actual para establecer relaciones duraderas, cosa que parece ligada a la contracción del empleo y el desplazamiento de la figura del hombre como proveedor único por causas estructurales (desempleo y baja escolaridad), así como por causas culturales como el machismo y la irresponsabilidad masculina.

Con relación a la escolaridad de los progenitores, en contra de lo que ocurre a nivel nacional en que el analfabetismo es mayor en las mujeres que en los hombres, en las familias con niños en la calle encontramos que el analfabetismo es mayor en los padres (19.6%) que en las madres (12.9%). 40% de los padres tiene de 4 a 6 años de primaria contra 36% de las madres, 5% de los padres tiene secundaria incompleta contra 3.8% de las madres. A nivel de primaria y de secundaria, los padres tienen más años cursados que las madres. Esto concuerda con lo que ocurre a nivel nacional, en que los hombres tienen en general mayor escolaridad que las mujeres. Aparte de que el mayor analfabetismo en los padres, con relación a las madres, pudiera ser una simple coincidencia en el grupo estudiado, con base en los datos recabados no tenemos una explicación satisfactoria para este hecho.

Actividad laboral de los padres, edad de las madres que tienen un trabajo remunerado, y trabajo y asistencia escolar de los hijos menores de edad

En las madres de la muestra encontramos que 46.7% tienen un empleo remunerado. De éstas, 77.7% tienen un empleo temporal y 22.2% tienen un empleo fijo. 60% de estas madres trabajadoras son cónyuges y 40% son jefas de familia, mientras que la gran mayoría (72%) tienen entre 30 y 49 años de edad (52.7% tienen entre 30 y 39 años y 19.4% entre 40 y 49 años). Esto concuerda con lo que vimos sobre la incorporación de la mujer y los hijos al trabajo remunerado, donde se muestra que las mujeres

que más han incrementado su participación económica son las casadas o unidas, y les siguen aquéllas cuyo estado civil implica la ausencia de marido o compañero.

De las que tienen empleo fijo, dos terceras partes se desempeñan como empleadas de comercio y el resto como obreras (en cocinas económicas, taquerías y cafeterías). Las que tienen un empleo temporal, la mayoría (39.2%) se desenvuelve en el servicio doméstico, una quinta parte realizan el trabajo en su casa: unas armando cajas y otras como costureras o respuntadoras. Otra quinta parte se desempeñan en el comercio informal vendiendo en los tianguis artículos como cacahuates, semillas de calabaza u otros artículos. 10% trabajan en los cruceros y otro porcentaje igual son pepenadoras. Sólo 13% de estas madres trabajadoras labora más de ocho horas al día, la mayoría trabaja entre cinco y ocho horas diarias y una quinta parte de una a cuatro horas.

Con frecuencia las madres que trabajan se ven obligadas a delegar el cuidado de los hijos mientras trabajan en otras personas. La mitad de las madres de la muestra dejan los hijos pequeños al cuidado de un hermano o hermana mayor que ellos. Una cuarta parte los dejan al cuidado de la abuela. 10% los dejan al cuidado del esposo o pareja y el resto con algún otro pariente o incluso con algún vecino.

Ante la falta de apoyos institucionales como guarderías, a las que por su situación de marginalidad no tienen acceso, estas madres establecen redes de solidaridad privadas en las que funciona el apoyo mutuo. Sin embargo éstas no siempre funcionan y en ese caso las madres se ven obligadas a dejar a los hijos solos en la casa, con los riesgos obvios que esto implica.

Las redes de solidaridad entre parientes, amigos y vecinos que se fundan en principios de reciprocidad y lealtad, no excluyen tensiones y conflictos, y encuentran sus límites en las mismas restricciones marcadas por el contexto económico, de modo que la pertenencia a estas redes no siempre garantiza la obtención de las ayudas requeridas.

Con relación a los padres, encontramos que una cuarta parte son desempleados, y los que tienen trabajo poco más de la mitad tienen empleo fijo, y el resto empleo temporal. De los que tienen empleo fijo, la mayoría son empleados de comercio: en taquerías, bares, y mercados. Le sigue en frecuencia los que son choferes del transporte urbano o de camiones que transportan materiales. En menor proporción son ladrilleros y policías. De los que cuentan con empleo temporal, la mayoría trabajan en la industria de la construcción como albañiles o peones; luego siguen los que se dedican al comercio informal, y por último los que son lavacarros y pepenadores. Más de la mitad trabaja más de ocho horas diarias, una tercera parte entre cinco y ocho horas y el resto de una a cuatro horas.

Las actividades laborales que los padres de las familias con niños en la calle desempeñan, se caracterizan porque requieren poca o ninguna preparación y son mal remuneradas, lo que está en relación con su escasa preparación, con el desempleo y el consecuente incremento de la informatización del trabajo.

En el caso de las madres, su incorporación a la actividad económica está mediada además por la condición de género, por la etapa de desarrollo que atraviesa la familia, por la edad en que se insertan al mercado laboral, lo que implica la presencia de hijos pequeños y/o adolescentes, y por la necesidad imperiosa de un ingreso por raquítrico que éste sea. Las horas que las madres dedican al trabajo remunerado, aparte de la carencia de empleos, se debe probablemente a la necesidad de compatibilizarlo con el cuidado de la casa y de los hijos. Los padres, al contrario, tienen que trabajar más de ocho horas al día, probablemente por la necesidad de lograr un mayor ingreso que alcance para satisfacer las necesidades básicas de la familia.

A veces, cuando el ingreso que logran ambos padres o la madre sola no alcanza para cubrir las necesidades más apremiantes de la familia, se hace necesaria la participación económica de los hijos, estrategia de supervivencia de las familias. En las de la muestra, encontramos que en ocasiones los hijos aportan al sos-

tenimiento. 56% de estas familias recibe un ingreso extra que procede del trabajo de hijos menores de 17 años.

De un total de 57 menores que trabajan en estas familias, 44% son "cerillos".⁵ El resto se desempeña en actividades tan variadas como el comercio ambulante vendiendo flores, chicles, dulces, globos, mapas y otros artículos; como lavacarros y cuidacarros; en los cruceros como limpiaparabrisas, payasos o malabaristas; ayudantes de albañil, pepenadores; en talleres de cerámica; como ayudantes o meseras en fondas, cenadurías, taquerías, tortillerías; como floristas, ordeñadores; como lavanderas, planchadoras, o en el servicio doméstico, o ayudando generalmente a la madre en el trabajo a destajo que ésta realiza en su domicilio como la elaboración de muñecos, o guaraches por ejemplo. Estas actividades se caracterizan por la informalidad; la asistencia al trabajo es irregular y el tiempo que dedican al mismo oscila entre las cuatro y las ocho horas diarias. 20% de estos menores que trabajan tienen de 9 a 11 años, 25% de 12 a 14 y 55% entre 15 y 17 años. Como puede observarse, su incorporación al trabajo se incrementa conforme aumenta su edad.

A continuación presentamos un cuadro que nos muestra cómo, conforme aumenta la edad de los menores, se van incorporando cada vez más al trabajo y se va incrementando también la deserción escolar (ver cuadro 1).

Como puede observarse, en el cuadro 1 no encontramos menores de 6 a 8 años trabajando. La mayoría de los menores en este rango de edad (88.6%) sólo asiste a la escuela, el restante 11.4% no trabaja y no asiste a la escuela. Entre los 9 y los 11 años, estos menores empiezan a incorporarse al trabajo y en un número pequeño empiezan también a desertar de la escuela. Entre los 12 y los 14 años se incorporan más al trabajo y también desertan

⁵ Se conoce como "cerillos" a los menores de edad que en las tiendas de autoservicio colocan las mercancías de los clientes en bolsas, y ayudan, generalmente a las amas de casa, a llevar estas bolsas al automóvil, servicio por el cual reciben una propina.

Cuadro 1
Asistencia escolar y trabajo en los menores de 6 a 17 años de edad

Edad	Sólo asisten a la escuela	Trabajan y asisten a la escuela	Trabajan y no asisten a la escuela	No trabajan y no asisten a la escuela
6 a 8	88.6%	—	—	11.3%
9 a 11	67.5%	16%	4%	12.5%
12 a 14	63%	17%	8%	11.5%
15 a 17	24%	15.5%	40%	20.5%

Fuente: elaboración propia a partir de encuesta a familias con niños en la calle de la ZMG 2001.

más de la escuela. Entre los 15 y los 17 años el porcentaje que asiste a la escuela y no trabaja se reduce a 24%, mientras que el de los que trabajan y no asisten a la escuela se eleva a 40% y el de los que no asisten a la escuela ni trabajan se eleva a 20.5%.

Llama la atención los porcentajes de niños de 6 a 8 años que debiendo ir a la escuela no asisten a ella. Como estos menores no trabajan, tal cuestión puede estar en relación con la imposibilidad de los padres para enviar a los hijos a la escuela por su precaria situación económica. La incorporación al trabajo y la deserción escolar en los menores de 12 a 14 años puede estar en relación con el hecho de que en tales edades los niños concluyen su educación primaria y muchos de ellos no continúan estudiando, ingresan a las actividades económicas o ayudan, principalmente las niñas, en las tareas domésticas, lo cual permite que otros miembros del hogar puedan incorporarse al trabajo remunerado.

Las razones que explican por qué los niños desertan de la escuela para trabajar, son muy diversas y van desde la precaria situación económica de las familias que no disponen de los recursos suficientes para sufragar los costos de la educación de los hijos, pasando por la insuficiente infraestructura educativa y la falta de oportunidades para los hijos de las familias pobres para acceder y para permanecer en el sistema educativo, hasta la permanencia de factores culturales que no ven la educación de los niños como una inversión.

También llama la atención el hecho de que una quinta parte de los menores de 15 a 17 años de edad no trabajan y no asisten a la escuela. Esto podría estar en relación con lo anterior o con el desempleo imperante que es más acentuado en hombres y mujeres jóvenes. Esto resulta preocupante por la gran cantidad de tiempo libre de que disponen estos menores que viven en un medio ambiente precario, carente de centros de recreación, que tienen necesidades económicas y afectivas insatisfechas, y que pueden ser enganchados con facilidad en actividades delictivas.

Ya vimos que el trabajo de los hijos aparece como una estrategia de sobrevivencia de las familias. El trabajo lleva a los menores a desertar de la escuela, y como sus actividades las realizan principalmente en la calle, esto puede ser el detonador para que abandonen el seno del hogar.

El contexto condiciona el desarrollo de las personas. La acción socializadora que se ejerce en la familia resulta del clima general que la impregna. Este proceso de socialización no sólo está condicionado por las condiciones materiales de vida de la familia y sus condiciones socioculturales, sino también por el tipo y calidad de las interacciones que en ella se establecen y por el tipo de relaciones que establece con la comunidad y la cultura de la que forma parte, así como por su propio proceso de desarrollo, es decir, lo que la familia pone en juego en situaciones de adversidad, en un tiempo difícil de cuantificar, hasta tal vez en el transcurso de varias generaciones, o no logran desarrollarse.

Para entender mejor cómo se da el proceso de formación, tanto formal como informal de los hijos en el seno familiar, es importante no reducir el análisis del mismo a la forma en que los progenitores de las familias con niños en la calle educan a sus hijos, sino considerar el contexto familiar en el que estos padres fueron a su vez educados, pues esto nos permitirá una mejor comprensión de cómo se da, en el seno de las familias con niños en la calle, la transmisión intergeneracional de la cultura.

*La educación formal e informal de los hijos
en las familias de la ZMG con niños en la calle*

A continuación ofrecemos una narración sobre cómo se da el proceso de formación de los hijos en las familias de la ZMG con niños en la calle. Esta narración se basa en la información que obtuvimos de entrevistas a siete madres de familia con niños en la calle de la ZMG. Pero, de acuerdo con lo dicho en el párrafo anterior, para entender mejor cómo se da este proceso, veremos primero cómo fue el contexto ecológico en el que los progenitores de las familias con niños en la calle fueron educados durante su infancia en su familia de origen, para posteriormente ver cómo, cuando estos progenitores forman su propia familia (familia de procreación), educan a su vez a sus hijos.⁶

Familia de origen

Tanto el padre como la madre de las familias con niños en la calle vivieron su niñez y adolescencia en viviendas en malas condiciones, y con ausencia, a veces, de servicios básicos como agua entubada, excusado y drenaje, en ocasiones con excrementos al aire libre, y a veces se consume agua de pozo.

Entrevistas

Entrevista 1

Madre de 30 años, con sexto año de primaria, con cinco hijos de 10, 9, 8, 5 y 2 años de edad:

Vivíamos en una casa que había comprado mi mamá, era un lote con muchas hierbas, arañas, víboras y gusanos. Tenía dos cuartos con techo de bóveda, uno para la cocina y otro para dormir. Sólo teníamos luz, el agua era de pozo y hacíamos del baño en el lote.

⁶ Cada individuo nace en una familia. A ésta, en la que nace y se cría, se le llama de origen. Cuando algún individuo ya adulto forma su propia familia, se le llama familia de procreación.

También experimentaron cambios frecuentes de domicilio porque sus padres carecían de vivienda propia, porque vivían en una casa prestada o era difícil pagar la renta.

Entrevista 3

Madre de 36 años, con quinto año de primaria, con tres hijas de 22, 15 y 10 años: .

Con mis papás nos tuvimos que cambiar muchas veces porque pagábamos renta, y pues se vencía el contrato y ¡vámonos para otro lado!

Con su familia de origen formaron parte de una familia extensa, es decir, cuando sus padres se unieron, comenzaron a vivir con los padres de él o de ella o con algún pariente. También se agregaba en ocasiones a la familia la pareja del hermano o de la hermana y los hijos de ellos. De esta manera vivieron su niñez y adolescencia en familias extensas hacinadas.

Entrevista 5

Madre de 32 años, con sexto año de primaria, con cinco hijos de 14, 13, 11, 9 y 8 años:

Yo vivía con mi papá, mi mamá y cuatro hermanos. Éramos tres mujeres y dos hombres, cinco en total, yo era la cuarta. Vivíamos con mi abuela; mi papá se la llevó a vivir con nosotros porque ella no tenía dónde vivir. Mi abuela tenía cinco hijos, contando a mi papá, pero todos eran de padre diferente. Luego un hijo de ella se llevó a su novia a vivir también con nosotros. Vivíamos en un cuartito de adobe que estaba tapado con lámina de asbesto, allí dormíamos todos.

Los cambios de domicilio, a veces no sólo tuvieron su origen en la dificultad para pagar la renta o en el hecho de que fueron expulsados de la casa que les habían prestado, sino también por

problemas generados en la convivencia con la familia extensa. Tanto ellos como ellas fueron testigos de la violencia entre sus padres, ocasionada por las malas relaciones de pareja, por el alcoholismo del padre, de la madre o de ambos, o por problemas con otros miembros de la familia extensa, por la infidelidad de la madre o por la convivencia paralela del padre con otra pareja. También fueron testigos de la violencia entre hermanos y cuñadas por los celos, el alcoholismo y la drogadicción. Sufrieron en carne propia la violencia proveniente de los padres, hermanos u otros parientes.

Entrevista 2

Madre de 31 años, sin escolaridad, con cinco hijos de 16, 15, 13, 12 y 3 años:

Nosotros vivíamos en Sinaloa; los ocho hermanos con mis papás en una vecindad con un tío. De allá llegamos aquí a una casa que le prestaron a mi papá sus papás. Después de que mi mamá murió allí, mis abuelitos nos corrieron y nos quitaron todas nuestras cosas.

Entrevista 5

Mi papá tomaba casi diario, llegaba muy borracho a la casa y le pegaba a mi mamá, y a nosotros nos ponía unos fajazos con el fajo mojado, nos golpeaba y nos trataba de madres p'arriba. Tenía otra señora, nosotros la conocimos y mi mamá decía que mi papá se metía con ella y también con la hija de esa señora.

Entrevista 2

Mi papá y mi mamá eran alcohólicos. Mi mamá era una mujer muy dura, a nosotros nos pegaba mucho, con golpes quería corregirnos todo. Mi hermano el más grande se casó y vivía ahí con nosotros, con su esposa, pero era muy celoso y le pegaba. Entre mis papás siempre hubo muchos problemas. Mi mamá se enamoró de

otro hombre cuando trabajaba vendiendo cosas de casa en casa. Ese señor era un abonero y él iba y la buscaba, pero nosotros en aquel entonces todavía no sabíamos nada de malos pensamientos, para nosotros era normal que el señor llegara y se metiera allí con mi mamá. Nosotros decíamos que era su amigo y le llegábamos a decir a mi papá. No sabíamos, por eso mi papá tomaba”.

Entrevista 1

Todos mis hermanos eran muy agresivos. Uno de ellos que tenía doce años era drogadicto. En la escuela le dijeron a mi mamá que mi hermano estaba mal, que necesitaba terapia, pero mi mamá no tenía tiempo, dijo que tenía que seguir trabajando. Hasta ahorita mi hermano, que ya tiene treinta y cuatro años y trabaja en el vidrio soplado, se sigue drogando.

Entrevista 4

Madre de 28 años, con segundo año de primaria, con siete hijos de 13, 11, 10, 8, 7, 3 y 2 años:

Mi papá nos golpeaba mucho a los tres más chicos. A los dos más grandes los trataba mejor. A esos los quería más. Después vamos sabiendo por mi abuelita que nomás los dos más grandes eran hijos de él, los otros tres éramos de padre diferente. Todos mis hermanos se drogaban con tonzol y cocaína. Aparte, el más grande tomaba mucho alcohol. Luego mi mamá se salió de con mi abuelita con quien vivíamos, y dejó a mi papá porque la trataba muy mal. Mis dos hermanos más grandes, uno que tenía 13 años y mi hermana que tenía 12 no quisieron seguir a mi mamá. Entonces ella se los encargó a mi abuelita y se quedaron con ella. Mi mamá cargaba nomás con los tres más chicos. Nos cambiábamos a cada rato, andábamos de allá para acá. Nosotros íbamos a visitar a mi abuelita y allí estaba mi papá viviendo con otra mujer. En ese entonces yo tenía como 8 años.

En este contexto habitacional y familiar transcurrió la infancia y adolescencia de los progenitores de nuestras familias objeto de estudio, hijos de padres diferentes que procedían de uniones diversas de la madre o del padre. En un medio caracterizado por la escasez de recursos, formando parte de una familia extensa que vivía hacinada en viviendas con malas condiciones, con carencia de recursos y de servicios básicos. En un ambiente violento, debido a las privaciones económicas, el alcohol y la drogadicción. Sometidos a cambios frecuentes de domicilio, vivieron alternativamente con un padre o con otro, o con abuelos, con tíos o tías. Pasaron su infancia y adolescencia entre adultos, de los cuales tuvieron ejemplos poco edificantes. Es decir, pasaron su infancia sufriendo en carne propia los inconvenientes de la familia extensa y en un medio moralmente degradado por el ambiente en el que la familia se desenvolvía.

Trabajo de los padres

Los padres de los progenitores de las familias con niños en la calle, por su baja o nula escolaridad, que les impide insertarse en el mercado formal del trabajo, desempeñan actividades laborales que requieren poca preparación y que suelen ser escasamente remuneradas. Generalmente desempeñan trabajos temporales, por lo que con frecuencia están desempleados. A esto contribuye no sólo el desempleo imperante, sino también el alcoholismo de los progenitores, sobre todo del padre, que les impide, a veces, conservar un trabajo.

Entrevista 3

Mi papá trabajó en muchas cosas, me acuerdo que trabajó en un supermercado de empleado, luego en una fábrica textil de velador, pero tomaba mucho y se iba a trabajar pandeándose en la bicicleta. Dejaba de trabajar por la tomadera y duraba tres o cuatro meses p'a agarrar otro empleo.

Entrevista 2

Mi papá era un hombre muy desobligado. Era maestro albañil pero trabajaba un mes y duraba dos sin trabajar. Tomaba mucho y se iba. Duraba perdido meses y mi mamá tenía que trabajar para mantenernos. Lavaba y planchaba en casas y vendía cosas por las casas. Pero también mi mamá tomaba mucho y por lo mismo no duraba mucho tiempo en las casas donde trabajaba, faltaba mucho y por eso no tenía un trabajo de diario. Ella trabajaba cuando estaba mal con mi papá o cuando mi papá se iba. Cuando él volvía mi mamá descansaba.

El tipo de trabajo que realizan los padres de los progenitores de las familias con niños en la calle, la irregularidad con que lo desempeñan, los bajos salarios que perciben, aunado a la irresponsabilidad del padre, obliga a las madres, ante la insuficiencia del ingreso del marido o el desentendimiento de éste, a incorporarse al mercado de trabajo, generalmente en peores condiciones que sus cónyuges, puesto que tienen que compatibilizar su actividad productiva con el cuidado del hogar y de los hijos.

Entrevista 3

Mi mamá trabajaba porque no le alcanzaba lo que mi papá ganaba, porque con tantos hijos...y como tenía el vicio del alcohol...Por eso mi mamá trabajaba los siete días de la semana. Se dedicaba a limpiar casas, trabajaba en cenadurías y planchaba ajeno, también trabajó de niñera, de todo, ella se hizo cargo de todo.

También la falta de oportunidades para acceder a un empleo, aunque sea mal remunerado, pero que garantice por lo menos un ingreso mínimo estable, obliga a los padres y a las madres de estas familias, a emigrar a los Estados Unidos en busca de ese ingreso que aquí no logran obtener.

Entrevista 5

Mi papá es albañil, pero cada que le pegaba la loquera se iba a los Estados Unidos y nos dejaba meses solitos. Mi hermano el más grande fue el que desde muy chico trabajó para sacarnos a todos adelante.

Entrevista 3

Mi mamá se fue a trabajar a Estados Unidos. La primera vez pasó con pollero, luego arregló su pasaporte. Trabajaba seis meses allá y luego se venía y trabajaba otros seis meses aquí, hasta que puso su propio negocio de cenaduría, pero cuando aquí las ventas eran malas se iba para allá, llegaba con mis tías, hermanas de ella, o con una hermana mía; tengo tres hermanas radicando allá.

Las madres solas, sean solteras, divorciadas, separadas, abandonadas o viudas, y las casadas o unidas, pero con marido o pareja que se desentiende de la manutención de la familia, o que emigra en busca de un ingreso, o para huir de la responsabilidad de proveer a la familia, no tienen otra alternativa que trabajar para tratar de solventar las necesidades básicas de los hijos.

Entrevista 1

De mi papá no supe en qué trabajaba, se murió antes de que yo naciera. Mi mamá trabajó todo el tiempo. Trabajaba en una fábrica donde hacían fierros para equipos de aire acondicionado para carros. También me acuerdo que trabajaba lavando y planchando en casas.

Por el tipo de trabajo que desempeñan los padres de los progenitores de las familias con niños en la calle, carecen de todo tipo de prestaciones. Esto viene a agravar la ya de por sí difícil situación económica de las familias, generada por el bajo ingre-

so que los padres varones logran aportar al hogar y que obliga a las madres a incorporarse a la actividad económica, también por su escasa preparación, generalmente en el sector informal de la economía, sobre todo en el servicio doméstico.

Distribución de las tareas domésticas

El trabajo doméstico se comparte con los hijos o parientes cercanos. Lo más común es que, para salir adelante, los hijos tengan que ayudar en la casa, ya sea mediante su participación en las tareas del hogar, cuidando a los hermanos menores o, como veremos más adelante, con su trabajo remunerado.

Entrevista 3

A mi mamá le empecé a ayudar con el quehacer de la casa cuando yo tenía como ocho años. Le empecé a ayudar a barrer, a lavar, a cocinar, a planchar. Así le seguí ayudando hasta que me fui con el papá de mi hija la grande.

En ocasiones, las madres que trabajan recurren a la ayuda de los hijos para aminorar la sobrecarga que para ellas significa el trabajo doméstico. Pero a veces llegan a apoyarse en los hijos, a tal grado que éstos asumen toda la responsabilidad del trabajo doméstico.

Entrevista 2

Desde que yo me acuerdo empecé a ayudarle a mi mamá con el trabajo de la casa. Ella barría y me decía "junta la basura". Y barría un pedacito y me decía "síguele tú barriendo". Y así, poco a poco me fue dejando toda la responsabilidad que era de ella. Yo hacía todo el trabajo de la casa, hacía de comer, lavaba la ropa, planchaba, cuidaba a mis hermanos, de todo. Mi mamá me dejaba toda la responsabilidad aunque ella estuviera en la casa. Decía que para que no me desacostumbrara cuando ella estaba. Llegó un momen-

to en que mi mamá ya no trabajaba ni nada, ella tomar y tomar. Nos daba dinero para que le trajéramos su vino y su refresco. Yo no sabía nada en ese entonces, lo único que hacía era traerle el vino y trabajar y darles de comer a mis hermanos, porque yo siempre tuve la noción de que era mi responsabilidad. Mi mamá duraba tres o cuatro días tomando y no le importaba si mis hermanos comían o no. Allá donde yo trabajaba sabían de mi situación, conocían a toda mi familia, me regalaban todo lo que sobraba, ya llegaba yo y les daba a mis hermanos de comer y de esto mismo les daba de cenar y a veces hasta de almorzar”.

De esta manera vemos cómo los hijos no sólo colaboran con los padres en las labores domésticas, sino que incluso, a veces, llegan casi a sustituir por completo a los padres en esta función. La participación del padre en las labores domésticas fue la excepción.

Entrevista 5

Me acuerdo que cuando mi mamá se alivió de mi hermano el más chiquito, nos quedamos solas con mi papá, él se iba a trabajar y llegaba en la mañanita en joda a hacernos unas tortillas, torteaba y nos hacía unas gordotas que le quedaban con agujero en mero a medias, pero él nos daba de almorzar y de comer, y en la tarde se iba con mi mamá al hospital.

Cuidado de los hijos

Las redes de relaciones que se establecen en el interior de los hogares, o basadas en redes extensas de parentesco o en vínculos de amistad y compadrazgo, constituyen aspectos cruciales para la sobrevivencia en las familias empobrecidas, sobre todo para el cuidado de los hijos de las madres que trabajan. En ocasiones estas redes de relaciones no existen o llegan a fallar. En estos casos las madres que trabajan se ven obligadas, a veces muy a su pesar, a dejar a los hijos solos en la casa, o al cuidado de los hermanos mayores o de vecinos.

Entrevista 3

Cuando mi mamá se iba a trabajar nos dejaba solos en la casa a cargo de mis hermanas más grandes o con mis hermanos mayores. Mi hermana más grande era la que más se encargaba de nosotros los más chicos. A los más chiquitos los cuidábamos nosotros.

Entrevista 4

Cuando mi hermana y yo nos íbamos a trabajar, los dos niños chiquitos de mi hermana y mis dos hermanos pequeños los dejábamos encargados con una vecina o con alguna señora que estuviera cerquita.

El hecho de que las madres que trabajan tengan que delegar en los hijos mayores el cuidado de los más pequeños, propicia situaciones de riesgo, ya que los hijos no tienen la preparación adecuada para afrontar el cuidado de sus hermanos.

Entrevista 1

Cuando mi mamá se iba a trabajar y nos quedábamos solos en la casa, hacíamos muchas travesuras. Mi hermano el que se drogaba era muy vago. Se subía a las bardas y se colgaba de cabeza. Se colgaba de los carros para llegar más pronto a donde iba. Y yo dije, si él puede, pues yo también. Pero a él no le pasó lo que a mí. Un día me subí a una barda que tenía unas varillas saltadas y me encajé una en el cuello. Un hermano de los más grandes le avisó a mi hermana que trabajaba y ella pidió allí donde trabajaba dinero, porque pues no teníamos, y sí, le dieron, y también le dieron el día. Me llevaron en el camión al seguro. El camión se fue rápido. Otro día se me cayó el ropero encima. Una vez me colgué de un carro para llegar más pronto a la escuela y ándale, que frena y yo por allá fui a dar, me quedó una cicatriz bien fea. Un día uno de mis hermanitos estaba bien rosado. Mi mamá nos dijo, le ponen

Suavitel a los pañales y ándale que nosotros le pusimos a los pañales Vel Rosita y los tendimos. Mi hermana, para que mi mamá no se diera cuenta, le pone alcohol al niño, quedó más feo de lo que estaba. Mi mamá se tuvo que enterar y ándale, otra friega”.

Entrevista 4

Nosotros vivíamos con mi abuelita en un pedazo de terreno que ella nos prestó, en una casa de láminas de chapopote, con cobijas y plástico, con dos cuartos y su cocinita. Una vez mi mamá mandó a mi hermana a que prendiera una vela, pero aventó el cerillo y se prendió toda la casa con los niños chiquitos adentro y mi papá en lugar de apagar el fuego se jodió a mi hermana, no, tú tienes la culpa, si se me queman los chiquitos vas a ver, pero como pudimos apagamos la casa.

Otra consecuencia más y no menos importante de dejar a los hijos solos, es su asistencia irregular a la escuela.

Entrevista 1

Mi hermana se encargaba de echarles a mis hermanos su lonche, yo los llevaba al kinder. Mi hermana me decía la hora de llevarlos y la hora de ir por ellos. Yo me encargaba de las pláticas de la escuela; si había que firmar algún papel ponía mi nombre. Estaba al tanto de lo que les pedían, de ayudarles a hacer sus tareas y de decirle a mi mamá lo que nos hacía falta y ya ella nos lo compraba. Cuando esto yo estaba en sexto año y tenía once años. Tenía que llevar el tarjetón de mi mamá al Seguro porque estaba embarazada y pues estaba muy lejos, aunque a mí me gustaba andar en la calle. Y pues me iba, me sabía la papa porque era de aquí a la escuela y a la clínica, era buen tramo y pues me sabía andar, tan chica por allá y explorando. Con mucha frecuencia me hacía la pinta”.

El cuidado de los hijos se ve mediado por la condición de género, pues las niñas participan más en esta labor que los niños.

Era inevitable que los hijos-tutores descuidaran a sus hermanos, dejando que la calle transmitiera sus enseñanzas.

Entrevista 3

Cuando mi mamá nos dejaba solos en la casa, nos dejaba también todo el quehacer, pero nos salíamos a jugar en la calle y allí nos la pasábamos, nos íbamos a correr al cruce y a juntar juguetes al basurero.

La mayoría de los padres de las familias con niños en la calle, pasaron su niñez y adolescencia al cuidado de los hermanos mayores, o bajo la esporádica vigilancia de vecinos. Se criaron prácticamente solos, cuidándose entre sí en un ambiente hostil y peligroso, tanto por los riesgos a que estaban expuestos en la casa y en la calle, como por la red de relaciones que establecían entre ellos y con los padres, red de relaciones que entretejía y constituía un ambiente violento.

Entrevista 5

Éramos tres hijas, pero a mí era a la única que traían en joda. Que si mi papá quería un huevo, que hazme esto, que tráeme aquello. Yo se lo llevaba, pero estuviera frío o caliente, él a todo le hallaba defecto y me aventaba el plato de la sopa y me echaba encima el vaso de café. Tengo mucho resentimiento con mi mamá, con mi papá y con mi hermana. Una vez mi mamá me llevó y me dejó con una tía y yo lloraba mucho porque pues no me hallaba. Por eso cuando empecé a trabajar me hice bien canija y empecé a agarrar el vicio del vino, fue como...no sé, como tristeza que yo tenía con mi familia.

Como nosotros siempre estuvimos solos en la casa, nos peleábamos contra todos. A mi hermana que sigue de mí, mis hermanos

más grandes la agarraban bien feo a patadas y la encerraban, la aventaban con los gusanos. Con ella no nos queríamos porque era muy chismosa, todo le decía a mi mamá y mi mamá le creía y como era muy dura nos pegaba mucho. Un día, en un pleito, agarré a mi hermana del pelo y la arrastré por toda la casa, pero ella me quebró un palo de escoba en la espalda. Desde entonces no nos hablamos.

Estas jóvenes crecen no sólo en un ambiente de pobreza material, sino también en un espacio escaso de afecto y de poca comunicación entre sus miembros. Generalmente las adolescentes tienen escasa o nula información sobre sexo, sexualidad, reproducción y contracepción.

Entrevista 5

Con mi mamá casi no teníamos comunicación. Cuando mi otra hermana y yo queríamos platicar con ella, nos decía: "váyanse para allá, no den lata". La primera vez que le quise platicar de mi novio me mandó a la fregada y ya de ahí nunca más me le volví a arrimar a platicar. La primera vez que me llegó mi comadre (la regla) yo tenía 11 años y pensé que me había cortado y que mi mamá me iba a poner una joda. Estaba yo en la escuela y cuando me paré me vi manchada de sangre, me sentía como orinada y empecé a llorar y una maestra bien buena me dijo "¿Qué tiene m'hija?" "Es que me corté pero no sé de dónde y mi mamá me va a pegar". Ella me llevó al centro de salud y allí me explicaron y la maestra me llevó a la casa y habló con mi mamá.

En un ambiente de pobreza, ignorancia y escasa comunicación, las niñas aprenden de manera traumática aspectos relacionados con su fisiología, como en el caso de la menstruación.

En estas adolescentes no sólo recayó la responsabilidad del cuidado y crianza de los hermanos menores, sino también la de sostener a sus hermanos o de proveer para toda la familia. Así, siendo aún unas niñas, sustituyen a la madre al asumir casi por

completo la responsabilidad del trabajo doméstico y el cuidado del padre y de los hermanos.

Entrevista 2

Una de las cosas que más gravada se me quedó fue un día antes de irme a trabajar: mi mamá había tomado toda la semana y ya tenía como tres días tomando en su cuarto. Ese día mi papá y mi hermano el grande andaban trabajando fuera. Ese día regresé como a las dos de la tarde, a la carrera porque iban a llegar ellos, y como yo no estaba, la casa estaba con las patas p'arriba. Mi hermano que se había divorciado estaba en su cuarto. Yo llegué desesperada y le dije a mi mamá: "ya van a llegar y se van a enojar, me van a regañar". Mi mamá me regañó y me dijo: "súbete a arreglar arriba", pero para esto se me arrimó y me dijo: "hija, me voy a morir, me voy a matar", y pues yo no sabía, o sea, mi mente no captaba todavía eso. Le dije: "ay amá, mejor duérmete un rato para que se te baje y cuando llegue mi papá no te halle borracha". Entonces me dijo: "sí hija, me voy a morir, si no cuidas a tus hermanos voy a venir y te voy a jalar las patas". Ella me estaba diciendo eso y se iba doblando, se iba doblando. Le pregunté a mi hermano que estaba allí: "¿Dejamos que se duerma o la acostamos?". Entonces él me dijo: "déjala para que se le baje un poquito", y la dejamos así, se quedó ladeada.

Me subí a arreglar arriba y a lavarle y a plancharle su ropa a mi hermano, que en ese ratito sí andaba ayudándome porque yo andaba a la carrera. Como a las cuatro de la tarde me bajé a arreglar abajo. Mi mamá ya estaba morada y tiesa y le dije a mi hermano que éramos como quien dice los que convivíamos, porque los demás estaban más chiquitos. Mi mamá no despierta y él la movía y la movía y ella tenía los labios negros. Le dije a mi hermano: "voy a hablarle a la señora de enseguida", porque yo a esa señora le iba a lavar y a planchar a veces en la tarde y nos regalaba comida, ropa y zapatos. Ya fui y le dije: "doña, mi mamá no despierta, sabe qué tiene". Ya fue y ella misma llamó la ambulancia y todo. Mi mamá ya tenía como

dos horas de muerta. Mi mamá borracha se envenenó, tomó cianuro. Nos dijeron que tenía todo por dentro despedazado. Cuando mi papá llegó como a las seis de la tarde mi mamá ya estaba en la Cruz, y ya no le sorprendió tanto, ya más o menos él sentía que mi mamá estaba enfadada de la vida y de la vida con él más que nada.

Mi mamá tenía treinta y cuatro años. Nos dejó a ocho. Una niña como de cuatro meses y ya estaba embarazada como de dos meses. Mi mamá cada año tenía familia. Mi hermano el grande se volvió a juntar con su esposa y se fue a vivir a otro lugar. Mi mamá se murió el sábado, la enterramos el domingo y el lunes mi papá se fue a tomar y nos dejó ahí solos.

Yo siempre tuve la responsabilidad, pero me sentía sola para mantener a todos los niños. Esa fue la primera vez que me enfermé, no me podía levantar, todo me daba vueltas. Duré como quince días en cama, y mis hermanos, pues el que seguía de mí tenía ocho años y era el que salía a arrimar de comer para todos. Yes que yo me puse de negro y me dijeron que me estaba haciendo daño el luto. La señora que le digo que le lavaba me llevó con el doctor y me dijo que me quitara lo negro, que me estaba haciendo daño para el corazón y fue del modo que me empecé a recuperar. Yo tenía como 11 años y a esa edad me junté con mi primera pareja.

En este contexto, los progenitores de las familias con niños en la calle vivieron en su familia de origen experiencias traumáticas, caracterizadas por las enormes responsabilidades que asumieron a muy corta edad y que iban más allá de cualquier límite humanamente razonable. En este ambiente fueron víctimas del rechazo y el trato diferencial discriminatorio entre hermanos por parte de sus padres. Vivieron experiencias desagradables como el maltrato y el mal ejemplo de abuelos, padres y madres. Todo esto en medio de la soledad, el miedo, la falta de afecto, el desamparo, la desesperanza, la frustración, el resentimiento y el odio.

Trabajo de los hijos

Además de participar en las labores domésticas y de cuidar a sus hermanos y a veces a sus padres y a los enfermos, los hijos contribuyen con su trabajo remunerado a la manutención de la familia. A veces lo hacen como una obligación que no pueden eludir ante el abandono, por la causa que sea, de los padres, y frente a la situación de desamparo y miseria que viven junto con sus hermanos.

Entrevista 5

Mi hermano el mayor comenzó a trabajar como a los 9 o 10 años para sacarnos a todos adelante. Gracias a él nunca nos quedamos sin comer. Yo comencé a trabajar a mis once años, primero empecé vendiendo loza. Antes de que me fuera con mi esposo, él y yo trabajábamos juntos en un taller de cerámica; él vaciaba loza de barro y yo bruñía loza.

En otras ocasiones el trabajo de los hijos es visto por los padres como una forma de educar a los hijos para la vida, algo así como una escuela para la vida.

Entrevista 3

Me acuerdo que ya como a los diez años trabajaba. Yo y todos mis hermanos trabajamos en cenadurías lavando los trastes para ganar tantito dinero. Pero mi mamá no nos dejaba a las mujeres que le diéramos dinero. A mis hermanos sí les recibía, pero decía que para que se acostumbraran a aportar dinero a la casa, para que se hicieran hombres responsables. Uno de mis hermanos más grande trabajaba en la cobranza, y sí, aportaba dinero para la casa.

A veces se inician en la actividad económica inducidos por los padres que se apoyan en ellos para afrontar la crisis económica.

Entrevista 2

A los nueve años empecé a trabajar porque mi mamá me puso a trabajar en una taquería dorando los tacos. En Sinaloa estuve trabajando en una empacadora y en la pizca de verdura. También trabajé de mesera.

Entrevista 4

Yo desde como a los 8 años le empecé a ayudar a mi mamá con el quehacer de la casa. A esta edad mi mamá me empezó a llevar a una casa donde ella trabajaba para que me enseñara, y ya después me dejó sola con la señora. Me pagaba 10 o 15 pesos diarios. Todo lo que ganaba se lo daba a mi mamá.

En otras ocasiones los hijos trabajan por voluntad propia, movidos por el amor a la madre y por un sentimiento de responsabilidad y de solidaridad con ella y con los hermanos. Ante la necesidad de sobrevivencia comparten con ellos el sufrimiento que la escasez de recursos provoca.

Entrevista I

Un día, en la madrugada, mi mamá estaba haciendo el atole y estaba llorando y llorando, le pregunté por qué lloraba y me dijo, qué te interesa, vete a acostar. Después vi que estaba contando "frías" (tortillas) y ya le conté a mi hermano y nos pusimos a trabajar, pero sin que ella se diera cuenta. Hacíamos en la casa figuras de espantos y las metíamos debajo del colchón. Pero mi mamá cada sábado cambiaba de sábanas y un día que volteó el colchón va viendo el montón de figuras y ándale que nos regaña y nos metió una friega.

Después mi hermano el más grande se fue a trabajar en un taller de barro sin que mi mamá se diera cuenta. Mi hermana más grande se fue a trabajar a una casa, pero le dijimos a la señora que no le dijera a mi mamá. Ya después si yo necesitaba algo en la

escuela les decía a mis hermanos, pero ya no le decíamos a mi mamá. Le ayudábamos pero sin que ella se diera cuenta. Por ejemplo, nos encargaba un kilo de tortillas y traíamos kilo y medio. Todos los días nos dejaba frijoles y sopa y ya nosotros les poníamos crema o quesito, y pues ya sabía diferente. Mi hermano el que se drogaba, en lugar de darnos le robaba a mi mamá”.

En ocasiones, algunas mujeres recurren, como única salida a su situación de miseria, a la prostitución. A veces la ejercen por voluntad propia y en ocasiones si no inducidas por la madre o hermanas, por lo menos tolerada por éstas, e incluso en ocasiones por la pareja.

Entrevista 4

Mi mamá y mi hermana trabajaban en casas a donde iban a planchar, pero las dos se dedicaban a la prostitución, todas las noches se iban a trabajar a los bares. Cuando mi hermana tenía 14 años se juntó con su novio y se fue porque no quería vivir con mi mamá, pero luego mataron al papá de su niño y se regresó con mi mamá. Estaba junta en la casa con un muchacho, tuvo otro niño, pero pues se seguía saliendo, andaba de vaga. Salía con muchachos y metía a uno y a otro y a otro a la casa. Yo le decía: “oye, ¡qué pues!”, y me decía: “no te apures m’hija son amigos”. Cuando se iba en la noche yo le cuidaba a los dos niños que tenía. Se iba y me decía: “no me tardo, voy por una feriecita”. Llegaba bien noche con otras muchachas, todas bien borrachas y me decían, no te agüites y me daban veinte, treinta pesos, mira ten, para tus niños. Una vez la acompañé y un señor empezó a hablarme y una amiga de mi hermana me dijo: “anda, te va a dar dinero”, y yo dije: “no, mejor denme dinero para el carro”; “hay m’hija, ya te asustaste”.

La incorporación temprana al trabajo, de los hijos, afecta sus expectativas sociales, como veremos enseguida.

Aprendizaje formal e informal de los hijos

Esta forma de vida genera aprendizajes tempranos en los jóvenes, como la responsabilidad, pero también propicia que, por priorizar las actividades asociadas a la manutención económica, descuiden el aprendizaje de otros conocimientos. Así, vemos que estos jóvenes no logran tener una experiencia escolar estable, ya que la mayoría con trabajos logra terminar la primaria.

Entrevista 6

Madre de 38 años, con sexto año de primaria, con cuatro hijos de 13, 11, 10 y 9 años

A los siete años comencé a ir a la escuela y todavía me ponía a ayudarle a mi mamá con el trabajo de la casa, a barrer, a lavar, a cuidar a los niños más pequeños. Yo era la mayor, así que a los demás los tuve que cuidar como segunda mamá para ellos. Así seguí hasta los doce años que terminé la primaria y empecé a trabajar en una tortillería para poder ayudar a mis papás. En aquel tiempo yo ganaba sesenta pesos, les daba a ellos treinta para que pudieran comprar el frijol o el arroz y me quedaba con treinta con los que me compraba ropa y zapatos.

A veces estos niños asisten a la escuela sin contar con la total anuencia de los padres. Sin embargo, a pesar de esta oposición, en ocasiones logran salir adelante gracias a la solidaridad de los hermanos, o por lo menos logran una escolaridad mayor de la que podría esperarse dadas las limitaciones económicas que estos chicos padecen y el sacrificio que tienen que hacer para compatibilizar el trabajo remunerado, el trabajo en el hogar y la escuela.

Entrevista 5

Una de mis hermanas es enfermera, pero cuando hizo la secundaria mis papás ya no la quisieron ayudar. Mi papá le dijo: "nosotros

no tenemos dinero, si tienes, estudia". Mi hermana se agarró llore y llore porque tenía deseos de estudiar. Yo ya trabajaba vendiendo loza y le dije: "no te apures, a ver cómo le hago pero te voy a ayudar, tú estudia y yo te ayudo", y empezó a estudiar. El señor con el que trabajaba era bien buena gente y me prestaba. Siempre estuve endrogada por sacar a mi hermana adelante, pero me da gusto porque sí se recibió y ahora que está casada ayuda a mis papás.

Mi hermano el más grande, desde muy chico, como a los nueve o diez años, empezó a trabajar. Cuando entró a la secundaria mis papás le dijeron que ya no podían ayudarlo porque ya todos estábamos en la escuela, pero él siguió trabajando y llegó hasta segundo de preparatoria, él solito se lo pagó, pero al último lo dejó porque de plano ya no podía, pues él fue el que nos sacó a todos adelante.

El ingreso a la escuela de los niños de las familias pobres, como son las familias con niños en la calle, altera sus propios códigos conductuales. Los maestros cuestionan los comportamientos aprendidos por los niños en su familia, que no corresponden con los que la escuela está tratando de enseñar. A los niños les cuesta mucho trabajo adaptarse a un marco institucional que les es ajeno. Repiten años y finalmente dejan de acudir a la escuela por considerar que ésta no está hecha para ellos.

Entrevista 3

A la escuela empecé a ir como a los seis años y fui muchos años, pero nomás llegué a quinto, es que el primero lo reprobé como tres veces. A los catorce años me salí de quinto porque me fui con mi novio.

La función de selección social de la escuela se ensaña con estos jóvenes, ya que profesores y autoridades tienen escasa consideración de sus limitaciones sociales y culturales.

Entrevista 3

A mí no me gustaba ir a la escuela. Tuve un maestro de ésos que le pegan a uno con el borrador. El director forraba un tubo como de esos de cobre con un plástico y con eso nos daba en las puras manos, nos golpeaba bien feo, creo que si lo encontrara ahora le daba yo también.

Es probable que los maestros se sientan derrotados al ver la inutilidad de sus esfuerzos por atender a estos niños que van atrasados sin ninguna ayuda de los padres, pues el escaso bagaje cultural de éstos les impide, aunque quisieran, ayudar a sus hijos en sus tareas escolares. Generalmente son los hermanos, que van en un nivel escolar superior, quienes ayudan a los otros con sus tareas.

Entrevista 6

Mis papás no me podían ayudar a hacer las tareas de la escuela; o cuando a veces no me aprendía algunas cosas como las tablas, porque ellos no estudiaron.

También los cambios frecuentes de domicilio a que están sujetos estos menores les impide, en ocasiones, asistir a la escuela.

Entrevista 4

Yo sólo fui a la escuela hasta segundo año. No pudimos estudiar bien porque nos cambiábamos de casa muy seguido y no podíamos ir a la misma escuela en que estábamos porque nos quedaba muy lejos, y o no teníamos dinero para el camión o no teníamos dinero para las inscripciones.

El abandonar la escuela se relaciona más con la necesidad de trabajar. A las hijas se les alienta menos a incorporarse al trabajo

remunerado, sin embargo esto no representa ningún beneficio para ellas, porque asumen las responsabilidades domésticas, cosa que en algunas ocasiones les impide asistir a la escuela y a veces las obliga a abandonarla.

Entrevista 2

Yo no fui a la escuela. Mi mamá me dejó toda la responsabilidad de la casa y aparte trabajaba lavando y planchando en casas.

El aprendizaje formal de los padres de las familias con niños en la calle se vio obstaculizado por la condición de pobreza en su familia de origen y por el escaso equipamiento cultural de los padres. Éstos hacen su esfuerzo por educar a sus hijos, pero desgraciadamente no pueden dar más de lo que tienen. Carecen de los recursos necesarios para cumplir con éxito su responsabilidad de educar a los hijos.

El aprendizaje informal que los actuales padres de las familias con niños en la calle tuvieron en su hogar, también fue limitado, pues el aprendizaje que obtuvieron de sus padres fue escaso debido, en parte, al poco capital cultural de los padres, y en parte porque a pesar de la coresidencia, la convivencia entre padres e hijos se dio en un ambiente de extrema estrechez económica en el cual la preocupación fundamental era la sobrevivencia, lo cual no dejaba espacio para la comunicación, la comprensión y el afecto. Aunque a veces los padres participan en la educación de los hijos, su participación es escasa y esporádica. Lo poco que aprendieron en el hogar lo aprendieron solos o de los hermanos (as) a cuyo cargo estaban, y esporádicamente de algún pariente o de alguna vecina. Es decir, de las personas de su reducido grupo social con quienes interactuaban, y que por la extrema pobreza y sus propias limitaciones poco pudieron aportarles.

Entrevista 1

De mi casa que hayamos aprendido algo, pues nada, siempre estuvimos solos, nos enseñamos solos.

Entrevista 2

Una vez, tendría yo como nueve años, se me quemaron los frijoles y a la desesperada lo que hice fue echarles agua y los volví a hervir, yo no sabía que ya no sirven cuando se queman. Y mi mamá me hizo que me comiera toda la olla de frijoles quemados y fue del modo que yo sola, por miedo, me fui enseñando a hacer las cosas. Y es que no me decía mira, tienes que echarle agua, nunca me dijo eso. A mis hermanos más chiquitos yo los cuidaba, pero que les enseñara algo, pues nada. Como mi papá era maestro albañil cargaba a mi hermano el más grande de ayudante, ya le había enseñado todo a mi hermano. Entonces mi hermano enseñó al que seguía de él, el otro enseñó al otro y el otro al otro y así se fueron, todos son albañiles.

Observamos que la participación del padre en el aprendizaje formal e informal de las mujeres, es escaso y esporádico. En sólo uno de los casos estudiados aparece el progenitor enseñando a las hijas alguna actividad del hogar.

Entrevista 6

Mi papá me enseñó más que mi mamá, porque cuando mi mamá se aliviaba de algún niño mi papá le ayudaba, él hacía la comida. Me decía: “ven, arrímate, ¿quieres enseñarte a tortear?”. Y yo le decía: “¿va usted a tortear?” “Sí, por qué no si puedo enseñarte”, y a veces me hacía una tortilla. También me decía cómo se hacía el chile. “Mira, me decía, dame unos chiles”. Y luego me decía: “pon a dorar bien los chiles, primero los chiles, luego el jitomate, le pones tantita sal y así, ya ves...”, me decía: “ven para que veas cómo se hace la

sopa. Pones en un sartén el aceite y vas dorando la pasta, se pica el jitomate...". También me enseñó a lavar los pañales. Pero esto era nada más en el tiempo en que se aliviaba mi mamá. Cuando mi mamá tenía un niño duraba como quince días en cama. También mis abuelitos me daban consejos. De ellos aprendí, cuando un niño se enferma, a cómo curarlo con hierbas.

No obstante las limitaciones que tuvieron para el aprendizaje en el seno del hogar los padres de las familias con niños en la calle, notamos el intento de algunos padres por inculcar valores a sus hijos.

Entrevista 3

De mis papás aprendimos a ser honestos, a no tomar nada de lo que no es de uno, nos enseñaron a ser honrados y pues trataron que fuéramos trabajadores.

Algunos padres han tratado de convertir la experiencia negativa que les tocó vivir en algo positivo.

Entrevista 2

Se puede decir que todo lo que yo aprendí, fue a no darles mala vida a mis hijos, a saber que dependen de mí. Cuando yo salgo a trabajar le digo a mi hija: "haces esto y esto otro", pero le digo cómo lo haga, le explico cosa por cosa. A veces la dejo sin decirle "haces esto" y no lo hace, y llego: ¿Hija, por qué no hiciste?". Porque no me dijiste, y ya, pero no me voy a los golpes como mi mamá".

Los padres de las familias con niños en la calle se desarrollaron en un ambiente de extrema pobreza, tuvieron unos padres carentes de las herramientas necesarias para poder ayudarlos. En este contexto familiar, su educación, tanto formal como informal fue deficiente. En esto intervienen y se mezclan distintos

factores. En ocasiones son familias campesinas que migraron del campo a la ciudad, pero la pobreza de la que huyen a veces no puede ser superada y con frecuencia se agudiza en la ciudad. La condición de pobreza obliga a los padres a apoyarse en los hijos para superar la crisis económica.

Estas familias empobrecidas ante la falta de oportunidades de empleo, de futuro, viven con la lógica de la sobrevivencia. Las malas condiciones materiales de vida, el espacio reducido e inadecuado de la vivienda, el hacinamiento, la mala nutrición, la incapacidad de los padres para sostener a la familia, generan irritación y desencanto, lo que propicia tensiones y conflictos, que orillan fácilmente al alcoholismo y a la drogadicción. El exceso de trabajo no deja espacio para la convivencia y la expresión del amor; al contrario, convierte el seno familiar en un espacio violento en el que los hijos aprenden, por el ejemplo de los padres y la vivencia personal, pautas estereotipadas acerca del trato que el hombre debe dar a la mujer y a los hijos. Así, asimilan formas de comportamiento que tienden a naturalizar el trato desigual a las mujeres, y el descuido en torno al cuidado y educación de los hijos. Es decir, como mencionamos, la socialización de los hijos está condicionada por el ambiente que envuelve a la familia en la que éstos se desarrollan.

En este ambiente, tanto los hijos como las hijas tienen pocas oportunidades para instruirse. Se les priva no sólo de la oportunidad de adquirir educación, sino también del tiempo para soñar, para descansar, para jugar. Para las niñas, el trabajo doméstico constituye, dentro y fuera del hogar, su principal ocupación. A veces, en este contexto son vistas como personas que deben ser atendidas mientras se casan. Los padres consideran poco rentable la inversión en su educación. Tanto los padres como las madres piensan que debe invertirse más en los hijos varones, particularmente en lo que a alimentación y educación se refiere, por lo que, por lo general, las niñas adquieren menor escolaridad que los hijos varones. Como veremos a continuación, todo esto tendrá su expresión cuando los hijos e hijas de estas familias formen su propia familia.

Familia de procreación

La configuración de una nueva familia no inicia de la nada; uno y otro cónyuge concurren con recursos materiales y socioculturales que inciden en la manera de edificar su proyecto familiar. A continuación veremos cómo influyen sus antecedentes familiares en esa encomienda social.

Unión de los padres

Para las mujeres de los sectores pobres, el matrimonio o la relación de pareja, a edades tempranas, puede significar el medio para escapar de una situación insostenible y la posibilidad de obtener apoyo moral y económico. Esto fue lo que llevó a las madres de las familias con niños en la calle a la experiencia sexual prematura, al embarazo precoz y a uniones tempranas y frustrantes.

Cuando los progenitores de estas familias se unieron, las madres generalmente se fueron de su casa a edad temprana, a veces con el primer novio que tuvieron, en ocasiones por las responsabilidades que se les asignaban en el hogar del que proceden, y que resultaban demasiado pesadas y agobiantes para su corta edad, sobrecarga de trabajo que a algunas les impidió asistir a la escuela; en otras ocasiones, para huir de una madre o de un padre alcohólico, para librarse de un ambiente hostil y violento, por estar embarazadas o para buscar otro horizonte de vida. En estos casos, la unión o el matrimonio no fue una decisión pensada y planeada, sino más bien algo fortuito.

Entrevista 2

Cuando mi mamá se murió, yo me quedé en la calle con todos mis hermanos. Tenía 11 años y entonces me junté. A los 12 tuve mi primera hija.

Entrevista 1

Mi mamá nos dejaba todo el quehacer de la casa y a los niños chiquitos. Cuando mi mamá empezó a tener más niños la cosa se puso más pesada para nosotros. Yo como a los diez años me empecé a ir de mi casa. Me fui muchas veces. Me iba con mi abuelita, otras veces me iba con mi hermana la casada, y a la primera oportunidad me fui con el primer novio que tuve cuando tenía quince años, y entonces ya no pude seguir en la escuela”.

Entrevista 3

Yo me fui de mi casa a los catorce años porque le tenía miedo a mi papá porque nos golpeaba muy duro. El muchacho con el que me fui me dijo: “para que no te golpeen vámonos”, y yo le dije: “ándale pues”. Él tenía diecisiete años, pero ya trabajaba en una fábrica de zapatos.

Entrevista 7

Madre con 38 años, con primer año de primaria, con 5 hijos de 16, 15, 14, 13 y 12 años

Desde que yo tenía seis años me le empecé a ir a mi mamá, y a los 15 me junté con mi pareja.

Las madres de las familias con niños en la calle, al igual que sus madres, desde muy temprana edad se empezaron a ir de su casa. Se salen huyendo de las malas condiciones de vida, para caer, a veces, en una situación, si no igual a la que tenían en su casa, con mucha frecuencia peor. No son conscientes de que, al iniciar tan temprano un hogar, vuelven a repetir la historia de la que huyen.

Entrevista 2

Cuando me junté con mi primer pareja vivíamos con mis ocho hermanos en una vecindad que era como una hacienda grande y allí nos rentaban un cuarto de adobe con piso de tierra y techo de teja. Tenía agua y un baño pero para toda la gente.

Estas niñas y adolescentes que huyen de su casa en busca de afecto y apoyo económico, se casan o se unen con otra persona con características similares a las suyas, es decir, con escaso capital material, cultural y social y que con frecuencia no puede solventar las necesidades básicas de la familia.⁷ Cuando se unen o se casan porque se embarazaron, el papá de la criatura también suele ser otro adolescente que, como ellas, se muere de miedo. De esta manera repiten, como sus padres, la separación de la pareja, uniones sucesivas, generalmente dentro del muy reducido núcleo de personas con quienes establecen relaciones sociales.

Entrevista 2

Mi primera pareja no me podía mantener, aunque yo contribuía lavando y planchando en casas. Su trabajo de huarachero era muy eventual y le pagaban muy poquito por lo que hacía. Entonces tuve otra pareja y la posibilidad de vivir mejor, pero me dejó porque se juntó con mi hermana. Luego tuve otra pareja, pero tampoco me podía mantener.

Cuando las niñas o adolescentes se embarazán, afrontan graves problemas. La maternidad prematura pone fin, la mayoría

⁷ Beck-Gernsheim señala que un elemento más dentro del contexto cultural, es la situación económica de la persona, que generalmente busca pareja entre individuos de condición semejante a la suya. La mayoría de las relaciones ocurren entre personas del mismo grupo social. Comparten similitud educacional, etc. (2000: 87).

de las veces, a su educación, lo cual limita sus posibilidades en el campo laboral y su acceso a un mejor nivel de vida. Esto agrava la ya de por sí difícil situación de estas menores para asistir a la escuela.

Las madres adolescentes aún no tienen el desarrollo necesario para la maternidad, por lo que existe mayor riesgo para su salud y la de su hijo. El bajo nivel nutricional da lugar al nacimiento de niños con bajo peso, niños que empiezan a sufrir la desnutrición desde que están en el seno materno, nacen desnutridos de madres desnutridas. La desnutrición deja secuelas graves, como trastornos irreversibles en el lenguaje, problemas de aprendizaje y de adaptación social, lesiones de tipo cerebral, etc.

La pobreza, la ignorancia, la falta de información, se acompañan con frecuencia de un control prenatal deficiente, lo cual las hace presa fácil de la toxemia del embarazo.⁸ La carencia de prestaciones sociales obliga a estas madres a recurrir, para la atención del parto en su domicilio, a personal no capacitado, lo cual incrementa el riesgo de hemorragias e infecciones, y la morbilidad y la mortalidad de las madres y de los recién nacidos.

Entrevista 6

Yo tuve cuatro hijos, pero ya no pude tener más porque no me alimenté bien en la adolescencia. Casi siempre he tenido anemia, mi última niña ya nació sin sangre y se me andaba muriendo, mi esposo tuvo que donarle sangre.

Entrevista 2

Con mi tercera pareja tuve dos niños. Cuando nació el último me puse muy mal, me subió la presión y creo que me dio un paro car-

⁸ Síndrome (conjunto de síntomas) caracterizado por hinchazón, elevación de la tensión arterial y mal funcionamiento renal (preeclampsia), que puede culminar con convulsiones (eclampsia) y muerte.

díaco, me dijeron que para la próxima me iba a ir, y ya entonces me operaron para no tener familia.

Uno de los problemas que me siento incapaz de solucionar es el de mis hijos discapacitados. Hice de todo, hasta pedir limosna. Los llevé con homeópatas, naturistas, curanderos y no, no se compusieron. Los médicos me dijeron que tienen muertas las células del cerebro y así se van a quedar”.

Para que una pareja tenga posibilidades de desarrollarse, es necesario que tanto él como ella sean autónomos y autosuficientes. Que negocien los límites entre ellos y sus respectivas familias de origen, las pautas de relación, las formas de comunicación o las formas de resolver las diferencias para llegar a acuerdos. En el caso de nuestras familias objeto de estudio, ni él ni ella, los padres, están en condiciones de lograr esto, por la situación de pobreza que los obliga a recurrir a la familia extensa. De esta manera, la forma en que se recurre a la unión o al matrimonio, buscado generalmente por las mujeres, más que abrir posibilidades de un cambio de vida, contribuye a reforzar el patrón existente en la familia de origen.

Entrevista 3

Cuando me junté con mi primera pareja nos fuimos con los papás de él a vivir peor que como yo vivía. Mi marido tenía un montón de hermanos, hasta de pañal, él era el mayor. Me fui escapándome para que mi papá no me golpeará, pero el muchacho con el que me fui me golpeaba peor.

Primero vivimos en una colonia, luego en otra y luego a una tía de él le dieron un departamento en el INFONAVIT, y todos nos fuimos a vivir con ella: la mamá de mi marido, su papá, una tía soltera y una amiga de la tía, los siete hermanos de mi marido y mi marido, mi niña y yo. En una recámara vivíamos mi marido, mi niña y yo, en otra recámara la tía con su amiga y los demás en otra, unos en literas y otros en el suelo. Yo hacía todo para toda la familia y

cambiaba pañales, pero aún así no los tenía contentos. Así viví con él tres años hasta que ya no aguanté y me regresé a mi casa.

Luego conocí a otro muchacho y aunque yo ya tenía una niña, nos casamos al civil y a la iglesia. Primero rentamos una casa, luego nos fuimos a vivir con mi papá, de allí nos fuimos con mi abuelita, luego nos fuimos otra vez con mi papá y ya de allí nos vinimos a donde estamos viviendo. Unas bardas de la casa están enjarradas y otras no. No tenemos agua entubada, pero tomamos el agua de una noria que está enfrente. Nos "colgamos" porque no hay energía eléctrica.

La necesidad económica refuerza el patrón patrilineal o matrilineal de residencia y propicia conflictos familiares. En la casa de los suegros los problemas y conflictos son frecuentes. En ocasiones las suegras consienten a los hijos, les encubren sus vicios y a veces maltratan a las nueras. Lo más común en nuestros casos objetos de estudio fue cuando las mujeres dejan el hogar paterno: se van a vivir a la casa de la familia del cónyuge o a la de algún pariente de éste; se van a vivir a la casa de la mamá o con algún pariente de ella. El uso de la familia extensa como estrategia habitacional, si bien por un lado tiene como principales ventajas tener donde meterse y no pagar renta, por otro lado tiene grandes desventajas, representadas por la agresión a la autoestima de estas mujeres y la violencia de que son víctimas, expresada en todas sus formas: física, psicológica, etc. En el discurso de estas mujeres aparece como un rasgo sobresaliente el relato de violencia. Uno de los problemas más serios es la soledad y el sentimiento de abandono, pues en algún momento su familia o su pareja las rechazan.

Entrevista 5

Cuando me junté con mi pareja primero vivimos en casa de su hermana y después nos fuimos a la casa de su mamá. Con mi suegra vivimos como quien dice tres familias, mi marido y yo y nuestros

cinco hijos, los cinco hijos de mi suegra contando a mi marido (mi suegra no tiene esposo), una concuña y sus tres hijos, que están allí desde hace diez años. Somos dieciséis en total. La casa tiene dos cuartos.

La ventaja que tenemos allí es que no pagamos renta, pero yo tengo muchos problemas con mi suegra, con mi concuña, con sus hijos y con los hijos de mi suegra. Lo que es mi suegra y mi concuña me joden mucho. Yo les lavaba y les planchaba a todos en la casa. Todo lo que los chiquillos hacen de malo dicen que son mis hijos, mi suegra a diario está sobre ellos. Desde que llegamos, mi suegra decía que yo no era una mujer decente y le ponía a mi marido la cabeza grande y entonces él me golpeaba. Mi suegra veía cómo mi marido me traía en joda, pero ella nunca decía nada. Cuando mis cuñados y mi esposo tomaban, siempre se agarraban como perros, de hecho una vez uno de mis cuñados quiso darle un machetazo a mi marido. Mi suegra nunca los ha podido callar, más bien ellos casi le pegan a ella.

Primero tuve un problema con uno de mis cuñados, que me acosaba mucho; yo no le dije a mi esposo por ver cómo peleaban. Pero ahora tengo el mismo problema con otro cuñado que quería que me acostara con él, yo le dije a mi esposo y entonces su hermano nos corrió. Ese mismo día nos salimos. El padrino de mi marido nos rentó una casa, no era una casa normal, era un corralón, nomás que tenía dos cuartitos a medias, no estaban tapados, no tenían ventanas ni puertas, nosotros le arreglamos todo, lo tapamos con lámina de asbesto. Pero luego nos pidieron la casa, el padrino dijo que la quería cambiar por una camioneta. Nos regresamos con mi suegra. Es la única vez que nos hemos salido de con mi suegra.

Nos hemos separado varias veces. Cada que nos separábamos yo me salía de la casa y me iba con mi mamá porque no tenía a donde correr. Me da mucho coraje que me azote. A veces, así, de verlo dormido, he sentido ganas hasta de ahorcarlo, pero no, está cabrón. Siempre me dice que me largue yo sola, que me va a quitar a mis hijos. A lo mejor un día nos desapartamos.

Entrevista 7

Cuando me junté con mi pareja a los quince años, los dos éramos un par de chiquillos. Él no tenía nada que darme, ni siquiera teníamos cama. Primero vivimos con mis papás, pero nos salimos de allí porque tuvimos problemas con la esposa de uno de mis hermanos. Entonces nos fuimos a vivir con los papás de él, con sus hermanos, sus hermanas, sus cuñados, sus cuñadas y mis cinco hijos. Allí vivíamos todos, quince personas en total, en un cuartito sin servicios. Allí nos enfermamos todos de cólera. Mi suegro murió de eso.

Como vemos, la violencia se manifiesta de múltiples formas. También en algunos casos el aislamiento en que viven estas personas contribuye a reforzar los patrones de violencia doméstica.

Entrevista 4

Yo a los 14 años vivía en casa de mi abuelita con mi mamá, con mi pareja y mis cuatro hermanos. Con esta pareja tuve tres hijos. Pero luego ya no quise andar con él porque me golpeaba mucho porque me negaba a pedir dinero en las calles. Nos traía a mi bebé y a mí, que ya estaba embarazada del segundo, pidiendo dinero en las casas. Dormíamos allá en Guadalajara, en donde se para el tren o en cualquier tienda de zapatería. Allí nos acostábamos, teníamos que levantarnos a las seis de la mañana para que barrieran y arreglaran allí y ya desde esa hora andar pidiendo.

Él se drogaba con marihuana y me golpeaba mucho. Una vez me le escapé con mi abuelita, y fue y me sacó de las greñas de vuelta para la calle. De él me separé como cuatro veces. Me iba con mi mamá, a casa de mi abuelita o con una tía. Luego mi mamá se murió a los 35 años de tuberculosis y nos fuimos con mi hermana, allí rentábamos con ella. Mi pareja pagaba la mitad de la renta y la otra mitad la pagaba mi cuñado. Yo apenas me iba a aliviar de mi segundo embarazo cuando me separé de él la última vez.

Cuando él se fue, mi hermana me sacó del parto, pero me peleé también con ella, porque pues yo de dónde le ayudaba a pagar la renta. Fui a buscar a mi tía para ver si me podía ir con ella, pero ya no la encontré y pues a la mera hora me fui con mi suegra, y pues allí volví a caer en manos del muchacho y me volví a embarazar.

Me faltaban ocho días para aliviarme de mi tercer bebé cuando él cayó al penal. Lo metieron a la cárcel porque un señor le prestó una camioneta para que vendiera garrafones de agua para que nos alivianáramos, pero él vendió los garrafones, vino y dejó la camioneta con todo y llaves y se fue. Como a los ocho días lo agarraron. El señor que le prestó la camioneta quería cobrársela conmigo, quería abusar de mí embarazada, me decía: "ándale, que mira, que al cabo no se nota", y a güevo quería agarrarme y yo grité y ya salió mi hermana hasta con un palo: "¿Qué pasó don fulano? ¡Ah canija! ¿Aquí estás? Yo creí que te habías ido a pasear".

Mi pareja duró dos años en la penal. Todavía, después de que iba a verlo a la visita conyugal, allí adentro me golpeaba. Después de que a él lo metieron a la cárcel nomás duré seis meses sin pareja. Cuando salió me buscó, pero ya estaba yo con mi segunda pareja. Con esta pareja tuve otros cuatro niños.

Cuando me junté con él yo tenía 19 años. Él tenía una señora y un niño con ella. Cuando me embaracé del primer bebé que tuve con él, ella se embarazó al mismo tiempo que yo, pero el niño no era de él. Cuando yo lo conocí hacía como ocho días que había salido de la penal. Allí duró seis años. Lo metieron al penal porque junto con un amigo se robaban el alambre de teléfono. Cuando los agarraron llevaban un carrito de caballos y una camioneta llenos de alambre.

Cuando nos juntamos nos fuimos a vivir con sus papás. Ellos tenían seis hijos, contando a mi marido, pero todos son de padre diferente. Mi suegra se fue con otro señor. Mi suegro la iba a matar pero se le encañonó la pistola. Cuando se fue mi suegra, le dejó a mi suegro tres hijos hombres: mi marido de 2 años, otro de 4 y otro de 5. 2 se murieron, 1 de la botella, y a otro cuando tenía 14 años le picaron la espalda con un cuchillo. Allí vivimos con mi

suegro que está solo, mi marido, mis hijos y yo, en una casita con dos cuartos con piso de tierra. No tenemos agua, le echamos agua al baño con una cubeta, el agua la tomamos de la casa de enfrente. Mi suegra trabajaba vendiendo plásticos en la calle y mi suegro trabaja con una carretilla juntando chatarra.

Estas familias, con niños en la calle, repiten el estilo de vida que vivieron y aprendieron en su familia de origen. Al casarse o unirse han andado viviendo en uno y otro lugar con los papás de ella o de él o de otros parientes, formando parte de familias extensas y habitando en viviendas en malas condiciones. Repiten también el patrón de uniones sucesivas y relaciones paralelas con hijos de padres diferentes. Igualmente, se repite en estas familias el patrón de violencia, principalmente contra las mujeres, vinculado a un ambiente de socialización primaria de los actores, caracterizado por la violencia, la pobreza, el hacinamiento, etc., es decir, las difíciles condiciones de existencia en la niñez y adolescencia estructuran formas de convivencia en la relación de pareja. Así, pareciera que la socialización en un ambiente violento contribuyera a desarrollar en la mujer una mayor tolerancia ante los actos agresivos.

Trabajo de los padres

Las precarias condiciones materiales de existencia, en la niñez y adolescencia, limitan las posibilidades de educarse y de incorporarse al mercado laboral en actividades calificadas y bien remuneradas. Debido a su baja escolaridad, en su mayoría, los compañeros de las madres de las familias con niños en la calle, generalmente trabajan en actividades poco estables y escasamente remuneradas. Cuando el ingreso que el marido o compañero resulta insuficiente para solventar las necesidades básicas de la familia, sea por la falta de empleos, por la precarización de los salarios, porque trabajan de manera irregular, o porque aun cuando trabajen de manera estable no asumen la responsabilidad de contribuir de manera regular a la manutención del hogar, o sim-

plemente porque se desentienden de la familia porque son “desobligados”, alcohólicos o drogadictos, las mujeres se ven obligadas a trabajar. Las mujeres de los sectores populares trabajan exclusivamente por necesidad, y perciben el trabajo como una obligación, y su desempeño como algo inevitable.

Pero su baja escolaridad, originada a veces porque en su niñez y adolescencia tuvieron que ayudar a sus padres en el trabajo doméstico, en el cuidado de los hermanos o en el trabajo remunerado que les impidió ir a la escuela, no las favorece para incorporarse al mercado del trabajo; a esto se aúna, en ocasiones, la presencia de hijos pequeños y/o adolescentes y sus obligaciones en el hogar, por lo que se ven obligadas a desempeñar actividades laborales flexibles que les permiten compaginar el horario del trabajo con el cuidado de la casa y de los hijos, actividades poco calificadas y mal pagadas, como meseras, lavanderas, planchadoras de ropa, en puestos de comida, etc. No obstante que la actividad económica de estas mujeres también se desarrolla en un ambiente de precariedad, es la que permite la sobrevivencia de la familia.

Entrevista 5

Mi esposo nomás quiere trabajar en el barro. No le gusta trabajar en otro lado porque no lo admiten, pero es poco lo que gana y no tenemos a veces ni para las tortillas. Por eso yo empecé a lavar ajeno aquí en mi casa, y hace como año y medio que empecé a trabajar en casas.

Entrevista 2

Mi primera pareja era huarachero, pero tenía un trabajo muy inestable y no alcanzaba a mantenernos y me dejó para juntarse con otra. Mi segunda pareja era albañil, pero me dejó y se juntó con mi hermana. Mi tercera pareja es electricista, pero tampoco era capaz de mantenerme. Se le cerraron las puertas. Yo ahora vivo sola con

mis hijos. Trabajaba en casas y ahora tengo unas semanas trabajando en mi casa haciendo huaraches.

Entrevista 1

Después de que abandoné a mi tercera pareja me fui a buscar trabajo, y por el Seguro, me dice un señor: “vente, aquí lavas carros, cuidas carros un ratito y te vas en la tarde y sacas para tu día”. Entonces me fui y empecé a lavar carros. Duré yendo 3 días a la semana, y entonces me empecé a llevar a dos de mis hijos. Dije: “aquí hacen su tarea, me ayudan y pues sacamos más”.

Entrevista 4

Mi pareja actual aprendió en la penal, de electricista, de sastre, de mecánico, pero pues no puede trabajar en nada de eso. Él y yo trabajamos en la calle, tenemos un triciclo y le tiramos a la gente la basura, escombros, zacate, arena, lo que salga. Ya si no hay nada, nos vamos a juntar chatarra.

Entrevista 6

A mi pareja su papá lo enseñó a trabajar vendiendo cosas en las gasolineras, andan de gasolinera en gasolinera vendiendo respaldos para los asientos de los carros. Yo trabajo ayudando a las señoras a limpiar su casa o a veces me llaman a lavar o a planchar, porque el dinero que él me da no me alcanza. Pero a veces no hay trabajo, las personas con quienes trabajo no me llaman”.

Entrevista 3

Mi marido es fontanero y trabaja en una constructora, pero a veces no hay trabajo. Como lo que ganaba no ayudaba mucho, empecé a trabajar. He trabajado en pollerías, en cremerías, forrando calzado, como niñera y en casas.

Los padres de las familias con niños en la calle, debido a su escaso bagaje cultural, sólo pueden realizar, al igual que sus padres, generalmente labores en el sector informal de la economía, actividades que aprendieron de sus padres y que éstos, a su vez, aprendieron de los suyos. A pesar de que a veces tienen conocimientos generales de fontanería, sastrería o electricidad, dado el desempleo y su escaso capital económico y social no logran desempeñarse en estas labores.

Organización del trabajo doméstico

En las familias que tienen niños en la calle, la crisis económica está generando múltiples procesos de adaptación para sobrevivir. Antes, por ejemplo, el auxilio de los padres, de los abuelos, de los hijos o de los parientes era esporádico y temporal, pero hoy se ha convertido en algo casi permanente y forzoso, sobre todo la que proporcionan los hijos, para así aminorar la sobrecarga que para las madres significa el trabajo doméstico.

Entrevista 5

Tengo cinco hijos: tres niños y dos niñas. Mis hijos tienen 13, 11 y 9 años. De mis hijas, una tiene 14 años y la otra 8. Mis hijos le ayudan a su papá con el barro. Mi niña la más grande me ayuda a lavar, y diario ella recoge la casa y se encarga de hacer la comida. Mi hija la más chiquita ayuda también. Mis hijos, a veces, cuando no le ayudan a su papá, le ayudan a ella a recoger la casa. Hay veces que yo no me doy tiempo a hacer todo lo que quisiera, nomás no alcanzo, llevo cansadísima.

Entrevista 7

Mis hijos le ayudan a mi marido con el ladrillo. A veces me ayudan mis hijas cuando no le ayudan a su papá. Mi marido en ocasiones me ayuda a recoger la basura. Mis hijos no me ayudan, si les pido que me ayuden me dicen: "umm, ya parece...".

Como vimos en la familia de origen, también en las familias con niños en la calle las niñas, desde muy corta edad, empiezan a ayudarle a la madre con el trabajo doméstico, es decir, en estas familias se repite lo que las madres vivieron en su familia de origen.

La condición de género permea la distribución del trabajo doméstico en el seno del hogar. Los hijos varones participan menos que las niñas con el trabajo doméstico y los padres mucho menos. Con los niños los padres son más permisivos. A las niñas se les arraiga más en el hogar y también se les exigen mayores responsabilidades, como barrer, trapear, lavar la ropa, planchar, hacer la comida, atender al padre y a los hermanos, cuidar a los hermanos menores, y a veces también cuidar de los enfermos.

Aunque en las familias con niños en la calle los padres y los hijos, con relación a la familia de origen, colaboran un poco más con el trabajo doméstico, observamos, no obstante, la permanencia de una distribución inequitativa del trabajo doméstico entre las mujeres y sus parejas, y entre las hermanas y los hermanos.

Cuidado de los hijos

Cuando los hijos son pequeños, las madres viven la angustia de tener que ir a trabajar y dejarlos solos, con el riesgo de que les pueda pasar algo, como ahogarse en una pila o en una cubeta llena de agua, quemarse, lastimarse entre sí, etc. Por ello las madres recurren, para el cuidado de los hijos, a las hijas e hijos mayores que son los que más colaboran en esta tarea, y a las redes de solidaridad vecinal.

Entrevista 2

Dejo a mis hijos en la casa al cuidado de mi hija, que tiene 15 años. A veces antes de irme dejo la comida ya hecha y ella les da de comer, pero a veces, si tengo dinero, porque no tenemos estufa, le digo: "vas y les compras algo ya hecho, aunque sea unos taquitos de queso". Ella se encarga de todo.

Entrevista 4

Generalmente mis seis hijos, desde el que tiene 12 años hasta el más chiquito que tiene 2 (el más grande que tiene 13 años se fue de la casa y anda en la calle), andan todo el día conmigo y con mi marido ayudándonos a trabajar recogiendo chatarra en la calle en un triciclo. A veces la niña que tiene 11 años se queda a cuidar a sus hermanitos, que tienen 3 y 2 años. Ella ya sabe hacerles de comer, pero para que no se nos salgan por ahí, se los encargo a una vecina.

Entrevista 6

Cuando me voy a trabajar dejo a mis hijos encerrados en la casa. En ocasiones va mi suegra y me los cuida. A veces se los encargo a una vecina que se fija que no estén peleando o que no hagan travesuras. Pero a veces dejo a mis dos hijas, que tienen 11 y 9 años, encargadas de los demás.

Entrevista 3

Cuando estaba trabajando en dos casas, me iba en la mañana y no volvía hasta en la noche. Dejaba a mi hija que tiene 15 años (que ya tiene un niño) y a la que tiene 10, al cuidado de mis otras dos hijas. Pero se peleaban entre ellas, no hacían las cosas y no iban a la escuela.

Aquí también se repite, como en la familia de origen, el hecho de que las hermanas, con más frecuencia que los hermanos, se quedan a cargo de los hermanos menores. La comida también queda a cargo de las niñas. El cuidado de los hijos también se ve caracterizado por la condición de género, pues los hermanos y los maridos poco participan en esta labor. A veces los hijos se quedan a cargo de algún familiar, de una vecina o se quedan solos en la casa. Lo anterior, como en la familia de origen, puede

propiciar que los hijos tengan accidentes en el hogar, que se salgan a la calle o que dejen de asistir a la escuela. A veces los padres se llevan a los hijos a trabajar con ellos, enseñándoles aquello que hacen, de la misma manera que aprendieron en su familia de origen.

Trabajo de los hijos

La incorporación de la madre al trabajo remunerado la obliga a compatibilizar las labores domésticas con el rol de proveedor económico del hogar (a veces el único), cosa que la lleva a recurrir a la fuerza de trabajo de los hijos. Así vemos cómo se apoya en éstos para la realización del trabajo doméstico y el cuidado de los hermanos, además de que contribuyan a mejorar el ingreso familiar.

Entrevista 7

Mis hijos más grandes, de 16 y 15, años trabajan con uno de mis hermanos, cargan tabique y lo llevan a vender. El más grande me da 200 pesos a la semana, y pues así sufrimos menos, porque a veces ni para tortillas teníamos.

Entrevista 4

Mi marido y yo juntamos chatarra en un triciclo en la calle. Trabajando él y yo sacamos 30 o 50 pesos al día. Pero tenemos siete hijos. Si trabajamos todos sacamos hasta 150 pesos. Generalmente, los que más van con nosotros son los cuatro más pequeños. A veces el segundo y el tercero se van con un señor a ayudarlo a cuidar unas vacas y les da 30 pesos. A veces mi niña que tiene 11 años se queda en la casa a cuidar a sus hermanitos más chiquitos, que tienen 3 y 2 años, pero a veces le ayuda a una señora en la casa y le da 20 ó 30 pesos.

Como los niños en la calle pertenecen a una familia que vive una situación económica precaria, son orillados a aportar medios económicos para el sostenimiento de aquélla. Como en estas familias los lazos familiares están debilitados, el hecho de que los niños trabajen puede llevarlos a romper los lazos familiares ya debilitados. Ruptura que constituye el punto de partida del proceso que lleva al menor a convertirse en un niño de la calle, en donde algunos caen, entre otras cosas, en el alcohol o en las drogas, vicios que a veces inician desde su casa.

Entrevista 4

Mi hijo más grande, que tiene 13 años, como a los 6 años se empezó a ir de la casa. Se iba como a las seis de la tarde y llegaba hasta otro día. Luego empezó a dejar de venir. Duraba sin venir hasta ocho días. A veces venía a la casa hasta que se le rompían los zapatos, venía a cambiarse y se volvía a ir. Cada vez que venía me traía tortas, refrescos y 50 o 100 pesos. Cuando se empezó a ir de la casa se llevaba a mi otro niño, que tiene 7 años. También se llevaba a mi hija que tiene 10, una vez me la trajo hasta otro día.

En la calle les ayudaba a los que venden balones y figuras de plástico y lavaba carros. Se droga con tonzol. Mi pareja se drogaba con tonzol igual que todos sus hermanos y vendía droga en un baldío. Él enseñó a mi hijo a drogarse. Un día me avisaron que mi hijo estaba en la Cruz Roja y fui a recogerlo. Me dijeron que andaba tan pasado de droga que me lo aventó un vochito y andaba falseado de un brazo.

La última vez que lo vimos fue el 2 de junio de 2004 que vino a la casa para su cumpleaños. Lo he buscado en el baldío donde venden el tonzol, en la Cruz Roja, en la Cruz Verde, allá donde tienen a los muertos y no lo he encontrado.

Estos niños, al igual que sus padres lo hicieron, empiezan a retirarse del hogar hasta convertirse, a veces, en niños de la calle como algunos de sus padres lo fueron o lo son. En otras ocasio-

nes se unen de manera temprana para quedarse a vivir con su pareja en la casa de sus padres, o irse a vivir a la casa de su pareja, o en la casa de algún pariente, para reiniciar el ciclo que sus padres vivieron en su familia de origen. Las niñas, con menos frecuencia que los niños, también dejan su casa para irse a la calle. Se van de su casa al igual que lo hicieron sus mamás en su familia de origen, o en ocasiones, como vimos, se casan o unen tempranamente para reiniciar, igual que sus mamás, el ciclo que ellas vivieron en su familia de origen.

Aprendizaje formal e informal de los hijos

La condición de género permea no sólo la distribución del trabajo doméstico en el seno del hogar y el cuidado de los hijos, sino también el aprendizaje de éstos, pues es generalmente la madre quien está a cargo de la educación tanto formal como informal de los hijos. Es ella la que los inscribe en la escuela, la que asiste a las juntas escolares, la que los ayuda más frecuentemente a hacer las tareas de la escuela y es ella también la que les enseña todo aquello que supuestamente habrá de servirles cuando organicen su propia vida familiar. Esto último referido especialmente a las hijas, pues a los hijos sus padres los enseñan a trabajar, generalmente en aquello que ellos trabajan.

Los padres hacen a veces su esfuerzo para formar a sus hijos, pero desgraciadamente no pueden dar más de lo que tienen. Los padres de las familias con niños en la calle, no sólo carecen de recursos materiales básicos, sino también del equipamiento cultural necesario para cumplir con éxito su responsabilidad de educar a los hijos. Su baja o en ocasiones nula escolaridad les impide ayudarlos con sus tareas escolares, por lo que a veces delegan esta función en los mismos hijos, para que los que van en grados superiores ayuden a los que van en grados inferiores. En muchas ocasiones no saben qué hacer para entender y ayudar a sus hijos. Por esto, con mucha frecuencia los padres sólo reproducen, para formar a sus hijos, lo que ellos vivieron en su familia de origen.

Entrevista 5

Mi hija más grande, que tiene 14 años, está en sexto año, mi hijo de 13 en quinto, el de 11 está en tercero y el de 9 en segundo. Mi hija chiquita de 8 años está en primero de kinder. Han reprobado años pero no han dejado de estudiar. Hay veces que me preguntan de sus tareas pero yo no sé. A mi marido le preguntan y él le pregunta a otro de mis hijos y éste dice: “¡Ay!, yo qué sé, a mí no me han preguntado eso”. Yo le digo a mi hija más grande: “tú que ya vas en sexto, más o menos orientalos”, y ella es la que les anda ayudando.

También hay veces que les pongo un castigo a mis hijos y mi marido se los levanta. Si les digo que no salen a jugar, mi marido les da permiso, yo pienso que por eso mis hijos son rebeldes y no quieren ir a la escuela. El otro día un chiquillo de mi concuña tenía a la otra niña de ella que está en tercero de primaria, encuerada, sin calzones, que porque se estaba aliviando. Mi hija chiquita, de un tiempo para acá agarró la maña de decirle a mi otro hijo que si juegan a los esposos y luego se van a hacer el amor. Por eso trato de tener más comunicación con mis hijos, que vean lo que es bueno y lo que es malo.

Entrevista 3

Mi hija más grande sólo cursó el primer año de secundaria. Dejó la escuela a los quince años porque se embarazó. La segunda, cuando tenía trece años se juntó con un muchacho y dejó de ir a la escuela. En las labores del hogar, pues ai ellas solitas aprenden.

Entrevista 7

A mi hijo el más grande lo sacamos del tercer año de primaria porque no quería estudiar. Al segundo también porque estaba re-pruebe y re-pruebe. La maestra le daba explicaciones de lo que iban a hacer y él se agarraba jugando con los demás o se salía. La

niña igual, la tuvimos que sacar porque ni la maestra la aguantaba, se distraía mucho y puro juego y juego. Como yo casi no sé leer y mi marido no sabe leer nada, pues ellos solitos se enseñan con sus amigos. En cuanto al trabajo de la casa, pues yo les digo cómo lo hagan pero no hacen nada.

Entrevista 4

Tengo siete hijos de 13, 11, 10, 8, 7, 3 y 2 años. Ninguno va a la escuela. Los que tienen 10 y 8 años están sin registrar, no tienen acta de nacimiento. En la casa, pues ellos aprenden solos. Mi pareja mal sabe escribir. Yo nomás llegué a segundo año. Nosotros les estamos enseñando a trabajar. Mis hijos se pelean mucho entre ellos, dicen que no son hermanos. Los tres más grandes sí conocen a su papá y saben que sus otros hermanos son de mi pareja actual. Los más grandes iban a buscar a su papá, pero no los recibía porque vive con otra mujer. Se cambiaba de casa para que no lo encontraran.

La forma en que nos vemos a nosotros mismos es construida y moldeada en el ámbito familiar. Como vimos, la familia tiene la capacidad de construir significados, de dar sentido a su mundo, de estructurar su propia realidad, proceso que se da en un contexto cultural histórico específico. Representaciones que el niño adquiere en su mundo social y que se encarnan en él en forma de roles. En el seno familiar, los hijos aprenden por el ejemplo de los padres y la vivencia personal, pautas estereotipadas acerca del trato que el hombre debe dar a la mujer y a los hijos, que naturalizan el trato desigual a las mujeres y el descuido en torno a la educación de los hijos.

Como vimos al hablar sobre la familia de origen, los progenitores de las familias con niños en la calle pasaron su infancia formando parte de una familia extensa en casas hacinadas, con carencia de servicios. Sufrieron cambios frecuentes de domicilio por la imposibilidad de los padres de adquirir una casa o pagar

renta. Se vieron obligados a adaptarse a diferentes contextos, pues fueron colocados con una abuela, vivieron alternativamente con un padre o con otro, o con algún otro pariente. Sufrieron el rechazo de los padres y un trato discriminatorio entre hermanos, pues en ocasiones eran hijos de padres diferentes, producto de uniones diversas de la madre o del padre, o de ambos, es decir, también sufrieron los inconvenientes de las familias reconstituidas como vimos atrás.

En un medio ambiente caracterizado por la privación económica, el alcohol y la drogadicción, fueron testigos de la infidelidad de la madre o de la convivencia paralela del padre con otra señora. Fueron testigos también de la violencia entre sus padres y la sufrieron en carne propia. Fueron inducidos, a veces, a la prostitución o a la drogadicción por sus propios padres o padrastros. En este ambiente de pobreza, ignorancia, poca comunicación y escaso afecto, vivieron la soledad, el desamparo, el miedo, el resentimiento y el odio, así como el mal ejemplo de los padres, abuelos, hermanos y otros parientes.

Como analizamos antes, la construcción de la personalidad moral del niño depende de las experiencias que acumula en el medio ambiente en el que crece, y vimos cómo la familia no sólo es fuente de protección para los hijos, también puede ser fuente de desequilibrio.

Cuando los progenitores de las familias con niños en la calle abandonan su familia de origen para formar la propia, se supone que cada uno de ellos concurre con los recursos materiales y socioculturales heredados de su familia de origen. Pero estos nuevos padres no sólo carecen de los recursos materiales básicos, sino también del equipamiento cultural necesario para organizar su propia vida y para cumplir con éxito su responsabilidad de educar a los hijos. De sus padres heredaron no sólo la pobreza material, sino enseñanzas nada edificantes. No obstante, tanto para organizar su vida como para educar a los hijos, echan mano, de manera inconsciente, de los modelos aprendidos en sus familias de origen y actúan de acuerdo con el único modelo

de vida que conocen. Tienen así a repetir lo que aprendieron en su familia de origen.

Los padres de los progenitores de las familias con niños en la calle, por su escasa preparación, desarrollaban actividades que requieren poca capacitación y escasamente remuneradas, en trabajos temporales, con frecuentes periodos de desempleo, lo que se veía agravado por el alcoholismo. Ante esta situación, o por la ausencia del padre, a la madre sola no le queda otra alternativa que trabajar, como lo hace en condiciones iguales o peores que los varones; esto la obliga a incorporar al trabajo a los hijos, por lo que éstos dejan de ir a la escuela. A esto hay que agregar que los códigos conductuales aprendidos por los niños en su familia, chocan con los de la escuela, por lo que les cuesta trabajo adaptarse a un marco institucional que les es ajeno, además de profesores que tienen escasa consideración a sus limitaciones sociales y culturales.

Como para trabajar, las madres se ven obligadas a delegar el cuidado de los hijos más pequeños en los hijos de mayor edad, los padres de las familias con niños en la calle pasaron también su niñez solos, bajo la vigilancia esporádica de algún pariente o vecino, o al cuidado de hermanos mayores, sin la preparación adecuada para afrontar el cuidado de sus hermanos. De esta manera, su formación se vio obstaculizada por la pobreza de su familia de origen y por el escaso equipamiento cultural de sus padres, carentes de las herramientas necesarias para poder ayudarlos. Por tal razón, tanto su educación formal como informal fue deficiente.

Como consecuencia, los niños de las familias con niños en la calle son desatendidos por sus padres, al igual que éstos lo fueron. La educación informal de estos niños en el hogar es desatendida por sus padres, que los dejan solos, y de esta manera el aprendizaje que por sí mismos pueden lograr es muy limitado, de modo que resultará insuficiente para que de adultos puedan organizar su vida, que seguramente organizarán, como sus padres lo hicieron, de acuerdo con los ejemplos poco edificantes que viven en el hogar, pues al igual que sus padres lo experimenta-

ron, viven en su casa experiencias de alcoholismo y drogadicción, rechazo, abandono, violencia, falta de comunicación y afecto.

Lo mismo que sus padres, son incorporados de manera temprana en el trabajo doméstico o en el trabajo remunerado, y realizan, generalmente, las actividades que sus padres les enseñaron, como sus padres lo aprendieron de los suyos. Lo anterior les impide, como pasó con sus padres, asistir a la escuela, que al igual que para sus padres, constituye para estos niños un ámbito ajeno cuyo código no entienden, su comportamiento choca con el que la escuela espera de ellos, son niños maleducados, desobedientes, hueraños, rebeldes, violentos, que no ponen atención ni entienden. Estos niños han aprendido en el seno del hogar la violencia como única arma para afrontar las situaciones. A veces no pueden ir a la escuela porque ni siquiera tienen acta de nacimiento.

La escasa o nula preparación que los padres de las familias con niños en la calle adquirieron en su familia de origen, les impide ayudar a sus hijos en su educación formal. Como no pueden ayudar a sus hijos con las tareas escolares, esta función queda a cargo de los hermanos mayores, o de plano los niños tienen que batallar solos para tratar de aprender lo que en la escuela intentan enseñarles. Los maestros, que a veces no entienden a estos niños, se desesperan y tampoco pueden ayudarlos. La escasa preparación de los padres les impide ponerse de acuerdo sobre cómo educar a los hijos y pensar en el largo plazo, pues no ven un horizonte de futuro y viven con la lógica de la diaria sobrevivencia.

Los niños, al igual que sus padres lo hicieron, empiezan a retirarse paulatinamente del hogar hasta convertirse, a veces, en niños de la calle. Las niñas se embarazan precozmente igual que sus madres, y lo mismo que ellas se unen de manera temprana para vivir con su pareja en la casa de sus padres, o en la del algún pariente. Cosa que contribuye a alejarlas de la escuela. Se van de su casa o se unen para huir de las pesadas responsabilidades que se les asignan, para dejar de cuidar a sus hermanitos, para librarse de un medio violento, por la posibilidad de obtener apoyo moral y económico, o para buscar otro

horizonte de vida. Así, repiten la historia de la que huyen, al actuar como sus madres lo hicieron en su familia de origen.

Cuando estos niños se conviertan en padres, se guiarán, a su vez, por este estilo de vida conformado por esquemas culturales transmitidos de una generación a otra. Hemos visto cómo esto empieza a ocurrir con los hijos de estas familias con niños en la calle: niñas de 15 años que ya son madres solteras, o niñas de 13 años que se unen en pareja. Se empieza a trazar una suerte de espiral donde los padres heredan a los hijos un estilo de vida que ellos heredarán a su vez, junto con la pobreza, a sus hijos. Aunque esto no significa un destino ineluctable, de esta forma se reproduce la historia de generación en generación.

CONCLUSIONES

Desde principios de los años 60 y mediados de los 70 del siglo pasado empezó a surgir un nuevo mundo que transformó radicalmente el rostro de la humanidad, originado en la coincidencia histórica de la crisis económica, la revolución de la tecnología de la información y el florecimiento de movimientos sociales y culturales de carácter antiautoritario, de rechazo al tradicionalismo religioso y de defensa de los derechos humanos, del feminismo, de la liberación sexual, del ecologismo, de la igualdad étnica y de la democracia.

El internacionalismo de estos movimientos, que surgieron en el pleno apogeo del crecimiento sostenido de la segunda posguerra mundial, tuvo impacto en todos los órdenes: económico, político, tecnológico, cultural, etc., y estableció las bases intelectuales para un mundo interdependiente. Estas transformaciones modificaron sustancialmente las formas sociales del espacio y el tiempo y llevaron a la aparición de una nueva cultura transnacional que propició la aparición de un nuevo capitalismo que prosperó en todo el mundo, penetró en todos los países, en todas las culturas y en todos los ámbitos de la vida, minimizando a los estados nacionales y privando a las sociedades de sus recursos materiales: capital, impuestos, empleos.

Esta globalización dejó atrás la época de la política internacional, que se caracterizó por el hecho de que los estados nacionales dominaban y monopolizaban el escenario internacional. En ella, los negocios son financieros y no productivos. Esta lógica financiera ha provocado flagrantes deterioros sociales por la imposición de políticas económicas atractivas para el capital internacional,

que con una gran insensibilidad ante los tremendos costos sociales que esto ha significado, ha incrementado la pobreza en todo el mundo y una inversión de las conquistas sociales logradas en las sociedades modernas a raíz de la desregulación en gran escala, pues la ideología de la globalización arremete contra el Estado de bienestar, las redes de seguridad social, las conquistas laborales, la conservación del medio ambiente y contra valores como la solidaridad y la cooperación. La globalización de la economía y la deslegitimación del Estado privaron a la gente, así, de una red de seguridad que no puede alcanzarla de manera individual. Esta situación es más acentuada en los países en desarrollo como México y los demás países de la región latinoamericana, en donde el modelo de desarrollo capitalista neoliberal ha generado, como respuestas al mismo, movimientos de resistencia violentos y, en el caso de México, un movimiento *sui generis* como el zapatista.

En México, el Estado de bienestar, entendido como la protección gubernamental mínima en los niveles básicos de ingreso, vivienda, nutrición, salud, educación, etc., asegurados a cada ciudadano como un derecho, y que se consolidó a partir de la primera mitad del siglo XX, logró una conjugación importante entre capital y trabajo mediante la intervención estatal centralizada, coordinada con la clase obrera organizada, cuyo papel fue central en la definición de prioridades que definieron, a su vez, la agenda pública del Estado, gracias al desarrollo de políticas sociales que estructuraron el sistema de protección de la clase trabajadora y de los ciudadanos en general.

Este Estado de bienestar, mediante una relación de tipo corporativo con la clase trabajadora organizada, en la que ésta lograba beneficios y el Estado legitimidad, buscó el empleo pleno, logró un crecimiento económico y un proceso de inclusión de las políticas económicas y sociales, lo que significó una forma de movilidad social ascendente. En este Estado la noción de desarrollo estaba ligada a las nociones de igualdad y justicia social, en concordancia con las ideas de progreso. Si bien siempre tuvo como contrapartida la persistencia de las desigualdades sociales

generadas por la distribución desigual de la riqueza, generó cierta paz social.

A partir de la década de 1970 esta situación se tornó insostenible, ya que el Estado de bienestar, aunque no fue una solución definitiva ni ideal, logró articular crecimiento económico con bienestar social, pero entra en crisis, la cual se profundiza en la década de 1980, en que el crecimiento económico disminuyó, lo cual fue un gran problema que creó las condiciones para la emergencia de políticas de ajuste que tensionaron la relación entre lo económico, lo político y lo social, en el marco de un proceso de globalización y de recomposición geopolíticas del mundo.

Se desmontó la institucionalidad a través de la cual las demandas de la población y las respuestas del Estado interactuaban. Se exacerbó la política de deprimir el costo de la fuerza de trabajo y los salarios, así como el ataque al poder sindical organizado y el restablecimiento de la responsabilidad individual frente a la solidaridad colectiva. Se perdió la centralidad de la clase trabajadora, para articular el derecho al trabajo con la protección social gestionada por el Estado. La flexibilidad laboral implantada en su lugar, se traduce en facilidades para despedir trabajadores y reducir prestaciones. En lugar de la red de seguridad social, se implantó una concepción según la cual el bienestar es un asunto privado, responsabilidad de los individuos cuyas necesidades deben ser resueltas en el ámbito de la familia y en el mercado de los servicios privados. Lo anterior ha significado un retroceso que afecta directamente al bienestar, principalmente a las capas medias y a los grupos más pobres de la sociedad. Los ataques al sistema de seguridad social se expresan, entre otras cosas, en falta de oportunidades para acceder a los sistemas educativo y de salud, lo cual se refleja en rezago educativo y en la persistencia de tasas de morbilidad y mortalidad materna e infantil por causas prevenibles.

Las protecciones institucionales han dejado de ser válidas como derechos sociales. Esto se ha convertido en un factor de desorden social y de desestabilización. Las inestabilidades eco-

nómicas y políticas se han vuelto constantes. La insuficiencia del ahorro interno y la inversión especulativa llevan a una tasa de inversión insuficiente para crear nuevos puestos de trabajo. La destrucción de empleos no se compensa con la creación de nuevos puestos, por la insuficiente formación de capital fijo y el débil incremento de la productividad. Lo anterior se manifiesta en el mercado laboral en la organización del empleo. De todos los países latinoamericanos, México experimentó la más drástica reestructuración desde el punto de vista del empleo. El gran déficit de puestos de trabajo ha empujado cuotas crecientes de población económicamente activa (PEA) a situaciones de supervivencia precaria en la economía informal.

Esto ha dado origen a un deterioro significativo en las condiciones socioeconómicas sobre todo de las familias de la clase trabajadora en México. Las nuevas exigencias planteadas por los cambios sociales estructurales impactan en la nueva composición social de la pobreza. El empobrecimiento desestructura y es el eje estructurante de nuevos principios de organización familiar. Con ello se ponen en jaque proyectos y expectativas que daban sentido a las propias acciones. Se asumen nuevos roles y responsabilidades para allegarse recursos para la manutención de la familia.

Durante el siglo XX, los cambios económicos y sociales, en su compleja interrelación con las transformaciones demográficas, han contribuido a modificar, de manera significativa, el entorno en que se han venido desarrollando las familias. Estas transformaciones han incidido de variadas formas en la organización y relaciones familiares, tanto en los países desarrollados como en los países en desarrollo, como México y demás países de América Latina, sólo que en esta región los cambios que se han operado en las familias se han dado más tardíamente y de manera paulatina, con relación a los países desarrollados.

Entre los cambios que se han dado en las familias en México, destacan algunos rasgos tendenciales compartidos por diversos países de la región, según las características particulares de cada

país. Entre estos cambios podemos mencionar el incremento de parejas no casadas y de hijos nacidos fuera del matrimonio; la disminución del índice de fecundidad y el aumento de separaciones y divorcios, lo que propicia el incremento de familias reconstituidas y monoparentales con jefatura femenina, reflejo de las dificultades en el contexto actual para establecer relaciones duraderas, cosa que parece ligada a la contracción del empleo y a la reducción de los ingresos, y al desplazamiento de la figura del hombre como proveedor único por causas estructurales, como la baja escolaridad, el desempleo y la baja de salarios, y también por causas culturales como el machismo y la irresponsabilidad masculina, entre otros factores.

Así, encontramos diversos tipos de familia, anclados unos en actualizaciones de relaciones familiares más o menos tradicionales, y otros en arreglos emergentes. De esta manera, el término "familia" resulta polisémico, pues se aplica a agrupaciones humanas con composición, estructura y funcionamiento distintos: puede designar a un grupo organizado compuesto por los cónyuges y sus descendientes, o uno, poco organizado, de parientes consanguíneos que puede incluir a otras personas sin lazos de consanguinidad, o a uno de personas unidas por afinidad. Los individuos siguen, a veces, un modelo de familia de acuerdos personales no familiares, establecen redes de personas, como mujeres viviendo solas o con otras y sus hijos, constituyendo formas cada vez más difundidas de reproducción social. Es así como la utilización del término induce la representación de "la familia", correspondiente a la realidad social a la que se pertenece.

La familia es una institución social universal, flexible y resistente, a la vez productora y producto de una determinada organización social. Su organización y dinámica interna cambia con la organización de la sociedad de que forma parte, y ésta, a su vez, varía en función del régimen familiar sobre el que se asienta. Los cambios que en ella se han dado han obedecido, en cada tiempo y lugar, a contextos históricos específicos. Como produc-

to de un contexto social histórico determinado, se transforma continuamente al cambiar las condiciones concretas de la sociedad en que se halla inmersa.

En México, el modelo de la familia nuclear con sus características patriarcales fue impuesto por los conquistadores apoyados por la iglesia católica. Esto se consolidó durante el porfiriato. El Estado liberal oligárquico impuso sobre el papel de la mujer y la familia una serie de creencias que sirvieron para orientar el comportamiento, formar actitudes y mantener y reproducir las relaciones sociales. Hoy, el modelo familiar único de generaciones precedentes ha cedido lugar, como vimos, a nuevas estructuras familiares como consecuencia de la crisis socioeconómica. Estamos presenciando, en un ambiente de mayor flexibilidad y pluralidad, el surgimiento de una diversidad de formas de familia: monoparentales, principalmente con jefatura femenina, reconstituidas, etc.

Aunque 80% de las familias compuestas también mantienen la estructura básica de ambos padres e hijos (20% son monoparentales masculinas), pareciera ser que este tipo de familia sólo es posible cuando el jefe del hogar es el padre, en contraposición a las familias monoparentales femeninas ampliadas, en las que parece ser que la madre recurre a los parientes para simplificar las formas de reproducción de la familia. La presencia de otros parientes en el hogar facilita la división del trabajo y posibilita la incorporación de la mujer al mercado laboral, al disminuir la carga de ésta, debida a la ayuda prestada por los parientes en el cuidado de los hijos y en los quehaceres domésticos.

Como se puede ver, los niños en la calle no constituyen una población homogénea, sino toda una gama caracterizada por la heterogeneidad psicológica de los menores. Entre ir a la calle por presión externa o por elección personal, puede darse todo un *continuum*, en el que no todos ocupan la misma posición. Así, no todos participan de la misma manera de la subcultura de la calle. Su grado de integración a ésta varía en función de los recursos que cada uno posee y de las circunstancias que lo han llevado a la calle.

La simplificación del problema de estos niños, a simples víctimas que hay que rescatar, simplifica artificialmente los criterios de intervención y asistencia en la calle, lo cual resulta cómodo, porque evita hacerse preguntas sobre la complejidad del problema y pone en duda la intervención unidireccional. Quienes intervienen en la vida de estos menores, lo hacen a veces sobre la base de conocimientos imprecisos sobre la realidad de estos menores, haciendo de lado el hecho de que el trabajo en el área exige ir desde el nivel individual, pasando por el trabajo familiar, hasta el nivel macroeconómico y político, lo cual requiere la articulación y el fortalecimiento de las instituciones, con el diseño de políticas específicas y con el mejoramiento de las condiciones generales de vida.

El simple impulso de “tratar de hacer algo”, motiva que algunas iniciativas terminen en una serie de experiencias aisladas que responden a los intereses de cada organización, y conducen a la confrontación entre instituciones en vez de colaboración. Cada cual saca de ellos y hace con ellos lo que es más útil, desde manejar discrecionalmente un presupuesto, promoverse personalmente o utilizar un puesto para saltar a otro.

El problema de fondo sigue siendo una economía que, a pesar del alto costo de su transformación, aún sigue sin encontrar la manera de reactivar al conjunto del aparato productivo para dar el empleo que la población demanda, con una remuneración a la altura de la preservación de la dignidad humana, y que pone en riesgo las instituciones democráticas que están naciendo.

En este contexto, en el que el crecimiento económico ha sido insuficiente, lento e inestable, las expectativas que generó en la población la alternancia en el poder, al arribar a éste el Partido Acción Nacional (PAN) en el año 2000 en sustitución del Partido Revolucionario Institucional (PRI), se han convertido en frustraciones, pues el gobierno federal y los gobiernos estatales y municipales panistas, que han adoptado una forma de gobierno de corte empresarial, se han dedicado a manejar las cifras macroeconómicas dejando de lado a la población.

El actual gobierno continúa con la misma política económica neoliberal que se venía aplicando desde mediados de los 80, y continúa ahondando la brecha entre ricos y pobres. No se ve con claridad una política de largo plazo que garantice una reestructuración productiva que sienta las bases para un crecimiento sostenible. La mayoría de las familias mexicanas no ha visto los beneficios que esperaba y, a pesar de ser México un país de jóvenes, no ofrece a éstos un entorno favorable desde la familia.

Se ha desestimado más de lo debido la precariedad de los más necesitados. A pesar de que la situación de los niños en y de la calle se reconoce como un problema social, los programas de atención con frecuencia van de la mano con la propaganda política (fundaciones, desayunos con estos niños, colectas de ropa, reparto de juguetes, lucimiento del altruismo en “banquetes del hambre”, etc.), interesada más en fachadas luminosas que en programas efectivos.

No obstante que se reconoce la trascendencia que tiene en la familia la formación de los niños en los primeros años para la estructuración de su personalidad y desempeño futuro, en las políticas públicas, fuera del discurso, no se ve el apoyo efectivo: empleo digno, salario remunerador, guarderías para las madres trabajadoras, etc. para que las familias puedan cumplir su función.

El principal problema que enfrentan los adultos es el desempleo, y el principal riesgo que corren los niños es la desnutrición. Pero hemos sido incapaces de reorganizar los sistemas de gestión de políticas para hacer realidad el desarrollo. La violencia en la familia y la sociedad está en relación con el bajo nivel de desarrollo social. Esto no quiere decir que los trabajadores desempleados caigan en la criminalidad, pero la desesperación y la limitación de oportunidades pueden reducir el deseo de cumplir las leyes. Por ello, es probable que de no modificar las políticas públicas, sobre todo de empleo y salarios para resarcir a las familias su poder de compra, los disturbios de origen individual o colectivo prosigan y los problemas de integración social se agudicen.

En este marco, el "combate" a la pobreza se basa en un neosistencialismo con un carácter focalizado, que la considera un problema social que no tiene relación con la esfera económica. Las estrategias contra la pobreza están dirigidas más a controlar el orden que a garantizar los derechos de los ciudadanos. Se conforman con "amortiguar" las consecuencias del ajuste estructural, desplazando el interés hacia los síntomas de la pobreza, relegando la temática de las causas sin incidir, por tanto, sobre el mercado laboral, aumentando el empleo y el nivel de los salarios.

La relación de trabajo es el soporte privilegiado de la inserción de las personas en la estructura social, y de este sostén dependen las redes de sociabilidad, incluyendo las instituciones de protección social. La precariedad laboral es justamente lo que ha alterado las posibilidades de inserción estable de las personas y la cohesión del conjunto de la sociedad.

En estas circunstancias, no tendría nada de raro que las familias pobres urbanas continúen convirtiéndose en expulsoras de niños a la calle, que las políticas públicas populistas, clientelares y asistencialistas sigan convirtiendo los derechos en miserables dádivas, y que los programas destinados a "redimir" a los niños en la calle continúen tratando de cambiar a estos niños para "insertarlos" en la sociedad, imponiéndoles un modelo de formación de un mundo que les es extraño. El problema no es "incorporar" a los millones de niños y de mexicanos pobres al orden social vigente que los mantiene en la miseria; lo que se requiere es cambiar ese orden social para que dejen de ser marginados. Así, la mejor política es una económica con efectos positivos en el bienestar social general, que garantice a las personas la suficiencia de bienes económicos, que les permita existir por sí mismas sin mendigar a los demás su autonomía. Dentro de estas acciones destacan la reactivación productiva para el crecimiento del empleo y la reorganización de la estructura distributiva. Las políticas públicas de mayor éxito contra la pobreza no son los programas asistenciales, sino aquellos que inciden sobre el mercado laboral, aumentando el empleo y el nivel de los salarios. Desde esta perspectiva,

la actual política económica no es la solución a nuestros problemas en tanto no se modifique la injusta distribución del ingreso.

Algunas estrategias de corto plazo pueden tener efectos permanentes que dificulten la reducción de la pobreza en el largo plazo. Es lo que ocurre cuando se afecta la nutrición, o cuando los niños son retirados de la escuela para ponerlos a trabajar. La reducción en la dieta puede generar un daño irreparable. Los niños que en lugar de ir a la escuela trabajan, incurrirán en una pérdida salarial de largo plazo debido a su menor escolaridad.

El trabajo infantil, por la pérdida que implica en educación, se constituye en un problema con profundas repercusiones macroeconómicas. No hay posibilidad de ser un país competitivo si los niños y niñas en lugar de concentrar su tiempo en la escuela tienen que trabajar. Con ello se traba el desarrollo nacional. El desarrollo se basa en el acelerado cambio tecnológico. Pero la tecnología no es más que el conocimiento científico aplicado a la producción. Crear conocimiento supone educación superior, y en el fundamento de este andamiaje está la básica, cimiento de cualquier modelo de desarrollo que aspire a la equidad.

El mejoramiento de los niños marginados va de la mano del de sus familias, desde las que debe afrontarse la situación de colapso del ingreso y de la fragilidad social. El desarrollo social debe empezar por el mejoramiento de las familias. Para esto, el empleo es un aspecto crucial. Ninguna red de seguridad social puede reemplazar completamente la seguridad provista por una economía de empleo pleno. Mientras tanto, los niños en la calle siguen allí, y cada día son más a pesar de los discursos políticos que "casi" han resuelto el problema. Son un referente, junto con otros, como el comercio informal, etc., de nuestra crisis política, moral, económica y social; son una dramática expresión de la ineficacia de las vías institucionales para facilitar el desarrollo.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR, Rubén (1991) "Los efectos de la crisis y el futuro de la educación de adultos", en *Revista Interamericana de Educación de Adultos*, volumen 14, número 2, CREFAL, Pátzcuaro, Michoacán, México.
- Alfonso Leonard, Pedro (2004) *El neoliberalismo: plataforma programática del capitalismo actual*, La Habana, Cuba. www.nodo50.org/cubasigloXXI/congreso04/alfonso_060404.pdf
- Ariés, Philippe (1998) *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*, México: Taurus, México.
- Arriagada, Irma (2002) "Cambios y desigualdad en las familias latinoamericanas", *Revista de la CEPAL*, número 77, agosto, ONU, Santiago de Chile.
- Ayala Espino, José (2000) "La reforma fiscal en México: ¿modernización tributaria o nuevo pacto fiscal?", *Comercio Exterior*, volumen 50, número 11, noviembre, México: Revistas, bancomext.gob.mx/rce/articleReader.jsp?id=3&idRevista=42-101k
- Aznar Minguet, Pilar (1995) *Contexto familiar y educación básica. Interacción familia/escuela*, volumen 1 de la memoria de ponencias del 1 Foro Internacional Escuela, Familia y Sociedad, celebrado del 4 al 6 de octubre, México, D.F.
- Barba, Carlos y Fernando Pozos (2000) *Paradojas sociales de Jalisco y sus regiones*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Barceló, Raquel (1997) "Hegemonía y conflicto en la ideología porfiriana sobre el papel de la mujer en la familia", en González Soledad y Julia Tuñón *Familias y mujeres en México*, México: El Colegio de México.

- Bar-Din, Anne (comp.) (1995) *Los niños marginados en América Latina*, México: UNAM.
- Barg, Liliana (2000) *La intervención con familia. Una perspectiva desde el trabajo social*, Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Beck-Gernsheim (2000) *La reinención de la familia*, Barcelona: Paidós.
- Beck, Ulrich (1998) *¿Qué es la globalización?*, Barcelona: Paidós.
- Berger, Peter y Thomas Luckman (1993) *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Bettelheim, Bruno (1989) *No hay padres perfectos*, México: Grijalbo.
- Brehm, Sharon *et al.* (1999) *Social psychology*, Boston: Houghton Mifflin Co. 4ª ed.
- Boltvinik, Julio (1994) *Pobreza y estratificación social en México*, México: INEGI.
- Borón, Atilio (2000) *La filosofía política clásica*, Buenos Aires: CLACSO-EUDEBA.
- Bourdieu, Pierre (1986) *El oficio de sociólogo*, México: Siglo XXI, novena edición en español.
- (1987) *Cosas dichas*. México: Gedisa.
- Bruner, Jerome y Helen Haste (1990) *La elaboración del sentido*, Barcelona: Paidós.
- Bustos Torres, Beatriz (2001) *Familias, mujeres urbanas y seguridad social*, ponencia presentada en el XXIII Internacional Congress of Latinamerican Studies Association, Washington, D.C.
- Cabella, Wanda (2002) "Los hombres y sus incertidumbres", *Cotidiano Mujer*, número 38, Montevideo, Uruguay, Chasque.apc.org/cotidiano/2002/38_p12.htm-38k
- Cadena Vargas, Edel (2002) *Dos décadas de neoliberalismo en América Latina: economía y política en México 1982-2002*, México: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Calva, José Luis (1997) "Reconstruir la política económica", *Avances*, número 2, Tlaquepaque: ITESO.
- Camarena, Mario y Gerardo Necochea (1994) "Conversación única e irreplicable: lo singular de la historia oral", en De Garay, Graciela (coord.) *La Historia con micrófono*, México: Instituto Mora.

- Carbajal, Mariana (1999) *Los papeles cada vez importan menos*, Buenos Aires. http://www.geocities.com/HotSpring/Villa/3479/papeles_importan_menos.htm
- Cárdenas Cruz, Francisco (1998) "Pulso político. El ISR: su régimen simplificado 'paraíso fiscal'", *Diario El Informador* del 23 de noviembre, Guadalajara.
- Cárdenas, Heliodoro (2004) "El sistema de pensiones en condición de quiebra", *Público* 12 de abril, Guadalajara.
- Cardona Sánchez, Arturo (2000) *Formación de valores: teoría, reflexiones y respuestas*, México: Grijalbo.
- Careaga, Gabriel (1987) *Mitos y fantasías de la clase media en México*, México: Océano, sexta edición.
- Carrasco Calvo, Salvador (1997) "La educación en valores", *Revista Virtual La Factoría*, número 3, junio, Barcelona.
- Castells, Manuel (1999) *La era de la información*, 3 vols., México: Siglo XXI.
- CEPAL (1993) *Cambios en el perfil de las familias: la experiencia regional*, Santiago de Chile.
- CIDEIBER (Centro de Información y Documentación Empresarial sobre Iberoamérica) (1998) *México, perfil demográfico y social*, México: <http://www.cideiber.com/infopaises/mexico/mexico-02-03.html>
- CIMAC (Comunicación e información de la mujer) (2004) *Afecta el desempleo más a mujeres que a hombres*, San José, Costa Rica: <http://www.cimacnoticias.com/noticias/04ene/04013004.html>
- Chomsky, Noam (1997) *Lucha de clases*, Barcelona: Crítica.
- Cicchelli, Catherine (1999) *Las teorías sociológicas de la familia*, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Cicerchia, Ricardo (1997) "Familia, género y sujetos sociales: propuestas para otra historia", en González Soledad y Julia Tuñón *Familias y mujeres en México*, México: El Colegio de México.
- Cisneros, Isidro (1999) "Tolerancia y gobernabilidad", *Revista Sociedad Civil*, volumen II, número 3, México.
- Coloma Medina, José (1993a) "La familia como ámbito de socialización de los hijos", en Quintana, José María, *Pedagogía familiar*, Madrid: Narcea.

- (1993b) “Estilos educativos paternos”, en Quintana, José María, *Pedagogía familiar*, Madrid: Narcea.
- Collado Herrera, María Del Carmen (1994) “¿Qué es la historia oral?”, en De Garay, Graciela (coord.) *La historia con micrófono*, México: Instituto Mora.
- Collado, Juan Carlos (2004) *¿Se buscan buenos empleos en América Latina?*, América Económica.Com, Madrid, <http://www.americaeconomica.com/numeros4/246/reportajes/collado246htm>
- Comellas Carbó, María de Jesús (1993a) “La educación de los valores en el seno de la familia”, en Quintana, José María, *Pedagogía familiar*, Madrid: Narcea.
- (1993b) “La educación en las familias atípicas”, en Quintana, José María, *Pedagogía familiar*, Madrid: Narcea.
- COMEXANI (Colectivo Mexicano de Apoyo a la Niñez) (1994) *Los niños del otro México*. Tercer informe sobre los derechos del niño y la situación de la infancia en México, México.
- CONAPO (Consejo Nacional de Población) (1995) *Situación de la mujer: desafíos para el año 2000*, Comité Nacional Coordinador para la IV Conferencia Mundial Sobre la Mujer, México.
- (2003) *La precarización del empleo*, México <http://www.conapo-gob.mx/prensa2002mzo07.htm>
- Cortés Guardado, Marco Antonio (1997) *Integración y conflicto social en Jalisco*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- y Cecilia Soraya Shibya Soto (1999) *Los valores de los jaliscienses*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Costafreda, Andrea (2001) *Las crisis políticas en la América Latina de los noventa: causas y efectos*, Barcelona: Instituto Internacional de Gobernabilidad, Magazine número 13, marzo. http://www.iigov.org/iigov/pnud/bibliote/dhial/dhial13/dhial13_01.htm
- Covarrubias Cuéllar, Karla Yolanda (1996) *Una lectura a los procesos de conversión religiosa. La familia cristiana y su nuevo sentido ético e identitario del mundo*, ponencia presentada en el II Seminario Internacional de Historia Oral, realizado en El Colegio de Jalisco

Bibliografía

- co en Zapopan, Jalisco, México, del 14 al 16 de noviembre de 1996.
- Cruz, César Nicandro (2000) *Vicente Fox, las nuevas formas de hacer política y la gobernabilidad en el México finisecular*, Instituto Internacional de Gobernabilidad, Magazine Dhial, número 12, diciembre, Barcelona. http://www.iigov.org/dhial/dh12/dhial12_07.htm
- Dahrendorf, Ralf (1996) *La cuadratura del círculo*, México: FCE.
- Dallos, Rudy (1996) *Sistemas de creencias familiares*, Barcelona: Paidós.
- De Garay, Graciela (1998) "La entrevista de historias de vida: construcción y lecturas", en *Cuéntame tu vida. Historia oral, historias de vida*, México: Instituto Mora-CONACYT.
- De la Cueva, Héctor (2003) *A propósito de la "erradicación de la pobreza"*, México: alainet.org/active/show_text.php3?key=906
- De Oliveira, Orlandina y Marina Ariza (2003) "Acerca de las familias y los hogares: estructura y dinámica", en Wainerman, Catalina (comp.) *Familia, trabajo y género*, Buenos Aires: UNICEF-FCE.
- De Lomnitz, Larissa A. (1993) *Cómo sobreviven los marginados*, México: Siglo XXI, 12ª edición.
- Del Álamo, Óscar (2001) *¿Hay que regular la globalización?* Instituto Internacional de Gobernabilidad, Biblioteca de Ideas, Colección de Reseñas, <http://www.iigov.org/pund/bibliote/reseñas/reseña0102.htm>, 2001, pp. 1-5.
- Del Castillo, Agustín (1997) "161 colonias de la Zona Metropolitana de Guadalajara padecen extrema pobreza", diario *Siglo xxi* del 24 de junio, Guadalajara, Jalisco, México.
- Di Virgilio, María Mercedes (2003) *Estrategias residenciales y redes habitacionales*, Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani.
- Díaz Tenorio, Mareelén (1994) *Uniones consensuales en Cuba*, La Habana.
- Dieterich, Heinz (1998) *Fin del capitalismo global*, México: Editorial Nuestro Tiempo.
- Dolto, Françoise (1998) *El niño y la familia*, Barcelona: Paidós.

- Dos Santos, Theotonio (2000) *Globalización y problemas del desarrollo*, II Encuentro Internacional de Economistas sobre Globalización y Problemas del Desarrollo, La Habana: El Economista de Cuba.
- Durkheim, Émile (1997) *La educación moral*, México: Colofón, 3ª. ed.
- (1990) *Las reglas del método sociológico*, México: Leega.
- Eguiluz, Luz de Lourdes (2003) *Dinámica de la familia*, México: Editorial Pax.
- Estrada Íñiguez, Margarita (1994) “Dos maneras de enfrentar el desempleo”, *Revista Signos*, número 2, Abril, Guadalajara, Jalisco, México.
- Febbro, Eduardo (1999) “El fenómeno es similar en Francia”, en *Los papeles importan cada vez menos*, Buenos Aires.
- http://www.geocities.com/HotSpring/Villa/3479/papeles_importan_menos.htm
- Fotoul, Sol (1999) “Mujeres luchan por un lugar en un mundo de hombres”, *Siglo 21*, 17 de agosto, Guadalajara, Jalisco, México.
- Fregoso Bonilla, Juliana (1999) “Panorama de las empresas en Jalisco”, *Gaceta Universitaria*, 8 de febrero, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Fundación Televisa (2004) *Crece la economía informal 27%*, México: esmas.com
- <http://www.esmas.com/noticierostelevisa/mexico/343740.html>
- García Brígida y Orlandina de Oliveira (1998) *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México: El Colegio de México, 1ª reimp.
- García Topete, Martín (1996) *El divorcio, causas, uso y abuso*, México: ITESO, Tlaquepaque.
- García Morales, Federico (2003) *El modelo neoliberal y la pobreza en América Latina*, México: rcei.net/globalizacion/fg005.htm-6k-
- Garrido Luis Javier (1996) “La crítica del neoliberalismo realmente existe”, en Chomsky Noan y Heinz Dieterich, *La sociedad global*, México: Joaquín Mortiz 3a. reimp.
- Glaser, Karen (1999) *Las uniones consensuales en Costa Rica y sus repercusiones en las obligaciones familiares después de la ruptura*, San José, Costa Rica. Ccp.ucr.cr/seminario/pdf/glaser.pdf

- Gattaz, André (1997) *La búsqueda de la identidad en las historias de vida*, conferencia magistral presentada en el II Seminario Internacional de Historia Oral, celebrado el 16 de noviembre en Zapopan, Jalisco, México.
- Gazcón, Felipe (2004) "Urge ampliar el 'club de contribuyentes'", *El Financiero*, 15 de marzo, México.
- Giddens, Anthony (2000) *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Madrid: Taurus.
- Giglia, Angela (1998) "Apuntes sobre la verdad y la reconstrucción de los eventos en los relatos orales", en De Garay, Graciela *Cuéntame tu vida. Historia oral: historias de vida*, México: Instituto MORACONACYT.
- Giménez Montiel, Gilberto (1988) *Estructuras, habitus y prácticas*, en su *La teoría y el análisis de la cultura*, México: SEP/UdeG/COMECOSO.
- Gomes da Conceição, María Cristina (2003) *México, un país de jóvenes en rápido proceso de envejecimiento*, Brasil: IPEA.
www.ipea.gov.br/TemasEspeciais/mariacristina.PDF
- Gonzalbo, Pilar (1997) "Religiosidad femenina y vida familiar en la Nueva España", en González Soledad y Julia Tuñón *Familias y mujeres en México*, México: El Colegio de México.
- (1993) *Historia de la familia*, México: Instituto Mora-UAM.
- González Casanova, Pablo (2001) *La universidad necesaria en el siglo XXI*, México: Era.
- González Sergio y Leobardo de Jesús (1997) *Reestructuración productiva: hacia una nueva cultura laboral*, entrevista con Enrique de la Garza Toledo. <http://ergosum.uaemex.mx/julio97/entrevis.html>
- González, Luis Miguel (2000) "Ahí viene el IVA", *Público*, 28 de julio, Guadalajara, Jalisco, México.
- González Ruiz, Salvador Alejandro (2004) "Atrapada, la economía mexicana", *Gaceta Universitaria* del 15 de marzo, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- González de la Rocha, Mercedes (1986) *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos de Guadalajara*, Guadalajara: El Colegio de Jalisco-CIESAS.

- Held, David (1997) *La democracia y el orden global*, Barcelona: Paidós, Barcelona.
- Heller, Agnes (1985) *Historia y vida cotidiana*, México: Grialbo.
- (1989) *¿Qué es la modernidad?* Curso dictado en la Cátedra Julio Cortázar del 18 al 22 de enero en el Centro de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara. Guadalajara, Jalisco, México.
- Hernández Navarro, Luis (2000) *El profeta de Maquilatitlán*, México. <http://serpiente.dgsc.unam.mx/jornada/hernandez.html>
- Hidalgo Flor, Francisco (2000) "Contrahegemonía y bloque popular en el levantamiento indígena militar de enero del 2000-Ecuador", *Revista Actuel Marx*, edición argentina, vol. III, noviembre, Buenos Aires.
- Huntington, Samuel (1994) *El orden político en las sociedades en cambio*, Buenos Aires: Paidós, 4ª reimp.
- INEGI (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática) (1993) *La mujer en México*, 2ª edición, México.
- (2002) *Jalisco, perfil sociodemográfico*, México.
- (2003a) *Mujeres y hombres de México*, México.
- (2003b) *Las mujeres en Jalisco*, México.
- (2004) *El trabajo infantil en México*, México.
- (2005) *Los hogares con jefatura femenina*, segunda edición, México.
- Juárez Sánchez, Laura (1999) *Poder adquisitivo del salario y dependencia alimentaria en México*, México: Universidad Obrera de México.
- Jusidman, Clara (1996) "La política de desarrollo social", ponencia presentada en el XI Congreso Nacional de Economistas, *El Economista Mexicano*, número 1, nueva época, septiembre-diciembre, México.
- Kliksberg, Bernardo (1999) *Inequidad en América Latina*, México: DIF-UNICEF.
- (2002a) *Capital social y cultura, claves olvidadas del desarrollo*, Instituto Internacional de Gobernabilidad, Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), colección papers, paper número 29.

<http://www.iigov.org/papers/tema5/paper0029.htm>

- (2002b) *La discriminación de la mujer en el mundo globalizado y en América Latina. Un tema crucial para las políticas públicas*, Boletín número 123 del Instituto Internacional de Gobernabilidad del 17 de diciembre, Barcelona, <http://www.iigov.org>
- Klochkovsky, Lev (2001) *Una vuelta por el mundo. Consecuencias sociales de las reformas neoliberales en América Latina y Rusia: un análisis comparado de estadísticas básicas*, Instituto Internacional de Gobernabilidad, revista electrónica Dhial, número 22, 9 de octubre, Barcelona. <http://www.iigov.org/dhial/dh22/una.htm>
- Kuant, R.C. (1968) *La crítica hace al hombre*, Buenos Aires: Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires.
- La Prensa (1997) *Honduras, uno de los países con más hogares dirigidos por mujeres*, Bogotá, Colombia, 1997.
- <http://www.laprensahm.com/socarc/9709/s13004.htm>
- Laing, R.D. (1994) *El cuestionamiento de la familia*, México: Paidós.
- Lander, Edgardo (2001) *La democracia en las ciencias sociales latinoamericanas contemporáneas*, conferencia dictada en el marco del Doctorado en Ciencias Políticas y Sociales del Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del estado de Morelos (CIDHEM), sede Centro Universitario de Los Altos (CUALTOS), de la Universidad de Guadalajara, el 9 de marzo, Tepatlán de Morelos, Jalisco, México.
- Landino, Patricia (1999) "Guadalajara, los datos de una ciudad sin equidad", *Siglo 21*, 7 de febrero, Guadalajara, Jalisco, México.
- Lanzarotti, Mario (2003) "Liberalismo y políticas sociales", Dossier Pobreza y Bienestar de la *Revista Universidad de Guadalajara*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Lastra Lastra, José Manuel (1993) "Derechos humanos", *Revista Jurídica Jalisciense*, año 3, número 6, mayo-agosto, Guadalajara: Instituto de Investigaciones Jurídicas, Universidad de Guadalajara.
- Laurell, Asa Cristina (1997) *La reforma contra la salud y la seguridad social*, México: Ediciones Era.

- Lefaucheur, Nadine (1993) "Maternidad, familia, Estado", en Duby Georges y Michelle Perrot (coord.) *Historia de las mujeres*, tomo 10, El Siglo XX, Madrid: Taurus.
- Leñero Otero, Luis y Manuel Zubillaga (1982) *Representaciones de la vida cotidiana en México*, México: Instituto Mexicano de Estudios Sociales, A. C.
- Leñero Otero, Luis (1983) *El fenómeno familiar en México*, México: Instituto Mexicano de Estudios Sociales, A. C.
- León, Emma (1999) *Usos y discursos teóricos sobre la vida cotidiana*, Barcelona: Anthropos.
- Lewellyn, Karl (1994) "La educación en la familia", en Fromm, Horkheimer, Parsons, *La familia*, Barcelona: Península, 7ª ed.
- Linares Pontón, María Eugenia (1992) Del hecho al dicho hay menos trecho: ¿Qué hemos aprendido en los programas de apoyo a la familia para la crianza de los niños? México: REDUD-CEE.
- Linton, Ralph (1994) "La educación en la familia", en Fromm, Horkheimer, Parsons, *La familia*, Barcelona: Península, 7ª ed.
- Loeza, Soledad (2001) "Los síntomas de una crisis moral", en González, Juliana y Josu Landa (coords.) *Los valores humanos en México*, México: Siglo XXI, segunda edición.
- López Barajas, Ma. de la Paz y Haydea Izazola Conde (1994) *El perfil censal de los hogares y las familias en México*, México: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI).
- Lucchini, Ricardo (1996) *Niño de la calle*, Barcelona: Los Libros de la Frontera.
- Martinelli, Sonia (2003) *Dos millones de embarazos adolescentes cada año*, ONU. http://www.mujereshoy.com/secciones/secc_2.shtml
- Martínez Vázquez, Griselda (1997) "Mujeres Ejecutivas. En la búsqueda del equilibrio entre trabajo y familia", en González Soledad y Julia Tuñón *Familias y mujeres en México*, México: El Colegio de México.
- Marx y Engels (1997) *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, México: Editorial Época.
- Mejía Arauz, Rebeca (1998) "El microsocioanálisis en el estudio de la mediación sociocultural de procesos cognoscitivos", en Rebe-

Bibliografía

- ca Mejía Arauz y Sergio Antonio Sandoval (coords.) *Tras las vetas de la investigación cualitativa*, México: ITESO, Tlaquepaque.
- Mena, Carlos, Mariana Aylwin y Cristian Gazmori (1993) *La familia en Chile*, Chile: Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 2ª. ed.
- Meyer, Lorenzo (1998) *Fin de régimen y democracia incipiente*, México: Océano.
- Meza Pernas, Pablo (2002) *La salud en México*, México www.aaleader.teu.edumexico%2002.pdf
- Mills, C. Wright (1997) *La imaginación sociológica*, México: FCE, 2ª ed.
- Montaner, Carlos Alberto (2000) "Liberalismo y neoliberalismo en una lección", *La Ilustración*, número 10, España. http://www.libertaddigital.com:83/ilustracion_liberal/index.php/2
- Montenegro, Hernán (1993) "La familia. Visión desde la psicología", en *La familia en Chile*, Santiago de Chile: Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 2ª. ed.
- Mora, José Eduardo (2004) *Trabajo-América Latina. Pocos y malos empleos nuevos*, Inter Press Service News Agency. <http://www.ipsen espanol.net/print.asp?idnews=25744>
- OIT (2001) *Panorama laboral 1999. Mejora la situación laboral de las mujeres pero aún persisten fuertes desigualdades respecto a los hombres*, Lima: Oficina Regional OIT. <http://www.oit.org.pespanish/260ameri/publ/panorama/1999/temaesps.html>
- (2003) *19 millones de trabajadores urbanos están desocupados en América Latina*. Lima: OIT, Oficina Regional para América Latina y el Caribe, <http://www.oit.org.pe/portal/noticias.php?docCodigo=69>
- Osorio, Jaime (2001) *Fundamentos del análisis social*, México: FCE.
- Paciano Feroso, Estébanez (1993) "Las relaciones familiares como factor de educación", en Quintana, José María, *Pedagogía Familiar*, Madrid: Narcea.
- Parsons, Talcott (1994) *La estructura social de la familia*, en Fromm, Horkheimer, Parsons, *La familia*, Barcelona: Península, 7ª ed.
- Pescador, Fernando (2004) "Desempleados 1.2 millones: INEGI", *Público*, 15 de mayo, Guadalajara, Jalisco, México.

- Pinzón, Martha Lucía (2002) *Informe CEPAL 2002: se agudiza la pobreza en América Latina*, Santiago de Chile. www.americasnet/commentators/martha_pinzon/pinzon_85-spa-pdf
- Pipitone, Ugo (1991) "El desafío económico en América Latina", en tomo II, *Los cambios económico-políticos y su impacto en América Latina*, colección Estado, Sociedad y Educación en el Marco de las Transformaciones Contemporáneas, México: SNTE.
- Podal Farrús, Monserrat (1993) "Pautas educativas en la familia", en Quintana, José María, *Pedagogía familiar*, Madrid: Narcea.
- Pozos, Fernando (1999) "Aumento del empleo en Jalisco: la realidad de un mito", *Gaceta Universitaria* del 26 de abril, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Puig, Josep María y Miguel Martínez Martín (1989) *Educación moral y democracia*, Barcelona: Laertes.
- (1996) *La construcción de la personalidad moral*, Barcelona: Paidós.
- Quintana, José María (1993) *¿Qué es la pedagogía familiar?* Madrid: Narcea.
- Radionoticias (2004) *El desempleo en América Latina en el 2003 de acuerdo con el BID fue de 10.9%*, Lima, Perú. [Radio1160.tema.compe/modulos.php?name=news&file=print&sid=21987-4k](http://radio1160.tema.compe/modulos.php?name=news&file=print&sid=21987-4k)
- Ramales Osorio, Martín Carlos (2002) *Neoliberalismo y democracia*, México: Universidad Tecnológica de la Mixteca. <http://mixteco.utm.mx/temas-docs/infrotas417.pdf>
- Reese, Leslie *et al.* (1998) "Cualitativos y cuantitativos, no cualitativos vs. cuantitativos", en Mejía Arauz, Rebeca y Sergio Antonio Sandoval (coords.) *Tras las vetas de la investigación cualitativa*, México: ITESO, Tlaquepaque.
- Ribeiro Ferreira, Manuel (2000) *Familia y política social*, Buenos Aires: Humanitas.
- Robles Nava, Francisco (2003) *Nivel máximo de desempleo en México*, México: La Opinión <http://www.laopinion.com/print.html?rkey=00030802155419007598>

Bibliografía

- Rodríguez, Jorge (1993) "Fundamento de las políticas públicas , en *La familia en Chile*, Santiago de Chile: Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 2ª. ed.
- Rodríguez Dorantes, Cecilia (1997) "Entre el mito y la experiencia vivida: las jefas de familia", en González Soledad y Julia Tuñón *Familias y mujeres en México*, México: El Colegio de México.
- Rodríguez Salazar, Tania (2001) *Las razones del matrimonio*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Ruiz Garza, Mauricio (1998) *Menores infractores. Una pedagogía especializada*, México: Ediciones Castillo.
- Salazar, Luis (2001) "Derechos humanos y democracia moderna", en González, Juliana y Josu Landa (coords.) *Los valores humanos en México*, México: Siglo XXI, segunda edición.
- Salinas Cañas, Sergio (1999) *Violencia como método político*, <http://www.geocities/CapitolHill/7109/viole.html>
- Salles, Vania (2001) "Familias en transformación y códigos por transformar", en Cristina Gómez (comp.) *Procesos sociales, población y familia*, México: FLACSO-Porrúa.
- Sánchez Azcona, Jorge (1980) *Familia y sociedad*, México: Joaquín Mortiz, 3ª ed.
- Sánchez Gómez, Fabiola (2002) "Décima Conferencia Internacional sobre Tecnología de la Información en Seguridad Social", Valencia <http://www.issa.int/pdf/valence02/3sanchez-gomez.ppt>
- Sandoval Ávila, Antonio (1998) "Un problema mayor, los niños de y en la calle", Guadalajara: *Revista Universidad de Guadalajara*, número 10, enero.
- Schulman, José Ernesto (1999) *Una propuesta de la derecha para mantener el statu quo neoliberal, reformado*, Trabajadores en Línea, año 3, número 10, enero-febrero, México: Universidad Obrera de México. <http://www.uom.edu.mx/trabajadores/10indice.htm>
- Segalen, Martine (1992) *Antropología histórica de la familia*, Madrid: Taurus.
- Selby, Henry (1990) "La familia urbana mexicana frente a la crisis", en Guillermo de la Peña (comp.) *Crisis, conflicto y sobrevivencia*.

- Estudios sobre la sociedad urbana en México*, Guadalajara: CIESAS-Universidad de Guadalajara.
- Soberón, Francisco y Eduardo Cáceres (1999) *Percepciones, desafíos y perspectivas del movimiento de derechos humanos en el Perú*. Perú. <http://www.derechos.net/aprodeh/informes/percepciones.html>
- Solano Solano, Mario (1992) *Conciencia cotidiana y aparatos de hegemonía*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Sotelo Valencia, Adrián (2003) *La reforma laboral en México*, México. www.rebellion.org/economia/030823abascal.htm
- Tamara, Joaquín (2002) *Los sueldos de los políticos: desproporciones y "odiosas" comparaciones*, Instituto Internacional de Gobernabilidad, boletín número 127, febrero, Barcelona. http://www.iigov.org/dhial27_05.htm
- Timascheff, Nicholas (1992) *La teoría sociológica*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Torche, Aristides (1993) "Políticas sociales públicas y decisiones individuales", en *La familia en Chile*, Santiago de Chile: Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 2ª. ed.
- Torrado, Susana (2004) *Radiografía de la familia argentina*, Buenos Aires. <http://www.conicet.gov.org/diarios/2004/mayo/notas39.plp>
- Tuirán, Rodolfo (2001) "Estructura familiar y trayectorias de vida en México", en Cristina Gómez (comp.) *Procesos sociales, población y familia*, México: FLACSO-Porrúa.
- Touraine, Alain (1999) *¿Cómo salir del liberalismo?*, México: Paidós.
- (2000) *¿Podremos vivir juntos?*, México: FCE, segunda edición.
- UNICEF-Programa Regional para América Latina y el Caribe (1991) "Menores en circunstancias especialmente difíciles", en *Análisis de situación*, número 6, mayo, Santiago de Chile.
- Valdés Echenique, Teresa y Enrique Gomariz Moraga (1995) *Mujeres latinoamericanas en cifras*, Instituto de la Mujer: Santiago de Chile.
- Valdez Zepeda, Andrés (2002) *Salarios y poder público: un análisis de las remuneraciones de los gobernantes de primer nivel en México*, Bar-

Bibliografía

- celona: Instituto Internacional de Gobernabilidad, boletín número 128, noviembre. http://www.iigov.org/dhial/dh28_05.htm
- Vargas Hernández, José G. (2002) *La transición económica y política del estado mexicano en el umbral del siglo XXI: del estado empresario al estado de empresarios*, Barcelona: Instituto Internacional de Gobernabilidad, Biblioteca de Ideas, Colección de Papers. <http://www.iigov.org/iigov/pnud/bibliote/papers/paper0037.htm>
- Villaseñor Gómez, Elio (1998) "Organización ciudadana ante la globalización", *México a una*, número 15, enero-febrero, México.
- Villena Fiengo, Sergio (1992) *Hogares, reproducción cotidiana e inserción laboral en Cochabamba, Bolivia*. Tesis de maestría en ciencias sociales. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede Académica México. México.
- Vuscovic, Pedro (1993) *Pobreza y desigualdad en América Latina*. México: UNAM.
- Yañez, César (2002) *A propósito del panorama social de América Latina 1998 de cepal*, Instituto Internacional de Gobernabilidad, Barcelona: Biblioteca de Ideas, Colección Reseñas. <http://www.org/iigov/pnud/bibliote/reseñas/reseña0038.htm>
- (2002b) *América Latina en los noventa, los déficit del crecimiento*, Dhial, número 3, marzo, Barcelona http://www.iigov/dhial/dh3/dhial_04.htm
- Zanzi Gardilic, Oriana (1993) "La familia en la resolución de problemas de niños y jóvenes en situación de riesgo", en *La familia en Chile*, Santiago de Chile: Instituto Chileno de Estudios Humanísticos.

*De la familia a la calle:
la expulsión de los hijos*

se terminó de imprimir en agosto de 2007
en los talleres de Ediciones de la Noche
Madero 687, Zona Centro, 44100
Guadalajara, Jalisco, México

La edición consta de 500 ejemplares
más sobrantes para reposición



Producción:

*Centro Universitario de Ciencias
Sociales y Humanidades*
Coordinación Editorial CUCSH-UdeG

Diagramación:

Gilberto López Aguiar

Cuidó la edición:

Camacho Edmundo

Portada:

Foto de Sergio Larraín
tomada de <http://www.magnumphotos.com>